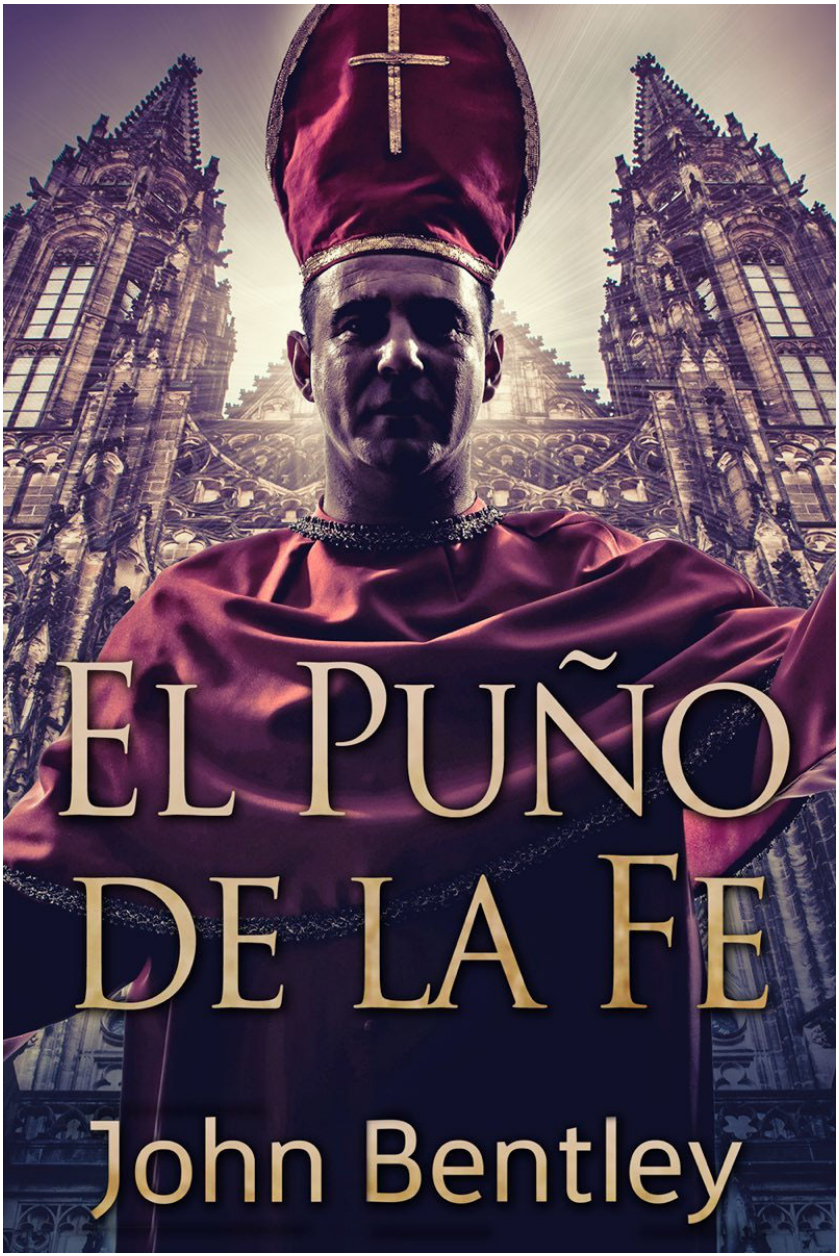
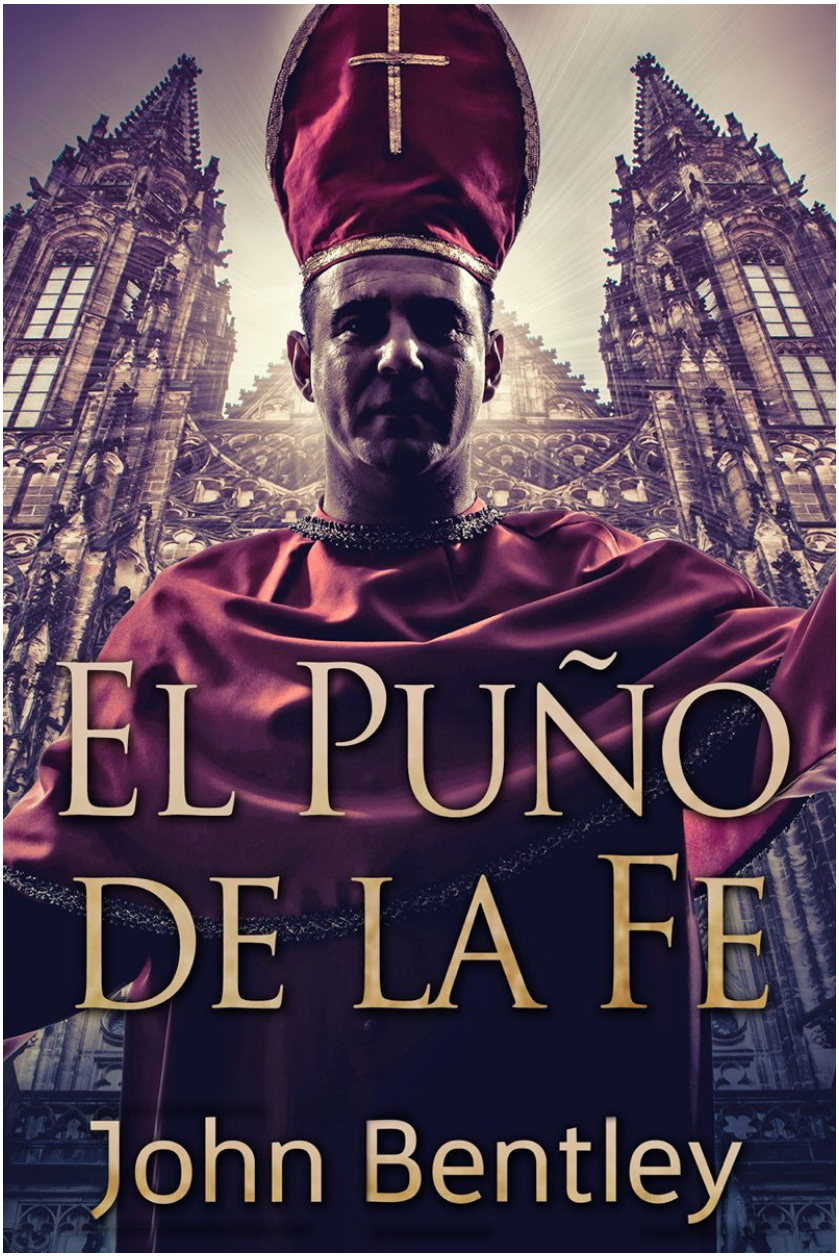

EL PUÑO
DE LA FE
John Bentley


EL PUÑO
DE LA FE
John Bentley

EL PUÑO DE LA FE

JOHN BENTLEY

Traducido por

ENRIQUE LAURENTIN

Derechos de Autor (C) 2019 John Bentley

Diseño de Presentación y Derechos de autor (C) 2023 por Next Chapter

Publicado en 2023 por Next Chapter

Arte de Cubierta por CoverMint

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor.

ÍNDICE

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Querido lector

Acerca del Autor

dedicado a mis compañeros del Bachillerato Hanley, 1961-1968

Altiora etiam petamus

Un agradecimiento especial a mi querido amigo John Broughton por su ayuda moral, literaria y técnica. Sin él, "El Puño de la Fe" no se habría escrito.

CAPÍTULO UNO

CIUDAD DE CUENCA, REINO DE ESPAÑA - LA MANCHA,
PRIMAVERA DE 1318

"¿A qué ha venido eso?", se lamentó Albornoz, que por título completo era Gil Álvarez Carrillo de Albornoz. La cabeza le daba vueltas por el duro golpe que le había propinado su hermano mayor, Fernán.

"¡Has hecho trampa! Te dije que contaras hasta veinte antes de abrir los ojos, pero debiste hacer trampa para encontrarnos tan rápido como lo hiciste", respondió Fernán, frotándose la mano dolorida.

"Lo siento, Fernan, pero...".

"¡Muy bien! Y esta vez espera a llegar a veinte. ¿Entendido?"

"Entendido".

Fernan y el otro hermano, Alvar, se escabulleron entre los árboles. El escondite era su juego favorito.

"Uno, dos, tres..." Albornoz contó. "Esta vez tengo que hacerlo bien". El niño moqueó. Tenía ocho años, pero ya entendía los castigos, ya fueran de Fernán o de su padre. Estaba decidido a mejorar su comportamiento, a ganarse sus elogios, no su castigo.

Hasta donde llegaba la memoria del joven Albornoz, sólo recordaba a sus amigos corriendo más rápido, lanzando más lejos y golpeando más fuerte que él. Ganaban carreras, cruzaban el lago rozando las piedras y le sujetaban hasta que cedía en los concursos de lucha libre. Se había acostumbrado al segundo puesto, y eso no encajaba bien con su carácter interior.

No se atrevió a quitarse las manos de los ojos hasta que pronunció "veinte".

"¡Ya voy, listo o no!", gritó y comenzó a buscar a Fernán y Alvar, pero sin éxito.

"¡Me rindo! ¿Dónde estáis?"

Los hermanos bajaron de la rama de un árbol lo suficientemente alto como para que su follaje los ocultara.

"¡Hemos vuelto a ganar!" anunció Fernan en tono burlón. "Pero al menos cumpliste la regla, así que estás a salvo por hoy, hermanito".

"Menos mal", murmuró Albornoz, aliviado por haber evitado otro manotazo. "Ahora me toca esconderme", anunció.

Fernán y Álvar cerraron los ojos, y este último contó: "uno, dos, tres", mientras el menor echaba a correr.

Los tres hermanos no estaban solos. Para los jóvenes de Cuenca, este lugar era el suyo para reír, discutir, llorar y alegrarse a gusto, y todo ello lejos de la mirada entrometida de sus padres en el pueblo encaramado a una peña. Los ríos Júcar y Huécar serpenteaban bruscamente por una estrecha y escarpada garganta. Un valle verde y suntuoso contrastaba con la árida Meseta castellana al norte y al sur, que permitía el crecimiento de pinos, enebros, saúcos y encinas. A orillas de los ríos, las eneas se mecían suavemente al compás de las aguas y los viejos y nudosos sauces llorones ofrecían a las criaturas autóctonas sombra frente al sol estival. La forma grácil y elegante de este último árbol, con sus largas ramas colgantes de color verde claro que se reflejaban en la corriente, creaba un refugio seguro para el castor y el topillo. Ambos ríos se desbordaban regularmente para regar la sedienta vegetación del valle.

Hasta cierta altura de las laderas calizas del desfiladero crecían bosques y arbustos. A un nivel en el que la vegetación cesaba, las aves de rapiña establecían sus hogares en los recovecos y fisuras de la roca. Cernícalos y milanos revoloteaban en las térmicas ascendentes, esperando pacientemente a que un ratón o una musaraña desprevenidos llamaran su atención y provocaran una

zambullida mortal. Los polluelos graznaban desde los nidos anticipando el regreso de sus padres, con una sabrosa comida en sus garras.

Un águila real, solitaria e imperiosa, se abalanzó sobre el barranco como surgida de la nada, y su mera presencia bastó para dispersar a las demás aves entre gritos aterrorizados: sabían que no debían intentar dominar a esta dueña de los cielos. Tenía un plumaje marrón dorado y alas anchas y largas, y su pico, oscuro en la punta, se desvanecía en un color cuerno más claro. Sus garras, ganchudas y afiladas, le permitían atrapar liebres, conejos, marmotas e incluso ardillas de tierra. En su majestuosidad, planeaba por encima de las aves inferiores e incluso de la ciudad de Cuenca, eclipsando la escena. Desde su lugar cenital en el cielo, observaba las tierras que tenía debajo: silencioso, veloz, supremo.

Cuando la luz empezó a desaparecer, los niños se reunieron para la última diversión del día: un combate de lucha libre.

"¿A quién le toca hoy?", se oyó decir.

"Creo que debería ser el turno de Albornoz", dijo otro.

"Pero sólo tiene siete años...".

"¡Ocho!", corrigió la elección de los niños. "¡Y yo me enfrento a cualquiera, mira si no!".

Un niño, que por su tamaño y su voz atronadora era evidentemente el líder, se metió en medio de la multitud, agitando los brazos para hacer callar a los espectadores.

"¡Atrás! ¡Atrás y haced sitio!" La orden fue obedecida de inmediato. Continuó.

"Entonces, ¿quién luchará contra Albornoz - y tampoco chicas, ¡no quiero que caiga antes de tiempo!".

Ante esta burla, todos estallaron en carcajadas y mofas.

"¡Silencio! Soy el mayor, así que elegiré... ah... ¡sí!". Señaló a alguien que, aunque tenía más o menos la misma edad que

Albornoz, se erguía frente a él, como un gigante, al que le faltaban dientes y tenía cicatrices en la frente.

"¡Sí, tú! Acércate, Ramón".

Se formó un círculo de jóvenes expectantes, y en el centro los dos combatientes se erguían orgullosos, con los hombros hacia atrás. Intercambiaron los primeros golpes, pero evitaron agarrarse hasta que cada uno decidió la mejor manera de enfrentarse al otro. Poco después, y ante los gritos de aliento de los espectadores, se enzarzaron y cayeron al suelo. El chico más fuerte inmovilizó a Albornoz y, mientras los gritos se hacían cada vez más fuertes, le propinó un puñetazo tras otro hasta que el líder intervino para detener la contienda desigual

"¡Basta! Declaro vencedor a Luc".

Ramón levantó los puños hacia el cielo en un saludo triunfal, dejando a Albornoz postrado, con la nariz sangrando, la boca hinchada y un corte sobre un ojo.

Sonó la campana de Vísperas en la catedral y todos supieron que era mejor volver a casa. Una procesión subió los escalones excavados en la roca que conducían a la ciudad. A pesar de que la lucha había terminado, seguían ridiculizando a Albornoz, que caminaba tambaleante por detrás, esforzándose por seguir el ritmo de sus hermanos.

"No has hecho mucho por el apellido, ¿verdad?". ladró Fernan, sin mostrar preocupación ni compasión por su hermano.

CAPÍTULO DOS

LIMOGES (LEMOSÍN), REINO DE ARLÉS, 1310

En la misma época, el mismo año, pero en un reino alejado de Cuenca, Edmond Nerval se casó con una campesina del lugar, Jamette. A diferencia de Albornoz, Edmond procedía de una familia pobre para la que la religión desempeñaba un papel secundario. Al contrario, el padre del muchacho daba más importancia a los mitos y fábulas, contados por viajeros y adivinos en una lengua que él entendía, que a los hombres vestidos con largas túnicas negras, agitando una cruz brillante y murmurando que "Padre hizo esto" o "Padre dice lo otro".

Vivían en una cabaña de madera de una sola habitación con tejado de césped, en un bosque al norte de Limoges, por un camino sinuoso apenas lo bastante ancho para llevar un carro. Poca gente los visitaba, y Edmond lo prefería así. Era un alma solitaria por naturaleza y desconfiaba de los extraños que pudieran salir de detrás de un árbol y robarle el dinero, que no tenía. De joven, su padre y su madre habían abusado física y emocionalmente de él. No es de extrañar, pues, que abrazara el gen familiar. En su propia vida, no tenía a nadie más que a Jamette a quien intimidar y culpar de sus miserables existencias: pero ella lo aceptaba con una fortaleza indomable. Ella no conocía otra cosa y se sintió aliviada cuando él se comió la cena que ella le puso delante sin burlarse de la comida por no ser apta para cerdos y bebió suficiente aguardiente de la cuba con aros de hierro de la esquina de la habitación como para dejarlo comatoso durante la noche. Sin dinero para comprar vino o cerveza, había recurrido a la práctica común de destilar un potente licor de patatas.

Pasaba de un trabajo mal pagado a otro: limpiaba pocilgas, cortaba leña y vendimiaba en las fincas de la región. Si en una granja le encargaban dar de comer a los cerdos, no veía nada malo en servirse patatas de su comedero. Del mismo modo, cuando volvía a casa caminando por los campos, los granjeros nunca echaban de menos las que él arrancaba y que iban a parar a su saco. Una vieja gitana le había dado una receta, y él preparó los frascos, botellas, cacerolas y filtros de muselina para la destilación en un cobertizo detrás de su cabaña. La mujer también le enseñó a hacer vino pero, aunque en la zona abundaban los viñedos y él trabajaba en ellos con regularidad, no se atrevía a robar uvas. En Limoges se contaban historias legendarias de vendimiadores que se dedicaban a robar fruta de la viña. Cuando eran sorprendidos, llevados ante el tribunal y declarados culpables, el castigo solía ser la amputación pública de la mano infractora. Pocos hombres se atrevían a imitar este crimen: la diferencia entre el bien y el mal era inequívoca a los ojos de la judicatura para un asunto así. Sin embargo, no era tan clara cuando el sacerdocio se veía envuelto en juegos homosexuales o desviaba donativos bienintencionados de la iglesia al cura.

El mercado semanal que se celebraba a lo largo de la calle de la Tour, en pleno centro de Limoges, bullía de actividad. Todo tipo de productos y artículos de ferretería se exponían en puestos muy próximos entre sí, instalados por los comerciantes más ricos, que pagaban un impuesto por el privilegio de su parcela. Los comerciantes más pobres colocaban sus mercancías en el suelo a su alrededor. Se oían gritos en el dialecto local o en lenguas extranjeras que invitaban a los transeúntes a acercarse, inspeccionar, tocar o probar lo que tenían para vender. Verduras, frutas, especias, vino, telas, hilos, sedas, quesos, ollas, sartenes y cuchillos, todo en venta o trueque.

En otra parte, un cerdo atravesado con un asta de hierro de la cabeza a la cola giraba lentamente, suspendido sobre un fuego de carbón al rojo vivo, con un anciano desdentado girando la manivela del mecanismo. Hilvanaba a la bestia con su propia grasa derretida, la mayor parte de la cual atrapaba en un cucharón mientras goteaba, pero saltaban chispas chisporroteantes del fuego cuando se

encendían glóbulos de grasa perdidos. Mientras la carne se cocinaba, una mujer con un tenedor en una mano y un largo cuchillo de trinchar en la otra cortaba trozos de carne para colocarlos sobre trozos de pan y venderlos a los hambrientos paseantes atraídos por los gritos de la mujer y el aroma que flotaba por el mercado. Los que no tenían apetito simplemente se paraban a calentarse las manos junto al fuego.

Para los ciudadanos de Limoges y alrededores, el mercado era un lugar de entretenimiento, un día de alivio de su trabajo habitual. Ricos y pobres se mezclan, se observan e incluso conversan, un raro encuentro de clases sociales opuestas.

En unas casetas cubiertas de coloridas colgaduras a rayas, unas viejas brujas se sentaban detrás de unas mesas forradas de tela, con las cartas echadas, prometiendo predecir el destino de los curiosos y crédulos clientes que pusieran una moneda en sus manos para obtener el beneficio. Entre la multitud, zancudos asombraban a hombres, mujeres y niños. Los acróbatas intentaban dar volteretas más rápido o saltar más alto que sus competidores; los malabaristas mantenían los palos de madera girando y dando vueltas en el aire; los tragasables se inclinaban hacia atrás para abrirse la garganta y clavarse una espada en el gaznate. Un grupo de juglares: uno tocaba el laúd, otro el violín y un tercero marcaba el ritmo con un tambor. Cada uno cantaba, a veces en armonía, a veces en discordia. Un niño con una túnica roja brillante saltaba al frente, agitando una cesta hacia el público para recaudar dinero por sus esfuerzos.

"¡Ven aquí, ahora mismo!", gritó una madre, agarrando a su hijo del brazo y tirando de él. "Te advertí de que no te alejaras, hay hombres del saco que te llevarán para no volver a verte". Y le da un tirón de orejas tan fuerte que se le saltan las lágrimas.

"¡Compra! ¡Comprad! ¡Comprad ya! No quedan muchos... ¡compren ahora!", dijo un hombre mientras el agua de su barril se arremolinaba con las violentas contorsiones de las anguilas vivas.

"¿Quién apuesta por la negra, entonces? Vean su fina cresta roja y sus afiladas garras... despachará a ese gallo blanco, tan seguro como que soy un hombre honrado", gritó el maestro de la pelea de gallos. Dentro de un recinto vallado, las aves, sujetas por el cuello por dos

sonrientes ayudantes, arañaban el suelo cubierto de paja, enloquecidas y ansiosas por atacar. Los espectadores y los apostadores no sabían que el gallo negro era ciego, ya que le habían sacado los ojos antes y no tenía ninguna posibilidad de ganar. El astuto maestro se embolsó el dinero de sus falsas exhortaciones al pájaro ciego que perdió: puro beneficio, ganancias fáciles.

Medio oculto en las sombras detrás de una cabina de adivino, Edmond sostenía un par de faisanes boca abajo, atados con una cuerda alrededor de las garras.

"Dos dinares, la pareja", ofreció el hombre desaliñado.

"¿Estás loco? Valen el doble".

"¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!" llegó la carcajada despectiva.

"¡Silencio! Baja la voz... si me pillan... podría haber espías por ahí, el obispo los tiene por todas partes".

"No te preocupes, Edmond, llevas una vida encantada, todos lo sabemos. ¿Cuántas temporadas llevas vendiendo faisanes... cómo decirlo... en nombre de Monsieur Dumas?"

"Tal vez - está bien, dame tres dinares y son tuyos."

"Es usted un duro negociador, pero trato hecho". Se dieron la mano y Edmond mordió las monedas para comprobar si eran falsas. Satisfecho de que no lo fueran, le dio al hombre su juego trucado. El cliente las aferró a su cuerpo, tiró de su capa para ocultarlas y desapareció entre la multitud de los asistentes al mercado.

Edmond salió del mercado y tomó el camino que llevaba al bosque y a su casa. No había ido muy lejos cuando un alboroto llamó su atención. Mirando a través de los árboles, vio a dos chicos peleándose. Uno, un joven alto y robusto; el otro, apenas tres cuartos más alto y decididamente más débil. El más pequeño estaba recibiendo una paliza. Los golpes eran tan feroces que se tiró al

suelo y se hizo un ovillo para protegerse. Patada tras patada se dirigían al torso y la cabeza del gimoteante e indefenso perdedor. Instintivamente, Edmond se abalanzó sobre él, apartó al atacante de su víctima y lo empujó, interponiéndose entre los dos.

"¡Dejadle en paz! No conozco la naturaleza de su disputa, pero usted...", dirigió sus palabras al matón, "¡le dobla en tamaño! ¿Qué ha hecho para merecer tanta ira?"

"Señor, ha hablado mal de mi familia y...."

"¿Qué? ¿Eso es todo? ¿Lo dejarías sangrando así, a un palmo de su vida por un insulto tan insignificante? Todas las familias que conozco merecen que se hable mal de ellas, ¡y más! Lárgate, antes de que te dé una buena paliza".

El matón se largó, murmurando en voz baja mientras Edmond levantaba al desafortunado muchacho.

"Sobrevivirás, muchacho. Respira profundo... ya está mejor".

"Se lo agradezco, amable señor. No dije nada sobre su familia, ni siquiera los conozco, y... "

"Suficiente, se acabó, así que vete a casa. Encontrarás la forma de vengarte, todo a su tiempo".

De vuelta en su camarote, se sentó a la mesa sin decir nada. Su mujer se alegró de calibrar su estado de ánimo: fuera cual fuera el negocio que había hecho ese día, era bueno, y ella, en el peor de los casos, recibiría el extremo afilado de su lengua, no la fuerza de sus puños. En silencio, llenó un vaso y lo colocó frente a él, esbozando una media sonrisa. Tomando un profundo trago del licor, rememoró.

No fue una mañana agradable. Claro, fue una venta bastante decente... pájaros viejos y mohosos, ¡más vale que los desplume rápido y los meta en la olla antes de que empiecen a apestar!

Fueron las peleas de ese mismo día las que le trajeron a la mente

viejos recuerdos, pensamientos que intentaba controlar y, en la medida de lo posible, olvidar. De mala gana, recordó el incidente, cuando tenía más o menos la misma edad que los chicos a los que acababa de expulsar. En ese mismo bosque, él también había estado junto a un rival ensangrentado y derrotado al que había golpeado sin piedad. La imagen que tenía en la cabeza seguía persiguiéndole, como el hombre del saco con el que la madre del mercado había amenazado a su hijo, un espectro que se cernía entre bastidores, apareciendo sólo de vez en cuando y de forma fugaz.

Pierre Roger se merecía lo que le pasó, de eso no hay duda, aunque hoy ni siquiera recuerdo por qué discutimos. Pero fue un trato justo, de lo contrario no le habría dado una paliza, ¿verdad?

En realidad, no era justo ni merecido, sino fruto de un temperamento violento que a menudo se sobreponía a su juicio. Cuando él, Edmond, había golpeado a Pierre Roger, no podía haber apreciado que este último se alzaría para ser coronado como el gobernante omnipotente de la Iglesia más grande del mundo conocido, el Santísimo Pontífice Católico, Clément VI.

Pierre Roger, ¡maldito sea! Oí decir que se había ido a cosas más grandes y mejores".

A la mañana siguiente, unos pasos que hacían crujir la hierba helada anunciaron que llamaban a la puerta de Edmond.

"¿Quién es a estas horas tan intempestivas? Atiende, mujer", ordenó a Jamette.

En el umbral había un hombre alto y delgado, con la espalda encorvada, vestido con una sotana clerical negra que le llegaba hasta el suelo. El crucifijo que colgaba de su cuello brillaba bajo la débil luz del sol otoñal. Una sonrisa de labios apretados, nariz aguileña y penetrantes ojos oscuros retrataban una aparición fantasmal. Jamette inspiró bruscamente: un sacerdote era la última persona que esperaba que viniera a su casa. Estaba tan desconcertada que se quedó boquiabierta y no pronunció ni una sola palabra de saludo. El sacerdote rompió el silencio.

"Madame, debe perdonarme esta visita no anunciada, y espero sinceramente que no le moleste si...".

"¿Quién es?" gritó Edmond desde el interior.

El sacerdote, que había dado un paso adelante como para impedir que ella le cerrara la puerta, se perfilaba dramáticamente en el marco.

"Soy el padre Caron. Soy ministro de la Eglise Evangélique, Assemblée de Dieu, para darle su título completo, Rue Marie en la ciudad."

"¿Qué diablos quiere de nosotros?" Edmond se había levantado de la mesa y se cuadró ante el indeseado visitante. En tono amenazador, volvió a preguntar: "He dicho que qué quieres, ¿estás sordo? Los eclesiásticos no vienen por aquí, nunca lo han hecho, así que no me diga que pasaba por aquí porque no es así".

"Monsieur Nerval, o puedo llamarle Edmond, ¿puedo robarle un momento de su tiempo?"

Arrancando, respondió: "¿Cómo sabe mi nombre? ¿Le ha enviado el sargento?"

"¡Calma! El sargento no me ha enviado, así que quédese tranquilo. Me he propuesto conocer el nombre del mayor número posible de fieles. Mi iglesia, Eglise Evangélique, como he dicho, llega a todos los ciudadanos de Limoges que residen, cómo decirlo, fuera de los confines de la ciudad."

"¿Quiere decir en el bosque? Si es así, ¿qué hay de malo en ello?"

"Nada malo, Edmond. Valoramos a nuestros feligreses por igual, independientemente de su riqueza o morada".

Se hizo la paz, y ambos hombres sólo intercambiaron miradas.

"Será mejor que entre, entonces". El antagonismo inicial de Edmond remitió. "Por favor, siéntese. ¿Tomarás algo conmigo?"

"Sólo para ahuyentar el frío de la mañana, por supuesto".

Jamette no necesitó que se lo dijeran. Llenó dos vasos con aguardiente de la cuba y los puso delante de los dos hombres. Cumplido su deber, se fundió en la oscuridad de un rincón de la habitación.

"Supongo que se preguntarán por qué estoy aquí".

Edmond casi se atraganta con la bebida. "Podría decirse que sí, padre".

"Se lo explicaré. Me he enterado de que has estado entrometiéndote en la finca de monsieur Dumas y aprovechándote de sus preciadas anguilas con la intención de vendérselas a nuestra pobre gente en el mercado, gente que no tiene ni idea de su origen. ¿He sido claro, Edmond?"

"Perfectamente claro, padre, pero está mal informado. No sé nada de ese comercio y, además, sólo un tonto arriesgaría su mano derecha o, peor aún, su vida si lo atraparan."

¿Cómo diablos me ha descubierto? Alguien se ha ido de la lengua".

"Tienes razón, amigo mío, sólo un tonto". Tomó un trago y continuó: "Y no es misión de la Iglesia informar a las autoridades de tal o cual delito, así que no se preocupe por eso. Es más, estoy seguro de que el asunto del mercado no es más que un cuento, que no lleva nada de verdad".

"Entonces, ¿qué quiere?"

"¿Has oído hablar de la confesión? Veo que no. La confesión es el reconocimiento de los pecados o agravios cometidos contra Dios y el prójimo. Mediante esta confesión, el hombre se libera de sus actos malvados y, creemos, se salva a los ojos del Señor. Te invito - también a tu buena esposa- a confesarte en mi iglesia".

Edmond, aunque no tenía planes de cesar la lucrativa venta de anguilas, vio la oportunidad de acallar las lenguas que se agitaban. Un penitente era un hombre inocente, o tal era su ingenua comprensión de lo que decía el cura.

"Entiendo lo que quiere decir, padre. Tal vez yo, o incluso nosotros, vayamos a esta cosa de la confesión... para darle una oportunidad, por así decirlo - no es que yo sea culpable de nada, por supuesto, pero podría ser bueno para nuestras almas. Ay, bueno para nuestras almas".

"Tienes razón, hijo mío."

Recordó a su amigo de la infancia, Pierre Roger, que le había instado a leer la Biblia y arrepentirse. En ese momento, no había Biblia a mano, y lo más pertinente, él no sabía leer.

"Una vez tuve un amigo que intentó convertirme a esa tontería..."

"Y fracasó."

"Lo hizo. Sin embargo, ahora que soy un hombre, veo las ventajas de la confesión. Si revelo mi pecado a un sacerdote, no irá más allá de las cuatro paredes de Eglise Evangélique. ¿Es eso correcto, Padre?"

"La Iglesia escucha tu penitencia con absoluta confianza. El asunto te concierne a ti, al sacerdote y al Buen Dios de arriba, a nadie más".

"Entonces estoy de acuerdo. Nos presentaremos en la iglesia en un futuro próximo - en la actualidad tengo un empleo remunerado ayudando al tonelero en el viñedo Dumas, reparando barriles, no sabe"

"Ah, el dominio Dumas produce el vino más exquisito..."

"Como decía, actualmente estoy bastante ocupado, pero mantendré mi palabra para que esas falsas acusaciones de caza furtiva atroz puedan terminar, con la intervención del Señor."

"Tengo una idea de quién me ha delatado. Espera a que le ponga las manos encima".

"En efecto. Estás haciendo una buena elección, Edmond. Ahora compartiré una oración con ustedes y luego me iré. El Señor os mostrará el camino". Sacó una pequeña biblia del bolsillo de su

sotana y, con gran pompa, recitó: "Querido Señor, te suplicamos...".

Jamette permaneció invisible en su rincón.

A solas con ella, el temperamento de Edmond estalló. Golpeó la mesa con el puño, gritando insulto tras insulto a la pobre mujer inocente. Con la cara roja, gotas de sudor brillando en su frente, gritó,

"¡Ay! El Señor me mostrará el camino". - se burló del sacerdote- "¡pero Él no nos da pan para comer ni cerveza para beber! Maldito sea el clérigo; me confesaré sólo para ver que no me revelan a Dumas. Si alguna vez tengo un hijo, le enseñaré los trucos de mi oficio, seguro. No sobrevivirá mucho tiempo si confía en las escrituras para alimentarse y vestirse. Un cazador furtivo, como su padre, así será. Y si no le pillan, es una profesión honorable".

Quince años después, y en otra ciudad, Jamette daría a luz a su hijo, Marius.

CAPÍTULO TRES

LIMOGES (LEMOSÍN), REINO DE ARLÉS, 1310

Edmond Nerval jadeaba pesadamente mientras avanzaba penosamente por el sendero que salía de su cabaña y atravesaba el bosque hasta el lugar donde comenzaban las tierras de los Dumas. El aliento que exhalaba se convertía en un vaho blanco y helado que indicaba lo fría que era la madrugada. Había reprendido a Jamette antes de ponerse en camino.

"Edmond, ponte la capa, la necesitarás hoy".

"No, hará más calor cuando salga el sol".

Pero él se alegró de que ella hubiera insistido, apretándosela más contra el cuerpo. El estrecho sendero estaba a menudo bloqueado por una maleza de zarzas y helechos; poca gente lo utilizaba o sabía siquiera de su existencia. En el aire flotaban finísimos y titilantes hilos de gasa, que se unían misteriosamente a las ramas de los árboles a ambos lados para formar mortíferas telarañas, atrapando sin esfuerzo a insectos desprevenidos hasta que llegaban arañas hambrientas a saciar su apetito.

Al cabo de media hora, los árboles se hicieron más delgados y el terreno se redujo hasta convertirse en una pradera cubierta de hierba. A su derecha, sus orillas ocultas por sauces colgantes, se encontraba el objeto de su visita: un pequeño lago de agua estancada, con una superficie de ensueño, resplandeciente y danzante en el reflejo de la tenue luz dorada y pálida del sol matinal. En el extremo más alejado, un arroyo que fluye suavemente desde el río Vienne hace que una corriente apenas perceptible atraviese el lago -un estanque con cualquier otro nombre- y desemboque en su orilla opuesta para volver a unirse al

río principal. Las aguas poco profundas, con algodoncillo de pantano y lenteja de agua en su lecho y flores de loto de hoja ancha por encima, eran el entorno ideal para el desove de la anguila de agua dulce que, cuando era suficientemente adulta, regresaba al mar para reproducirse.

En el agudo silencio y la belleza de la escena, Edmond encontró su sedal, lastrado en el agua por discos de hierro con aparejos cortos atados a anzuelos cebados con langostas. Desató el sedal, lo sujetó alrededor de una piedra de la orilla y empezó a tirar de él lentamente. Por la resistencia que oponía a su esfuerzo, se dio cuenta de que tenía un buen botín. Un anzuelo tras otro sacaba una anguila nocturna que se retorcía, viscosa. Con una habilidad perfeccionada a lo largo de muchos años de pesca con caña, sacó la estrecha cabeza del pez del anzuelo con un solo giro de muñeca y pronto tenía ocho criaturas brillantes y retorcidas colocadas una junto a otra sobre la hierba, con los ojos desorbitados por el miedo. Horas antes habían estado a salvo escondidos en sus agujeros bajo la superficie del lago.

De repente, el ladrido de un perro rompió el silencio. Edmond se quedó helado. El ruido sólo significaba una cosa: la llegada del guardabosque de Dumas. El ladrido del animal alertó a su amo de un intruso en la finca, pero el cazador furtivo estaba bien escondido entre los sauces, y en breve el guardabosque tiró de su perro por la correa hasta escorarlo y se alejó. Respiró profundo, aliviado por no haber descubierto su comportamiento ilegal.

"Ha estado cerca. No había imaginado que saldría tan pronto. Pero por usted, Monsieur Dumas". Con eso, levantó un solo dedo medio y apuñaló el aire en dirección al guardabosque que se marchaba.

Metió cada anguila por la cola en su saco y, con la última, tensó la cuerda y se la colgó del hombro.

Atravesó el mercado antes de que amaneciera. Los vendedores ya estaban colocando sus mercancías. El viejo desdentado encendía leña para el fuego bajo su espetón mientras su mujer marcaba la carne rosada del cerdo con su largo cuchillo de trinchar para

facilitar su cocción y permitir que sus jugos olorosos corrieran hacia su cucharón para untar. El hombre levantó la vista cuando Edmond se acercó.

"Buenos días, señor Nerval. Hace un tiempo espléndido, ¿eh?"

Edmond se detuvo, pero no dijo nada.

"Veo por su saco que hoy hará un negocio decente".

Las anguilas cautivas se agitaban, y cualquier observador podía ver que tenía algo vivo en su interior, bueno para atraer a posibles clientes, pero una delación si el sargento o sus hombres lo veían.

"Sí, y son buenas, recién sacadas del agua, bonitas y frescas. Volveré más tarde".

Con eso, continuó más allá de los puestos hacia una calle estrecha y empedrada donde su taberna favorita estaba haciendo un gran negocio, gracias a los comerciantes que tomaban cerveza para desayunar. No entró por la puerta principal, sino por un pasadizo lateral, dejando su saco en el patio trasero, donde nadie con autoridad lo vería. Entró en la hospedería por la puerta trasera.

Dentro, la algarabía de hombres riendo, discutiendo, gritando y maldiciendo contrastaba con la tranquilidad del patio.

"¡Eh, Edmond! ¿Lo de siempre?", le preguntó el casero.

"Sí". Dejó una jarra de cerveza sobre el mostrador.

"¡Antes de que toques esa bebida, acepto el pago! Hoy no hay cuenta para ti, no después de la última vez. Dijiste: 'Te pagaré en cuanto termine en el mercado', ¿y cuánto tardé en recibir mi dinero? Más de una semana. Un hombre no puede ganarse la vida así".

Sacó una bolsa de dinero del bolsillo de la túnica y entregó una moneda al propietario. Al echar un vistazo a la sala, vio a varios hombres conocidos en una mesa de la esquina, y pronto se vio inmerso en historias subidas de tono y cotilleos sobre la clase baja criminal de Limoges. Cuando salió de la taberna, las calles estaban

abarrotadas de hombres, mujeres y niños que iban o venían del mercado.

Edmond parpadeó para adaptar los ojos a la luz del día y un escalofrío de miedo le recorrió la espalda. Se dio cuenta, medio borracho, de que había olvidado su saco.

"Maldita sea. Si alguien lo ve, desaparecerá enseguida".

Se apresuró a bajar por el pasadizo donde, por suerte, el saco estaba donde lo había dejado, todavía lleno de sus retorcidas y viscosas anguilas.

En el mercado, esperó entre dos puestos a que le encontraran sus clientes habituales. No tardó mucho.

"¿Cuánto por hoy, Edmond?"

"Dos dinares cada uno."

"¿Dos?"

"¡Dos! Estaban nadando felices hace sólo tres horas. La mejor calidad, y si puedes encontrar algo mejor..."

"De acuerdo. Me llevaré uno".

Aceptando el dinero del hombre, metió la mano en el saco, sacó una por la cola y la metió de cabeza en la bolsa del otro hombre. Su negocio de la mañana había concluido, todas las anguilas vendidas, antes de que sonara la campana de las seis y, con el dinero que había ganado a buen recaudo en su bolsa, llamó de nuevo a la taberna para beber más cerveza. Cuando se marchaba, peor para el desgaste, un golpecito en el hombro le hizo girar sobre sí mismo, con el puño en alto.

"¡Edmond! No hace falta, no voy a robarte". Era el padre Caron.

"Ah... ya veo... ¿entonces qué quiere?", fue la pregunta arrastrada.

"¿Va de camino al mercado con su saco?". Lo sujetó bruscamente a su espalda, pero demasiado tarde.

"Yo... voy a comprar verduras que mi esposa necesita para nuestra humilde olla de estofado".

"En efecto, es una buena mujer".

"No puedo estar en desacuerdo con eso, Padre, estoy bendecido por..."

"¡Ahora bien! No des por sentadas las misericordias del Señor."

"¿Qué quieres decir?"

"¡Ciertamente no eres bendecido! Todavía no te has confesado, como hablamos cuando visité tu casa, así que no puedes pretender haber visto los errores de tus caminos antes de desnudar tu alma a Dios."

Edmond se balanceaba inestablemente y estaba dispuesto a aceptar lo que dijera el sacerdote con tal de librarse de él.

"Sugiero que hagamos un arreglo firme para que asistas a mi iglesia. Digamos, ¿mañana? Estaré de confesionario entre las campanadas de las tres y las seis, así que reúnete conmigo en mi sacristía y te diré lo que te espera. Cuando estés sobrio quizás quieras considerar tus muchos pecados".

"Estoy de acuerdo, Padre." Y con eso los hombres siguieron su camino.

Cuando su marido entró tambaleándose en la cabaña, Jamette se apartó instintivamente de su camino, temiendo los abusos que le esperaban. Sabía que iba a seguir bebiendo y, sumisa, le llenó el vaso, puso otro leño en el fuego y empezó a barrer el suelo. Permaneció un rato en silencio en la mesa antes de hablar en un tono sorprendentemente suave,

"Quiere que me confiese mañana".

"¿El padre Caron?"

"¡Quién si no, mujer! Sólo me quiere a mí, así que supongo que piensa que mi alma está más necesitada de salvación que la tuya".

Ella no estaba segura de si él estaba haciendo una broma o una afirmación, así que no dijo nada, siendo la discreción la mejor opción. Tomó un trago de cerveza y continuó,

"Toda esta tontería de salvar almas... a ver qué he hecho de malo... un hombre tiene que sobrevivir, ¿no? Eso es lo que yo digo".

A la mañana siguiente, según lo acordado, Edmond se presentó en la iglesia y llamó a la puerta de la sacristía.

"¡Entre!", llamó una voz desde el interior. El alto y delgado clérigo estaba sentado a la mesa, hojeando una biblia abierta. Saludó con la cabeza. Una sola vela parpadeaba, acentuando la imponente presencia de Caron.

"Siéntate a mi lado, hijo mío. Antes de guiarte en tu primera confesión, me corresponde asegurarme de que comprendes bien la importancia del procedimiento".

Edmond se sentó siguiendo las instrucciones.

"No me siento bien con esto, tiene que haber mejores cosas que hacer que...

"Cuando entre en la iglesia propiamente dicha, verá el confesionario a la izquierda de la nave. Te arrodillarás dentro y esperarás hasta que me oigas hablar. ¿Está claro?"

"Lo está, padre", pronunció Edmond por primera vez.

"Bien. Yo estaré al otro lado de la reja, aunque usted no podrá verme. La cortina echada al frente oculta mi identidad a cualquiera que se encuentre por el lugar". Cerró la biblia y clavó en Edmond una mirada severa de penetrantes ojos oscuros, captando toda la atención del hombre.

"Dónde estaba yo... ah, el significado de la confesión. Adán y Eva en

el Jardín del Edén eligieron desobedecer a Dios, por lo que fueron expulsados a vivir en un mundo duro e inhóspito. Los mortales compartimos su culpa, que ahora llamamos pecado original. Nuestra única esperanza de perdón viene a través de la misa, el sermón y la confesión. En tu caso, Edmond, te concederemos la dispensa de someterte sólo a esta última. Cuando un alma está turbada, como la tuya, necesitamos hacer... excepciones". Pronunció esta palabra en tono despectivo.

"Nuestra creencia cristiana describe siete pecados cardinales: orgullo, envidia, ira, avaricia, pereza, gula y lujuria. Te corresponde a ti decidir de cuáles buscas el arrepentimiento, y el Derecho Canónico prescribe la peregrinación, el ayuno y la donación de limosnas. No veo que cumplas ninguno de ellos. Pero no te preocupes. ¿Podemos continuar?"

Edmond había hecho todo lo posible por seguir la interpretación del sacerdote, y aunque gran parte de ella escapaba a su comprensión, asintió.

"Cuanto antes lo hagamos, mejor. Me prepararé en el palco sagrado y esperaré tus palabras: 'Padre, he pecado'. Entonces comenzaremos".

¿Qué debo decirle? Frecuento las posadas del pueblo que están llenas de rufianes y villanos, y supongo que no debo buscar su compañía. Entonces... la envidia... bueno, desearía tener el dinero de Dumas, no puedo negarlo...'

"Padre, he pecado", recitó, apretando la boca contra la rejilla. Se quedó bastante sorprendido cuando una voz del otro lado le respondió de inmediato,

"Que el Señor esté en tu corazón y te ayude a confesar tus pecados con verdadero dolor".

En consecuencia, Edmond relató las diversas faltas que había cometido, sorprendido por la facilidad con que le venían a la memoria, y Caron no tardó en concluir los asuntos.

"Dios, Padre de misericordia, por la muerte y resurrección de su Hijo, ha reconciliado al mundo consigo mismo y ha enviado al Espíritu Santo entre nosotros para el perdón de los pecados. Por el ministerio de la Iglesia, Dios os conceda perdón y consuelo. Así pues, os absuelvo de vuestras culpas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz".

Edmond se levantó y salió de la iglesia en silencio. Esperaba que su penitencia satisficiera lo suficiente al padre Caron para que no lo denunciara al señor Dumas.

CAPÍTULO CUATRO

CIUDAD DE CUENCA, REINO DE ESPAÑA, PRIMAVERA DE 1318

Después de jugar junto al río, Fernán, Alvar, Albornoz y sus amigos que vivían en el pueblo volvían a casa. Estos muchachos tenían casas cálidas, secas y confortables, y mesas servidas a diario con comidas sanas. Los jóvenes que no subían con ellos los escalones de piedra iban en dirección contraria, río arriba, a las pequeñas fincas y campos cultivados por sus padres arrendatarios, cuyas casitas de gracia dependían del grano, los productos y el ganado que vendían por cuenta de su arrendador, el Obispo de Cuenca, y a quien cobraban impuestos.

Los últimos tiempos no habían sido justos con estas gentes: la guerra y el malestar político y social habían asolado la provincia de Castilla. Las epidemias y el hambre eran moneda corriente, y las malas cosechas una preocupación constante. Los muros de adobe hacían que sus casas fueran demasiado calurosas en verano y muy frías en invierno, a pesar de las chimeneas de leña, y los tejados de paja dejaban entrar la lluvia con regularidad. Las pequeñas ventanas las hacían oscuras y lúgubres. Las cabras y el ganado atados durante la noche en el interior de las viviendas garantizaban la seguridad frente a las bandas de ladrones, pero transmitían enfermedades animales a los habitantes que, en caso de sufrirlas, carecían de medios para pagar un curandero. Menos grave, pero también muy desagradable, era el mal olor que desprendían estas criaturas.

Estas gentes sencillas sabían que no debían quejarse: la Iglesia tenía poder de desalojo, y la vida en otros lugares era sin duda peor que la de Cuenca. Sin embargo, este año habían cosechado un buen tonel de trigo, y sus bestias habían alcanzado un precio decente en el mercado. Afortunadamente, ganaban lo suficiente para vestir y

mantener a sus hijos, pero los lujos de los que disfrutaba la "gente de arriba" -como se les conocía- estaban muy por encima de sus posibilidades.

Juanico y su hermano Pero recorrieron a regañadientes el campo hasta llegar a la nave del fondo, donde tres vacas y un caballo se alimentaban de un henil de madera. Para alivio de la familia, el tiempo primaveral significaba que las bestias podían vivir allí en lugar de dentro con ellos. El suelo estaba empolvado con una escarcha blanca, pero a medida que el día se calentaba, se derretía y a su vez aflojaba la tierra y ayudaba a escarificar. Los dos hermanos tenían diez y once años, pero ya tenían experiencia en el trabajo de la tierra: sin la mano de obra de los niños, las granjas no podían sobrevivir.

"Le pones su granito de arena, y ten cuidado de que no te suelte un chasquido. Ayer tuviste suerte de que no te arrancara los dedos".

"Tendré cuidado", respondió Pero, el más joven, orgulloso de que le confiaran una tarea tan importante.

Juanico echó más heno en el comedero para el ganado y luego cogió dos largas riendas de cuero de un perchero, desenrollándolas para quitarles los nudos. Llevó al escuálido caballo de tiro al exterior y le pasó una rienda por el bocado; Pero repitió el procedimiento con el otro lado. A continuación, le ató la rastra al collar del pecho.

"Buen trabajo", dijo Juanico, "manos a la obra. Hoy te encargas tú de su cabeza". Pero levantó la mano, agarró el bocado de cuerda y tiró del caballo con un movimiento familiar, arrastrando la rastra por el suelo. Juanico caminaba detrás, con las dos riendas en la mano izquierda y un palo largo en la otra, golpeando al caballo cada vez que se desviaba de la línea recta. Trabajaban todo el día, parando sólo para comer pan y queso al mediodía, hasta que oscurecía demasiado para ver.

En la granja contigua, una joven, Francisca, que aún no había entrado en la adolescencia, estaba de pie en un recinto vallado con un cubo de madera sobre un brazo. Cogía puñados de semillas y las esparcía a su alrededor. Veinte o más gallinas cacareaban excitadas, moviendo la cabeza arriba y abajo, picoteando el pienso. Levantando una trampilla en un gallinero de construcción rudimentaria, recogió cuidadosamente los huevos recién puestos de los nidos y los colocó en una cesta. Para completar su tarea matutina, llena un abrevadero con agua fresca y regresa a casa.

Junto al río Huécar, Gavriel y su padre se afanaban en la orilla de un arroyo que se desviaba de la corriente principal. El padre sacaba un aparejo de pesca con palangre, lastrado para que descansara en el lecho, y sus seis líneas estaban cebadas con gusanos del día anterior. Tuvieron que dejarlo todo toda la noche porque las anguilas que pescaban se alimentaban de noche.

"Estoy contento con eso, chico. ¿Ves?", exclamó. "Ayer tuve el presentimiento de que tendríamos suerte: cuatro de seis no está mal, nada mal".

Uno a uno, retiró con pericia los anzuelos de las mandíbulas chasqueantes de las anguilas y dejó que se deslizaran en la cesta de mimbre que sostenía su hijo.

"Deberían alcanzar un buen precio en el mercado, esas bellezas... están vivas y se retuercen, así es como les gustan. ¡Cuidado, que seguro que la mujer coge una para la olla!".

La madre de Gil Albornoz se quedó atónita cuando él entró en la casa, con el labio cortado y sangrando y un ojo hinchado y casi cerrado.

"¿Qué demonios ha pasado? ¡Un bonito espectáculo si alguna vez he visto uno! Ven, ven aquí... deja que te mire".

"No es nada, madre. Me he caído de una rama, eso es todo", soltó Albornoz, un consumado mentiroso con sólo ocho años.

"¡Esto no ha sido por una caída!". Teresa se volvió hacia Fernán y Alvar.

"¿No te he dicho que cuides siempre de tu hermanito? No se puede confiar en ti, ¿verdad?". Los chicos mayores agacharon la cabeza, lamentando no haber impedido antes el desigual combate de lucha.

Teresa había nacido en el seno de la importante familia Aragón de Luna. La efigie de su abuela estaba grabada en un bloque de pizarra en la capilla de Albornoz, con la cabeza velada y las manos enguantadas talladas en alabastro. Teresa esperaba que sus vástagos estuvieran a la altura del buen apellido Luna.

"¡Ambos, a vuestras habitaciones y a asearos para la cena! Tendré que decidir si se lo digo a vuestro padre, y si lo hago, ¡mejor rezad para que esté de buen humor!". Así que se marcharon rápidamente.

Como madre, le resultaba difícil relacionarse con sus dos hijos mayores: sus bravuconadas y ocasionales groserías ofendían su educación puritana, y atribuía su comportamiento a la influencia maligna de su marido. En cambio, Albornoz no podía hacer nada malo a sus ojos. Era una mujer bajita y regordeta, cuyo atractivo semblante ocultaba una lengua afilada que solía soltar contra su sufrida criada mientras le dictaba las tareas del día. Su tiempo lo dedicaba a cotillear entre un grupo de acólitos de buena cuna cuyo estímulo intelectual rara vez superaba el bordado. Incluso dentro de casa, llevaba una cofia de encaje y una crujiente gola blanca, y nunca salía a tomar el aire sin una rica estola de terciopelo púrpura.

Llenó un cuenco con agua de un cubo y lo colocó sobre la mesa frente al niño. Cogió una tira de sábanas limpias del armario y se sentó a su lado. Aunque tenía la cara contorsionada y ensangrentada, seguía siendo un muchacho apuesto: sus rizos rubios y su sonrisa insolente le hacían muy querido por su cariñosa madre. Humedeció el paño y bañó con ternura sus heridas.

"¡Ay!"

"Lo siento... pero... ya está mejor. No puedo dejar que mi pequeño guerrero sucumba a sus heridas de batalla, ¿verdad? Eres un chico valiente - "

"¡Albornoz!" retumbó una voz desde la puerta. "¿Qué es todo esto?" El señor de la casa, García Álvarez, se acercó a la mesa y se inclinó amenazadoramente sobre el joven, levantando el puño incluso antes de que le dieran una respuesta.

"¡No! ¡García! Él no tiene la culpa - se cayó... un accidente..."

"¡Ah, eso está mejor! Si hubiera estado en una pelea, no habría perdido, ¿no es así, muchacho?". Miró expectante a Albornoz.

"Por supuesto, señor, nunca le daría motivos para avergonzarse de mí".

"¡Bien dicho... sí, una buena respuesta!". El hombre corpulento y de complexión gruesa bajó el brazo y palmeó la espalda de Albornoz con aprobación.

"¡Mucama! ¡Maldito seas! ¿Otra vez holgazaneando? Tendrás que irte... no podemos... de todos modos, tráeme cerveza, y date prisa".

Al oír la orden, una criada con aspecto de ratón, vestida con un tabardo marrón de sirvienta, entró arrastrando los pies en la habitación, colocó una jarra de peltre sobre la mesa y se inclinó respetuosamente.

"¿Quiere cenar el señor?"

"¡Maldita sea tu insolencia! ¿No cenamos siempre enseguida?"

"Con mucho gusto, señor.

La criada trajo un plato de carne cocida, una bandeja de queso y una cesta de pan. Un cuenco lleno de fruta completaba la cena. Sirvió cerveza para toda la familia excepto para Albornoz, que recibió un vaso de agua.

Teresa, con su hijo menor a su lado, se sentó en el banco a un lado de la mesa; Fernán y Alvar ocuparon el otro. La silla de García, con pesados reposabrazos, respaldo de cuero tallado y cojín bordado con el escudo familiar por su esposa, se erguía orgullosa en el extremo opuesto. El padre se levantó y, con gran pompa y ceremonia, se aclaró la garganta. La familia se quedó en silencio, a

la espera de una rutina bien ensayada. Comenzó.

"Benedic nos Domine et haec Tua dona quae de Tua largitate sumus sumpturi.

Per Christum Dominum nostrum. Amen".

"Bendícenos, Señor, y estos tus dones, que vamos a recibir de tu generosidad, por Cristo nuestro Señor. Amén".

"Amén", fue la interjección.

Durante la comida, sólo García y Teresa hablaron, pero en voz baja. Los niños no hicieron ruido. Las reglas del amo se siguieron escrupulosa y respetuosamente. Satisfecho de que se hubiera consumido suficiente comida, indicó con la cabeza a cada niño, por turno, el permiso para que abandonaran la mesa y se dirigieran a sus habitaciones a dormir.

Desde su pequeño dormitorio, en lo alto del alero de la casa, Albornoz miraba por la claraboya, sobre la ciudad de Cuenca, a través de la garganta y el río, hasta el campo más allá. La luna estaba casi llena, así que su brillo captó su atención y su imaginación.

Me pregunto qué hay detrás de las estrellas. Algún día encontraré la respuesta, de eso estoy seguro. Hoy no debería haber soportado esa paliza, pero al final los perdedores serán ellos, no yo. Y mis hermanos... se convertirán en soldados, lucharán por el rey, lo consideran su deber. ¿Deber? Son bienvenidos, pero yo soy mejor que eso. Prefiero seguir un sueño que morir por una causa desconocida en tierra extranjera".

A la mañana siguiente, lo primero que oyó Albornoz fue la campana del desayuno. Saltó de la cama y se mojó la cara con agua de un cuenco que había en la cómoda. Era tan temprano que el día apenas había entrado por la claraboya, y parecía más bien de noche. Pero el timbre nunca mentía, y se esperaba que todos los comensales estuvieran a la mesa puntualmente. Uno u otro de los tres hermanos

podía llegar con retraso cuando García entregaba una caja en la oreja o desterraba al niño culpable para que pasara hambre y se enfurruñara en su habitación.

En cuestión de minutos, Albornoz se había puesto la túnica, bajado la escalera y bajado a trompicones a la planta baja. Llegaba tarde, pero respiró aliviado al entrar en la habitación: junto a su padre estaba sentado un hombre que no reconoció. Ambos estaban tan absortos, estudiando una hoja de pergamino, señalando con el dedo una parte y otra, que su tardía llegada pasó desapercibida.

"Aquí... siéntate a mi lado", siseó madre, con los labios apretados. "No hay que molestar a papá en sus quehaceres bajo ningún concepto, o lo pagaremos todos".

La criada, que parecía un ratón, se acercó para llenar de leche el vaso del niño. Cogió un trozo de pan de la cesta y luego queso de una fuente.

"¿Dónde están Fernan y Alvar?", susurró.

"Calla, baja la voz. Ya han comido y se han ido a la casa solariega, pasado el gran río. Hoy hay un sargento allí, y padre les ha organizado prácticas de esgrima..."

García Álvarez de Albornoz pertenecía a una importante familia castellana que sirvió a los reyes de Castilla y Aragón a lo largo del siglo en una época de tensiones entre los dos reinos que permanecieron separados hasta 1469. El señor de la casa era un hombre "de bienes terratenientes" -el escudo de armas de la familia esculpido en piedra sobre la puerta de entrada atestigua su posición-. Sus ingresos procedían de los diezmos de los agricultores de la región, por lo que tenía un gran interés en su productividad estacional. Sabía, sin razón, pero con inquietud, que pertenecía a la clase luchadora acomodada, aunque nunca hubiera levantado una espada con ira. Esta inseguridad sobre su rango social se manifestaba, extrañamente, en la frustración que le producía intimidar verbal y físicamente a su mujer, hijos y criados.

Albornoz abandonó la casa, una residencia de piedra de tres plantas que ocupaba un lugar destacado junto a la catedral de la ciudad, en la Plaza Mayor, en la que se encontraba la capilla familiar. Amanecía y las callejuelas se animaban en la penumbra con el ruido de los comerciantes al abrir sus escaparates. Aún no había ningún cliente a la vista, pero no podían evitar anunciar sus mercancías con voces cantarinas. Un niño empujaba una carretilla cargada de melones, naranjas y manzanas, cuyas ruedas de acero repiqueteaban sobre los adoquines de la calle. En una esquina se sentaba un mendigo ciego, con los ojos vendados, vestido con una túnica raída y haciendo sonar una moneda en un cuenco de peltre en el suelo entre sus piernas para alertar a los transeúntes de su presencia.

Nuestro muchacho acababa de cruzar la plaza de la Merced cuando un amigo le saludó

"¡Eh, Albornoz! ¿Qué te trae por aquí a estas horas?".

"Hola, Samuel. Tengo una lección con el padre Gelmiro".

"¡Una lección! No sabía que hacías ese tipo de cosas".

"¿Cómo que estúpido? Mis padres pagan lo que sea por ello, y dicen que sólo tendrás éxito en la vida si sabes leer y escribir, ¡así que ya está! Y, a diferencia de la mayoría de vosotros, soy listo: me aprendo el latín que hablan en la iglesia".

"Claro que sí. De todos modos, ¿cómo está ese ojo morado que te hiciste ayer? Luc te dio una buena paliza, ¿verdad?".

Albornoz agarró a Samuel del brazo y tiró de él para acercarlo, sus narices rozándose. Con los dientes apretados, replicó,

"Te equivocas, amigo mío, le dejé ganar la lucha. ¿Y por qué? Porque sé que en su casa ha habido escorbuto -por la noche meten las bestias dentro-, así que estaba siendo amable con él. No iba a aprovecharme de un chico debilitado por el escorbuto, ¿verdad?". Ocho años, y Albornoz ignoraba que el efecto del escorbuto no era el debilitamiento, pero mostraba la astucia y la doblez de un adulto sabio.

"Ah, ahora lo entiendo", concluyó el amigo.

Los dos muchachos se apartaron el uno del otro, pasado el momento de agresión.

"¿Nos vemos esta tarde junto al río?".

"Sí".

La mente del joven Albornoz se distrajo y recordó relatos que había oído sobre la historia del pueblo.

No puedo imaginarme mi pueblo sin -antes- sus gentes, aunque sé que aquí no había nada hasta que llegaron los romanos. De eso hace mucho, mucho tiempo. Me imagino a sus legiones, fuertes y disciplinadas, marchando hacia aquí y reconociendo un lugar ideal para construir su base, que se convertiría en una ciudad. El desfiladero de los ríos formaba una defensa natural y ningún enemigo se atrevería a escalar el acantilado. Aquellos romanos eran hábiles constructores, además de feroces guerreros. Pero me pregunto cómo construían las murallas... ¿cómo hacían para apilar un bloque de piedra sobre otro? Gracias a mis clases sé historia, ¡seguro que mejor que los mayores!

Después de unos minutos más,

'...después de los romanos, fueron...err...sí, los moros, y no fueron expulsados hasta 1147, por el buen rey Alfonso. Llamó a Cuenca "Noble y fidelísima", y supongo que tiene razón. El padre Gelmiro me dice que vivimos en una ciudad en perfecta armonía entre la naturaleza y su arquitectura. En fin, basta de soñar despierto, será mejor que me ponga en marcha, o llegaré tarde a mi lección'.

Albornoz siguió caminando por el pueblo, hasta la plaza de Mangana, y luego por la calle de Zapaterías, donde florecía un enclave judío. A continuación, se dirigió a la plaza del Salvador, donde se encontraba la panadería del pueblo. Poco después llegó a la plaza de los Carros, en el barrio sur de Cuenca, donde se encontraba la casa del padre Gelmiro, justo dentro de las

fortificaciones de la ribera del Huécar.

El sol ya había salido y bañaba las fachadas de colores de las casas con un suave calor dorado. Los arcos de piedra conducían a patios interiores; las mujeres se inclinaban sobre las balaustradas de los balcones, intercambiando cotilleos con sus vecinas; los niños, armados con escobas que les doblaban la estatura, barrían las fachadas de sus casas; por las mañanas no había juegos para ellos, sólo tareas o lecciones para unos pocos privilegiados.

El joven estudiante levantó la mano para tirar de una cuerda y sonó un timbre. La pesada puerta se abrió.

"Ah, buenos días, Albornoz. Pasa, hazlo", le indicó el padre Gelmiro a su alumno. Vestía una larga sotana negra de mangas largas que tocaban el suelo. Una tonsura sacerdotal le cubría la coronilla, y mechones grises de cabello formaban el círculo circundante. Un sencillo crucifijo de plata colgado del cuello completaba el austero atuendo clerical. Sonrió, amable y apacible, con sus afilados ojos azules centelleantes, e indicó el banco de la mesa situada en el centro de la sala. Ninguno de los dos habló. El ambiente era tranquilo y reverencial mientras el hombre se arrodillaba ante un reclinatorio, abría una pesada Biblia y murmuraba palabras inaudibles. Concluidas las oraciones, cerró el libro, se levantó y se volvió hacia Albornoz.

"Menos mal que hoy llegas a tiempo. Tengo muchos deberes que cumplir después de la lección", pronunció distraídamente.

"Comprendo, padre". Claro que no entendía, pero sabía, instintivamente, el tono correcto que había que adoptar ante la autoridad.

La casa de Gelmiro constaba de una sola habitación en la planta baja con escaleras que conducían al dormitorio. Una única ventana con postigos era la única fuente de luz natural. El único mobiliario era un lavabo con un cuenco y una jarra, y estanterías que se extendían a lo largo de toda una pared, gimiendo bajo pilas de polvorientos pergaminos amarillentos, testimonio de su erudición.

"Sí...", continuó, "un matrimonio que bendecir, seguido esta tarde de

ritos funerarios para un entierro y, para completar el día, un niño que bautizar. Llegan a este mundo y se van del mismo, pero todo en la presencia generosa del Buen Dios. Nacidos y enviados... todos somos iguales". Soltó una risita al oír sus palabras rimadas, aunque cualquier humor en ellas reflejaba sinceridad y humildad.

Una figura baja y robusta llenaba la túnica negra; su barbilla de corte cuadrado retrataba la determinación y la pasión de un hombre que había conocido pruebas y tribulaciones, pero que las había soportado, triunfante, para ascender en las filas del clero y convertirse en el sacerdote predilecto del obispo.

Los estrechos y brillantes rayos de sol iluminaban una brillante calva con mechones de cabello gris a ambos lados.

Era una persona afable y considerada. Su casa pertenecía a la Iglesia, y su honorable trabajo le aseguraba la exención de impuestos. Comía abundantemente por cortesía de los feligreses o, a veces, en el refectorio del convento, y su corpulencia era testigo de la cantidad que consumía. Sin embargo, los más pobres, que luchaban por llevar comida a sus mesas, resentían esta prerrogativa. El sacerdocio, a lo largo de los siglos, se consideraba más cercano a Dios que sus pecadores rebaños, mientras que con demasiada frecuencia eran ellos los que caían en desgracia. Las ventajas financieras y la promiscuidad sexual eran frecuentes y normalmente pasadas por alto por los superiores de la Iglesia. Gelmiro era inocente de lo primero, pero sucumbió a lo segundo. Los ancianos eclesiásticos, perversamente, multaban a sus sacerdotes por una tonsura mal afeitada, pero hacían la vista gorda ante comportamientos inadecuados y permisivos.

"Entonces, comencemos". Muchos sacerdotes enseñaban en privado - la única fuente de educación para los jóvenes-, pero su enseñanza era con demasiada frecuencia escasa y básica, reservada a estudiantes ricos seleccionados, siendo la lectura y la escritura en latín, los estudios religiosos, la filosofía y la retórica el currículo común.

"Ahora te pondré a prueba con las diez palabras que te dije que aprendieras". Albornoz enderezó la espalda y se agarró al borde de la mesa como para ayudar a su concentración.

"¿Qué es 'puerta'?"

"Ianua, padre".

"Correcto. Ahora, 'ventana'".

"Fenestrum".

"Correcto."

"Mesa."

"Mensa."

El chico respondió a las diez palabras de la lista, perfectamente aprendidas.

"Esto está bien hecho, joven. Y así, a nuestra lectura. Toma la hoja que tienes delante y déjame oírte leer".

Respirando profundo, comenzó.

"Ave Maria, gratia plena, Dominus fecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus..."

'Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús...'

"Estas santas palabras las has leído con respeto y sin error, muchacho. Ahora, consideremos la gravedad de las palabras, pues siempre hay sabiduría e instrucción en el Buen Dios."

La lección continuó, y la sensibilidad e inteligencia de las preguntas de Albornoz tomaron a Gelmiro por sorpresa. No esperaba tanta madurez e interés en alguien tan joven.

Sin embargo, al cabo de media hora, el estudio se vio interrumpido por el tintineo del timbre de la puerta. Gelmiro fue a abrir. En el umbral se encontraba una señora de cierta edad, regordeta y bien plantada. Saludó al sacerdote con una amplia sonrisa y dio un paso hacia el interior. Al ver a Albornoz, se sonrojó e, inclinando la cabeza como para evitar que el muchacho la oyera, susurró

"Oh, lo siento, Gelmiro, no sabía que tenías compañía... ¿vuelvo más tarde?".

"¡Vete, mujer! Deberías elegir tus visitas aquí con mayor circunspección. ¿No sabes que tengo una reputación que considerar?"

CAPÍTULO CINCO

CUENCA, REINO DE ESPAÑA, PRIMAVERA DE 1318

Albornoz se volvió y se despidió alegremente de su madre, que estaba en el umbral de su casa. Ella le devolvió el gesto, resplandeciente con su habitual gorro de encaje y su crujiente gorguera blanca.

Debo darme prisa. Mamá dice que al padre Gelmiro le espera un día ajetreado con muchas obligaciones que cumplir. Apuesto a que se reunirá con gente importante de la ciudad para...".

Los pensamientos del muchacho estaban incompletos. Gelmiro sólo le había contado unas pocas actividades relacionadas con su cargo, pero él ansiaba saber más. Cómo debe ser... en la catedral, ante la gente de mi ciudad...".

El joven caminaba por las calles a paso ligero. Cuenca acababa de despertar, y él disfrutaba de la intimidad que le proporcionaba el amanecer. En la plaza del Salvador pasó por delante de la fachada abierta de la panadería y el glorioso aroma a pan que desprendía la bruma anaranjada del horno llenó sus sentidos. Estaba saboreando el maravilloso aroma cuando el panadero, un hombre corpulento y jovial, con el delantal blanco de harina, le saludó.

"¡Hola, muchacho! Buenos días".

"Lo mismo digo, Erec. ¿Alguna posibilidad de un mendrugo de tu mejor pan, recién salido del fuego?"

"¡Maldito descaro! Aun así... tu madre es una de mis mejores clientes, y no podemos molestarla, ¿verdad?".

Cogió una hogaza que descansaba sobre una rejilla metálica y partió

un trozo.

"¡Ya está!", dijo, dándole a Albornoz su golosina, con la frente llena de remilgos de sudor.

"Gracias, Erec. Ahora tengo que irme".

"Bien. Pórtate bien". El panadero le instaba así cada vez que sus caminos se cruzaban.

"Por supuesto, lo seré. Adiós." Y con eso continuó rápidamente su camino.

"Estoy deseando que llegue mi lección de esta mañana. Me he aprendido las palabras que padre me puso, así que estoy seguro de que acertaré cuando me ponga a prueba. No entiendo por qué mis amigos se burlan de mí por aprender latín. En la iglesia, sé lo que significan la mayoría de las oraciones, y también los himnos. Están celosos, eso es lo que pasa, e incluso mis hermanos se burlan de mí diciendo: 'El latín no gana batallas' o '¿Cómo vas a matar a tu enemigo con buenas palabras? Pero seguro que no me abriré camino en la vida blandiendo una espada. Tiene que haber un camino mejor".

Albornoz estaba a punto de coger la cuerda y tocar el timbre cuando la puerta se abrió y la misma mujer regordeta que había conocido unos días antes se encaró con él.

"Ah, es el joven Albornoz, ¿verdad?".

"Sí, señora".

"...err...sí...el padre Gelmiro me ha hablado mucho de usted. Dice que eres un alumno aplicado".

"Hago lo que puedo", y con estas palabras bajó la cabeza y fingió una inocente timidez, sabiendo que los adultos preferían ver a sus jóvenes comportarse de forma respetuosa y servil.

"Como debe ser, además. En fin, que tenga un buen día. Sólo he venido a llevarle a papá unos... asuntos para que los atienda. Me

gusta ayudarle siempre que puedo, ¿sabe?".

Recogiendo su larga túnica en una mano, le dio una suave palmada en la cabeza y se marchó. Dentro, Gelmiro se ajustó el cinturón, se pasó los dedos por los mechones de cabello gris y respiró profundo.

"Siéntate, Albornoz, mientras rezo un rato. Hay que agradecer al Buen Dios los dones que nos concede".

"Sí, padre, por supuesto".

"Toma, coge esta hoja; la oración está escrita ahí, para que puedas seguirla mientras hablo. Es un salmo".

Albornoz se sentó a la mesa, con el pergamino desenrollado ante él. Gelmiro se arrodilló ante el prie-dieu y comenzó a entonar los versos, con tenue reverencia, pero lo bastante alto para que su pupilo pudiera oírlos. Concluida la lectura, el sacerdote se levantó, inclinó la cabeza y se persignó. Volviéndose hacia Albornoz, le preguntó,

"¿Has entendido el salmo, muchacho?".

"Creo que sí, padre. Empezaba lo más correcto...".

Gelmiro sonrió y, en tono amable, le corrigió.

"Los justos heredarán la tierra y habitarán en ella para siempre".

"Esa palabra del principio reconozco que no la conozco".

"Justos. No, no la oímos en nuestra vida ordinaria. Es, como decimos, una palabra bíblica".

"¿Es importante entonces?"

"En efecto, lo es".

"Por favor, dime su significado para que pueda apreciar mejor todo el salmo".

Gelmiro dio un respingo, sorprendido por la madurez del lenguaje

del prodigioso muchacho.

"Si un hombre asiste a la iglesia tres veces por semana, es justo. Si no maldice y trata a sus siervos con mano ecuánime, también es justo. Y... si paga su diezmo en el tiempo prescrito, es, igualmente, justo. ¿Entiendes mi explicación?"

"Sí, Padre, lo entiendo, y yo también seré justo, lo juro. ¿Pero qué pasa con los hombres que no son así? Y - "

"Él es, en verdad, un talento precoz raro, y uno que debe ser nutrido."

"¡Despacio! Los que se extravían y no son justos, pues, no entrarán en el Reino de Dios, sino que serán consumidos por los fuegos del Infierno por toda la eternidad."

La mirada de Albornoz no se había apartado del rostro del hombre mientras éste se tragaba cada dramática palabra. Inspiró bruscamente, visiblemente afectado por aquella filosofía que le acompañaría durante toda su vida.

"Entonces, por tu explicación, entiendo que existe el bien y el mal, como el blanco y el negro, uno enfrentado al otro".

"Lo tienes, pero eso es suficiente consideración de la Buena Palabra por hoy. Abordemos las palabras latinas que has aprendido para mí. Palabras que no son tan santas como las Suyas, pero, sin embargo, de valor."

"Espero recordarlas sin error".

Gelmiro probó a Albornoz, una a una, y no cometió ningún error.

"Vamos ahora..." Pero el hombre fue interrumpido por el timbre de la puerta. En el escalón había un muchacho harapiento que le entregó un pergamino.

"Si le place, Padre, tome esto. Es de la oficina del Obispo. Dice que lo vea hoy".

"Gracias, muchacho."

El corredor asintió, pero no se fue hasta que le pusieron una moneda en la mano.

"Dios lo bendiga, Padre." Y se marchó sin más preámbulos.

El sacerdote se sentó junto a Albornoz, pero permaneció en silencio mientras pasaba un dedo por la hoja, chasqueando la lengua con cada línea.

"Mmmm... se avecinan días ajetreados, eso seguro. Cinco... seis... siete diezmos que cobrar".

"¿Diezmos? ¿Qué son, padre?"

"Si le interesa, se lo explicaré".

Cogió una jarra de la cómoda y llenó una copa de vino.

"Bueno, un diezmo es una décima parte de los ingresos de un agricultor por el ganado y los cultivos, evaluados por la Iglesia. Luego se entrega al obispo, quien, con esa cantidad, paga a sus sacerdotes, a los pobres y el mantenimiento de las iglesias. El agricultor vive en una casa de campo que pertenece a Su Gracia, al igual que la tierra que trabaja. Es un acuerdo justo para todos".

"¿Y si no puede pagar el diezmo?"

"En tiempos de abundancia, los cultivos florecen y la cosecha es abundante. Pero cuando el Señor Todopoderoso hace que el río se desborde y los cielos se abran con lluvias torrenciales, no hay trigo ni cebada que vender. Hace pocos años, una terrible sequía dejó estériles los campos, y todas las plantas que crecían murieron.

"Luego, he visto cómo la grave murraña, una enfermedad, azotaba a los bueyes y a las ovejas que salían a pastar. ¿Qué precio se paga en el mercado por una bestia infectada? Los buitres merodean por encima de la cabeza y se lanzan a la tierra para recoger la carne de los cadáveres. ¿Cuánto pagará el carnicero por una carne pútrida?".

"Padre, te he preguntado qué pasa si no puede pagar".

"Considero a cada hombre según sus méritos y circunstancias ajenas a su voluntad. Pero si no puede pagar, la Iglesia puede, in extremis, excomulgarle".

El rostro de Albornoz se contorsionó de incomprensión.

"Perdóneme, debería tener en cuenta lo joven que es usted. Excomulgar significa que ya no recibirá el Sacramento y puede ser rechazado por su familia y compañeros, pero de nuevo esto sería in extremis -eso es latín, y significa...err...como último recurso, si ese hombre no ha hecho todo lo posible por triunfar sobre su situación. Pero que conste, y cito las Escrituras, que el diezmo 'debe hacerse en conjunción con una profunda preocupación por la justicia, la misericordia y la fidelidad' - Mateo 23:23."

"Ya veo", respondió en tono suave. "Entonces, mejor que no falte".

"Así es". Gelmiro volvió a centrar su atención en la lista y levantó la vista.

"Ya que muestra tanto interés por los diezmos, puede acompañarme esta tarde por el desfiladero hasta las granjas".

"¿De verdad? Sí, por favor, padre".

Marchando al lado de Gelmiro, con la cabeza alta y el pecho erguido, se sentía orgulloso de verse en compañía de uno de los hombres más importantes de la ciudad. El sacerdote, que llevaba la bolsa de terciopelo púrpura que utilizaba para el dinero del diezmo, parecía saludar a cada persona con la que se cruzaban mientras seguían el camino por el peñasco rocoso.

"Mis viejas piernas no pueden con los escalones", jadeaba.

El sol primaveral, ahora menos opresivo que el calor del mediodía, calentaba suavemente sus rostros mientras caminaban junto al río en dirección a las granjas.

"Descansa un momento mientras recupero el aliento".

Se sentaron en el tronco de un árbol caído. El sacerdote echó la cabeza hacia atrás e inhaló profundamente.

"Qué fragancias tan dulces, qué delicia..." Mientras hablaba, vio que su joven compañero miraba a lo lejos.

"¡Eh, muchacho! ¿Me oyes?"

"Perdona, padre, ¿qué has dicho?"

"¿No te asaltan los sentidos..." La confusión enmascaró el rostro del muchacho. Gelmiro reformuló su pregunta.

"¿No eres consciente de la resina de los pinos, de la flor de la magnolia, del murmullo del agua? Cómo me transportan a mi juventud".

"¿Su juventud, señor?"

"Sí. Muchas veces he caminado por este mismo sendero con mis amigos. Pescábamos, perseguíamos, luchábamos..."

"Igual que yo, entonces. Pero dices, 'en tu juventud'... ¿entonces naciste aquí?"

"Sí, en un pueblo más abajo, donde el Júcar se une al Huécar. Mis padres comerciaban con telas finas, algodón e incluso damasco de seda. Lo compraban en barcazas árabes y luego lo vendían a la gente del pueblo y de los alrededores. Cuando yo tenía siete u ocho años, más o menos tu edad, tenían dinero suficiente para comprar una casa en la ciudad. Mi madre y mi padre, como los tuyos, se aseguraron de que me instruyeran en latín, así como en otras materias menos importantes. Luego..."

"¡Entonces fuiste cura!", soltó Albornoz. Gelmiro sonrió con afecto.

"No es tan sencillo, ni mucho menos. Pero, en fin, sí, fui cura de Cuenca. A día de hoy, soy el único cura del pueblo que es de aquí; todos los demás han nacido en otras partes del país. Mmmm..." Sus pensamientos se desviaron.

"...sí, son extranjeros, si se quiere. Pero así son las cosas. El obispo selecciona a los sacerdotes de su diócesis y prefiere traer sangre fresca, aunque yo soy la prueba viviente de que hay excepciones y se puede hacer... err... desde dentro".

"Se puede hacer", se hizo eco Albornoz. El clérigo repitió distraídamente el nombre del muchacho,

"Albornoz... Albornoz... tu apellido forma parte de esta región desde hace muchos años, ¿lo sabías?".

"No, padre".

"Valle abajo, a unos ocho o nueve kilómetros, había un pueblo que se llamaba Albornoz. Ya no existe, no sé por qué: plaga, inundación, lo que sea. Tus antepasados tomaron el título de esa aldea, o fue la aldea la que se lo dio... no importa. La iglesia estaba dedicada a San Gil. Naciste el primer día de septiembre, fiesta del santo, de ahí tu nombre. Perdona si eso te confunde, pero la historia es así".

"Le creo, padre, y es un gran honor para mi familia". Silencio. Albornoz estudió al hombre, siempre inquisitivo, deseoso de aprender.

"Permítame una pregunta, y espero que no sea impertinente".

"Por supuesto".

"¿Por qué llevas la cabeza rapada?".

Gelmiro inspiró, aliviado de que no se refiriera a complejidades religiosas que pudiera encontrar difíciles de responder. Ya se había dado cuenta de que el chico era maduro para su edad.

"Cuando el apóstol mayor, Pedro, fue enviado en la enseñanza y predicación del Señor, su cabeza fue rapada por aquellos que no creían en su palabra, como en burla. Cristo bendijo su cabeza y cambió la deshonra en honor, el ridículo en alabanza. No era una corona de piedras preciosas, sino una que brilla más que el oro y resplandece más que el topacio. Es una corona de fe".

"¡Más brillante que el oro!" repitió Albornoz. "Yo no he visto ni

tocado el oro, pero dicen que se guarda a buen recaudo en la caja fuerte del rey de Aragón".

"Me atrevo a decir que sí, joven. Pero, y recuérdalo bien, el oro no vale tanto como la fe".

"Lo haré, padre". Calló, considerando el consejo de Gelmiro.

"Los monjes, marchando por la ciudad con sus largas túnicas marrones, ellos también tienen la tonsura, ¿verdad?".

"Sí, la llevan. Es su orden, por decirlo así... no tienen elección en cuanto a lo que visten o su aspecto. Su Abad dicta las reglas. He tenido el placer de tener muchas discusiones teológicas en su compañía. Buscan cualquier oportunidad para difundir la Buena Palabra. Sin embargo, cada uno tiene explicaciones diferentes cuando se trata de la tonsura. Algunos dicen que los discípulos de Jesús la llevaban así, por lo que tienen razón al copiarlos. Otros sostienen que los esclavos del otro lado del mar, con el tiempo, llevaban la cabeza rapada, y también los monjes son esclavos... de Cristo. El viejo padre Gironimo, un querido amigo mío, cree que la tonsura representa la corona de espinas que los soldados romanos colocaron en la cabeza de Nuestro Señor en su crucifixión... pero ¿quién sabe la verdadera razón...?".

"Gracias, Padre, estoy satisfecho de haber aprendido tanto".

"En absoluto, Albornoz, salvo que siempre debes ser consciente de que son nuestras acciones las que acaban definiéndonos, no nuestra apariencia". El pupilo de Gelmiro no dijo nada más sobre el tema -el anciano ya estaba acostumbrado a momentos de contemplación por su parte-. Entonces,

"No todos los sacerdotes llevan el cabello así. Mi madre dice que si los mechones del padre Guillén se alargan mucho, ¡se tropezará con ellos en medio del pasillo de la catedral!". Esta afirmación fue recibida con una sonora carcajada.

"¡Tu madre tiene razón sobre Guillén! Como simples sacerdotes, podemos elegir la tonsura o no, a diferencia de los monjes de la abadía. Nunca se sabe, ¡un día podríamos verte, como hombre, con

la cabeza rapada!", bromeó.

Quién sabe", pensó Albornoz.

Caminaron un trecho hasta llegar a la primera casa de campo del valle donde comenzaba la agricultura.

"¿Es ésta, padre?".

El anciano desenrolló el pergamino para comprobarlo.

"No, es la cuarta del camino. Las tres primeras han pagado sus diezmos". Entonces,

"Aquí estamos."

Aunque la casucha que tenían delante tenía una puerta de madera -todo un lujo-, sus ventanas no tenían cristales caros, sólo cortinas sucias y raídas que protegían del viento y la lluvia. La paja del tejado era, en parte, tan fina que el más leve chaparrón podía penetrar en el interior.

Gelmiro se sacudió el polvo de las mangas de su sotana negra, se colocó la cruz de plata en el centro del pecho y llamó firmemente a la puerta. Esto lo repitió tres veces.

"¿Quizá hayan salido?"

"No están fuera, créame. No les gustan los visitantes que suelen ser alguaciles, deudores, mendigos -que no saben que tienen más en la bolsa que los dueños de casa- o clérigos como yo. ¿Lo ve? Siempre deben dinero; es una forma de vida para ellos".

Tras una espera, la puerta se entreabrió, pero Gelmiro no pudo distinguir el rostro que había dentro.

"¡Mujer! ¡Muéstrate! Vengo de parte de Su Gracia, el Obispo, ¡así que abra!".

La puerta retrocedió lentamente y Gelmiro entró, apartando a la

mujer, seguido de Albornoz. Ella se acobardó, temerosa de lo que iba a suceder. Bajo el delantal llevaba una túnica de mala calidad que le llegaba a las rodillas. El cabello gris y enmarañado le colgaba a ambos lados de un rostro ennegrecido por el hollín de haber atizado el fuego. Esbozó una sonrisa avergonzada que dejaba ver más huecos que dientes.

Albornoz entrecerró los ojos para adaptarlos a la oscuridad casi total. Una estufa en medio de la única habitación echaba un humo que acababa saliendo en espiral por un agujero del techo. En un colchón de paja situado en un rincón, distinguió a tres crías graznando. En la mesa se sentaban cuatro golfillos que a Albornoz le parecieron más jóvenes que él, jugando ruidosamente a un juego con discos de madera; se intercambiaban golpes con frecuencia, gritando en un patois que no reconoció. Su mirada se posó entonces en una cabra sarnosa atada a una argolla colocada en la pared. Una niña, mayor que los demás niños, en un taburete de tres patas, apretaba las tetas del animal en un vano intento de obtener algo más que un hilillo de leche. La mujer se alisó nerviosamente el mugriento delantal, se atusó el lacio cabello detrás de las orejas y habló primero.

"Padre Gelmiro, sea bienvenido a nuestra humilde morada. ¿Tomará cerveza?"

"Muy amable".

"¿Y el niño?"

"¡Demasiado joven para la cerveza! Es mi... ayudante". Le hizo un gesto con la cabeza y llenó una copa que Gelmiro bebió de un trago, deseoso de seguir con los asuntos del día.

"¿Dónde está tu marido?"

"Blas está en el campo".

Dejó la taza vacía y condujo a Albornoz a través de un arco en la parte trasera de la propiedad hasta un pequeño patio. Las gallinas picoteaban el suelo, los gansos en un corral de madera batían las alas violentamente y tocaban el claxon, como para advertir a los

dos extraños. A través de una verja, el campo de Blas se extendía ante ellos hasta un cobertizo de piedra que marcaba el extremo más alejado. El arrendatario conducía dos caballos tirados por yuntas que arrastraban un escarabajo de hierro, y que un muchacho mantenía en movimiento dándoles golpecitos en los ijares con un palo. De un extremo a otro del campo, la tierra labrada se desplegaba en largas líneas rectas, la habilidad de un granjero perfeccionada a lo largo de toda una vida.

"¡Eh, Blas! Me gustaría hablar contigo", atronó el clérigo.

El hombre no escuchó o prefirió no escuchar. La llamada se repitió y, esta vez, Blas miró hacia ellos, levantando la mano en señal de reconocimiento. Le pasó las riendas al muchacho y se acercó a ellos a paso lento.

"Trabajo duro, Blas".

"Así es, padre".

El granjero se secó el sudor de la frente con el antebrazo y se plantó ante ellos, con las manos en las caderas.

"¿Qué te trae hoy por aquí?"

"Tu diezmo, hijo mío. Aún no has pagado el del año pasado". Esto fue recibido con una carcajada socarrona.

"¿Diezmo? ¿Y cuánto dices que es?".

"Veinte reales".

"¡Veinte reales! ¡Escuchad a este hombre! Tantas probabilidades como yo de ser coronado rey de Aragón".

"Es la cantidad que calcula el Obispado según el tamaño de tu campo y el número de bestias, así que es correcta".

"¡Correcto mi culo! Ay, señor, si mis cosechas hubieran ido bien y la mayor parte de mi ganado no se hubiera perdido por no sé qué

enfermedad. ¡Veinte reales, dice el hombre! Gané lo justo para comprar verduras para la olla; mi familia no tuvo carne ni pescado para comer en todo un año. Permítame decirle que hasta el río estaba maldito, y si hubiera tenido tiempo de ir a pescar, que no lo tuve, habría tenido suerte de pescar siquiera un viejo lucio. ¿Me oyes, padre? Hago lo que puedo, trabajo duro, igual que mi mujer, pero no ganamos lo suficiente para vestir y alimentar a los niños... vivimos de casi nada. Veinte reales".

Albornoz observaba la escena fascinado.

'Este hombre debe pagar lo que debe. Debe esa cantidad, así que lo correcto es llegar a un acuerdo. Lo siento por él, pero la ley es la ley. Cada uno de nosotros debe someterse al buen oficio del Obispo'.

Gelmiro, claramente conmovido por la difícil situación del inquilino, se rascó la tonsura y murmuró unas palabras inaudibles para sí mismo. Desenrolló el pergamino y examinó detenidamente las cifras antes de pronunciar en tono suave

"Eres un hombre piadoso, Blas. Os he visto a ti y a los tuyos en la iglesia, y no tengo conocimiento de ninguna transgresión que haya llamado la atención de Lord Stewart. Este año, el clima es de buen augurio, y a ti, si a Él le place, debería irte mejor. Por lo tanto, estoy convencido de aplazar los veinte reales. Revisaremos su situación después de la cosecha. El diezmo debe hacerse en conjunción con una profunda preocupación por la justicia, la misericordia y la fidelidad -así dijo Mateo."

Albornoz recordó esta cita de la Biblia que Gelmiro había leído en voz alta.

Blas se arrodilló ante el sacerdote, le cogió la mano y le plantó un beso, perdido por cualquier forma adecuada de agradecerle tanta amabilidad.

"Basta, Blas. Te dejamos con tu trabajo. Que Dios os bendiga a ti y a tu familia".

El cura y Albornoz volvieron a subir por el campo y atravesaron la desamparada cabaña para encontrarse con bebés gritones y niños

estridentes. Sonrió a la madre y marcó una cruz en el aire en dirección a los demás, y partieron para retomar el camino hacia el pueblo.

Tras un rato en silencio, Albornoz habló.

"Padre, el campesino no pagó el diezmo, por lo que no es justo. Tú me explicaste lo que es ser justo hace un rato, así que ¿no debería ser castigado?". Gelmiro fijó su mirada en el muchacho, enfadado por su ingenuidad, y le reprendió bruscamente.

"¿Crees que la ira de Dios debe visitar a almas tan tristes, como para satisfacer a los linchadores que claman por sangre? No. Hay momentos en nuestras vidas en que el castigo no se ajusta al crimen. Algún día lo aprenderás por ti mismo". Albornoz dio un paso atrás, sorprendido por la agitación del hombre. Pensó,

"El padre Gelmiro es un hombre amable, eso no lo puedo negar. Pero una bendición no paga el diezmo, ¿verdad?". Luego, a su vez, el sacerdote pensó,

'Este chico llegará lejos. Es inteligente y muestra ingenio y determinación. Me recuerda bastante a mí a su edad... hasta que conocí el mundo real'.

CAPÍTULO SEIS

CUENCA, REINO DE ESPAÑA, VERANO DE 1318

Una primavera templada daba paso al verano meseteño en toda la región castellana. Las lluvias torrenciales habían permitido, para alivio de los agricultores, que germinaran los cultivos recién plantados. Con pragmático realismo, este año preveían una buena cosecha. Albornoz y sus amigos se reunieron en el valle, como de costumbre, pero a última hora de la tarde, cuando el feroz calor del sol había amainado. Al mediodía, las calles estaban desiertas y las tiendas cerradas: sus habitantes, jóvenes y viejos, permanecían en casa; los sabios perros y gatos callejeros se refugiaban en rincones sombríos y bajo los bancos. Cuenca era sin duda una ciudad atractiva, un lugar tranquilo, cómodo y a gusto consigo misma. Situada en un promontorio rocoso y escarpado, no hacía más que despreciar a los más pobres del valle y de más allá. La proliferación de iglesias -Santos Pedro y Miguel, Nuestro Salvador, San Felipe Neri, Nuestra Señora de Luz y demás- atestiguaba la omnipotencia cristiana que gobernaba a los devotos de la ciudad. La única prueba que quedaba de la ocupación musulmana del lugar era el castillo, gran parte del cual arrasaron las fuerzas del rey Alfonso VIII dos siglos antes para poner fin a la dominación árabe.

Albornoz echaba de menos a sus hermanos mayores, Fernán y Álvar, ausentes de casa. Su padre había dispuesto, recurriendo a su círculo de influencias nobiliarias, que recibieran instrucción militar en el castillo del duque de Sessa, en Guadalajara, a dos días de viaje en carruaje. La idea de sus aventuras le entusiasmaba, y esperaba que su turno llegara a tiempo.

Los niños jugaban con alegre desenfreno, lejos de la vigilancia de

los padres. Sin embargo, una jerarquía de poder evolucionaba de forma natural entre sus filas. Su líder era el alto y fuerte Ramón, que daba órdenes, cuando era necesario, para organizar equipos y combatientes, normalmente en su propio beneficio. Procedía de una de las familias más acomodadas de la ciudad, aunque, desde la muerte prematura de su padre a causa de la tisis, a su madre le resultaba difícil mantenerles a él y a sus dos hermanas pequeñas sin la ayuda del limosnero y la caridad en forma de donativos de los compasivos habitantes de la ciudad. Las autoridades sabían que Ramón era un hábil carterista, pero el magistrado o bien no había logrado atraparlo en flagrante delito o bien había desestimado sus delitos por considerarlos demasiado menores para procesarlos y quitarle demasiado de su valioso tiempo. El delincuente vendía objetos robados en el mercado y entregaba los beneficios a su madre. Se daba cuenta de que lo que hacía era contrario a la ley, pero lo justificaba por necesidad: la pobreza les había visitado a él y a su familia, no la había invitado a entrar.

Los jóvenes se divirtieron con todos los juegos habituales: el escondite en la vegetación del valle, el pilla-pilla, la gallinita ciega, el más popular. En este caso, se elegía a una persona como "eso" y se le vendaban los ojos con una capucha. El jugador daba varias vueltas y tenía que detener a sus torturadores, que le tiraban de la túnica, le empujaban e incluso le azotaban. Ramón se complacía en elegir al niño de moda y se deleitaba con los azotes y los empujones. Su reputación y sus acciones atemorizaban a los demás, y su violenta paliza a Albornoz unas semanas antes estaba fresca en su memoria.

Dado el calor, el pasatiempo favorito de los niños era nadar en el refrescante río. Las frondosas copas de los sauces llorones ofrecían después una agradable sombra. El Huécar constituía un paraíso de libertad: nadar, chapotear, reír, llorar, todo ello en los suaves remolinos o contra los rápidos y remolinos de sus profundas aguas azuladas. Su diversión, caótica y alborotada como era, no suponía ningún peligro. Nadaban con la elegancia y la velocidad de una anguila entre los juncos. Los golpes duros no les preocupaban lo más mínimo. Tras cruzar el río a toda velocidad, Albornoz se sentó en un montículo de hierba a descansar junto a dos amigos, un chico y una chica de su edad.

"¡Uf! ¡El agua está fría hoy!" observó Albornoz.

"¡Siempre está fría, estúpido!", replicó el chico.

"Pero está buena", añade la chica.

Se pasó las manos por los hombros, los brazos y las piernas desnudos. Albornoz y el muchacho ya se habían puesto las túnicas, y mientras éste observaba a sus amigos retozando en el río, Albornoz no podía apartar la mirada de su cuerpo desnudo. Era bastante natural que los jóvenes nadaran desnudos: no tenían ningún concepto del pudor y, de todos modos, eran demasiado jóvenes para apreciar la conexión entre un estado de desnudez y la sexualidad. Era la primera vez que se encontraba tan cerca de una chica sin ropa. Ella se frotó inocentemente el vientre, luego las caderas, antes de cubrirse el cuerpo.

"¿Qué es esta extraña sensación en mi interior?", se preguntó, incómodo y teniendo que apartar los ojos de esta criatura infantil que, inesperadamente, comenzó a llorar.

"Madelena, ¿qué te pasa?", le preguntó cogiéndole la mano.

"¿Te has hecho daño?"

"No, no es eso".

"Entonces, dime, hazlo".

"Nosotros... mi hermano Servet aquí, mi madre y mi padre, Johan... debemos dejar nuestro hogar... la granja..."

Servet asintió en señal de confirmación.

"¿Por qué? Seguro que no hay razón para que abandones...". Pero se detuvo, imaginando la escena en que había acompañado recientemente al padre Gelmiro a la granja de Blas para cobrar el diezmo adeudado. Recordó también al sacerdote explicándole cómo la Iglesia podía desahuciar a los arrendatarios por impago, pero él consideró oportuno renunciar al diezmo hasta que llegaran tiempos mejores.

"¿Ha pagado tu padre el diezmo?".

"No. La cosecha del año pasado se arruinó por los meses sin lluvia. El ganado se caía en el campo, día tras día, de una enfermedad. Incluso nuestras gallinas dejaron de poner".

"Ya veo", dijo Albornoz en tono reconfortante y, soltándole la mano, preguntó,

"El cura que vino a cobrar el diezmo, ¿era bajo y gordo, con mechones grises alrededor de la tonsura?".

"No sé qué es eso de la tonsura, pero no, era alto y delgado, con el cabello largo y negro. ¿Por qué preguntas esto?"

"No te enfades. Vuelve a casa con tu hermano y dile a tu padre que puede haber una solución a este problema".

Madelena y Servet no entendían lo que quería decir Albornoz, pero con fe intuitiva en su amigo, obedecieron, salieron del río y tomaron el camino hacia su cabaña.

A la mañana siguiente, Albornoz tuvo clase, como de costumbre. Compartieron una oración y luego Gelmiro probó las palabras en latín.

"Diez sobre diez, ¡bien hecho! Vamos a hablar de unos versículos de la Biblia que he elegido..." cuando Albornoz le interrumpió.

"Padre..."

"Sí, ¿de qué se trata?"

"Ayer, estaba en el río con mis amigos y me contaron que se enfrentaban al desahucio de su casa de campo y de su granja... por culpa del diezmo... y fue otro sacerdote, no usted, quien les visitó. Era alto, delgado y...."

"Ah, reconozco esa descripción". Hizo una pausa, con el ceño fruncido.

"Conozco al sacerdote. Es un hombre piadoso, como todos, pero tiene fama de castigar siempre a la gente que se aparta del Camino, a los que no son justos".

El muchacho fue transportado de vuelta a la explicación de Gelmiro sobre lo que significaba ser justo.

"Padre, esta gente vive y trabaja en la granja contigua a la de Blas, la que visitamos. Le diste la oportunidad de pagar después, ¿no?".

"Así lo hice, y si hubiera sido yo, habría impartido justicia, pero con compasión hacia el hombre, conociendo sus circunstancias particulares y aceptando que la deuda no fue contraída con intención y malicia. No todos los problemas son iguales para todos los hombres. Mostrar misericordia es emular a nuestro Señor Jesucristo". Al cabo de un rato, pronunció,

"La próxima vez que los veas, diles que transmitan un mensaje al padre."

"Señor, ¿qué mensaje?"

"Diles que hay una manera de evitar la situación, que su Gracia el Obispo puede estar dispuesto a ver su caso."

Me asombra el dominio del lenguaje y la madurez de espíritu de este muchacho. Tanta confianza en alguien tan, tan joven. Es raro, en verdad.

"Así se hará, Padre."

Más tarde esa mañana, Gelmiro se sentó fuera de la oficina del Obispo. El capellán salió.

"Su Ilustrísima le recibirá enseguida". Nunca era así: su estratagema consistía en atenuar la vehemencia de un visitante, en permitirse la ventaja psicológica de hacerle esperar.

Al cabo de unos veinte minutos, la puerta se abrió y el capellán hizo pasar a Gelmiro a la sala. Ya se había encontrado muchas veces con el obispo y conocía bien el interior. Dos paredes cubiertas por pilas de pergaminos e hileras de libros en estanterías crujían bajo su

peso. En el otro extremo había un escritorio de roble macizo con una biblia encuadernada en cuero y dos candelabros de latón. Detrás había una silla tallada de respaldo alto; delante, un sencillo banco. Una pequeña chimenea tenía leños listos para encender durante los fríos meses de invierno. La única ventana de parteluz de piedra, con sus vidrieras de colores, permitía que rayos de sol penetraran en el despacho, creando un ambiente sereno y misterioso.

"Buenos días, Gelmiro. Acércate a nosotros".

Siguiendo las instrucciones, el sacerdote se adelantó y se inclinó para besar el dedo anular extendido.

Buenos días, obispo", fue la respuesta reverencial.

"¿Qué le trae hoy por aquí? Confío en que no haya venido a denunciar bandas de flagelantes o paganos desbocados". Era conocido por su agudo sentido del humor, aunque nadie dudaba de su capacidad para ser decisivo y, en ocasiones, despiadado. Gelmiro reprendió la ocurrencia de su superior y se sentó en el banco, esperando la invitación para hablar. Una inclinación de cabeza fue la señal.

"Alteza, me ha llamado la atención un asunto relacionado con uno de nuestros granjeros".

"Continúe, por favor."

"El hombre, Johan, ha recibido un aviso para abandonar, ya que el diezmo no ha sido pagado."

"Esto es, de hecho, desafortunado, pero la ley tiene que ser obedecida, Gelmiro. Sin los ingresos del diezmo, nuestras iglesias se deteriorarían y tú te quedarías sin trabajo. ¿Enviaste el aviso?"

"Yo no, Su Gracia, fue el Padre Gaufroi."

"Ah, ya veo." El obispo se tocó la barbilla, con complicidad. "¿Así que el Padre Gaufroi interpretó la ley del diezmo al pie de la letra?"

"Lo hizo, señor".

Los dos hombres entraron en una discusión sobre los principios de la defensa del campesino y la aplicación de las normas en ella contenidas. Finalmente, el obispo indicó a Gelmiro que estaba listo para pronunciarse.

"El granjero, Johan, será relevado del diezmo del año pasado, pero esperamos plenamente que la cosecha actual sea provechosa para nuestros arrendatarios, y todas las deudas serán pagadas".

"Su Excelencia habla con sabiduría", replicó Gelmiro en tono satisfecho.

El obispo tomó su pluma, la mojó en un tintero y escribió su juicio en una hoja de pergamino.

"Ya está, id a la granja e informad a Johan de que no tiene por qué renunciar".

Gelmiro y Albornoz le dieron la buena noticia a Johan. Estaba tan abrumado que rompió a llorar. El muchacho observó, desde una respetuosa distancia, y pensó,

"Me alegro mucho por este pobre hombre. Pero no puedo conciliar su felicidad con la violación de la ley. ¿Qué es lo correcto, pregunto?

Días más tarde, Albornoz se sentó en el mismo montículo herboso de la orilla del río con Servet y Madelena, para secarse y recuperar el aliento tras sus bulliciosos juegos en el Huécar. La niña, con infantil libertad, mostraba un suave cuerpo desnudo antes de ponerse la túnica. Albornoz, como antes, sintió que una reacción física recorría sus venas: se daba cuenta de que significaba algo, pero no estaba seguro de qué.

Servet, normalmente el más callado de los tres, habló primero.

"Nuestra familia os está verdaderamente agradecida a ti y al padre Gelmiro por vuestra ayuda. Mi padre y yo -nosotros, que nunca deberíamos parecer débiles, como hombres- estamos sobrecogidos y

hemos derramado lágrimas, sí, lágrimas de felicidad. ¿Cómo podemos pagároslo?"

"¡Pagaros! Has elegido la palabra equivocada teniendo en cuenta la naturaleza de tu problema".

Servet se dio cuenta de la ironía y sonrió.

"No hace falta que me lo agradezcáis. Quién sabe, algún día yo también podría ser sacerdote".

Los tres amigos pasaron el resto de la tarde charlando, bromeando, atreviéndose, dándose codazos, riendo... diversiones con las que los niños han disfrutado desde tiempos inmemoriales.

"Vamos a darnos otro baño antes de que tengamos que volver a casa", sugirió Madelena.

"Buena idea", convino Servet, así que se quitaron las túnicas, corrieron hasta el río y se zambulleron en sus frescas y refrescantes aguas entre chapoteos y chillidos. Era un juego común agachar a alguien bajo la superficie hasta que hiciera un gesto de sumisión y se le permitiera subir jadeando en busca de aire. Nadie salía herido, todos sabían hasta dónde llevar el juego.

Aquel día eran seis o siete, y todos participaban con gran alegría y buen humor. Sin previo aviso, y por casualidad, Albornoz encontró sus manos sobre los hombros de un chico con el que no se había cruzado desde la ocasión, varias semanas atrás, en que había sido sometido a una severa paliza, por esta misma persona, Ramón. El tiempo se congeló cuando sus miradas se cruzaron. Albornoz sujetó con firmeza al matón. Tal era la diferencia entre sus físicos que Albornoz debería haber sido desechado sin esfuerzo por el más fuerte Ramón, pero sintió una fuerza interior. La aprensión se extendió por el rostro lleno de cicatrices de su adversario y su mandíbula se desencajó dejando ver los dientes que le faltaban. Antes de que pudiera decir o gritar nada, Albornoz lo sumergió bajo el agua con los vergonzosos recuerdos de su combate de lucha corriendo por su mente.

Mentí a mi madre cuando me preguntó qué había pasado. No admití la

verdad para proteger su admiración por un hijo predilecto. ¿Qué piensas ahora? No es agradable recibir un castigo para variar, ¿verdad?

Ramón se retorció, luchando por romper la superficie del río, pero el agarre de Albornoz era demasiado fuerte, sus dedos se clavaban profundamente en la carne del bruto. Al cabo de un rato -no supo cuánto duró- soltó a Ramón, que flotó lentamente hacia arriba, con el cuerpo inerte y sin vida. Albornoz se apartó, con los brazos extendidos como en súplica, un gesto implorando ayuda. Lanzó un grito temible: ¿había llevado demasiado lejos esta situación irreal?

Al advertir el peligro, un muchacho cercano nadó entre ellos, sujetando la cabeza de Ramón con una mano y abofeteándole la cara con la otra. Esto tuvo el efecto deseado y Ramón balbuceó y tosió bocanadas de agua en un intento de volver a respirar. No pronunció palabra. Albornoz se dio la vuelta y nadó tranquilamente hacia la orilla.

Madelena le apretó la mano.

"Ha sido maravilloso. Le has dado una lección. Ya no te molestará más".

"No, no lo hará. Sus palabras fueron pronunciadas en un tono deliberado y mesurado. Entonces...,

"Deberíamos vestirnos ahora."

Ramón hizo mal; no es justo, así que merece un justo castigo. Quizá lo mantuve demasiado tiempo bajo el agua, pero no lo lamento. La gente como él aprenderá a respetar las reglas. No debería haberme humillado así".

CAPÍTULO SIETE

CUENCA, REINADO DE ESPAÑA, OTOÑO 1318

Albornoz y sus padres estaban desayunando, pero en su mesa había dos sillas vacías: las de los hermanos, Alvar y Fernán, que aún estaban en el castillo del duque de Mendoza, en Guadalajara, recibiendo instrucción militar por primera vez. La familia no hablaba en las comidas hasta que García daba las gracias, tras lo cual, con su asentimiento, se podía tomar la comida y comenzar la conversación. La tímida moza con su tabardo marrón dejó una jarra de leche para acompañar el pan y la fruta, dio un paso atrás, inclinó la cabeza cortésmente y salió de la habitación.

García vació su vaso, se limpió la boca con una servilleta de lino blanco y puso las manos, con las palmas hacia abajo, sobre la mesa, señal de que iba a hablar.

"Los chicos volverán a casa a tiempo para la cena de esta noche. He recibido informes excelentes sobre sus habilidades con la espada y el arco. Me han informado fehacientemente de que son dos de los jóvenes soldados en prácticas más dotados que jamás hayan cruzado las puertas del buen Duque". Hizo una pausa, su mirada pasó de su esposa a Albornoz para asegurarse de que estaban prestando atención. Y continuó,

"No esperaba menos, aunque... no me sorprende lo más mínimo. Se parecen a su padre, estoy seguro".

"¿Se te ha pasado por la cabeza, esposo, que podrían tener otros planes además de convertirse en soldados?".

García se quedó boquiabierto. No estaba acostumbrado a que cuestionaran su juicio.

"Pero controló su ira, creyendo que sólo los tontos se tomaban en serio la opinión de una mujer.

"Así que, mujer, ahora eres experta en la futura carrera de nuestros hijos. Bueno, ¡hay una cosa! Escúcheme bien. Los chicos demuestran el potencial para convertirse en soldados dignos del ejército del rey Alfonso, y el Señor sabe que actualmente hay suficientes batallas y campañas para mantener ocupadas a sus fuerzas. ¿Tienes una sugerencia mejor? ¿Podrían convertirse en sacerdotes? Dímelo". Teresa negó con la cabeza, ruborizada.

"Eso está decidido entonces. Nos entretendrán con sus relatos en la cena de esta noche". Luego, después de un rato, "En cuanto a usted..." El hombre habló con desdén y una mueca en la voz, una hostilidad con la que Albornoz se había familiarizado. "En cuanto a usted, ya veremos lo que nos depara el futuro. Sin embargo", suavizó su tono, "he hablado con el padre Gelmiro".

"¿No está satisfecho con mi trabajo?".

"Al contrario, te elogia y me dice que muestras un inteligente interés por la Iglesia, ¿es así?".

"Hago preguntas, lo admito, pero no veo nada malo en ello. De hecho, el cura me anima a aprender, a ser, cuál es la palabra que usa... ah, sí, inquisitiva".

"Ya veo." Y sin más preámbulos, dobló su servilleta, la colocó con precisión sobre la mesa y partió para una jornada de cetrería.

"Madre", comenzó Albornoz, con expresión preocupada en el rostro, "¿tendré que asistir también al castillo del Duque?".

"Tranquilo, hijo mío, eres demasiado joven para pensar en esas cosas, y tal y como yo lo veo, tú tienes el cerebro en esta casa, y espero que mantengas el buen nombre de la familia -mi familia- de Luna. Eso no se hace peleándose, bebiendo y, por lo que sé, ¡prostituyéndose!". Se detuvo en seco, lamentando haber dicho esa palabra ante su hijo. "No, debes concentrarte en tus lecciones con el padre Gelmiro". Albornoz no apreció realmente lo que había dicho, pero reconoció la diferencia entre elogio y censura.

Las clases diarias se desarrollaron con normalidad: Albornoz sacó la máxima nota en latín, leyó los versículos de la Biblia con una entonación perfecta e interrogó a su tutor de forma incisiva y libresca. Gelmiro disfrutaba con las exigencias intelectuales que se le planteaban; las monótonas obligaciones de un sacerdote diocesano no satisfacían en absoluto su necesidad de estímulo académico.

Albornoz había enrollado sus hojas de pergamino y estaba a punto de marcharse cuando el hombre le tocó el hombro, invitándole a sentarse.

"Un momento, muchacho. Has expresado tanto interés por la Biblia, la Iglesia y mis responsabilidades, y he estado, estoy, bastante dispuesto a alimentarlo, pero, ¡demonios, disculpa mi divagación! Quiero hacerte una proposición".

"¿Una proposición, Padre? No conozco esa palabra".

"Un plan, una cita para ti."

"Sigo sin entender, lo siento."

"Deja que te lo explique. Te propongo que seas monaguillo, mi ayudante".

"¿Señor?"

"Me ayudarás en los servicios de la catedral. El obispo, en su sabiduría, elige a los chicos en mi nombre, pero invariablemente son chicos de inteligencia limitada que prefieren reírse y charlar en lugar de comportarse correctamente, con la debida deferencia. A decir verdad, son más un estorbo que una ayuda. Así que Albornoz es mi monaguillo. ¿Te parece bien?"

"¡Claro que sí! Sería un honor".

"Está decidido entonces. Informaré al Obispo y hablaré con tu padre. Mañana, en lugar de nuestra lección, reúnete conmigo delante de la catedral. No hay ninguna ceremonia programada, así

que te llevaré a dar una vuelta por el magnífico edificio de Dios y te explicaré tus deberes."

Albornoz caminó de vuelta por la ciudad hacia su casa con una excitación y expectación infantiles. No era habitual que los niños fueran admitidos en la catedral, y mucho menos en su interior. Le costaba creer que le hubieran elegido a él, por encima de los demás, para un papel tan importante a sus ojos. Su ensoñación se vio interrumpida por un hombre frente a él.

"Albornoz, buenos días". Levantó la vista. Era Johan, el campesino que él y el padre Gelmiro habían visto en apuros en primavera, cuando no pudo pagar el diezmo.

"Buenos días, señor", soltó Albornoz, preguntándose qué quería aquel hombre.

"Vengo del Obispado".

"¿Señor?"

"La cosecha de este año ha alcanzado un precio más que justo, y he entregado al matadero ocho... no, nueve bellas bestias, todas sanas y bien crecidas".

"¿Por qué me dice esto, señor Johan?"

"¡Por supuesto! Porque si no hubiera sido por la intervención del Padre Gelmiro, hábilmente asistido por usted, me hubiera enfrentado al desahucio, perdiendo mi medio de vida. Como estoy seguro de que dicen, tuve un aplazamiento de ejecución, por lo que con el producto de las cosechas de este año y la matanza de mis bestias, he pagado mi deuda. Y sobró lo suficiente para comprar a Servet y Madelena unos buenos zapatos y una túnica nueva para mi esposa". Hizo una pausa, una sonrisa orgullosa iluminó su rostro.

"No tengo palabras; no sé qué decir. Por estos lares, se saluda el nombre del padre Gelmiro".

La madre estaba conversando con dos mujeres en la puerta de su

casa. Cuando Albornoz se acercó a ellas, dejó de cotillear y le sonrió, acariciándole la cabeza. Con un rubor, él asintió a las damas y entró en la casa.

"¿Qué tal la lección de hoy? Recuerda que te abrirás camino en la vida utilizando tu cerebro. Estudiar es muy importante".

"Ha ido bien, madre, y…." No sabía si ella aprobaría su noticia.

"¿De qué se trata?"

"El padre Gelmiro me ha pedido que sea su ayudante, un monaguillo, como él dice".

Ella lo cogió en brazos y lo abrazó.

"¡Albornoz! Esto es espléndido. Mi propio hijo, en la catedral, y…. oh, me alegro tanto por ti".

"Es un alivio. Temía que no lo aprobaras, por alguna extraña razón".

"Al contrario, mi querido muchacho."

Más tarde, junto al río, Albornoz no pudo evitar contarles a sus buenos amigos Servet y Madelena su nombramiento en la catedral.

"¿De verdad? ¿Aún nos hablarás a nosotros, que no somos dignos de estar en compañía de un monaguillo?".

Mirando a Servet, por un momento pensó que su amigo hablaba en serio, pero una carcajada le dijo que lo decía en broma. Él, a su vez, se rió.

"¡Claro que sí! Supongo que me mezclaré con los dignatarios de Cuenca, pero los dos sois mis amigos más queridos, y que siempre sea así."

"¡Bien dicho!" gorjeó Madelena, en esta ocasión completamente vestida, a diferencia de su anterior encuentro. Albornoz sonrió, con una expresión provocativa en el rostro.

Al día siguiente, esperó, según lo acordado, al pie de la docena de escalones que conducían a los arcos normandos que enmarcaban las macizas puertas de roble tachonadas de hierro de la catedral.

¿Dónde está papá?", pensó, impaciente. Entonces, en el momento justo, el sacerdote apareció en el otro extremo de la Plaza Mayor, arrastrando los pies hacia él, con su larga sotana negra casi haciéndole tropezar en su prisa.

"¡Uf! Me ha retrasado... una mujer que ha venido a mi casa con un asunto oficial de la Iglesia en nombre del Obispo".

"Comprendo, padre". En su ingenuidad, no comprendió en absoluto que aquella rolliza señora de cierta edad era su visitante.

Recuperando el aliento, el sacerdote comenzó: "Venga, entremos".

Dentro, una oscuridad mística envolvió a Albornoz mientras sus ojos se adaptaban al sol del mediodía. Poco a poco, un maravilloso espacio profundo se extendió ante él; un vacío; para sus inocentes sentidos, una infinidad de tesoros, aún inexplicables. Se volvió, y Gelmiro no estaba allí.

"Padre", siseó, manteniendo instintivamente la voz baja. Entonces lo vio a la derecha de la entrada, haciéndole señas para que se acercara a una vasija de piedra asentada sobre una base circular.

"Siempre que vengas a este lugar divino, acércate a la pila y hazte una cruz con agua bendita, así..." Mojó dos dedos de la mano derecha en el agua, se tocó la frente, bajó hasta el centro del pecho y luego del hombro izquierdo al derecho. Albornoz le imitó.

"Ahora te enseñaré el lugar. Prestad atención, pero absteneos de hacer preguntas: cuanto más silenciosa y pacífica sea la catedral, más cercana estará nuestra comunión con el Señor. Te hablaré en un susurro, como mandan los cánones". Albornoz asintió, lleno de asombro.

"El buen rey Alfonso el Noble derrotó a los moros paganos y comenzó a construir esta iglesia aquí, donde antes estaba la

mezquita musulmana. De eso hace ya más de ciento veinte años. Como debes saber, la dedicamos a la Madre María y a San Julián. Ven, sígueme".

Los dos estaban uno al lado del otro en el extremo norte de la nave, mirando hacia el altar bajo el ábside en la lejanía, tan vasto era el espacio del edificio. El muchacho, perplejo, no comprendía nada.

En lo alto de las arcadas laterales, a cada lado, las vidrieras colocadas en los claristorios permitían que penetraran en el interior agudos rayos de luz coloreada: haces rectos y concentrados como flechas disparadas desde el cielo.

"Vean, sobre nosotros, los hermosos paneles pintados del techo abovedado, cada uno de los cuales representa una escena bíblica...".

Albornoz oyó el comienzo de la descripción, pero nada más, perdido en una vorágine de emoción, asombro y distracción.

"A la derecha, vea el púlpito, tallado y... ahora levante la vista hacia el ábside, de siete lados...".

Pero el niño miraba fijamente una extraña platea de madera con asientos abiertos a ambos lados de una sección central con cortinas.

"Padre, ¿qué es...?

"Te dije que no hicieras preguntas, por temor a perturbar la santa paz, aunque tal vez debería explicarte su propósito, ya que está en el corazón de lo que creemos. Se llama confesionario. Hay cuatro, dos a cada lado de la nave". Su voz descendió hasta un sonido apenas audible. "Hay siete Sacramentos de nuestra Iglesia, de los cuales uno es el Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación. Los fieles pueden obtener la absolución de sus pecados cometidos contra Dios y el prójimo. ¿Cómo lo hacen? Confesando sus pecados, sus transgresiones de los Diez Mandamientos, y esto, al menos dos veces al año. El sacerdote que escucha la confesión del penitente permanece desconocido, oculto tras la cortina. Sin embargo, la confesión en sí está ahí para que el mundo la oiga". Albornoz se quedó con la boca abierta.

"Y ahora, ¿ves las dos puertas de allí, bajo la arcada? Serán importantes para el cumplimiento de tus deberes". Abrió la primera puerta y condujo a Albornoz al interior.

"Ésta es la sacristía, o vestuario, donde el sacerdote se viste antes de una ceremonia con su alba -una larga túnica blanca- y su casulla, una estola bordada. Las lleva sobre la sotana negra. ¿Me sigues?"

"Sí, padre.

"Me alegro. Todas las vestiduras cuelgan de perchas, pero algunos hermanos perezosos las dejan arrugadas en los bancos. Será tu tarea recogerlas y asegurarte de que todo esté limpio y ordenado en la sacristía. Así que, a la siguiente sala".

Albornoz asintió con la cabeza, seguro de poder desempeñar esta función.

"Ésta es la sacristía, donde guardamos las biblias, los pergaminos de oración, las velas, etcétera". Levantó una copa brillante, o eso fue lo que el muchacho supuso que era. "Este es uno de nuestros copones, que es la forma plural de copón, el cáliz con su tapa abatible que contiene el Vino Santo y, sí...". señaló la mesa-, éste es el plato en el que servimos la hostia, el pan, durante la Comunión. Usted traerá los objetos necesarios y los colocará correctamente en el altar para que el sacerdote dirija el servicio. No te preocupes", dijo, al notar la confusa reacción del niño. "Más tarde te enseñaré cómo hacerlo".

Para concluir la visita a la Catedral de Santa María y San Julián, le mostró a Albornoz el altar y el sillón tallado y tapizado del Obispo.

"Bueno, hijo mío, por hoy es suficiente para que cualquiera pueda asimilarlo. Mañana estarás a mi lado. Tenemos una ceremonia fúnebre para que la observes. Por ahora, lleva este plato y este cáliz a la sacristía, luego puedes irte a casa".

"Por supuesto, Padre, y gracias".

Albornoz llevaba las cosas a la sacristía como se le había ordenado cuando, al pasar por la sacristía, oyó ruidos en el interior. No había

nadie allí cuando estaba con Gelmiro, y la curiosidad le persuadió a detenerse y echar un vistazo a través de la puerta que estaba ligeramente entreabierta. Contuvo la respiración, absteniéndose de hacer el menor ruido que delatara su presencia. En el banco había dos sacerdotes abrazados. Uno, sin duda el mayor, corpulento y rubicundo; el otro, más joven, delgado y de rostro pálido. Ambos llevaban la sotana negra subida hasta la cintura, mostrando las piernas y las partes bajas desnudas.

Apenas daba crédito a aquella escena. Los hombres se besaban con una pasión desconocida para él. Gemían, arrullaban, murmuraban en voz baja y luego en voz alta, y sus manos acariciaban las partes íntimas del otro. Sintió que se le cortaba la respiración y tuvo que tragar saliva, creando un chasquido en la garganta, suficiente para advertir a los dos hombres de que estaban siendo observados. Antes de que tuvieran tiempo de reaccionar, Albornoz se escabulló hacia la sacristía, aunque el cura gordo fue lo bastante rápido como para divisarlo.

El monaguillo salió de la catedral desconcertado, asustado, excitado -no sabía qué emoción reinaba- y pasó una noche en vela intentando dar sentido a lo que había presenciado.

A la mañana siguiente, reacio a revelar los hechos a sus padres, desayunó y partió de inmediato hacia su lección.

La carretera estaba a la sombra de la madrugada, las calles laterales oscuras y los callejones en una oscuridad casi total. Sin previo aviso, una mano le agarró por el cuello y lo metió violentamente en un nicho entre dos casas. La mano se clavó en su garganta, forzando su cabeza contra la pared, de modo que apenas podía respirar.

El cura gordo y colorado acercó la cara a la de Albornoz y, con los ojos muy abiertos, fijos, siseó,

"¡Silencio! ¡Ni un ruido! Escucha, y escucha bien. Ayer no viste nada en la sacristía porque no había nada que ver. Debes de tener una imaginación muy viva, corderito mío, si piensas lo contrario".

Albornoz se retorció, sin aliento y tratando de liberarse, pero el hombre no soltó su agarre. En lugar de eso, empujó la barbilla del chico hacia arriba, golpeando su cabeza contra la pared una vez más.

"Si alguna vez me entero de que has hablado de nuestro secreto a alguien, Gelmiro no te dejará barrer el suelo, ¡y mucho menos ser su monaguillo! ¿Entendido?"

Hizo un gesto de que sí, y la mano que le rodeaba la garganta por fin se aflojó.

El gordo sacerdote se marchó tan rápido como había llegado, dejando a Albornoz en el suelo, sollozando incontroladamente.

Al cabo de un rato, volvió en sí y continuó su camino hacia la casa del padre Gelmiro. Se sentó tembloroso a la mesa y, a pesar de las súplicas de su tutor, no dijo nada.

"¿Qué te pasa, Albornoz? ¿Por qué tiemblas tanto? ¿Tienes frío? Es demasiado pronto para encender el fuego. El dinero que me paga el obispo tiene que llegar muy lejos, y el leñador que me suministra los troncos también tiene que ganarse la vida...".

"Señor, es una simple enfermedad que he cogido de mis amigos, nada más. Por favor, vamos a mi lección."

"Como usted diga."

'Estoy muy orgulloso de ser el monaguillo del Padre Gelmiro, y no haré nada que lo ponga en peligro'.

CAPÍTULO OCHO

CUENCA, REINO DE ESPAÑA, FINALES DE 1318

El incidente con el vicioso cura pesaba mucho en la mente de Albornoz, y no le ayudaba el no tener a nadie a quien contárselo. Por encima de todo, estaba decidido a convertirse en monaguillo, por lo que no podía confiar en sus padres, Gelmiro o sus amigos, no fuera que el cura se enterara de su revelación sobre el suceso que había presenciado en la sacristía.

Se distraía en sus lecciones y, cosa desconocida hasta entonces, sólo sacaba seis o siete sobre diez cuando Gelmiro le examinaba de las palabras en latín. Gentil y comprensivo como era su tutor, achacó el bajo rendimiento del chico a la pereza inherente que veía en todos sus alumnos. No era así, pero era una conclusión lógica.

"Albornoz, ¡esto no es suficiente! Habías progresado tanto que le conté mi alegría a tu padre. Luego, me veo recompensado por tus lapsus y tus resultados, ¡de los que se avergonzaría un lerdo! No eres un chico que se conforme con nada que no sea lo mejor, de eso estoy seguro, así que no puedo explicarlo. ¿Puedes?"

"No puedo, señor. Me aprendo las palabras todas las noches, y pido a mamá o a papá que comprueben que las sé. No sé qué ha cambiado". Sabía muy bien lo que había cambiado.

El comportamiento de aquellos dos sacerdotes en la sacristía era incorrecto; lo reconocía instintivamente, y el ataque en la calle no hacía más que reforzarlo. Si se lo contaba al padre Gelmiro, no le creerían. Los curas se cuidaban los unos a los otros y, en cualquier caso, ¿quién iba a creer en su palabra contra dos clérigos respetados? El pequeño Albornoz, un niño fantasioso, incluso vengativo, que de todos modos no debería haber estado espiando.

¡Debería conocer su lugar! Ese sería el punto de vista del pueblo. Tal vez no había visto la transgresión tal como era, tal vez todo estaba dentro de su cabeza y se lo había imaginado. La incertidumbre y el aislamiento roían su interior infantil. Estaba sumido en una confusión emocional.

En los días siguientes, sin embargo, Albornoz no se cruzó con ninguno de los sacerdotes mientras caminaba hacia su clase o junto al río. ¿Se preguntaba si le estaban evitando? Esto tuvo un efecto positivo en él, y trabajó mejor para Gelmiro, recuperada la concentración y la memoria. Decidió relegar el asunto a la historia, y su confianza se vio reforzada cuando el anciano le dio la noticia que había estado esperando.

"Creo que es el momento oportuno para exponerte los servicios que celebramos en nuestras iglesias y catedral. Pasado mañana asistirás a los funerales de don Anrique. Era un hombre digno, temeroso de Dios y honrado. Su familia se levantó en armas contra los merodeadores paganos musulmanes y se unió al rey Alfonso XI de Castilla para expulsarlos definitivamente de Cuenca. Sí... la suya era una nobleza terrateniente, pero que donaba regularmente y en no pequeña cantidad a las arcas de nuestra iglesia. El viejo caballero vio tres veintenas y diez inviernos y dejó instrucciones precisas para su ceremonia de réquiem, que, naturalmente, se seguirán.

"No he asistido a un funeral en mi vida, señor."

"No se preocupe. Nuestro hermano Nicolás se encargará de los procedimientos. Tú y yo nos sentaremos y observaremos desde un banco lateral, donde podré susurrar una explicación, pero donde no perturbaremos el acto. No conoces al padre Nicolás, aunque puede que lo hayas visto aquí y allá. Es un hombre gordo y pelirrojo que...".

Albornoz se sobresaltó y se incorporó. No necesitaba más descripción: tenía que ser el mismo cura que había pillado en la sacristía, el que casi le había estrangulado en la calle.

Así que se llama Nicolás. No es la primera vez que le descubro, y seguro

que no se anticipará a que le vea cumplir con sus obligaciones. El funeral de don Anrique no puede ser más pronto'. le espetó Gelmiro para llamar su atención.

"¡Albornoz! ¿Me oyes?"

"Lo siento, padre, estaba pensando en otra cosa".

"Puede que sea así, pero para aprender hay que escuchar, es un requisito indispensable para cualquier académico de éxito. Confío en haberte enseñado eso, ¡si no otra cosa!"

"Es cierto. ¿Qué decías?"

Gelmiro percibió una peculiar arrogancia en los modales del chico, una actitud de superioridad y seguridad en sí mismo que reconocía en sí mismo cuando era un niño de nueve años. Volvió al presente,

"Dije que el Padre Nicolás dirigirá el réquiem."

"Ya veo, y tiene razón, aún no he tenido el placer de conocer al padre Nicolás".

"Es un buen sacerdote y más cercano a mi edad que los demás novicios del pueblo. Compartimos gustos y disgustos similares".

"Seguro que sí", dijo Albornoz, apartando la mirada, temiendo que cualquier sarcasmo en su voz pudiera revelar sus verdaderos pensamientos.

"Mañana no tendremos clase, pues tengo una cita en otro lugar, pero reúnete conmigo pasado mañana delante de la catedral a las tres campanadas, y te acompañaré dentro antes de que empiecen a llegar los dolientes".

"Gracias, padre. Estoy seguro de que no sólo será una ocasión solemne, sino también una educación para mí".

La mañana había sido tan agitada que casi olvidó que hoy era su cumpleaños: nueve años de edad, con la mente y los intereses de

alguien el doble de viejo.

Sus hermanos pasaban ahora largas temporadas entrenándose para ser soldados en la finca del duque de Mendoza, por lo que a menudo estaban fuera de casa. Los echaba de menos, aunque eso significaba que su madre tenía más tiempo para mimarlo. Parecía cansado del mundo en la conversación, pero en el fondo era el hijo pequeño de su madre.

García y Teresa hablaban animadamente cuando él entró en la casa.

Apuesto a que se trata de mí. Sólo espero que no hayan hecho planes para echarme a mí también, como a mis hermanos.

"Ah, Albornoz", saludó Teresa, "corre a lavarte antes de comer".

Él obedeció, presintiendo que le aguardaba una sorpresa. La criada trajo pan, carne cocida y fruta, poniendo un plato de peltre delante de cada uno de los tres presentes. Llenó vasos de cerveza y leche para el niño. García se levantó, inclinó la cabeza y dio las gracias.

"¿Has pasado la mañana provechosamente, hijo mío?".

"Padre, siempre lo hago, y..." Estaba a punto de relatar los detalles del próximo servicio religioso, pero su padre le interrumpió,

"Así es como debe ser. Pero hoy, ¿es de alguna manera diferente?".

Albornoz miró al hombre con expresión inquisitiva.

"No sé...".

"No pensarías que podríamos olvidarnos de tu cumpleaños, ¿verdad? Feliz cumpleaños". Cruzó la mesa y estrechó formalmente la mano de Albornoz. "Ahora, dale un beso a tu madre".

Nunca supo por qué siempre besaba a su madre el día de su cumpleaños.

"¡Mucama!" gritó García. La criada apareció de inmediato portando, con sumo cuidado, una maqueta de barco -de unos dos pies de largo y medio de ancho en su manga- que depositó ante el desprevenido

muchacho. Se quedó boquiabierto. No había visto nada igual en su vida. La criada se inclinó y dejó a la familia sola.

"¿Qué te parece?", preguntó García, temiendo momentáneamente haberse equivocado de elección.

"¿Es para mí?"

"¡Claro que lo es, muchacho! De nuevo, un feliz cumpleaños para ti. De parte de tu madre y mía". Había considerado cuidadosamente el regalo, con la esperanza de que, además de ser un simple obsequio, pudiera estimular a su hijo a seguir una carrera militar como con sus otros vástagos, aunque era consciente de la creciente atracción de la Iglesia por él. Continuó,

"Es, sin duda, un objeto de extrema belleza. Permítame que le explique su historia...". No era habitual que García se dirigiera así a su hijo, pero se dio cuenta de que había llegado el momento de establecer una relación con su hijo menor. Se sentía culpable por la distancia que había creado entre ellos en el pasado.

"Lo fabrica cierto artesano que vive en una cabaña aislada en el bosque, al norte de nuestra ciudad. Su fama se ha extendido por todo el mundo por su impresionante habilidad. ¿No estás de acuerdo, hijo?"

Mirando fijamente el regalo, respondió vagamente,

"Sí, padre".

"Aunque este hombre, está claro, tiene la capacidad de construir cualquier modelo que elija, sólo hace barcos. Es extraño. Le ha proporcionado no poca riqueza, pero lleva una existencia de indigente. ¿Sabes que ha hecho modelos por encargo para los duques y reyes de nuestras provincias y más allá?".

Teresa asintió, obedientemente, luego llamó,

"¡Señora! Más cerveza para el señor".

Esperó a saciar su sed antes de continuar con su fascinante relato.

"Lo llamamos barco de cremallera, una embarcación que ha transportado mercancías y pasajeros por el río Huécar desde tiempos remotos. Sin sus cargamentos de sedas, lanas, hilados y similares, Cuenca no habría llegado a ser el lugar próspero y floreciente que es hoy. Mis antepasados amasaron sus tierras y fortunas gracias a su comercio textil. Y lo que es igual de importante, navegaron por docenas para transportar las tropas del rey Alfonso a la parte rocosa de nuestra ciudad, cerca de donde tú juegas con tus amigos. ¿Para qué? Para sorprender a los moros. Masacraron a las hordas paganas merodeadoras para que Cuenca sea, hoy, un lugar cristiano sagrado". Hizo una pausa para beber un trago de cerveza y continuó, en tono melancólico,

"Yo tuve un barco como el tuyo, y fue un regalo de cumpleaños, pero nada tan grandioso como el tuyo". García Álvarez de Albornoz era hombre de pocas palabras, y su mujer no recordaba la última vez que había hablado así, para algo que no fuera una cortante admonición o instrucción. Desde el principio se había encontrado en un matrimonio sin amor y sospechaba que él se había casado con su apellido Luna para su propio beneficio. Dio un fuerte codazo a su hijo.

"Presta atención a tu padre y siéntate derecho. Él te explica todo esto por tu bien, para que seas consciente de tu historia y puedas estar verdaderamente agradecido."

"Por supuesto, madre".

"Como iba diciendo, y de vuelta al barco. Con buen viento, se izaron la vela mayor y el foque. Ved su fino algodón y la cifra real, AR, blasonada para que el mundo la viera y temiera a los combatientes del rey a bordo. Cuando no se necesitaban, las velas se ataban, desplegadas, en la riostra, ¿ves?".

Albornoz estaba pendiente de cada palabra de su padre.

"En la cubierta de tablones, las tapas de las escotillas se pueden levantar, y entonces se asoma uno a las bodegas y a los camarotes de la tripulación. ¿Le he oído preguntarme cómo navegaba el barco cuando estaba encallado? Aquí están los bancos, a babor y estribor, donde se sentaban los remeros, seis a cada lado. El artesano ha

fabricado incluso los remos... véanlos unidos y... -su voz alcanzó un clímax de excitación-, ¡ahí están los remos que sostenían los remos! ¡Qué detalle tan fiel! Un farol colgaba de la cubierta frente al puente de mando, y podría seguir, pero basta. Ahora eres el capitán de tu propio barco fluvial. Vamos a comer".

Después de comer, Albornoz recibió instrucciones de llevarse la maqueta a su habitación. Lo cogió, lo acunó con cuidado en sus brazos y salió de la habitación, seguido por la tímida doncella. Subieron las escaleras hasta el primer piso.

"Toma, coge mi barco, pero no lo dejes caer: eso sería más de lo que vale tu trabajo, no, tu vida".

Subió la mitad de la escalera hasta su dormitorio en el ático, luego se dio la vuelta y le ordenó,

"Pásamelo".

El inesperado regalo fue depositado en la cómoda, junto a su lavabo.

La tarde ya era suya, así que se dispuso a atravesar el pueblo y a bajar las escaleras que conducían al río. La temperatura ambiente había bajado últimamente, pero eso no disuadió al grupo de amigos de retozar en el agua: a su edad, los niños no sienten el frío.

"¡Vamos, Albornoz, te echo una carrera hasta la otra orilla y vuelvo!". le retó Madelena.

"¡Adelante!"

Rápidamente se quitaron las túnicas y corrieron hasta la orilla del río.

"Después de las tres, ¿preparados?"

"Listos".

"Uno, dos, tres - ¡ya!"

Volvieron, jadeando para recuperar el aliento, y luego se desplomaron con Albornoz encima de la muchacha. Ninguno de los dos habló, y ella no trató de empujarlo fuera de ella. Al contrario, lo rodeó con los brazos, acercándolo, y él correspondió apretando su cuerpo contra el de ella. La sensación de carne desnuda sobre carne les era completamente desconocida: él sólo tenía nueve años, ella once. Aún en su creciente abrazo amoroso, él le dio un beso en los labios.

Después de lo que a los niños les pareció una eternidad, pero que en realidad fueron unos segundos, Albornoz se apartó de la niña. Ninguno de los dos habló. Madelena se llevó las rodillas al pecho, dándose cuenta de que él estaba mirando sus incipientes pechos. Avergonzados, los dos empezaron a hablar al mismo tiempo, pero sólo tonterías y ocurrencias, para luego estallar en carcajadas y aliviar el dramatismo del momento. Se pusieron las túnicas, sintiéndose bastante tontos y claramente incómodos por ésta, su primera experiencia sexual.

Ella metió la mano en la cesta de mimbre que siempre traía.

"Esto es para ti", dijo, avergonzada. "Es tu cumpleaños, ¿no?"

"Sí, lo es, pero cómo..."

"Recuerdo que me dijiste la fecha el año pasado". Ella le tendió un carrito de maíz.

"¿Qué es?

"Los granjeros lo llaman carrito de maíz. La hice especialmente para ti. Cuando hemos tenido una cosecha provechosa, cogemos unos rastrojos amarillos que quedan en el campo después de recoger la cosecha y los tejemos para hacer figuras como ésta. Mira, tiene cabeza, cuerpo, piernas... Pero no te preocupes, no intenté que se pareciera a ti, habría sido imposible". Bajó los ojos con una inocencia genuinamente tímida. Luego continuó.

"Se las damos a la gente, a nuestros amigos, para que les traiga

buena suerte, y nos aseguramos de enterrar una en la tierra para garantizar otra buena cosecha al año siguiente. No siempre funciona, como bien sabes. De todos modos, guarda esta pequeña muñeca de maíz en un lugar seguro, y la salud y la fortuna te acompañarán para siempre".

"Es muy considerado por tu parte, Madelena", dijo él, inclinándose y besándola suavemente.

Esa misma noche, Albornoz se sentó en el borde de su cama, con la mente dándole vueltas. La luz de la luna brillaba en frágiles rayos a través de la claraboya de su habitación y envolvía su maqueta de barco, resaltando cada pequeño detalle, proyectando sombras danzantes a través de las jarcias de las velas, posándose sobre las cubiertas inferiores. Mientras observaba, fascinado, absorto, hipnotizado, el barco empezó a elevar la proa y luego se calmó, rodando como un barco de verdad en un mar agitado. Se balanceaba de un lado a otro, tal vez en medio de una tormenta. Oyó las furiosas órdenes del capitán a su tripulación para que izaran la vela mayor y cerraran las escotillas. Incluso los más veteranos temían que su barco zozobrara y rezaban para que Neptuno o Poseidón -no importaba qué dios- los salvara de una tumba acuática. Los pensamientos de Albornoz, de repente, se trasladaron del caos de alta mar a la relativa paz de su condición actual: su mirada se asomó por la ventana del tejado hacia el Huécar y la garganta más allá.

¿Qué me dice el barco, de viajar a costas lejanas o incluso como soldado? No puedo ignorar la llamada que siento por la Iglesia, así que ¿me forjaré una carrera como sacerdote?".

Mirando en dirección a los sauces de la ribera, pensó, todavía confuso,

Madelena es una amiga muy querida para mí, y ahora tengo la muñeca de maíz para ayudarme a tomar la decisión correcta".

Se acostó y no tardó en dormirse. Mañana tenía que asistir al funeral de don Anrique en la catedral y escrutar a la persona de su aborrecimiento, el padre Nicolás.

CAPÍTULO NUEVE

CUENCA, REINO DE ESPAÑA, FINALES DE 1318

Albornoz se despertó por el insistente canto del gallo en la granja detrás de su casa. Se enjuagó la cara con agua en el cuenco del lavabo y se limpió los dientes con un paño de lino humedecido en un polvo blanco que su criada mezclaba con hojas de salvia molidas en cristales de sal. Cuando se hubo puesto la túnica y calzado las botas, se sentó en el borde de la cama, con la mirada fija en la maqueta de barco que su padre le había regalado por sorpresa en su cumpleaños. Apoyada en su proa estaba la muñeca de maíz de Madelena. Ambos regalos tenían un significado especial para él: el barco, en su imaginación, representaba futuros viajes vitales; la muñeca de maíz, como le había explicado su novia, le traería buena suerte.

García y Teresa habían terminado de desayunar y, en seria conversación, se inclinaban sobre una hoja de pergamino, evidentemente columnas de cifras relativas a las finanzas familiares. Albornoz se sentó a la mesa y les deseó buenos días.

"Lo mismo digo, Albornoz", le saludó la madre. García levantó la vista y se limitó a asentir.

"¿Estás preparado para la lección?", preguntó ella.

"No hace falta, madre. Hoy he quedado con el padre Gelmiro en la catedral. Quiere que asista a un funeral. El difunto es un caballero llamado..." Por un momento, olvidó de quién se trataba.

"Ah, sí, Don Anrique..."

"Le conocí bien", interrumpió García, "un caballero honrado donde los haya. Apoyó al rey Alfonso para librar a Cuenca de los malditos musulmanes. Tu madre y yo iremos a presentarle nuestros últimos respetos, ¿verdad, Teresa?".

Ella bajó la cabeza en señal de reconocimiento.

El padre Gelmiro recibió al niño como estaba acordado: su prodigio, que mostraba un talento que, incluso a tan tierna edad, presagiaba grandes cosas.

Al entrar en la catedral a través de sus sólidas puertas de roble, Albornoz se dirigió, sin mediar palabra, hacia la pila, cruzándose con agua bendita.

"Bien hecho, muchacho, has recordado lo que debías hacer", dijo el sacerdote con voz suave. Él también presentó sus respetos ante la pila. "Ahora, sígueme".

Estaban solos en la inmensa iglesia, y mientras avanzaban lentamente por la nave hacia el altar, sus pasos resonaban en el alto techo abovedado y luego se desvanecían para dirigirse hacia el cielo. Les rodeaba una oscuridad inmóvil, y Albornoz temblaba, nervioso, temeroso de que algún monstruo o demonio saltara de las negras arcadas laterales para llevárselos. Gelmiro percibió la agitación del muchacho y le dijo para tranquilizarlo

"No te preocupes. Si alguna vez ha existido un lugar seguro, es éste. ¿Puedes sentir la presencia del Señor?".

"Padre, ¿cómo voy a saberlo? Si usted lo dice, tendré que darle la razón. Ciertamente hay una atmósfera muy especial". Gelmiro enarcó las cejas, sorprendido e impresionado por tan madura afirmación.

A mitad de la nave, el sacerdote hizo un gesto para que se detuvieran. Delante de ellos, un elegante ataúd de madera con cuatro asas de latón brillante descansaba sobre dos caballetes. No tenía tapa. En la cabecera y los pies parpadeaban dos altas velas de

cera en pesados soportes de hierro, cuya luz amarilla proyectaba sombras espeluznantes sobre el ataúd. Hasta que no se acercaron no pudieron ver bien su contenido. El muchacho dio un grito ahogado y se detuvo en seco: nunca en su vida había visto o estado cerca de un cadáver. Se quedó helado, con una impresión y un asombro que le recorrieron todo el cuerpo. Jadeó una segunda vez, pero permaneció inmóvil. Gelmiro se acercó al ataúd, tocó su costado e inclinó la cabeza, musitando una oración solemne. Volviéndose hacia Albornoz, le indicó con la cabeza que hiciera lo mismo. Avanzando, le temblaron las piernas y la mano al acariciar suavemente el receptáculo que contenía el cuerpo de don Anrique. Se cruzó de brazos y retrocedió dos pasos, feliz de alejarse del recto anciano; rico y fino podía ser, pero poco le importaba a Albornoz, que a esas alturas ya estaba presa del pánico.

"No hay nada que temer", le tranquilizó Gelmiro. "El hombre tiene la capacidad de ser más dañino en vida que en muerte, pero Anrique no. Su riqueza procedía de las varias fincas que poseía, y trataba a sus trabajadores como a su familia, además de hacer generosas donaciones a la Iglesia. Recuerda, muchacho, que la avaricia es uno de los Pecados Cardinales, así que con su benevolencia se aseguraba de no tener que confesarlo. Cuanto mejor seamos en esta vida, mayor será la gloria de nuestra resurrección en el reino de Dios, eso si se nos concede la entrada." Albornoz se esforzó por seguir el serpenteante discurso del sacerdote.

"Sí, le veía habitualmente en misa, escuchando atentamente el sermón, y por supuesto, confesaba sus pecados, como debemos hacer todos, con honestidad y humildad, desnudando su alma ante Dios".

La curiosidad venció a la inquietud, y el joven se inclinó sobre el cadáver.

"Parece tan tranquilo, tan quieto".

"En efecto, pero no esperarás que se ponga a bailar, ¿verdad?". La broma rompió el ambiente tenso. "El pagano nunca conocerá la salvación, pero el buen cristiano abraza tanto la vida como la muerte como el único camino verdadero hacia el Señor. Su viuda

habrá lavado el cuerpo de su marido y luego lo habrá envuelto con una sábana de la mejor calidad. Observa que sus ojos están cerrados. Ha terminado con los asuntos de la tierra y sólo los abrirá de nuevo cuando llegue a las puertas del Cielo. El muerto ha residido aquí, en la casa de Dios, durante los dos últimos días".

"¿Cuál es la razón de eso?"

"Lo llamamos período de velatorio. La gente tiene derecho a saber que el hombre ha fallecido definitivamente, como una cuestión legal. De esa certeza dependen asuntos como las donaciones y los derechos de propiedad. Las donaciones que hizo durante su vida han asegurado que nuestros sacerdotes hayan rezado por él, junto al ataúd, en cada campanada, desde leudes hasta completas. Los funerales para los pobres son mucho menos elaborados, como puedes suponer".

"¿Por qué no hay visitas ahora, para ver el cuerpo?"

"En este momento, todos estarán en sus casas, los hombres se pondrán sus mejores túnicas, las mujeres sus vestidos más finos. Pronto llegarán. Permítanme mostrarles ahora el banco lateral desde donde observaremos los procedimientos". Luego explicó que tenía un pequeño asunto que atender.

"No tardaré. Quedaos aquí sentados hasta que vuelva".

Desde el banco asignado, Albornoz tenía una vista perfecta de la entrada a su izquierda, el gran altar a su derecha y el sombrío ataúd delante. Al darse cuenta de que era la única persona viva entre las cuatro paredes de la catedral -o, al menos, hasta donde alcanzaba su vista-, se sintió a la vez aislado, vulnerable, insignificante e inútil. Estas emociones eran tan complejas que no poseía un vocabulario adecuado para nombrarlas, pero eran reales. El poder místico de una religión aún inexplorada por él ejercía su autoridad sobre su ser.

Aquí estoy, un simple muchacho, en presencia del espíritu de don Anrique y de la omnipotencia benévola del Señor. No soy digno".

Su mirada se centró en la penumbra en el difunto, la sábana que

cubría su cuerpo hasta el cuello, su rostro sereno, frente a los paneles iluminados que hablaban de los santos de Dios y de la vida de Jesús, pintados en el techo abovedado. Por un momento, le pareció ver una mano que se alzaba desde el interior de la caja, agitándose, haciéndole señas para que saliera. Parpadeó dos veces y se reprendió a sí mismo por haber sido tan tonto, aunque no podía negar que ahora se sentía protegido por su entorno divino, aunque estuviera a poca distancia de un cadáver frío y fantasmal. Reconfortado, esperó el regreso de Gelmiro.

Éste es un lugar verdaderamente maravilloso. Lo siento dentro de mí... un adormecimiento, una autoridad que no he conocido... como si los ángeles del techo me hablaran, diciéndome que debo servirles para encontrar el estado de rectitud que Gelmiro me dijo que todos los hombres debían convertir en su meta en la vida.

Su ensoñación terminó abruptamente cuando unos ruidos procedentes de las puertas anunciaron la llegada de los invitados al funeral. Hombres, mujeres y niños desfilaban lentamente por la nave, con expresiones severas en sus rostros y, por la calidad de sus ropas, gente adinerada. Al llegar al féretro, los adultos colocaron solemnemente una mano sobre el cuerpo y levantaron a los más pequeños para que pudieran mirar dentro. Los bancos delanteros no tardaron en llenarse de dolientes, elegantemente ataviados con ropas que sólo se llevaban en ocasiones especiales. Cuando la campana enmudeció, apareció un sacerdote que, blandiendo un incensario, esparcía alrededor del difunto humeantes remolinos grises de incienso de dulce aroma, deteniéndose a cada lado para pronunciar una oración apenas audible. Además del incensario, el dinero del anciano había pagado las velas, el ataúd de madera y un niño corista con una sotana blanca inmaculada que, de pie frente al altar, entonaba un monótono canto fúnebre. Los niños de la asamblea estaban cada vez más nerviosos.

Concluidos sus asuntos, Gelmiro regresó, se sentó junto a Albornoz e inclinó la cabeza.

"Ya falta poco para que empiecen las cosas. ¿Quieres preguntarme algo?"

"¿Qué es ese humo? Tiene un olor maravilloso".

Sonriendo ante la inocencia del niño, respondió,

"Es incienso encendido -una forma de vela mezclada con aceites- y, de acuerdo con el rito de nuestra Iglesia, el incensario, el recipiente, si lo prefieres, siempre se balancea en grupos de tres. Esto representa a las Tres Personas de la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo Jesucristo y Dios Espíritu Santo. En los Salmos hay un versículo,

'Que mi oración sea dirigida como incienso ante tus ojos, la elevación de mis manos, como sacrificio vespertino.'

"Don Anrique debió ser un hombre justo".

"Un hombre justo, ciertamente". Hizo una pausa, inclinando de nuevo la cabeza en respetuosa contemplación. "Ya os he hablado del cadáver y del incienso. Puedes ver las dos velas en cada extremo. Simbolizan la luz en la oscuridad de la vida y la luz en el otro mundo. Cristo es la luz".

¿Por qué no puedo apartar los ojos de las vacilantes llamas de las velas? pensó Albornoz. Es como si no pudiera controlar...

"¿Lo entiendes?"

"Yo... creo que sí".

En ese momento, el corista detuvo el canto, y un sacerdote gordo y pelirrojo vestido con una túnica blanca apareció en los escalones frente al altar.

"Mira, ése es el padre Nicolás", dijo Gelmiro en voz baja. "Está esperando silencio".

Antes de iniciar el acto, Nicolás se volvió directamente hacia donde estaban sentados Albornoz y Gelmiro. Su fría y oscura mirada se clavó en el muchacho que tenía el poder de arruinar su reputación si la Iglesia y el pueblo se enteraban de su promiscua relación con un compañero sacerdote. El mensaje que transmitió a Albornoz fue tan claro y fuerte como los gritos de una pelea de borrachos en una taberna.

“¡Me tiene miedo! Ha golpeado mi cuerpo, ¡pero no puede destruir mi espíritu! Ha hecho mal, y al final, pagará por ello".

"Padre misericordioso -comenzó Nicolás-, escucha nuestras oraciones y consuélanos; renueva nuestra confianza en tu Hijo, a quien resucitaste de entre los muertos; fortalece nuestra fe en que tu siervo, don Anrique, y todos los que han muerto en el amor de Cristo, participarán de su resurrección; Cristo que vive y reina contigo, ahora y siempre. Amén".

"Amén", respondió la congregación.

En esta coyuntura, Nicolás volvió a mirar el motivo de su temor. Gelmiro lo tomó como un signo religioso y cruzó el aire en dirección al oficiante, en señal de reconocimiento.

El oficio continuó, Nicolás leyendo una serie de oraciones, cada una apoyada por el amén de la gente. Avanzando, roció con agua bendita desde un aspersorio de latón los cuatro lados del ataúd. El coro comenzó a entonar un canto fúnebre final.

"Hermanos y hermanas en Cristo, ahora saldremos para ser enterrados en el cementerio, como era el deseo de don Anrique". Al oír estas palabras, cuatro jóvenes salieron de entre los dolientes, y cada uno agarró un asa de latón para levantar la caja de los caballetes y sacarla de la catedral, Nicolás a la cabeza, la gente detrás. En la tumba recién cavada, los cuatro portadores ataron una cuerda a cada asa y la hundieron lentamente en la tierra. La familia y los amigos de Don Anrique se reunieron alrededor mientras su viuda y sus dos hijas esparcían simbólicamente puñados de tierra sobre su querido padre. Nicolás sacó una biblia del bolsillo de su sotana para leer la oración final.

"Oh Dios, por cuya misericordia descansan los fieles difuntos, envía a tu santo ángel a velar esta tumba, por Cristo nuestro Señor. Amén".

"Amén", fue la triste y llorosa respuesta mientras se daban la vuelta para emprender el camino de regreso.

En la escalinata de la catedral, Nicolás se despidió de los dolientes, estrechándoles la mano y dándoles el pésame en tono respetuoso. Gelmiro se acercó a él.

"Padre Nicolás, ha dirigido usted una ceremonia muy digna".

"Gracias, Gelmiro". Pero su semblante se ensombreció al ver a Albornoz a su lado.

"Permítame presentarle a mi destacado joven alumno, el maestro Albornoz, a quien auguro grandes cosas".

El muchacho le tendió la mano, pero Nicolás se limitó a asentir. La evidente hostilidad entre ambos fue inmediatamente advertida por el otro sacerdote, que no hizo más comentarios.

Hay algo raro ahí, eso está claro. Le preguntaré al chico qué pasa que ni siquiera se dan la mano', pensó.

El padre Gelmiro no era el tipo de hombre que duerme y olvida estos asuntos.

CAPÍTULO DIEZ

LIMOGES (LEMOSÍN), REINO DE ARLÉS, 1324

"P adre, he pecado". No hubo respuesta del otro lado del confesionario.

'Más vale que sea Caron... no quiero que nadie más sepa mis asuntos'.

Repitió, en un tono ligeramente más alto,

"Padre, he pecado".

"Dios te bendiga, hijo mío. ¿De qué pecados te arrepientes?"

"Ah, es usted, padre Caron", siseó, luego, recomponiéndose,

"Confieso la ira. Mi mujer hizo comentarios en nuestra conversación que me parecieron... um... irrespetuosos, y le levanté la mano. Aunque ella se lo merecía, me doy cuenta de que me comporté mal, así que confieso mi enfado. Cualquier marido habría hecho lo mismo - "

"Silencio, hijo mío. No te pido explicaciones, ni tampoco el Buen Dios, que nos escucha y perdona a los pecadores sin juzgarnos. ¿De qué otros pecados te arrepientes?"

Edmond Nerval se confesaba de vez en cuando desde que el sacerdote le convenció de la conveniencia de esa ceremonia religiosa. No se había convertido a la fe, ni mucho menos, pero le interesaba asegurarse de que Caron no informara a monsieur Dumas de su caza furtiva en la finca. Donaciones de anguilas aseguraban que el sacerdote mantuviera su silencio. Donde Edmond no veía

nada malo en robar, Caron tampoco lo veía en recibir: actitudes tan polarizadas existían entonces y prevalecieron desde entonces. La confesión continuó.

"¿Y de qué otra cosa te avergüenzas?".

Con varios encuentros de este tipo a sus espaldas, el astuto hombre sabía que debía venir preparado, y respondió sin vacilar,

"Gula, Padre. Ay, la gula".

"¿Por qué?"

"La semana pasada tuvimos la suerte de que nos visitara la hermana de mi mujer. Vive con su marido y sus cinco hijos a bastante distancia de aquí. Es un granjero y un hombre de éxito, si yo lo digo, y todo dentro de la ley, si mi padre me sigue."

"Le sigo."

"Ella sacó su pony y su trampa fuera de nuestra humilde casa - no conozco a mucha gente lo suficientemente rica como para moverse así - "

"Continúa. ¿Cuál es tu pecado? Explícalo".

"Discúlpeme por divagar, Padre. En la parte de atrás de la trampa hay un saco de patatas, zanahorias, nabos, cebollas y otras verduras... de la granja, ya ve... un regalo, nada menos. No recibo muchos regalos. Y, para rematar, ¡nos regaló un jamón curado!". Hizo una pausa para respirar y concluyó,

"Después de que se fuera, y durante no sé cuántos días, comimos como la realeza, pero como no estaba acostumbrado a comer bien, caí enfermo... dolores en el vientre, y creo que a eso lo llaman gula".

"En efecto, lo es. Impongo cinco Pater Nosters y diez Ave Marías. Ahora, vete en paz".

"Eso haré, y... ¿aceptará Padre dos anguilas recién pescadas? Estaré en el mercado mañana por la mañana".

"Muy amable, Edmond, muy amable."

Durante los años transcurridos desde el auspicioso primer encuentro entre Edmond y el sacerdote, la vida del primero en su apartada cabaña no había cambiado mucho: las tabernas de Limoges seguían siendo igual de bulliciosas y subidas de tono; el mercado igual de animado; su caza furtiva seguía siendo una importante contribución a su hogar. A partir de la receta del viejo gitano para destilar licor de patatas, aprendió a utilizar el trigo y la cebada de los campos circundantes como base para un potente aguardiente que vendía por jarras en Limoges. Bebía con regularidad en exceso, y un temperamento fogoso causó muchas peleas en la ciudad, mientras que en casa, Jamette era demasiado a menudo, a golpes, víctima de su embriaguez: ella no conocía otra cosa. Era una mujer triste y sin hijos. La maternidad le era esquiva, y el paso de los años, unido a la despreocupación de su marido por el aspecto carnal de su matrimonio, sólo servían para ahondar su tristeza.

Un encuentro casual con el padre Caron en la calle iba a dar a Edmond motivos para el optimismo. Estaba dispuesto a considerar cualquier trabajo para ganar dinero: la pereza no era uno de sus pecados. Miró al cura con desconfianza y le preguntó, en tono suave,

"Buenos días, padre. ¿Qué quiere de mí hoy? No hace mucho que me confesé por última vez, y no tengo anguilas, últimamente no muerden el anzuelo...".

"No quiero nada de ti, Edmond. Al contrario, he oído hablar de una oportunidad que podría interesarte".

Todavía desconfiado, el hombre respondió,

"¿Y cuál sería? Un hombre como yo no tiene oportunidades, como usted dice. Eso es cosa de ricos".

"Escuche lo que tengo que decirle. No debes suponer que todo el mundo está en tu contra. Para cualquier hombre que se ha vuelto al Señor, como tú, a través de la confesión, siempre puede haber buena fortuna a la vuelta de la esquina - "

"Padre, tengo que seguir, ¿qué es exactamente lo que ha oído?"

El clérigo reanudó.

"Un conocido mío, concretamente un monje de la abadía de Saint Martial, me dice que se necesitan hombres para la construcción de la nueva catedral, que se llamará Saint Etienne, en honor al venerado santo. Supongo que eres un buen trabajador".

"Lo soy".

"Bien. Preséntate al capataz del obispo y dile que yo te he recomendado".

"Bien, se lo agradezco, padre. No esperaba una noticia así cuando se dirigió a mí, no hay muchas buenas noticias hoy en día. Le haré una visita al capataz".

Los dos hombres asintieron respetuosamente y se dieron la vuelta para seguir caminos opuestos.

La construcción de la catedral se encontraba en una fase muy temprana y, en gran parte por falta de fondos, no se terminaría hasta dentro de seiscientos años. Edmond subió la colina que

conducía al edificio que había visto a menudo, pero desde lejos. Entró en el espacio que se convertiría en la piedra ricamente tallada que enmarcaba el gran portal norte, pero que en la actualidad estaba sin revestir. En el interior, la nave, con losas rectangulares de granito, se extendía hasta el coro semicircular deambulatorio, la parte más antigua de la catedral y la única sección que presumía de un tejado en forma de paneles abovedados de quince metros de altura. A ambos lados de la nave ya se habían erigido los pilares que soportarían los arcos apuntados, pero los arbotantes exteriores anunciaban su existencia con poco más que pilares de arenisca, espaciados regularmente justo por encima del nivel del suelo.

Edmond se sentó en una carretilla baja utilizada para mover bloques pesados por la obra. Contempló la escena y la inmensidad de la catedral, incluso en su estado más remoto, le sobrecogió y sedujo. Imaginar el techo cavernoso adornado con magníficas pinturas que fluían desde los rosetones centrales, a cientos de metros por encima de la congregación, estaba más allá de sus capacidades.

Las columnas de las arcadas apenas se veían, envueltas en andamios de madera y escaleras para permitir el acceso seguro de un ejército de albañiles. En el suelo, los hombres empujaban y tiraban de carros cargados de piedras, algunas lisas y cuadradas, otras adornadas y moldeadas por maestros artesanos en forma de espantosas gárgolas, rostros y ángeles. Su trabajo permanecería en el anonimato a pesar de la habilidad y elegancia de sus creaciones. Alrededor de un enorme barril, tres hombres con paletas removían una mezcla de cal, arena y agua para proporcionar a las capas de piedra un suministro constante de mortero. Una vez conseguida la consistencia adecuada, otros hombres llenaban cubos sujetos con cuerdas e izados por poleas hasta las plataformas de trabajo.

Un golpecito en el hombro sacó a Edmond de su ociosa ensoñación.

"¡Eh! ¿Qué haces aquí? No eres un habitual, eso seguro".

Al darse la vuelta, se encontró con un hombre gigantesco, desnudo hasta la cintura, con los músculos abultados y el sol reflejándose en su calva.

"Señálame al capataz del obispo".

"Allí, ¿ves esa choza?"

"Sí, gracias".

La modesta cabaña se alzaba, protegida de los elementos, bajo el coro. A su lado, una mesa formada por tres largos tablones apoyados sobre patas de caballete mostraba una hoja de pergamino tras otra. Cada una estaba lastrada con una piedra: eran los planos de los arquitectos para la construcción de la catedral.

Edmond llamó a la puerta y una débil voz procedente del interior respondió,

"Entrad".

El interior no era tan grandioso como cabría esperar de una oficina que supervisaba todas las actividades de aquella compleja obra. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra del interior, lo primero que vio fue un enorme cofre, atado con correas de hierro, y dos escudos de latón montados alrededor de dos bocallaves. “Debe de haber oro en su interior... nunca había visto una caja tan grande..." A lo largo de una pared corría una única estantería que gemía bajo una carga de pequeños libros, cada lomo con una letra del alfabeto. En lo más profundo de la cabaña, Edmond distinguió entonces, a la luz de una vela parpadeante, un escritorio de tapa inclinada. Casi oculto tras un grueso libro encuadernado en cuero, un hombre diminuto, con una ceja apretada para sostener un monóculo de montura de alambre, levantó la vista ante la presencia de Edmond en la puerta.

"He dicho que entres, ¿no? Acércate, déjame verte".

Acercándose al escritorio, Edmond esperó a que el otro hombre hablara.

"¿Su nombre?"

"Nerval, monsieur, Edmond Nerval. Debo decir que he venido aquí por recomendación del Padre Caron - "

¿"Caron"? Ah, sí, el sacerdote de la Eglise Evangélique, Rue Marie - un hombre bastante decente."

Se quitó el monóculo y frunció los labios en una expresión inquisitiva y maliciosa.

"¿Es usted un hombre bastante decente... quién es... ah, Nerval?"

"Supongo que lo soy, monsieur".

"¿Y es usted de fiar?"

"Por supuesto."

"Entonces, siguiendo la palabra de Caron, le contrataré. Es una jornada de ocho horas y dos negadores por turno. ¿De acuerdo?"

"De acuerdo, monsieur, y no le defraudaré."

"¡Mejor no! Informa al cantero, está ahí fuera trabajando en una de las capillas... ¡el que empuña un gato de nueve colas! Sólo bromeaba.

"El dinero no es bueno, pero mientras las anguilas no piquen, hay que hacerlo, no tengo elección."

Edmond distinguió fácilmente al cantero entre los demás trabajadores por el pergamino que llevaba en la mano.

"Disculpe, acabo de ver al Capataz del Obispo, y..."

"Y es su primera vez aquí. Bienvenido a la parte más importante de la catedral - al menos, algún día será la catedral".

El capataz habló en un tono amable que Edmond no esperaba. En su experiencia, cualquier persona en una posición de autoridad era dura e indiferente.

"Te lo explicaré todo - ah, ¿tu nombre?"

"Edmond Nerval".

"Así que, Edmond, nuestra piedra viene en carro de una cantera a un día de viaje de aquí, pero está en trozos ásperos. El carretero la descarga, luego los albañiles y sus hombres la cortan y la preparan en bloques alisados... pasaste junto a ellos en la entrada. Tu trabajo es traer esos bloques para usarlos aquí arriba, en el carro plano. Te enseñarán a usar los polipastos y demás. Luego le doy al tallador un diseño para que lo copie: puede ser un pájaro, una flor, una cara, lo que sea. A continuación, el trabajo acabado se coloca sobre mortero, en su sitio, según lo que hayan indicado los arquitectos. ¿Está claro?"

"Creo que sí", respondió Edmond, que no lo tenía nada claro.

"Una vez más, ¡bienvenidos a la construcción de la catedral de Saint Etienne, un edificio que será igual a cualquier otro en toda la cristiandad! No digo que esté de acuerdo con todo lo que dicen los eclesiásticos, pero eso no importa; mi trabajo en la tierra es dejar imágenes en piedra para que las disfruten los que vengan después. Puedes empezar hoy mismo. En las tiendas te darán un delantal".

Edmond no podía saber que su propio hijo estaría haciendo un trabajo idéntico al suyo, aunque en un lugar y una época diferentes.

Durante los meses siguientes, el cazador furtivo-trabajador de la catedral se presentó cuando se le requirió, realizó sus tareas con diligencia y cobró un salario. Sin embargo, no tenía mucho dinero: su taberna habitual estaba situada en el camino de vuelta a casa. Cuanto más ganaba, más bebía.

Una tarde, se sentó en su mesa favorita de la taberna. El día había sido gratificante: un saco de anguilas se vendió pronto en el mercado, y su bolsa de dinero estaba llena de monedas. Esa misma semana también había trabajado cuatro turnos moviendo bloques de piedra. Su mundo era un lugar agradable.

"Edmond, ¿te importa si me uno a ti? Un hombre no debería beber solo".

"¡Acelin, viejo diablo! Por supuesto, siéntate. Casero, ¡más cerveza!"

Acelin era un granuja con el que Edmond se encontraba de vez en cuando, un cazador furtivo, pero de otra finca al sur del río Vienne.

"¿Cómo va el negocio? ¿Y tu buena esposa, Jamette? Una buena mujer, sin duda, y ya es hora de que se oigan los piececitos, ¿no?".

"Los negocios van bien, y en cuanto a los piececitos, ¡no es asunto tuyo!"

"Oye, no quería ser fisgón, es que hace tiempo que no hablamos".

"Ay, es eso".

Su conversación pronto giró hacia las escapadas de pesca furtiva de cada uno.

"¿Sigues con las anguilas?"

"Sí, pero...

"Pero no puedes pescar suficientes."

"¿Cómo lo sabes?"

"Aún no he conocido a ningún anguilero que se gane la vida sólo con ellas".

"Tienes razón. Hoy tenía una en cada anzuelo, pero ayer nada en toda la línea. ¿Qué haces hoy?" preguntó Edmond, inclinándose sobre la mesa, su voz se convirtió en un susurro.

"Jabalí, jabalí, ahí es donde se gana dinero. Debe de haber unas cuantas manadas en la finca de Dumas, con lo cerca que está el bosque... ideal para jabalíes, diría yo".

"Sí, las hay".

Edmond tragó un trago de cerveza, su curiosidad iba en aumento. Acelin continuó,

"Podría enseñarte cómo atraparlos, secretos del oficio, si quieres".

"Aunque aceptara, ¿por qué me harías un favor?". preguntó Edmond, con la mirada fija en las mesas contiguas para asegurarse de que no les oían.

"No sería gratis; nunca hago favores a cambio de nada".

"¡Eso no me sorprende!"

"No, estoy dispuesto a enseñarte a cazar jabalíes a cambio de una parte de los beneficios; nada más justo que eso, y después, te dejaré actuar por tu cuenta". Todo el mundo acaba sonriendo, ¡excepto el viejo Monsieur Dumas! En serio, sin embargo, yo no invadiría el terreno de otro hombre, ¿verdad? Pero el jabalí es un animal temible, sobre todo cuando está acorralado, atrapado o sufre. ¡He visto cómo pisoteaba a un hombre hasta convertirlo en un amasijo de carne, sangre y huesos! Si te atraviesa con sus colmillos, no sobrevivirás, te lo garantizo... Te lanzará más alto que los árboles...".

"Siempre estoy abierto a nuevas ideas, Acelin, así que dime ¿por qué vale la pena arriesgar la vida por los jabalíes? El Duque no ve con buenos ojos a los cazadores furtivos, y he estado a punto de ser atrapado. Le gusta cazarlos con sus amigos ricos por deporte".

"¡Entonces que no te pillen, zoquete! De todos modos, lo que pasa con el jabalí es que 'casi todas sus partes tienen un precio, 'casi nada se desperdicia."

"Continúa, te escucho".

"Uso lazos o redes, dependiendo de la mentira del bosque y las carreras de las bestias. Acabo con ellas con mi daga y luego las arrastro hasta mi cabaña; no hace falta ninguna habilidad especial, sólo suerte. Hasta tú podrías hacerlo", bromea en tono burlón.

"De vuelta a casa, le quito la cabeza y las patas con un hacha, y ya está listo para la olla. Lo hiervo lentamente en mi caldero durante cinco o seis horas y luego -y así es como se puede ganar dinero de verdad-".

La atención de Edmond no se había apartado del otro hombre, tan cautivado estaba por la explicación.

"- fuera de la olla y en mi banco. Con mi cuchillo más afilado, le corto la piel e intento sacarla de una pieza. Le quito toda la carne y la grasa, y créeme, ¡cualquier curtidor te pagará muy bien! Se lo venden a guarnicioneros, cordoneros, fajadores, a quien sea, y hacen buenos artículos de cuero para los que pueden permitírselo. ¡Pero no olvides las cerdas! Yo las corto y las ato en manojos. Conozco a un hombre que hace cepillos y se los vende a las criadas que cuidan el cabello de sus amas, ¿entiendes?".

"Sí. Continúa, por favor."

"Lo que queda es la carne. Con una cuchilla dentada, la corto en trozos, le echo una pizca de sal, los envuelvo en muselina, y ya está lista para mis clientes, por un buen precio. Entonces, ¿cómo es eso para un asunto bonito? Piel, cerdas, carne... ¿te interesa, Edmond? Sería mejor que anguilas babosas, pero puedes hacer ambas cosas..."

Los hombres bebieron su cerveza, Edmond reflexionando sobre lo que Acelin había propuesto.

Uno de los pecados de los que hablaba Caron era la avaricia, pero querer mejorar tu suerte en la vida no es avaricia, ¿verdad? No debería

sentirme culpable. Es más, Dumas nunca echará de menos unos jabalíes viejos y podridos. Si vagan por el bosque, podría alegar que tengo derecho a cazarlos en… um... tierras comunes, eso es lo que intento decir.

"¡Ale, terrateniente! ¿Nuestro dinero no es suficiente?"

"Ya voy, Edmond", llamó un camarero desde detrás del mostrador.

Hubo una pausa, sin que ninguno de los dos hombres adivinara la respuesta del otro. Edmond habló primero,

"Acepto su oferta, amigo mío. Tendré que comprar un caldero adecuado, pero el herrero tiene todo tipo de ollas y sartenes expuestas fuera de su fragua, así que no será un problema".

"Bien. Estamos al principio de la época de celo, cuando todos los machos salen en busca de cerdas. Te venderé una red y una trampa por una pequeña cantidad. ¿El próximo lunes, entonces? Lo prepararemos todo, puedes alojarme durante la noche y al día siguiente veremos qué hemos conseguido".

"De acuerdo." Los hombres estrecharon sus manos. Acelin se levantó de la mesa, se tambaleó hacia la puerta y se marchó.

"¿Está Jamette cocinando un guiso para alimentar a un ejército? El caldero es lo suficientemente grande para eso. No se venden muchos de ese tamaño". El enorme herrero desdentado se limpió las manos en un mono ennegrecido. "De todos modos, serán dos dinares, Edmond."

"Hay tres para subirlo por el camino hasta mi cabaña."

"Mi chico se encargará mañana".

"Sólo una cosa, herrero, nadie tiene por qué saber lo que te he comprado porque..."

"Edmond, tus asuntos son tus asuntos, nada que ver conmigo. No hace mucho, recibí el encargo de hacer la brida de un regañón. La cosa más terrible que he tenido que hacer. Va alrededor de la cabeza como un casco vikingo, un bocado en la parte delantera que entra en la boca sobre la lengua y un perno en la parte trasera para asegurarse de que no podía ser quitado por la pobre mujer. El cliente estaba harto de los cotilleos de su mujer, ¡y pensó que era la mejor manera de silenciarla! Todo el pueblo la vio como lo que era... pero, como digo, no me concierne. El dinero de un hombre es el mismo que el de otro".

"Le deseo un buen día."

"Y a ti, Edmond."

De vuelta en su camarote, no le dijo nada a Jamette sobre su plan y el de Acelin. Cuanto menos supiera la gente, mejor.

CAPÍTULO ONCE

LIMOGES (LEMOSÍN), REINO DE ARLÉS, 1324

Al día siguiente, tal como había prometido, el herrero detuvo su caballo y su carro frente a la casa de Edmond.

"¡Eh! Tengo una entrega para el señor Nerval", gritó el muchacho para anunciar su llegada. Jamette salió a su encuentro y se ciñó el chal contra el frío de la mañana. No sabía nada del enorme caldero del carro. Su marido rara vez compartía con ella las decisiones domésticas.

"¿Qué nos traes?"

"Una olla grande. La golpeó con su bastón, provocando un resonante timbre.

"¡La más grande que he visto! Podría caber un buey ahí dentro, y es demasiado pesada para que la mueva yo solo. Necesito otro hombre que me ayude".

"Monsieur Nerval está fuera, aunque debería volver pronto. ¿Quieres entrar y tomar algo para pasar el tiempo?"

"Muchas gracias, señora", aceptó, quitándose la gorra y siguiéndola al camarote.

"Siéntese, por favor". Sin más demora, llenó un vaso de licor del barril de madera y lo colocó frente a su inesperado invitado. Las chispas saltaban en la chimenea cuando ella removía las brasas y echaba más leños. El fuego era la única iluminación de la habitación; Edmond prohibía el uso descuidado de velas caras durante el día. El chico bebió en silencio. Jamette se afanaba en escurrir la ropa en la bañera. Al poco, se abrió la puerta y apareció

Edmond, dejó caer el saco con su contenido retorciéndose y se acercó a la chimenea para calentarse las manos. Se relamió los labios, bebiendo de la jarra que le ofrecía su mujer.

"Ah, así está mejor. Supongo que querrás que te ayude a descargar el carro", preguntó, reconociendo por primera vez la presencia del muchacho.

"Demasiado pesado para que lo mueva un solo hombre, señor".

"Vamos, entonces, y una vez que lo hayamos hecho puedes llevarme a la ciudad. Necesito estar en el mercado esta mañana".

"Con mucho gusto, señor.

Juntos, bajaron el caldero de hierro del carro y lo llevaron a la parte trasera de la propiedad.

"Aquí", ordenó Edmond, señalando con la cabeza un cobertizo abierto donde había colocado dos piedras, separadas, para apoyar el caldero sobre un montón de leña. Dio un paso atrás y admiró su nueva adquisición.

"Estoy deseando hervir un viejo jabalí ahí dentro".

Luego regresó a la cabaña para recoger su saco de anguilas recién pescadas, sin dar a Jamette ninguna idea de por qué su marido había comprado una segunda olla. La que utilizaban día tras día era perfectamente adecuada", pensó para sí.

"Volveré a mediodía. Asegúrate de que la casa esté barrida y ordenada; vamos a recibir a un invitado que pasará la noche con nosotros". Aunque era de lo más inusual que se quedara alguien, ella había aprendido con los años a no cuestionarle; él podía percibirlo fácilmente como una falta de respeto, con consecuencias nefastas.

Arrojó el saco al carro y luego subió y se sentó junto al muchacho, que hizo restallar su látigo sobre los flancos del caballo para ponerlo en marcha por el camino. Hombre taciturno, Edmond tenía

hoy muchas cosas en la cabeza que le impedían entablar conversación con el ayudante del herrero. Tras unos veinte minutos en los que el carro avanzaba a trompicones, traqueteando de un lado a otro sobre la áspera superficie, los árboles disminuyeron de tamaño y la vista de los edificios indicó que la ciudad estaba más adelante.

Edmond bajó de un salto, cogió su saco y, sin dar las gracias al muchacho, subió por la calle principal hasta el bullicioso mercado. Las seis anguilas retorcidas no tardaron en venderse, y la taberna le llamó. Para sorpresa del tabernero, Edmond sólo bebió una cerveza, le deseó un buen día y se marchó.

"Eh, Edmond, tan pronto...", gritó un conocido, pero demasiado tarde.

En la casa, Acelin estaba desatando las correas de cuero de los ejes de su carro cuando llegó Edmond.

"Hola, amigo mío". Levantó la vista.

"Ah, ya estás aquí. Espero que hayas tenido una mañana provechosa".

"Ciertamente, vendí seis anguilas en minutos...

"Son tan resbaladizas que apuesto a que no podrías agarrarlas", dijo su amigo en tono burlón, "y, no lo olvides, ahí no es donde está el dinero de verdad. De todos modos, desata el otro lado, y daremos de comer y beber al caballo".

"Ya he pensado en eso. Allí hay un cubo de agua y un montón de heno, puedes atarlo al árbol".

"Excelente. Cuida de tu caballo y él cuidará de ti. Lo aprendí hace muchos años". Guió al animal y lo ató con firmeza.

Estarás bien allí hasta la mañana, viejo amigo". Acelin habló en voz baja, dándole una suave palmada en las ancas. Luego, se volvió hacia Edmond, que había observado los últimos momentos en

respetuoso silencio.

"Y ahora, a la razón de mi presencia aquí. Ven, ven". Acompañó a Edmond hasta el carro y sacó una vieja tela que cubría una trampa de hierro y un montón de redes.

"Son tuyas. Podemos acordar un precio más tarde, ya te dije el otro día que no hago favores por nada".

"Entiendo, pero primero, llevarás comida y cerveza conmigo - no se puede ir de caza con el estómago vacío".

"Es cierto", aceptó Acelin, y entraron en la cabaña, donde Jamette había preparado la mesa con pan, queso y dos jarras en cuanto el relincho de un caballo le indicó que había llegado el invitado, al que su marido había aludido antes.

"Saludos a ti, Jamette. Han pasado muchos días desde la última vez que nos vimos. ¿Cómo estás?"

"Estoy bien, gracias", respondió ella, "pero no esperaba que fuera su invitado". Su mirada se fijó firmemente en el rostro del visitante, y continuó, con un tono crítico en su voz: "Entonces, su visita no es involuntaria... debe tratarse de caza furtiva, ¿tengo razón?".

"Si Edmond no le ha explicado nuestro plan, no me corresponde a mí...".

En ese momento entró el marido, le dio una palmada en el hombro a Acelin y le invitó a sentarse a la mesa.

"Come y bebe, luego tenemos trabajo que atender".

Cumplido su servicio de esposa, Jamette se retiró discretamente a la parte trasera de la sala, dejando a los hombres con sus asuntos.

"Es hora de que nos pongamos en marcha", concluyó Acelin. "Tú lleva la red, y yo llevaré la trampa. Ahora, sígueme".

Caminaron por el sendero del bosque, ambos jadeando y sudando con sus pesadas cargas. Las copas de los árboles se espesaban a medida que avanzaban y el entorno se oscurecía. De repente, Acelin, que iba delante, se paró en seco.

"¡Silencio! Ni una palabra". Dejó la trampa y se llevó una mano a la oreja, esforzándose por escuchar.

"¿Oyes eso?", siseó.

"¿Qué?

"Allí". Señaló a su izquierda. "Hay jabalíes - ahora, se han ido. Descansemos mientras te explico". Se sentaron en el tronco de un árbol caído. Edmond quitó el tapón de una botella de cuero que llevaba atada a la cintura y se la pasó.

"Sabe bien".

"Sí, todo obra mía, también".

"Ahora, sé que estamos cerca de donde huyen porque los oí dispersarse. No son cobardes, pero se asustan fácilmente si no pueden verte. Es cuando te ven cuando tienes problemas". Volvió a escuchar. "Vamos, pero muévete despacio y mantén la calma. No creo que nos molesten hasta el anochecer, cuando cazan a las cerdas, y para entonces ya nos habremos ido".

Los dos cazadores furtivos se abrieron paso a través de la densa maleza hasta que Acelin, una vez más, les hizo detenerse.

"Aquí está - esta es su carrera. ¿Ves dónde han arrancado helechos y pisoteado la hierba?"

"Sí, ya veo, hay un rastro real, ¿no?"

"Claro que sí. Lo extraño es que usen el mismo recorrido, una y otra

vez, la cerda perseguida por el jabalí y luego el jabalí haciendo sus necesidades. Empecemos. Primero la red. Algunos hombres tienen una red o una trampa, pero me gusta usar ambas, por si acaso, por así decirlo - el doble de posibilidades. Está hecha de cáñamo y ortiga, anudada para hacer la malla. Luego, esta cuerda más gruesa se enhebra a través de un borde. Coge un extremo de la cuerda y átalo a la rama de aquel árbol, por allí, a la altura de la cintura... eso es... yo haré el otro extremo aquí".

Cuando la cuerda estuvo bien atada, la red colgaba a lo largo de la pista como una cortina a través de una ventana.

"Bien, ¿lo ves? Un jabalí en estampida se precipitará directamente en ella, y cuanto más luche por liberarse, ¡más se enredará! Y ahora la trampa, tráela aquí". Los hombres se alejaron unos cincuenta metros de la red.

"Fijaos bien, la próxima vez no tendréis que aprender de mí. Eso sí, no hay habilidad en ello. Se llama cepo, por razones obvias".

Las mandíbulas cerradas tenían dientes afilados, dentados como una sierra. Se arrodilló sobre el cepo para abrirlo, gruñendo por el esfuerzo. Una vez abierto del todo, deslizó un cierre con una amplia almohadilla sobre el resorte, apartó las manos y se levantó, secándose la frente con el antebrazo.

"¡Uf! Ya está listo".

"Me recuerda a cuando mi padre me llevó una vez a los muelles. Vi un barco tripulado por marineros de piel oscura. En su cubierta yacía el pescado azul más largo y brillante que jamás había visto. Lo cortaban en trozos y lo vendían a la gente del muelle. Su boca me dio un susto de muerte: hileras de dientes blancos y puntiagudos, abiertos de par en par. Los marineros no hablaban nuestro idioma, pero mientras cortaban trozos de carne, gritaban la palabra tiburón. Tu cepo es la boca de un tiburón".

Acelin escuchó el relato de su amigo con interés.

"No sé nada de un pez así, pero cuando un jabalí pisa la almohadilla, suelta el resorte y las mandíbulas se cierran de golpe,

hasta el hueso. ¡Es un verdadero monstruito! La bestia probablemente morirá desangrada antes de que lleguemos a ella, pero de cualquier manera, está capturada".

"Todo suena como dinero fácil para mí."

"¡Exacto, Edmond! Volveremos mañana por nuestro botín".

El crepúsculo descendió sobre el bosque mientras los dos bajaban por el sendero hacia la cabaña, satisfechos de su trabajo.

CAPÍTULO DOCE

LIMOGES (LEMOSÍN), REINO DE ARLÉS, 1324

"H a estado realmente bien, Jamette", dijo Acelin entre eructos, "mis felicitaciones".

"De nada. Recibimos visitas tan raramente, que es un cambio agradable".

Había preparado una menestra de verduras y horneado pan fresco en el horno de piedra junto a la chimenea. Edmond no se dio cuenta, pero ella se había peinado el largo cabello castaño y se había puesto su mejor bata bordada. Era una mujer sin educación, pero se interesaba mucho por el mundo que la rodeaba. Con un brillo de curiosidad en los ojos y unos dientes blancos, era una esposa atractiva, infravalorada por su marido. A menudo se preguntaba cómo sería la vida lejos de su rústica cabaña, en compañía de gente que reía y cantaba con desenfreno y trabajaba duro por un futuro próspero. Pero para Jamette eran y seguirían siendo meros sueños.

"Tráenos más bebida, querida", pidió Edmond en un tono amable en beneficio de su invitada, sin su habitual acritud. Jamette llevó los vasos al barril y los rellenó siguiendo las instrucciones. Tras dejarlas sobre la mesa, se retiró a una mecedora en un rincón de la habitación para pasar la velada cosiendo en silencio.

"...¿y recuerdas la vez que apostamos por ese gallo viejo y sarnoso? Nos miraron como si hubiéramos perdido el juicio, ¡y conseguimos muy buenas probabilidades, verdad!".

"Sí", respondió Acelin con nostalgia, "¡pero sabíamos que el otro había sido alimentado con una bebida maligna que le impedía incluso ver bien, por no hablar de oponer resistencia! Recogimos nuestras ganancias y nos largamos antes de que nadie sospechara de mala praxis. Buenos tiempos.

"En efecto, y predigo que las tendrás de vuelta una vez que hayas dominado el arte de la caza del jabalí".

"Eso espero, Acelin, sin duda me vendría bien algo de dinero decente".

Los dos hombres rememoraron y bebieron hasta bien entrada la noche.

"Será mejor que descansemos, amigo mío. Mañana nos espera un día ajetreado", balbuceó Edmond.

A la mañana siguiente, se despertaron con la cabeza dolorida por los excesos de la noche anterior y se reanimaron con el agua fresca que Jamette había sacado del pozo. También les había preparado un desayuno a base de pan, queso y una cesta de frutas silvestres.

"Comed", les animó, "hoy necesitaréis fuerzas. Supongo que saldrás a cazar al bosque".

"En eso tienes razón, Jamette. Y con suerte, puede que tu Edmond tenga suficiente dinero para comprarte un vestido nuevo".

El semblante de Edmond era hosco. Un convite para su mujer no era lo primero en lo que había pensado; le atraían más las estridentes sesiones de bebida en la taberna.

"Lo siento", continuó Acelin, "no era mi intención provocar una disputa conyugal. De todos modos, traeremos aquí el jabalí que hemos cazado y te enseñaré qué hacer con él. Después, podrás irte al mercado, para deleite de todos esos codiciosos clientes de Limoges". Se volvió hacia Jamette,

"Tú también puedes ayudar, llenando tu nuevo caldero con agua y

encendiendo el fuego bajo él, listo para nuestro regreso."

"Por supuesto, me ocuparé de ello", respondió ella.

Los hombres se cubrieron las túnicas con pesadas capas y se pusieron en marcha.

"Estaremos de vuelta a mediodía, así que tened comida preparada", dijo Edmond por encima del hombro.

La madrugada estaba fría y fresca, pero sin la más mínima brisa, lo bastante agradable para su paso por el sendero que conducía a las trampas que habían colocado el día anterior.

Apenas había amanecido, la penumbra proyectaba sombras y creaba figuras imaginarias entre los árboles que flanqueaban el sendero. La escarcha blanca y el rocío helado volaban a su alrededor cuando rozaban los arbustos colgantes.

"Ya no está lejos".

"Correcto. Estoy muy emocionado", admitió Edmond.

"Sí, pero no te hagas ilusiones; podríamos no haber pescado nada. Eso sí, es la estación adecuada para los jabalíes. Prefieren salir a aparearse cuando hace fresco, así que puede que tengamos suerte".

"Deberías saberlo, Acelin".

Otros diez minutos y Acelin los detuvo abruptamente.

"¡Abajo! ¡Abajo! Y silencio", siseó, tirando de la túnica de su amigo para que se arrodillaran bajo las copas de los arbustos circundantes.

"Los oigo resoplar y arañar por allí. Creo que viene de donde tendimos la red". Luego, "¡Maldita sea! Nada.

La red permanecía intacta, todavía bloqueando perfectamente la pista.

"No importa, el ruido debe venir de más allá, del cepo. Vamos, pero mantente agachado detrás de mí".

Edmond siguió estas instrucciones, asombrado de los conocimientos del otro hombre. De pronto, un crujido de la maleza, acompañado de chillidos y sonidos dispersos, rasgó el aire y pareció rodearlos. Edmond se arrodilló instintivamente, como antes, inmóvil por la aprensión. Acelin separó las ramas de un arbusto, miró a través de ellas y exclamó triunfante,

"¡Excelente! Ved!"

Miró por encima del hombro de su compañero y, tal como habían esperado, un jabalí gordo y erizado yacía de costado, gimiendo, lloriqueando, angustiado, con la pata delantera aprisionada entre las afiladas mandíbulas del cepo. No sabían cuánto tiempo llevaba atrapada la bestia, pero debían de ser varias horas, y era evidente que su vida se estaba apagando.

"¡Eh! Una buena mañana de trabajo, ¿qué dices, Edmond?"

Recuperando la compostura, respondió,

"Sin duda alguna. Nunca he visto nada igual".

Acelin sacó una daga de su cintura, se acercó a su presa y ordenó,

"¡Mírame y aprende, muchacho!"

El vencedor avanzó con confianza y agarró al jabalí por un colmillo. No necesitó un gran esfuerzo para mantener quieto al debilitado animal. Con dos fuertes empujones, dejó al descubierto las venas del cuello para que la sangre brotara, formando un charco a su alrededor. Al cabo de unos minutos, cesó todo movimiento, soltó el colmillo, volvió a colocar la daga y se esforzó por abrir lentamente las mandíbulas.

"¡Uf!", dijo, gruñendo y poniéndose en pie. "Ahí está, un jabalí muerto mal ganado pero rentable y...".

De repente, su alegría fue destruida por cuatro hombres fornidos que se abalanzaron, con las espadas desenvainadas, desde todos los

lados.

"¡Alto! No os mováis. Venimos en nombre de Monsieur Dumas, en cuyas tierras han invadido. Te arrestamos por el delito de cazar furtivamente su ganado", gritó el líder de los hombres.

En un abrir y cerrar de ojos, Acelin esquivó a dos de los hombres y desapareció, dejando que su amigo se enfrentara a las consecuencias de su expedición de caza.

"¡Coged a éste!", ordenó el mismo líder. "Atadle fuerte".

Los brazos de Edmond fueron sacudidos detrás de él y atados, dejándole indefenso, con las piernas empezando a temblarle de miedo. Otro hombre le hizo girar, levantó una mano y le asestó un fuerte golpe en la cara, haciéndole caer al suelo.

"No sé el nombre de tu hermano sin espíritu, aunque estás mejor sin él; no se quedó mucho tiempo para ayudarte, ¿verdad?", se rió.

El líder reanudó,

"Así que, Edmond Nerval, te llevamos bajo la custodia de Monsieur Dumas por el delito indicado cuando... ¡oh, maldición! Te llevamos a ti, con eso basta". El zoquete se esforzó por hilvanar algo más que una simple frase. Edmond no se preguntó cómo sabían su nombre: pero las lenguas se mueven, sobre todo cuando la cerveza las ha soltado. "Será él quien decida qué hacer contigo, pero es un hombre al que no le gustan este tipo de cosas". Dirigiendo una patada casual a las costillas de Edmond, ordenó,

"¡Levántate, hombre! Levántate".

Edmond se levantó a duras penas, con la cabeza dándole vueltas, para que se lo llevaran; dos de sus captores le empujaban por detrás y los otros dos iban delante.

En la cabaña de los Nerval, Jamette se vio sorprendida por unos furiosos golpes en la puerta.

"¡Jamette! ¡Dejadme entrar!", gritó con frenesí.

"¡Ya voy, ya voy!".

Acelin estaba frente a ella en el umbral, jadeando, con el sudor corriéndole por la cara. Sin esperar invitación, la empujó y entró en la casa. Se sentó, exhausto, a la mesa, y mientras se recuperaba, ella llenó un vaso del barril.

"Toma, bébetelo. ¿Qué demonios ha pasado, y dónde está Edmond?"

"Nos tendieron una emboscada, no teníamos ninguna posibilidad. Los hombres de Dumas salieron de la nada, ¡enormes brutos! Conseguí escapar tras una lucha cuerpo a cuerpo con uno de ellos. Hice todo lo que pude", mintió, "pero se llevaron a Edmond. Supongo que se lo han llevado al castillo de Dumas".

"¿Y sabían que estaba cazando furtivamente?"

"¡Por supuesto, estúpida, nos pillaron con las manos en la masa! Pero no hay nada que pueda hacer para ayudarlo ahora, todo es parte del juego..."

"¡Juego! ¿Lo llamas juego? ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi vista!", gritó, sintiendo la necesidad de defender a su marido por primera vez en su relación. Acelin no quiso más pujas. Salió de la cabaña, para no ser visto nunca más.

Los hombres de Dumas forzaron a Edmond a lo largo del camino que conducía al castillo, ridiculizándolo, pinchándolo sin piedad. Con las manos fuertemente atadas a la espalda, tropezaba de vez en cuando sólo para que uno u otro de los hombres le diera una patada que le hiciera levantarse y continuar su camino. Atravesaron las robustas puertas de madera y subieron por el camino que conducía a la imponente casa revestida de hiedra donde la familia Dumas había vivido durante generaciones. Aunque no eran nobles, se ganaban el favor de duques e incluso reyes gracias a su riqueza.

Antes de llegar a la casa principal, empujaron a Edmond hacia una hilera de dependencias bajas de piedra. El jefe de la banda le desató

los brazos y le ordenó,

"¡Ahí dentro!" Lo condujo a través de una puerta abierta hasta una celda sin ventanas. La puerta se cerró de golpe y el hombre quedó sumido en la más absoluta oscuridad. Palpó las paredes y el único objeto sólido que encontró fue un cubo lleno de agua. En un rincón había un montón de paja sucia, nada más. Fatigado y dolorido por los malos tratos, bebió y se desplomó sobre la cama de paja, sumiéndose en un sueño profundo e intranquilo.

Se despertó -horas o incluso días después, el tiempo se perdía- con la luz del día inundando el lugar al abrirse la puerta. La figura de un hombre que se perfilaba en la puerta arrojó un trozo de pan de centeno marrón, llamando,

"¡Aquí está su cena! Disfrútala, ¡no sabemos cuántas más te quedan!".

Con una risita cruel, cerró la puerta, y la prisión de Edmond volvió a sumirse en la oscuridad. Frío y temeroso de su destino -pues conocía muy bien los castigos que habían recibido los cazadores furtivos que conocía-, se obligó a comer un poco del tosco pan, bebió un poco de agua y se dejó caer de nuevo sobre la paja.

¿Qué he hecho para merecer esto? Esa es una pregunta que debe responder el Señor. ¿De qué ha servido acudir a la maldita confesión de Caronte? Y todo ese tiempo, encerrado en su maldita cajita, esperando a que me preguntara: "¿Qué pecados confiesas ante el Buen Dios?", todo para que el cura no le regalara mi partida a Dumas. Ah, ahora lo veo; debe ser él quien le ha dicho al viejo dónde encontrarnos. Pero, ¿cómo podía saberlo...?

Edmond abandonó toda esperanza de descubrir la verdad y reanudó el sueño en la total oscuridad de la celda, con el alma atormentada y el espíritu débil. Todo tipo de castigos pasaban por su mente.

De vuelta en la cabaña, Jamette se sentó frente al fuego, viendo

saltar las chispas y brillar las brasas. Sorbía el licor de Edmond de un vaso; normalmente, no tomaba alcohol, pues pensaba que su marido bebía suficiente para los dos. A pesar de la naturaleza pendenciera de su matrimonio, respetaba sus votos matrimoniales y seguía siendo leal y comprensiva con él.

¿Qué puedo hacer para rescatarlo? He oído decir que Dumas es un hombre cruel que golpea a sus criados y despide a sus trabajadores por capricho. Entonces, ¿qué esperanza para Edmond?'

Mientras sus pensamientos se agitaban, buscando una solución y bebiendo más, una idea acudió a su cabeza.

La tengo. Me confesaré y le explicaré nuestra situación al padre Caron. Él nos ayudará, y sé que escucha a Dumas. Sí, eso es lo que haré. El viernes de esta semana es su día de confesión. Recuerdo que Edmond lo hace antes de ir al mercado. Sólo espero que no se muera del susto cuando se dé cuenta de que, de repente, me he convertido en una mujer religiosa".

Considerando su terrible situación, durmió bien esa noche, confiada en que el poder de la Iglesia influiría en Monsieur Dumas para que mostrara clemencia con, en el peor de los casos, un día en el cepo para alertar a la gente de Limoges de su crimen, no es que necesitaran mucha alerta, tal era su reputación. Pronto llegó el viernes.

"¿Qué pecados quieres confesar?", le dijo una voz que reconoció al instante desde la reja que separaba al sacerdote del confesor.

"Padre, perdóneme, porque no siempre he sido la mejor esposa para mi marido".

"Hija mía, eso no es necesariamente un pecado. Todos somos propensos a encontrar difíciles las relaciones humanas, y el Buen Dios nos orienta - "

Jamette le interrumpió.

"Usted no comprende, padre. ¿Sabes quién soy?"

"Creo que no, pero no necesito nombres para absolver el alma".

"Por favor, escúcheme. Soy Jamette Nerval, y suplico su ayuda por un gravísimo mal que le ha sobrevenido a mi marido, Edmond."

"Ah, creí reconocer tu voz, Jamette, pero verás que esto es de lo más irregular. El confesionario no es un lugar apropiado para dar consejos". Hizo una pausa para considerar su petición.

"Padre, ¿sigue usted ahí?"

"Sí, claro que sí, hija mía. Admito que durante el último año me ha impresionado la asistencia de Edmond al confesionario - no pensé que honraría su palabra conmigo, pero me equivoqué." Hizo una pausa una vez más.

"Preséntese esta tarde en mi despacho y discutiremos su problema en privado".

"Padre, no tengo palabras para agradecerle..."

"No te prometo nada, Jamette, y el Señor me dirigirá. Hasta esta tarde".

Jamette salió de la Eglise Evangélique y se dirigió al mercado para pasar el tiempo hasta su cita con el sacerdote. Deambulando por los puestos, se encontró con muchas mujeres que conocía, y a las que hacía tiempo que no veía se mostraron, naturalmente, inquisitivas respecto a sus asuntos.

"¡Jamette! ¿Dónde te habías metido? ¿Cómo está Edmond?"

Parecía que todo el mundo le preguntaba cómo estaba Edmond. Ella respondió simplemente,

"Está bien, gracias. Diré que preguntaste por él". Su voz fingía placer.

No pudo decir más y esperó que la preocupación grabada en su rostro no delatara una realidad muy diferente. Con alivio y temor a

la vez, oyó sonar el timbre de la sexta, hora de reunirse con Caron e implorar su ayuda para liberar a su marido.

¿Y si dice que no puede ayudar? ¿Qué pasará entonces?

Entró en la iglesia por una puerta lateral, reacia a ser vista por nadie. Pero no tenía por qué preocuparse: el oscuro interior estaba desierto. Encontró sin dificultad el despacho de Caron, en cuya puerta estaba escrito su nombre. Llamó suavemente y esperó.

"Entra. Ah, eres tú, Jamette, pasa y siéntate, por favor". Indicó una silla frente a su escritorio, cargado de amarillentas hojas de pergamino enrolladas y una pesada biblia encuadernada en cuero.

"Ha dicho que Edmond tiene un problema".

"Más que un problema, padre. Le han pillado cazando jabalíes, y los hombres de Monsieur Dumas se lo han llevado a... "

Abrumada por los acontecimientos de los últimos días, se derrumbó, sollozando incontroladamente.

"Tranquilícese. Monsieur Dumas es un hombre honorable y temeroso de Dios, y por mi trato con él, diría que es razonable y abierto. Déjame el asunto a mí, Jamette, y veré qué se puede hacer". Ella se sintió reconfortada de que él accediera a ayudarla.

"Mi más sincero agradecimiento, Padre Caron."

"Váyase ahora."

Más tarde ese día, Caron y Dumas intercambiaron cumplidos y compartieron una botella del fino clarete del hombre frente a un fuego crepitante.

"Así que, ya ves que no hay ninguna ganancia en seguir castigando a este desgraciado. Es mi feligrés y lleva una vida honesta, haciendo todo lo posible por mantener a su esposa. No tienen nada. A veces,

pasan días sin comida en su mesa, así que intercedo, en mi calidad de representante del Señor aquí en la tierra, y pido su noble perdón. Dios favorece a aquellos que muestran misericordia, como es su costumbre. ¿Qué dices, Dumas?"

"Mmm... ¿más vino, Padre? Es nuestra mejor cosecha".

"Sólo con fines medicinales, como comprenderás". El sacerdote bebió el clarete de Dumas y reanudó,

"Es más, si este caso fuera llevado ante el Magistrado, bien podría argumentar que el bosque no es parte de su propiedad y, por lo tanto, no está bajo su jurisdicción. Eso afectaría negativamente a tu buen nombre. La gente podría verte como una especie de tirano que usurpa sus derechos y somete al hombre común". Caron se recostó en su sillón y bebió más vino, con una expresión de suficiencia en el semblante tras su razonado argumento.

"Si lo pones así, Caron, tengo que estar de acuerdo contigo. Si llegara a la corte del rey Alfonso... Disfrutamos de un acuerdo envidiable con Su Majestad a la hora de pagar nuestros impuestos territoriales y los derechos de aduana de nuestros vinos, y eso hay que protegerlo a toda costa. Así que dejaré al hombre libre. ¿Satisfecho, Caron?"

"Ciertamente. Monsieur recibirá su recompensa en el cielo, estoy seguro".

Edmond parpadeó con fuerza para ajustar la vista a la corpulenta figura que se erguía en la puerta de su celda, silueteada por el brillante sol de la mañana.

"¡Fuera!", ladró el hombre. "Y será mejor que no te volvamos a ver por aquí. Espero que hayas aprendido la lección. Fuera".

Una fuerte patada en el trasero le ayudó a seguir su camino y no necesitó más estímulo.

Edmond Nerval no podía saber -ni le habría importado- que la intervención del padre Caron en su favor se había reproducido seis años antes a muchos kilómetros de distancia, en la ciudad de Cuenca, situada en el Reino de España. En aquella ocasión, un tal padre Gelmiro suplicó a su obispo que se apiadara de un pobre campesino en apuros que se veía abocado al desahucio y a la ruina. El obispo demostró compasión y mantuvo a perpetuidad el arrendamiento del campesino. Junto con las acciones de Caron, los dos casos eran prueba del poder de la Iglesia para influir, intervenir y mostrar audazmente una actitud compasiva hacia sus rebaños.

El cazador furtivo entró en su humilde cabaña y, para sorpresa de su mujer, la abrazó incluso antes de hablar.

"Estábamos revisando las trampas para jabalíes que habíamos colocado, Acelin y yo. Sin previo aviso, los hombres de monsieur Dumas nos agarraron, o mejor dicho, me agarraron a mí; Acelin se escapó. Me llevaron al castillo y me metieron en una celda".

"Ya lo sé. Acelin vino aquí y lo describió todo".

"No intentó ayudar, sólo huyó. ¿Pero por qué me liberaron? No puedo explicarlo".

"Padre Caron."

"¿Qué quiere decir?"

"No sé cómo ni por qué, pero él defendió tu caso con Dumas y..."

"¡Así que acudir a su pésima confesión resultó ser un acierto!".

Ella asintió, decidiendo no tomar crédito por su propia parte en la decisión de Dumas.

"Ahora me doy cuenta. Con demasiada frecuencia he faltado como marido, y tengo la intención de enmendarlo". Jamette no dijo nada, pero le devolvió el abrazo. Se sintió abrumada por unas palabras tan amables, como no había conocido en él. Tenía otras noticias, pero podían esperar hasta que él descansara.

Al día siguiente, Edmond desayunó. Su mujer se sentó a su lado.

"Edmond, tengo algo que decirte."

"Siempre y cuando sean buenas noticias".

"Lo son, o al menos espero que te lo parezcan. Estoy embarazada".

"Repite eso."

"Estoy embarazada. De dos meses seguro. Una mujer sabe estas cosas".

Se levantó de la mesa, se puso la capa y se dirigió a la puerta.

"Voy a dar un paseo. Necesito considerar la situación".

Casi se desmayó de emoción.

Que el Señor me ayude si se disgusta. Me echará la culpa a mí, y justo cuando veo un cambio a mejor en el hombre...

Regresó unas dos horas más tarde. Sonriendo y esforzándose por controlar su felicidad, dijo,

"¡Espero un hijo! Pero aquí en Limoges no tenemos futuro. En año nuevo nos trasladaremos a Carpentras, donde nacerá nuestro hijo".

"Carpentras, ¿cómo es eso? No tenemos nada que ver con ese lugar".

"No te lo he mencionado antes porque no lo consideraba una perspectiva seria. Dejad que os lo explique. Sírvenos un trago; tenemos motivos para celebrar". Sus modales eran más amables y protectores de lo que ella había visto desde sus primeros días de noviazgo.

"Conocí a un hombre en la taberna que estaba aquí por negocios, un mercader que comerciaba con telas finas, si no recuerdo mal. En el curso de nuestra conversación, le confesé que tenía que recurrir a actividades ilegales para ganarme la vida. “Mi querido amigo, eso

no es vida, ¿verdad? En Carpentras, mi ciudad natal -no la conocerá-, hay una posada que necesita un inquilino. El viejo propietario murió el mes pasado, y yo podría hablar bien de ti con el duque propietario. Si yo se lo digo, seguro que se lo cede. Avísame si te interesa". Le agradecí la propuesta, pero la rechacé. Eso fue antes de nuestra reciente buena fortuna, y ahora los tiempos son diferentes. Ya no me dedicaré a la caza furtiva y estoy a punto de ser padre. Ya es hora de que gane dinero honradamente, así que tomaremos el alquiler, he decidido, después de Navidad, listos para la nueva llegada. ¿Qué te parece?"

Ella se sorprendió, pero aceptó de buen grado, anhelando una existencia mejor lejos de Limoges y sus dolorosos recuerdos.

Su hijo, Marius, nació en Carpentras en 1325.

CAPÍTULO TRECE

CUENCA, REINO DE ESPAÑA, PRIMAVERA DE 1319

Habían pasado algunos meses desde el funeral del anciano en la catedral, cuando el padre Gelmiro se había dado cuenta de la silenciosa pero evidente hostilidad que existía entre el padre Nicolás y Albornoz. Al verlos a la vista, las miradas que intercambiaban eran tan intensas y ardientes como para derretir el hielo en agua en un instante. Cuando, con Albornoz a su lado, tuvo ocasión de conversar con Nicolás, el hombre y el muchacho no dijeron una palabra, con semblantes adustos. Su inquietud fue en aumento hasta que se sintió obligado a enfrentarse a su alumno.

Un día, terminada la lección, Albornoz se disponía a abandonar la casa del cura.

"Siéntate, hijo mío.

"¿Padre?"

"Siéntate. Hay un asunto sobre el que debo interrogarte".

El muchacho se sentó a la mesa, preguntándose qué tendría que decir el anciano.

"El padre Nicolás es un buen sacerdote. Cumple con sus deberes parroquiales como yo le ordeno, y ¿quién soy yo para dudar de las intenciones de un hombre recto? No busca ni ascensos ni favores".

"Entonces, ¿por qué me cuestionas?".

Gelmiro hizo una pausa antes de responder, consciente de la necesidad de elegir palabras que provocaran una respuesta sobre un tema serio por parte de un simple niño.

"¿Tienes motivos para que te caiga mal el padre Nicolás?".

La pregunta iba al grano, centrada en su genuina preocupación.

"No lo entiendo.

"Hay un ambiente rayano en el odio cuando estáis el uno en compañía del otro, y me gustaría saber a qué se debe. ¿Tienes algo que decirme?"

Albornoz agachó la cabeza y no contestó durante un tiempo interminable. Luego,

"Vi al Padre Nicolás en la sacristía."

"¿Y qué hay de eso?".

"No estaba solo. Otro sacerdote -no sé su nombre- estaba sentado a su lado. Se besaron y colocaron sus manos bajo el hábito del otro. Su respiración era agitada y hacían ruidos extraños".

"Ah, ya veo. ¿Y le vio el padre Nicolás observándoles?".

"Aunque la puerta sólo estaba entreabierta, me vio y se detuvo en seguida, se bajó la túnica y se alejó de su colega arrastrando los pies. Me fui tan rápido como pude".

"¿Eso fue todo?"

"No. Me encontró en la ciudad y me golpeó en un callejón, ordenándome que nunca revelara a nadie lo que había visto. ¿Recuerda, padre, cuando me explicó el significado de justo?".

"En efecto, lo recuerdo".

"Usted me dijo que para ser justo, un hombre debe asistir a la iglesia, no maldecir, pagar su diezmo, tratar bien a sus sirvientes, pero... ¿puede un hombre realizar tales actos como lo hizo el padre Nicolás y aun así ser justo? Según lo que dijiste, no entrará en el Reino de Dios, sino que arderá en las llamas del Infierno. Eso es lo que me enseñaste".

Gelmiro ya conocía la desviada relación entre Nicolás y el otro sacerdote, al igual que la comunidad clerical de Cuenca. Todos optaron por hacer la vista gorda. ¿Cómo iba a satisfacer la curiosidad intelectual de Albornoz? ¿Esperaba que el muchacho apreciara los matices, los matices que impregnaban cada versículo del Libro Sagrado?

"Por supuesto, yo no presencié lo que tú viste y..." Fue interrumpido.

"¿Qué dice la Biblia al respecto?".

Gelmiro se sorprendió ante una pregunta tan incisiva y no pudo citar inmediatamente ningún pasaje relevante.

"Lo que preguntas es... razonable. Veamos". Abrió el volumen encuadernado en cuero que tenía sobre la mesa y buscó los capítulos adecuados.

"Aquí está, Judas, capítulo siete". Luego leyó,

'Sodoma y Gomorra y las ciudades circundantes, que también se entregaron a la inmoralidad sexual y persiguieron deseos antinaturales, sirven de ejemplo sufriendo un castigo de fuego eterno'. Pasó a otra página.

'No te acostarás con un varón como con una mujer, es una abominación'.

"Eso es Levítico dieciocho. Luego tenemos Romanos, donde hablan de 'lujurias impuras,' 'pasiones deshonrosas,' 'una mente degradada,' y 'toda clase de injusticia.' Ahora, Albornoz, como niño no deberías, no debes, preocuparte excesivamente por el comportamiento de los adultos..."

"¡Comportamiento adulto!" El tono del niño pasó de inquisitivo a agresivo, exigente, enfadado.

"Padre, no necesito que me diga que lo que Nicolás y el otro sacerdote estaban haciendo en la sacristía está mal. Lo dicen los versículos de la Biblia que acaba de leer. Estuvo mal".

Ambos callaron, la tensión palpable, la expectación aguda. Gelmiro cerró la Biblia, la apartó y respiró profundo.

"El Buen Libro se compone de muchos relatos de los acontecimientos antes, durante y después de la estancia de nuestro Señor Jesús en la tierra. Sobreviven como un faro brillante para nuestra guía e iluminación. Sin embargo..."

"¿Sí, padre?" interrumpió Albornoz, intuyendo una matización.

"Sin embargo, la Iglesia, en su sabiduría, interpreta estos artículos de fe para nuestra... para nuestra comprensión, como relevantes para nuestras propias vidas. Quién sabe si algún día tú también estudiarás teología. Los textos religiosos no son tan exactos o distintos como podría parecer a primera vista. Sus significados pueden tener zonas grises, si nos atenemos a ellos".

"¡Le entiendo, Padre! Tal vez no esté familiarizado con algunas de sus palabras rebuscadas, pero entiendo lo que quiere decir. Dígame, por favor, ¿es el padre Nicolás un hombre justo? La respuesta, a la luz de lo que observé, es sí o no, sin sus zonas grises".

Gelmiro no se había sentido más incómodo en todos sus días de sacerdote. Nunca le habían pedido que justificara el comportamiento de ningún clérigo bajo su autoridad. Se secó la frente con la manga y se retorció las manos, agitado. Sabía que no podía denunciar a Nicolás: "La Iglesia debe permanecer unida en sus creencias y proteger a su clero".

"Albornoz, querido muchacho, debes dejarme este asunto a mí. Me comprometo a examinar al sacerdote en cuestión, y si admite haber llevado a cabo actos contra natura, se arrepentirá plenamente de sus pecados en confesión."

A los jóvenes ojos de Albornoz, Nicolás había obrado mal y debía recibir un castigo mucho mayor que una simple penitencia. Se levantó de la mesa, dirigió a Gelmiro una mirada fulminante y abandonó la casa sin más comentarios. Su intransigente percepción del bien y del mal se arraigaría en su visión misionera a medida que avanzaba en sus estudios teológicos y ascendía al poder en la Iglesia.

Las lecciones de Albornoz con Gelmiro continuaron, pero el asunto relativo a Nicolás no volvió a mencionarse. El muchacho se dio cuenta de que el sacerdote descarriado y su amigo ya no aparecían por la ciudad de Cuenca.

FINALES DEL VERANO DE 1319

Albornoz disfrutaba de la rutina de las lecciones matinales con el padre Gelmiro, acompañándole en la catedral a bodas y funerales, y luego nadando y jugando con sus amigos junto al río. El contacto físico entre él y Madelena crecía, naturalmente, ambos en la edad de la pubertad.

Una tarde, al volver a casa, se sorprendió al ver a Gelmiro salir de la casa, asintió cortésmente y siguió su camino. Dentro, su padre y su madre estaban sentados uno al lado del otro en la mesa del comedor.

"Albornoz, bien, te estábamos esperando; no has hecho nada malo, así que no te preocupes. Ve a lavarte, luego tenemos que hablar contigo", dijo García en tono brusco. Albornoz hizo lo que le decían y se reunió con sus padres, sentándose frente a ellos.

"Hemos hablado con el padre Gelmiro -"

"Sí, le he visto salir..."

"Ya." La voz de su padre era más suave. "Tu madre y yo hemos reflexionado sobre tu situación. Estás en edad de avanzar en tu vida". La boca de Albornoz se abrió y una expresión de preocupación frunció su ceño. García prosiguió,

"La opinión de tu madre es que tu futuro está en la Iglesia... ¡sacerdote, por lo que sé! El padre Gelmiro considera que te ha enseñado lo suficiente; tus preguntas, tu sed de conocimiento, según sus palabras, lo desafían. Te califica de talento precoz y considera que ha llegado el momento de que un mentor debidamente cualificado asuma su papel. Por otro lado, opino que deberías entrar

en el ejército, como han hecho tus hermanos. ¿Cómo conciliamos estas dos trayectorias profesionales diferentes? Gelmiro tiene la respuesta".

"¿Cuál es, padre?", preguntó con voz temblorosa.

"Te convertirás en alumno del Castillo de Calatrava. No habrás oído hablar de este lugar. Es una ciudad a tres días de viaje de aquí".

"¿Cuándo debo partir?" Sabía que era inútil luchar contra la decisión.

"Dentro de una semana. Serás un interno, un estudiante que come y duerme allí".

"No le entiendo. ¿Cuándo volveré a casa?"

"Calatrava será tu hogar durante el próximo año. Podremos visitarte allí, pero no pretendemos interrumpir tus estudios".

Este inesperado anuncio sobrecogió al muchacho, que rompió a llorar, sollozando violentamente.

"Ya, ya, nada de eso. Ocúpate de él, mujer".

Teresa se sentó junto a su hijo. Le rodeó los hombros con un brazo y le estrechó contra su amplio pecho. Sus sollozos cesaron poco a poco.

"Como te decía, nuestra decisión es definitiva, y debes estar agradecido por semejante oportunidad. Ninguno de tus amigos tendrá jamás una experiencia semejante. Eres un joven privilegiado, ¡y no lo olvides! En su generosidad, mi Señor Obispo ha corrido con los gastos del alquiler de un caballo y un carro. Verás, es útil moverse en los círculos de la gente importante, aunque yo financiaré tus gastos de matrícula. El padre Gelmiro te acompañará".

"¿Es una escuela entonces, padre?", preguntó mansamente.

"Más o menos. Hace mucho tiempo, el rey Alfonso VII necesitaba ampliar su ejército, pues había muchos conflictos en su reino. En el

castillo residía una orden papal de hermanos cistercienses, cuyo superior era el abad Raimundo. Cuando éste se enteró de la falta de tropas del rey, ofreció a sus monjes, que pasaron a ser conocidos como Soldados de la Cruz. Así, los frailes laicos se formaron como milicia, independientes en lo temporal, pero al mismo tiempo aprendiendo de los asuntos espirituales. Tú, Álvarez Carillo Gil de Albornoz, crecerás como un orgulloso Soldado de la Cruz cisterciense, en la Orden de Calatrava. En esto, tu madre y yo estamos satisfechos de que tus capacidades se empleen a fondo para asegurarte un futuro gratificante y temeroso de Dios. ¿Qué dices, Albornoz?"

El miedo se apoderó de él. Tendría que dejar a sus padres y el hogar donde había nacido para convertirse en el joven que era, este auspicioso día. Sabía que tendría que abandonar a sus amigos, a Madelena en particular, y los deberes que tanto había asumido en la catedral.

La tarde siguiente, se reunió con esos amigos y les dio la noticia.

"¡Eres un chico con suerte! Ojalá fuera yo..."

"Me alegro de que no me pase a mí...".

La mayoría de las reacciones estaban polarizadas -gusto u odio por la idea-, aunque algunas eran ambivalentes.

"Así es la vida, Albornoz. Tal y como es..."

Felizmente, Madelena estaba allí ese día. La abrazó y se besaron con una lujuria juvenil. Sería su último encuentro.

Después de cenar, se sentó en su cama a contemplar el vacío estrellado más allá de Cuenca. Aquellas estrellas le reconfortaron y avivaron su determinación de triunfar en el siguiente capítulo de su vida. Mientras se dormía, con los ojos entrecerrados, miró su querido modelo de barco de cremallera y se entristeció por no poder llevárselo a Calatrava.

CALATRAVA, REINO DE ESPAÑA, OTOÑO DE 1319

El postillón detuvo el caballo y el carro frente a la casa de García y saltó ágilmente del asiento delantero al suelo. Dio al animal un fuerte golpe en los ijares y lo ató a una argolla de hierro empotrada en la pared. Gelmiro estaba sentado bajo la capota del carro, contento de estar a resguardo de un aguacero azotado por ráfagas de aire helado, tiempo habitual en esta época del año. El día no había amanecido, las casas de los alrededores estaban a oscuras y la única luz visible en el interior de la residencia de los Albornoz era una vela parpadeante. El correo del obispo llamó a la puerta, que pronto abrió la criada. Entró sin hablar y unos instantes después salió portando un pequeño baúl de madera que fijó firmemente a la parte trasera del carro. En el umbral, la madre de Albornoz abrazó a su hijo y García le estrechó la mano.

El tiempo frío, húmedo y miserable reflejaba perfectamente el estado de ánimo del muchacho: no estaba preparado para el traslado lejos de su familia y amigos, y aunque su interés por las cuestiones religiosas crecía a buen ritmo, no lograba comprender cómo las cosas militares iban a figurar en su vida o a mejorarla. Se dio la vuelta y saludó a sus padres con un último gesto de pesar. Se echó la capa sobre los hombros y se levantó para sentarse junto al sacerdote.

"Muy buenos días".

"Y a usted también, padre. Pero no creo que tenga nada de bueno".

"¡Ánimo! Es para mejor, créame".

El postillón desató las riendas del caballo, ocupó su lugar en el

banco del conductor y llamó a sus pasajeros,

"¿Todos listos, caballeros?" Al no recibir respuesta, repitió la pregunta y el sacerdote respondió,

"¡Sí! Estamos listos".

El carro crujió cuando el caballo hizo el esfuerzo y el carro retumbó calle abajo y a través de la Plaza Mayor, con sus ruedas de llanta de acero traqueteando sobre los adoquines, cantando un inquietante dúo con las herraduras del caballo. Nadie iba a apreciar su paso.

A través del barrio judío, abandonaron el límite de la ciudad por una puerta en las murallas y bajaron hacia el río Huécar, una masa de corrientes espumosas y arremolinadas, agitadas río arriba por las tormentas estacionales. La carretera pronto dio paso a una estrecha pista que seguía la orilla del río. Al cabo de unos quince minutos, con el pueblo ya muy atrás, la pista se llenó de baches y, en algunos tramos, de barro debido a las incesantes lluvias. Para un caballo menor, el esfuerzo de arrastrar un carro y dos pasajeros en tales condiciones habría resultado excesivo, pero el obispo, en su generosidad y como expresión de la estima en que tenía a su amigo García, había proporcionado uno de sus mejores corceles para el viaje. El muchacho, a diferencia de los dos que iban sentados detrás de él, estaba desprotegido de los elementos y soltaba un torrente casi incesante de juramentos, algunos desconocidos aún para los oídos de un hombre ilustrado como Gelmiro.

El carro avanzaba a trompicones por la vía, y los dos pasajeros pasaban el tiempo conversando sobre todo tipo de temas. El sacerdote disfrutaba con la vivaz mente inquisitiva de su pupilo, incluso cuando el tema era polémico o delicado. Durante demasiados años, su aptitud intelectual se había visto ahogada por el predecible dogma tradicional de la Iglesia.

"Sabemos que María fue la madre de Jesús, pero ¿quién fue su padre?". Entonces,

"Cuando morimos, ¿es el fin de todo?" Y,

"¿Por qué la gente estaba tan loca como para elegir a Barrabás, un

asesino, para ser libre, y sin embargo condenar al Señor Jesús a muerte?"

Gelmiro respondió a las preguntas de Albornoz con honestidad, de acuerdo con sus creencias y su saber. Sin embargo, le sorprendió una pregunta.

"¿Por qué no he visto al padre Nicolás en la iglesia ni por el pueblo desde hace un año? No hemos mencionado su nombre desde...".

"Efectivamente, muchacho", le interrumpió, "se ha ido a servir a otra parroquia y... y está lejos de Cuenca".

"¿Es así, padre?" El tono de voz era definitivamente sospechoso.

"Pues sí. El otro cura implicado en el... cómo decirlo... en el asunto también se ha marchado. Ya no hay que preocuparse por eso".

Está mintiendo. La Iglesia no admitirá que lo que hicieron estuvo mal'.

El mal tiempo cambió a sol con una suave brisa, y cubrieron una buena distancia ese primer día. Antes del anochecer llegaron a la posada donde pasarían la noche. El propietario había sido avisado de su llegada, y mientras el caballo resoplaba y relinchaba, moviendo la cabeza de un lado a otro por el esfuerzo, un muchacho salió a recibirlos.

"Bienvenidos. Mi padre, el casero, dice que lleven el caballo y el carro al establo que hay a la vuelta de la esquina. Hay heno y agua fresca listos".

El postillón sujetó la brida del caballo mientras los viajeros bajaban y entraban en la taberna. El fuego de leña, el suelo impecablemente barrido y el rotundo y jovial propietario se combinaron para dar un final satisfactorio al primer día de viaje.

"Saludos, caballeros, saludos. El Obispo me ha informado de sus necesidades, que tenemos el honor de satisfacer. Siéntense, recen. Su comida será servida en breve". Los condujo a una mesa cubierta con un mantel de lino blanco junto al fuego. Una mujer, tan

corpulenta y jovial como su marido, apareció en el mostrador con una jarra espumosa con la que llenó jarras de peltre y las colocó sobre la mesa.

"Me alegro de que visite nuestra humilde morada", dijo, con una sonrisa desdentada que brillaba de oreja a oreja. Dio una palmada y el hijo que les había recibido fuera salió de la cocina con dos cuencos humeantes de potaje de guisantes, zanahorias, judías y cebollas; un pan de centeno oscuro y la comida estaba completa. Aquella noche ambos disfrutaron de un sueño profundo y reparador.

Dos días más de viaje, con una noche más de alojamiento en otra posada, y su viaje se acercaba a su fin, pero no antes de que Albornoz hubiera preguntado a su mentor qué eran los cistercienses.

"Se les conoce como Whitemonks porque llevan una cucula blanca, una túnica de coro, sobre el hábito. Son autosuficientes, cultivan y crían todo lo que necesitan y, por eso, el trabajo manual en el campo es esencial y se espera de cada monje. A menudo proceden de familias de caballeros, y de ahí la asociación entre los Whitemonks y la realeza. Creen en la pobreza, la castidad y la obediencia, sus tres votos fundamentales, y guardan silencio tres días a la semana. Cuando no están en silencio, recitan una serie de oraciones del Pater Noster a lo largo del día. En resumen, Albornoz, su devoción al deber depende de un interior fuerte".

"Me pregunto si estaré a la altura de sus expectativas".

"No te preocupes; una vez que te hayas instalado, estarás más que a la altura".

"Si Dios quiere", fue la respuesta, llena de dudas y aprensión.

La pista atravesaba una zona muy boscosa, luego se adentraba en claros pastizales y se ensanchaba a medida que se acercaba a Calatrava. El pueblo tenía un aspecto ordinario: casas apretadas a lo

largo de calles estrechas, plazas y callejones que desembocaban en lo que cabría esperar, pero al oeste, en lo alto de un saliente rocoso, se alzaba el castillo. Las gruesas murallas exteriores, almenadas, surgían de un foso seco desde hacía mucho tiempo y mostraban pequeños agujeros mortales a través de los cuales los defensores podían disparar una descarga mortal de flechas a los atacantes. Desde estos muros era evidente que el castillo contaba con dos niveles, testimonio de la riqueza e importancia de cualquier señor que mantuviera allí su casa. Dentro de las murallas, barracones para la guarnición, establos, talleres, almacenes y residencias: la naturaleza militar de su construcción era un aspecto de los tiempos turbulentos de antaño. Ahora, el clero, en forma de monjes cistercienses, ocupaba todo el castillo. Todos los plebeyos vivían fuera de la fortaleza, como era necesario para perpetuar la diferencia de estatus entre la Iglesia y los ciudadanos.

El carro entró por la puerta principal, con su rastrillo de hierro permanentemente levantado en tiempos de paz, a un patio, bordeado -extrañamente para un edificio militar- por tres lados de pasillos claustrales. El postillón detuvo el caballo mientras Gelmiro y Albornoz bajaban. Un monje, vestido como había descrito el anciano sacerdote con un hábito marrón cubierto por los hombros con una cucula blanca, se acercó al carro.

"Padre Gelmiro y Albornoz. En nombre del Señor, os doy la bienvenida al santo castillo de Calatrava".

"Amén a eso", fue la respuesta instantánea del sacerdote.

"Espero que vuestro viaje haya ido bien. Albornoz, sígueme, por favor. Te acompañaré a tu dormitorio".

Gelmiro agarró a su alumno, abrazándolo como un padre a su hijo.

"Adiós, mi querido muchacho. Trabaja duro, escucha y aprende. Esta es una oportunidad maravillosa: tu primer peldaño en una escalera que seguramente te llevará a grandes cosas. Que Dios te bendiga".

Un monje ayudante desató el baúl de madera y el carro dio la vuelta, listo para partir. Una lágrima corrió por la mejilla del

muchacho, tan profunda era su tristeza por perder a su maestro y amigo, que no necesitó palabras: simplemente esbozó una sonrisa irónica y siguió al monje blanco al claustro para iniciar el siguiente capítulo de su extraordinaria vida. No podía ser consciente de que ésa sería la última vez que vería al padre Gelmiro: cuatro semanas después de regresar a Cuenca, falleció plácidamente mientras dormía.

CAPÍTULO CATORCE

CALATRAVA, REINO DE ESPAÑA, FINALES DE 1319

Al final de los claustros, un tramo de escalones de piedra conducía al primer piso de un edificio que tenía otros escalones a lo largo. Allí se encontraban los dormitorios para novicios y monjes de menor rango que los que desempeñaban funciones designadas dentro del monasterio y residían en sus propios alojamientos de una sola habitación.

El Whitemonk que había conocido a Albornoz se presentó.

"Soy el hermano Aldonso. A lo largo de tu estancia aquí con nosotros, seré tu supervisor y, sobre todo durante el tiempo que transcurra hasta que te establezcas, puedes dirigirme cualquier pregunta o inquietud. Estoy aquí para ayudar". Al ver la expresión de miedo y confusión en el semblante del muchacho, se apresuró a tranquilizarlo.

"No tengas miedo, muchacho. Es natural que te sientas inseguro y sobrecogido. Este es un mundo nuevo para ti, pero estoy seguro de que lo harás bien. Vienes muy recomendado por el señor obispo de Cuenca. Venga, sígame".

Subieron los escalones y entraron en el primer dormitorio. El interior era lúgubre y frío, la única luz del día penetraba por una pequeña ventana, y eso a la altura de la cabeza. Cuatro velas en soportes parpadeaban en una corriente de aire que se arremolinaba en el lugar, produciendo sombras extrañas, de otro mundo, y Albornoz parpadeó varias veces para ajustar la vista. En la habitación había seis colchones a cada lado con gruesas mantas de lana, pulcramente dobladas. De unas clavijas empotradas en la pared colgaban camisones, la única señal de ropa. A los pies de una

cama, al final de la fila, estaba su pequeño baúl de madera.

"Aquí dormirás", dijo Aldonso en voz baja. Se distinguía de los demás por una prenda oscura, de nuevo pulcramente doblada junto a la manta, un cinturón de cuero y un par de sandalias.

"Desvístanse, por favor, y pónganse esta túnica negra; nosotros la llamamos hábito. Todos los novicios, pues así llamamos a los recién llegados, lo lleváis para distinguiros de los hermanos que ya han hecho los votos". Esperó mientras Albornoz seguía sus instrucciones y se ponía el hábito.

"Listo, ya has dejado atrás tu pasado, y puedes mirar hacia un futuro obediente y gratificante, en oración y devoción al Señor Jesucristo".

Sonó una campana.

"Tu vida anterior no habrá sido ordenada por el tañido de una campana, Albornoz. Baste decir que la forma en que empleamos nuestro tiempo revela quiénes somos. En nuestros días, la oración es lo primero, y así como la iglesia es el punto central de los edificios del castillo, la oración -en común y en solitario- es el punto central de nuestra jornada monástica. Te familiarizarás con los diferentes toques. Son las vísperas, la llamada a la oración vespertina. Te acompañaré a la iglesia, y después de la misa cenarás con nosotros en el refectorio".

"¿Refectorio, señor?" preguntó Albornoz, decepcionado por no entender esta nueva palabra.

"Llámame Hermano, si quieres. El refectorio es el comedor donde tomamos nuestras comidas. Ahora, debemos ir a la iglesia".

Cansado tras el viaje a Calatrava y preocupado por este entorno desconocido y por lo que le esperaba, salió del dormitorio con el corazón encogido y caminó al lado de Aldonso hasta las vísperas. Cruzaron el patio y atravesaron un arco que daba a la iglesia: un edificio alargado y bajo con tejado a dos aguas, incongruente con un lugar de culto. Más bien parecía un establo", pensó. El supervisor se fijó en el ceño fruncido del chico.

"¿Te sorprende que ésta sea nuestra iglesia?".

"No se parece a ninguna que haya visto".

"Recuerda que todos los edificios dentro de las murallas del castillo tenían originalmente una función militar -cuartel de guardia, cuartel, prisión, establo, almacén de armas, lo que sea-, pero desde que llegó la Orden del Císter, es una casa de Dios. Los hermanos laicos son responsables de la formación de los soldados; es un requisito exigido por el Rey para nuestra permanencia y su apoyo aquí. Algunos novicios, como tú, recibirán educación militar además de estudios religiosos. Pero basta de eso. Asistamos a las vísperas".

Se unieron a la fila de Whitemonks que entraban en la iglesia por una puerta de madera de construcción sencilla. Aldonso se inclinó sobre Albornoz y susurró,

"Dentro, aparte del Abad dirigiendo el servicio y nuestras respuestas a su invitación a responder, observamos silencio total. El silencio es, por supuesto, un principio esencial de la Orden: cuando hablas con otros, compartes pensamientos terrenales, pero en silencio hablas con Dios. Todo quedará claro, y es mi responsabilidad ayudarte en este sentido. Tengo dispensa especial del Abad para hablar contigo en lugares donde en el futuro estará prohibido".

Al otro lado de la puerta había una pila de piedra llena de agua bendita para que los suplicantes se persignaran al entrar. Los bancos a ambos lados de la nave estaban ocupados, fila tras fila, por monjes tonsurados vestidos con cuculas blancas inmaculadas, con las cabezas inclinadas. Un sencillo altar de madera sostenía dos candelabros de latón y una biblia abierta. A la izquierda del altar, cuatro monjes que sostenían hojas de pergamino entonaban un cántico en voz baja que flotaba suavemente por el lugar, sencillo y sin afectación alguna, confiriendo una sensación de misterio y reverencia que Albornoz nunca había experimentado. De las lámparas de aceite colocadas a intervalos a lo largo de las paredes brillaba una suave luz anaranjada, melosa y apacible. Poniendo la mano en el hombro del muchacho, el supervisor guió a su novicio

por la nave hasta los bancos delanteros, ocupados a izquierda y derecha por figuras que destacaban del resto de la asamblea por sus hábitos negros: novicios como él.

"Siéntate aquí", susurró Aldonso, indicando un espacio en el banco. "Después del oficio hablaré más con usted".

Albornoz se sentó donde le habían dicho. La persona que estaba a su lado no levantó la vista y permaneció sentada, inmóvil. Cabeza gacha. Cuando un monje alto y de rostro fresco apareció ante el altar, los cantos cesaron. Los demás no llevaban más accesorios que sus cuculas, pero el estatus de este hombre se reflejaba en un crucifijo de plata que llevaba colgado del cuello. Era el abad Sabastián, monje principal de los Hermanos Cistercienses de Calatrava.

Abriendo el libro que sostenía ceremoniosamente entre las manos, comenzó a recitar un verso, o era una oración; Albornoz no sabía cuál. Aunque la voz del abad resonaba en toda la iglesia, sus palabras se oían entre dientes, pero al joven novicio no le importaba demasiado.

Cuando he entrado hoy en este monasterio, estaba lleno de temor, temeroso de lo desconocido y convencido de que no estaría a la altura de las expectativas de mis padres, del padre Gelmiro o del obispo de Cuenca. Pero una extraña sensación me envuelve, y un espíritu poderoso penetra en mi alma. No debo temer nada. ¡Qué alivio! ¡Qué felicidad!

Continuaron las vísperas, y Albornoz se levantó y se sentó como el novicio que estaba a su lado. Unos pasos arrastrados, pero ni una sola palabra, indicaron el final del oficio, y todos comenzaron a caminar lentamente por la nave para salir de la iglesia. El hermano Aldonso esperaba fuera.

"¿Disfrutaste de tus primeras vísperas?", susurró, aunque todos sabían que no rompía el voto de silencio en su papel de mentor.

"Sí, Hermano, y estoy entusiasmado por lo que me espera, excepto que no pude oír claramente una palabra que saliera de la boca del

Abad...".

"Ah, no me sorprende que digas eso. El Abad Sabastian, el cisterciense más joven en ocupar el cargo de Abad y un hombre muy culto, no es el mejor de los oradores. Confío en que te acostumbres a él, y dicen que Julio César hablaba tartamudeando, pero tenía un éxito razonable como orador".

Albornoz sonrió y siguió al hombre fuera del patio hacia otro edificio bajo.

"Éste es el refectorio".

Tres pesadas mesas de roble con bancos a ambos lados se extendían a lo largo de la sala. En las mesas había cuencos, cucharas, jarras y cestas de pan. El parloteo y las risas demostraban que el voto de silencio, como había dicho el hermano, no se aplicaba en el refectorio.

"Sentémonos y disfrutemos de la generosidad del Buen Dios".

Albornoz no necesitó más invitación; tenía un gran apetito tras el día de viaje y la recepción en el castillo.

Unos monjes con delantal blanco entraron por una puerta lateral y sirvieron una sopa de verduras y carne de cerdo en los cuencos, mientras otros llenaban las jarras de cerveza con botellas de cuero. Albornoz comió con gusto, su bienestar aumentado por el ambiente jovial de la sala. Una vez terminada la comida, Aldonso dijo,

"Ahora, venid conmigo a mi estudio. Tengo mucho que contarte".

Al entrar en la habitación, Aldonso se quitó la cucula, la colgó de una percha y le hizo señas a su novicio para que se sentara en la silla frente a su escritorio. Se paseó varias veces por la habitación, como pensativo, y luego se sentó. Empezó,

"Hay muchas cosas que decir sobre nuestra comunidad, pero al final de tu primer día, es mejor informarte sólo de algunas cosas importantes que debes saber".

Albornoz vio inteligencia en los afilados ojos azules del hombre y oyó suavidad en su voz.

"Cuando un novicio hace sus votos al cabo de un año de haber completado satisfactoriamente su formación, hace tres juramentos: pobreza, castidad y obediencia. Llegarás a apreciar plenamente estos juramentos a medida que pasen los días y los meses. Siempre pienso que el último, la obediencia, debería ser el primero a tener en cuenta. ¿Crees que la obediencia es importante, hijo mío?".

"Con todo mi corazón, Hermano. Ya he visto cosas en mi corta vida, y por personas que deberían saberlo mejor, que me convencen de ello. Lo correcto es lo opuesto directo e incuestionable de lo incorrecto, y no debe haber confusión ni difuminación en la distinción entre ellos - esa es la palabra de Dios." Los que deberían saberlo mejor eran los dos sacerdotes lascivos a los que había observado complaciendo sus malsanos deseos en la sacristía.

"No podría estar más de acuerdo". Al Hermano le cogieron desprevenido las profundas y apasionadas palabras de su novicio, nada habituales en un muchacho como él en su primer día con ellos.

"Para continuar, mantenemos silencio en la iglesia, los claustros y los dormitorios, después de apagar las luces. En los demás lugares, la conversación se mantendrá siempre a un nivel respetuoso. Vivimos en soledad y silencio, y aspiramos a esa quietud interior en la que nace la sabiduría. Practicamos la abnegación para seguir a Cristo. Mediante la humildad y la obediencia, luchamos contra el orgullo y el pecado, y en la sencillez y el trabajo, buscamos la humildad que se promete a los pobres."

No encuentro nada que refutar a lo que dice. Veo lo sencillo y singular que es llegar a ser justo. Me parece que quien se aparta del camino que el Señor nos muestra es un hombre que no abre los ojos y opta por cualquier retribución que dicte la Iglesia', zanjó el novicio. Aldonso reanudó,

"La atmósfera de silencio se cuenta desde hace mucho tiempo entre los principales valores monásticos de la Orden. Abre la mente a la inspiración del Espíritu Santo y fomenta la atención del corazón y la

oración solitaria a Dios. Y, sin embargo, no nos adherimos al silencio total cuando, por ejemplo, estamos en el patio lejano para el entrenamiento militar. Entonces, cultivamos un campo, extramuros, donde conversamos agradablemente con la gente del lugar que pasa por allí. Un día a la semana, tenemos un puesto en el mercado de la ciudad, donde vendemos los productos que no necesitamos para nosotros mismos; el dinero va directamente a la bolsa del abad para su custodia; el castillo necesita mantenimiento con frecuencia. Así que no podríamos vender nada a nadie en silencio, ¿verdad?".

"Ciertamente que no, Hermano".

"Pero el juramento de silencio no se aplica a esos lugares, así que no estamos rompiendo ninguna regla. ¿Está todo claro hasta ahora?"

"No, en realidad... hay una cosa..."

"¿Qué cosa?"

"Me dices que los beneficios de la Orden en el mercado los recibe el Abad. Eso no puede ser cierto. A los pobres de Calatrava no les preocupa mantener el castillo cuando no tienen con qué poner comida en sus mesas. Deberíamos regalar lo que no necesitamos, así que el Abad haría bien en leer Isiah 55:1:

'¡Ho! Todo el que tenga sed, que venga a las aguas. Y vosotros que no tenéis dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad vino y leche. Sin dinero y sin costo'.

Aldonso quedó asombrado por el conocimiento que el muchacho tenía de las Escrituras y por su habilidad para seleccionar, aparentemente a voluntad, un versículo en apoyo de su argumento. Desconcertado, el monje prosiguió.

"Hay dos servicios en la iglesia a los que estás obligado a asistir cada día: por la mañana temprano, antes del desayuno, y por la tarde, antes de la cena. Verás, asociamos nuestra alabanza al Señor con la ingesta de alimentos". Hizo una pausa, a la espera de que su

débil intento de humor provocara una sonrisa en Albornoz, como así fue.

"Te unes a una comunidad de monjes. ¿Qué es un monje?"

"Un hombre que viste...

"¡Como era de esperar! ¿Ropa? ¿Túnicas? ¿Sandalias? Todas las cosas que envuelven el cuerpo, por supuesto, pero no el alma. No, un monje es alguien que busca a Dios. En lo profundo de su corazón ha escuchado el llamado de Cristo. Se le dice este mensaje: "Vete, deja tu tierra, tu familia, tus bienes y ven a seguirme". Responde con fe: Aquí estoy. Habla, Señor, que tu siervo te escucha". Emprendemos esta búsqueda en el monasterio en compañía de hermanos que han escuchado la llamada antes que nosotros y en una vida en la que todo está orientado a llevarnos, mediante la experiencia de un profundo amor personal, a una estrecha unión con Cristo. Sólo si nada nos es más querido que Cristo, seremos felices de perseverar en una vida ordinaria, oscura y laboriosa". Respiró profundo y continuó, satisfecho de que la explicación que había dado cientos de veces estuviera siendo absorbida cuidadosamente por este chico. Normalmente provocaba expresiones de aburrimiento, y los bostezos no eran desconocidos.

"Como iba diciendo, los oficios religiosos para vosotros son a las campanadas de prima y vísperas. Por último, os explicaré cómo se divide la semana de los novicios. Lunes, martes y viernes, estudiaréis las Escrituras con otros de vuestros compañeros bajo la tutela de los monjes mayores. Miércoles y jueves, recibiréis entrenamiento militar de nuestros hermanos laicos. El sábado y el domingo son los días para la contemplación privada: leer la Biblia en el claustro o en el dormitorio. Casi se me olvida que estos dos últimos días trabajaréis en nuestro campo, como os pedimos. ¿Tienes alguna pregunta?" Albornoz respiró agitadamente y tragó saliva.

"No, hermano."

"Entonces puedes volver a tu dormitorio. Tendrás tiempo de conocer a tus compañeros novicios antes de que se apaguen las luces".

En el dormitorio, los otros once recién llegados habían regresado antes y ya estaban en camisón. Algunos yacían tapados bajo las mantas en sus colchones, otros estaban sentados y charlaban ociosamente. A la entrada de Albornoz, todos se congelaron y reinó un extraño silencio, pero sólo por unos instantes. Al ver su desconcierto, uno de ellos se acercó a él, sonriente, y le tendió una cálida mano de bienvenida.

"Tú debes de ser Albornoz. Hemos oído que serías el número doce aquí. Me llamo Ineso. Permíteme que te presente a todos". Albornoz estrechó la mano de cada uno de los chicos por turno.

"Bien, pronto se apagarán las luces, así que será mejor que os pongáis el camisón. Mañana nos conoceréis mejor".

En cuanto Albornoz se tapó con la manta, sonó la campana de completas. Ineso, claramente el novicio principal, apagó cada una de las cuatro velas con un apagavelas, y el dormitorio quedó sumido en la oscuridad.

"Que Dios os bendiga a todos", dijo Ineso.

"Que Dios te bendiga, Ineso", respondieron las novicias casi al unísono. La regla del silencio tras la campana de completas se cumplió a rajatabla.

Albornoz pensó que apenas había dormido unos minutos cuando fue despertado por los otros muchachos que bostezaban, se estiraban y se ponían sus hábitos negros.

"Levántate y brilla", le llamó Ineso. "Este es el procedimiento de todos los días: levantarse, vestirse, lavarse, servicio de primera y luego desayunar. Vamos, si no llegaremos tarde".

El joven Albornoz se puso rápidamente la túnica, se abrochó el cinturón de cuero y se ató las sandalias. Salieron trotando del dormitorio, bajaron los escalones y cruzaron el patio hasta un edificio que, según vio, era el lavabo. Observó cómo sus recién

encontrados amigos se enjuagaban la cara con agua de un abrevadero de hierro y luego se secaban en las mangas de sus hábitos. Él hizo lo mismo, justo a tiempo antes de que la campana prima resonara en toda la oscura quietud del Castillo de Calatrava.

En la iglesia, los novicios ocuparon sus puestos en los bancos delanteros. A diferencia de la noche anterior, ningún monje cantó, y el prior -el ayudante del Abad- dirigió el oficio. Al igual que el abad y todos los demás monjes, vestía el hábito marrón liso con cucula blanca y estaba tonsurado, condición obligatoria de la Orden. La única diferencia entre estos dos hombres era que el adorno del prior era un pequeño crucifijo de latón, mientras que el del abad era más grande y de plata.

"Aún no entiendo lo que predica el prior ni las respuestas de los monjes, pero estoy seguro de que éste es el lugar adecuado para mí. Me parece natural... incluso predestinado. Esa noche, sentado en la cama de mi casa, mirando las estrellas sobre Cuenca, tuve la sensación de que el cielo me guardaba un lugar, en nombre del Señor. La buena fortuna me ve verdaderamente dichoso".

Cuando todos salieron de la iglesia, las almenas de las murallas del castillo que se alzaban sobre ellos en la penumbra del amanecer parecían soldados en posición de firmes. Ineso cogió la manga de Albornoz y le susurró,

"Por aquí, hora del desayuno".

En las mesas del refectorio sólo había cestas de pan y jarras de leche: una comida sencilla que reflejaba la humildad de la Orden. Aunque la sala estaba abarrotada, la conversación era tenue, pues cada uno pensaba en la jornada espiritual que tenía por delante. Albornoz se sentó junto a Ineso, que le explicó,

"Es lunes, así que tenemos estudio de la Biblia todo el día. Nuestras clases serán impartidas por monjes que se enorgullecen con razón de su puesto de profesores, ves, por allí". Señaló al otro lado del refectorio. "Son los hombres más eruditos de la comunidad, y además de enseñar, uno trabaja en la biblioteca, otro en la enfermería, luego está el jardín del castillo, la bodega y el scriptorium, donde copian textos bíblicos. Sin ellos, el monasterio se

paralizaría. Ah, casi me olvido de la cocina y la lavandería, pero de eso se encargan los forasteros de la ciudad".

Después del desayuno, las novicias se reunieron en una pequeña sala de reuniones. Sobre las mesas había hojas de pergamino, copiadas cuidadosamente en el scriptorium, que contenían, como era de esperar, el texto del Génesis. El monje mayor se paró frente a ellos, se aclaró la garganta y comenzó,

"Que Dios os bendiga a todos. Como novicios de nuestro monasterio, os embarcáis en un viaje maravilloso, así que es justo y apropiado que comencemos nuestros estudios con la Palabra. Tomen sus hojas y repitan conmigo,

"En el principio creó Dios el cielo y la tierra". Repitieron la línea.

"Y la tierra estaba desordenada y vacía,

y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo..."

Al final del capítulo el monje se sentó, y se produjo una discusión sobre su significado.

Soy indigno de tal compañía. El padre Gelmiro hizo lo que pudo por mí, pero sus lecciones no ahondaban bajo la superficie de los versos. Esto es muy diferente, y valoraré y disfrutaré cada segundo que esté aquí', contempló Albornoz.

Su jornada fue gratificante y edificante, pero esa noche, en el dormitorio, justo antes de que se apagaran las luces, reinaba un tono más sombrío. Uno de los suyos, un chico de complexión delgada, entró con lágrimas en los ojos.

"¿Qué ha pasado? preguntó Ineso.

"Veinte, con el cinturón, veinte latigazos".

"Hablabais en el claustro y conocéis la regla, ¿no?".

"Sí, claro que la conozco, pero no sé...".

"¡Basta de excusas! Es la regla, y deberías haberla respetado como tal. Menos mal que no le dijiste al prior el nombre del otro chico, o habríais sido dos llorando. Rompes la regla y recibes tu castigo".

Albornoz miró con indiferente interés. No le importaba si el castigo era duro o no. Estaba totalmente de acuerdo con el razonamiento de Ineso. El bien y el mal, pensaba, eran conceptos inalienables, y a lo largo de su estancia en el Castillo de Calatrava, esa creencia se hizo cada vez más firme.

Con toda seguridad, Albornoz se dio cuenta de que era un espíritu independiente, un chico con mente propia, y nadie podía decirle lo que tenía que pensar. Aquella mañana, en la iglesia, había experimentado una emoción casi divina que le infundió una verdadera esperanza en el futuro. Pero tras su estancia, aunque breve, en el monasterio, sintió un agudo recelo, una extraña anticipación de que, por la fuerza de su naturaleza decidida e intransigente, y quizá en muchas ocasiones aún por venir, se rebelaría contra la rutina y desafiaría a la autoridad. Descubrió que los asuntos mundanos y triviales le molestaban más que unos oscuros versículos bíblicos o una consideración filosófica sobre el más allá.

“Aldonso dice que se adhieren a un voto de silencio, pero al mismo tiempo me dice cuándo y dónde no lo cumplen. ¿Cómo reconcilio mi conciencia ante tal ambigüedad? Luego, me dio una lista de cosas que debo hacer: dos servicios cada día; cuándo desayunar y cenar; estudiar las Escrituras este día, entrenarme militarmente aquel. Se me ordenará cuándo trabajar en el campo y cuándo ir al mercado. Bueno, ¡no estoy dispuesto a vender mi alma para apaciguar a Aldonso! Pero no tendré elección. Debo seguir sus reglas hasta que esté en una posición en la que sea yo quien las decida”.

El miércoles fue un completo contraste con los dos días anteriores: entrenamiento militar. Un seglar vestido con una túnica plebeya y un áspero chal de lana, para protegerse del frío de finales de otoño, esperaba fuera del refectorio después del desayuno.

Novicios, seguidme", bramó un hombre corpulento con los dientes

ennegrecidos y un ojo entrecerrado. Los condujo a través de dos patios hasta un gran espacio abierto en el perímetro de las murallas del castillo. El suelo era de arena compactada. Albornoz decidió que se parecía más a la arena de un anfiteatro romano preparada para el desfile de gladiadores que a un lugar religioso, pero aceptó esta faceta de soldado de su educación.

"¡En fila! Hoy, ¡preferiblemente!"

Alrededor del campo de entrenamiento había varias dependencias y cobertizos en los que se guardaban pentagramas, arcos, jabalinas, escudos, espadas, garrotes, porras, mayales y martillos: los pertrechos del combate medieval.

"Escuchad", atronó el gordo. "Estaréis conmigo y con mis colegas dos días a la semana. Os enseñaremos lo que significa ser un soldado del ejército del buen rey Alfonso: cómo atacar, cómo defender. Puede que algunos de vosotros ni siquiera hayáis visto nunca una espada, y mucho menos blandido una con furia. No os preocupéis, caballeros. Aprenderéis rápidamente".

Dos hermanos laicos salieron de un cobertizo portando haces de largas varas de madera. Se movieron a lo largo de la fila para que cada novicio eligiera uno.

"Empezaremos por aprender a emplear el bastón para dejar inconsciente al enemigo o para rechazar el golpe de un atacante".

Hizo una demostración de cómo asestar diferentes golpes con el bastón y luego ordenó a los novicios que formaran parejas y practicaran la habilidad.

"Nunca se sabe", dijo con una risita, "el Rey podría reclutaros mañana, así que mejor estar preparados".

La idea de un combate inminente llenaba de temor a los debutantes, que chocaban báculo contra báculo con entusiasmo, ansiosos por adquirir destreza. La pareja de chicos que había junto a Albornoz era desigual: uno era bajo y de complexión delgada, y el otro medía medio metro más, musculoso y fornido. Tras intercambiar unos cuantos golpes, como se le había ordenado, el más fuerte empezó a

golpear intencionadamente a su compañero en los brazos y a hacer girar su bastón, fallándole por poco en la cabeza y haciéndole retroceder de miedo.

Albornoz no pudo dejar de ver la angustia del chico más pequeño y reaccionó instintivamente, golpeando con fuerza al agresor en las rodillas, haciéndole caer al suelo, retorciéndose y gimiendo de dolor. Albornoz, como un guerrero victorioso antes de clavar su mortífera espada, se inclinó sobre el matón.

"¡Lo siento, qué descuido! Mis habilidades tendrán que mejorar si quiero ser útil al rey Alfonso". Su espíritu libre iba acompañado de una naturaleza indulgente, pero no se conformaba con los tontos, ni se quedaba de brazos cruzados viendo cómo se cometía un error si podía evitarlo. El pequeño miró a Albornoz, con gratitud en los ojos. Con eso, el entrenamiento normal continuó.

Aprendieron eso y mucho más: el hacha, para aporrear y cortar, sostenida con una o dos manos o en una pértiga; la daga, con su hoja puntiaguda de dos filos para movimientos de estocada; el arco, hecho de tejo o fresno, con su cuerda empapada de cola capaz de lanzar flechas desde doscientos metros; escudos de cuero, reforzados con bandas de metal, que mostraban los colores del monarca alrededor de un pesado jefe central, combinándose para formar una muralla de escudos.

Durante las semanas de su noviciado, Albornoz, tras un comienzo incierto, llegó a apreciar la relevancia de la insistencia del monasterio en las artes marciales junto con los estudios religiosos para conseguir un Whitemonk completo, que pudiera predicar el Evangelio, defendiendo la postura de la Iglesia sobre el bien y el mal y, cuando los tiempos lo exigieran, pudiera responder a la llamada a las armas para proteger la autoridad del Rey. Aunque era un pensador eclesiástico en ciernes, veía asociaciones entre el armamento, las tácticas y la búsqueda de riqueza y poder, todo lo cual se confirmaría en su carrera posterior como figura ecuménica y estratega militar.

Cuando era niño y crecía en Cuenca, Albornoz era físicamente igual a sus compañeros: ancho de hombros, con muslos fuertes y brazos poderosos. Las ocasiones en que Ramón le había dado una paliza junto al río, delante de sus amigos, y cuando el padre Nicolás le había atacado en la calle para persuadirle de que guardara silencio sobre lo que había presenciado entre él y el otro sacerdote en la sacristía, eran escasas. Era más que capaz de defenderse. Cuando salió de Cuenca para ir al monasterio, ya medía unos quince o veinte centímetros más que los demás chicos. Sus ojos cerrados se clavaban inmediatamente en ti con un desarmante efecto tranquilizador. Su profundidad azul oscura simbolizaba, para la gente de aquella época, la inteligencia, la verdad y el cielo, elementos todos ellos de su personalidad. Su nariz era estrecha, sus mejillas de huesos altos. Los labios apretados dejaban ver unos dientes blancos y uniformes en una sonrisa.

A través de su inocente relación con Madelena y la atención de otras chicas de su círculo, se había dado cuenta de su buena apariencia y su atractivo carácter. Sin embargo, le quedaba por interpretar y aplicar el voto cisterciense de castidad. La pobreza y la obediencia eran conceptos mucho más fáciles de acomodar en la determinación del mundo de este joven.

Un mes después de su llegada a Calatrava, Albornoz recibió un mensaje de su padre. Decía así,

"Mi queridísimo hijo, tu madre y yo confiamos en el Señor para asegurarnos de que gozas de buena salud y te beneficias de tu estancia con los Whitemonks.

Con gran pesar debo informarte del fallecimiento del padre Gelmiro. Que su alma descanse en paz. Vuestro padre".

A pesar de la tristeza que Álvarez Carillo Gil de Albornoz sintió ante esta noticia, sólo sirvió para consolidar su determinación, por la memoria del viejo sacerdote y por su propio engrandecimiento. Ahora estaba decidido a ascender en la Iglesia y a convertirse en un soldado y diplomático esencial en el patrimonio real.

CAPÍTULO QUINCE

LIMOGES, REINO DE ARLES, 1325

Apesar de que su mujer, Jamette, estaba muy embarazada, Edmond había decidido que era el momento de marcharse de Limoges, aunque no tenía ni idea de adónde. Su suerte como cazador furtivo se había acabado desde que los hombres de Dumas lo sorprendieron cazando jabalíes y lo habían encarcelado en la oscura y fría celda del castillo. Era un hombre marcado y no podía esperar escapar con vida si en el futuro ocurrían hechos similares. No, después de años de tratar a Jamette sin consideración ni respeto, pasando días enteros bebiendo en exceso con reprobados de ideas afines en las posadas de la ciudad, tenía que cambiar. Con un bebé en camino, ellos debían ser lo primero.

Sus primeras experiencias en el confesionario habían sido forzadas: aceptó participar para que el padre Caron no revelara su caza ilegal a Dumas y a las autoridades. Pero la purga de su alma en la pequeña caja de madera de la Eglise Evangélique adquirió un nuevo significado tras su encuentro con la ley. Su libertad se debía a Caron, y Caron era la Iglesia. Se dio cuenta de que su buena fortuna era un regalo de Dios, y su honrado trabajo en la nueva catedral lo había conseguido gracias a la recomendación del sacerdote.

"Edmond, hijo mío", dijo suavemente Caron una mañana.

"¿Sí, padre?"

"Como sabes, he observado atentamente tu situación y la de tu buena esposa, como hago con todos mis feligreses. Has tenido una vida dura, eso lo sé, y ha llegado a mi conocimiento una oportunidad que puede ser de tu interés."

"Padre Caron, usted ya ha mostrado una gran amabilidad con nosotros. No le pedimos nada más..."

"Escúchame, Edmond," interrumpió el sacerdote. "Carpentras es una ciudad agradable con un obispo venerable y un clero virtuoso. Está situada a unos tres días de camino de aquí. Hay que renovar la licencia para una taberna y, por la razón que sea, no se ha presentado ningún candidato adecuado. Aunque no tienes experiencia en este oficio, tu buen carácter de los últimos años, el duro trabajo en la nueva catedral y la asistencia regular a mi iglesia para los servicios y la confesión, marcan tu elegibilidad para ser nombrado propietario. ¿Qué dices a eso, Edmond?"

"Esto es una completa sorpresa, Padre. ¿Un casero, Edmond Nerval? Es una palabra que suena bonita si alguna vez he oído una... casero", repitió, "pero no tengo dinero para poner en ningún negocio".

"Ya lo he investigado. El obispo y yo hemos intercambiado correspondencia, y la taberna se tomará como un negocio en marcha. El alojamiento es en forma de habitaciones en el piso de arriba, y las existencias de los tres primeros meses son a crédito, cortesía de un inversor local. Como ve, es una oportunidad ideal. Se lo sugiero porque las obligaciones de un propietario no se limitan a la venta de cerveza: está al tanto de las cuestiones locales y de los asuntos que preocupan a las autoridades municipales. Puede identificar a las familias que merecen nuestra generosidad y el apoyo de los benefactores de Carpentras. Por último, pero no por ello menos importante, es una figura pública cuyas opiniones son respetadas, y ahí reside la posibilidad de evangelizar -difundir la buena palabra. Habrá pobres almas redimibles entre su clientela, y a través de su propia creencia en el Señor, podría ayudarles a encontrar el Camino." Hizo una pausa.

"No estoy seguro..."

"Dicen que el que duda está perdido. Se necesita una decisión para finales de mes, dentro de tres semanas".

"Padre, seguramente se trata de una intervención divina, ya que justo antes de que te reunieras conmigo hoy, había decidido

abandonar esta ciudad. Jamette está embarazada, y la pequeña merece un buen comienzo en la vida, lejos del lugar de mis pasadas indiscreciones. No sabía qué dirección tomar, ¡pero usted me ha dado la respuesta! Acepto el honor que conlleva el título de casero y preveo que vendrán tiempos felices y gratificantes."

"Me alegro mucho por usted. Déjeme las formalidades a mí, ¡y será mejor que Jamette se entere del acuerdo! Prepara tu casa para el traslado".

Edmond alquiló un caballo y un carro y cargó sus pocas pertenencias, y él y Jamette partieron por la áspera pista que conducía hacia el este, hacia su destino, Carpentras. Pasaron la noche en dos albergues de carretera y llegaron a la ciudad al anochecer del tercer día de viaje, como había calculado el padre Caron. La suerte estaba echada, pues habían escapado a la atención de los bandidos de la carretera. Cuando Edmond detuvo el caballo en la calle Mercière, a un tiro de piedra de la catedral de Saint Siffrein, se acercó un hombre con una amplia sonrisa.

"Bienvenido. Bienvenido. Usted será Edmond Nerval, el nuevo casero".

Edmond le devuelve la sonrisa.

"Yo soy, y ésta es mi mujer, Jamette".

El desconocido se quitó la gorra en dirección a ella.

"Ata tu caballo aquí", indicó un poste, "luego, tengo las llaves, así que... ven...". Abrió la puerta principal de la posada. En el interior, un crepitante fuego saludaba a los viajeros, y en una mesa había pan, queso y cerveza.

"Estaréis cansados después del viaje. Comed, echad un vistazo y dormid bien. Volveré mañana por la mañana para informaros de lo que debéis saber para empezar. El local lleva cerrado unos dos meses, pero los lugareños no tardarán en enterarse de que tiene un nuevo ocupante. Una vez más, Edmond y Jamette, bienvenidos a

Carpentras". Con eso, se dio la vuelta y salió de la posada. La carreta se descargó, la pareja cenó, bebió buena cerveza y, como predijo el hombre, durmió muy bien.

A la mañana siguiente, Edmond y Jamette bajaron de sus aposentos bien descansados. Él salió y abrió los postigos para dejar entrar la suave luz del sol a través de los cristales de las ventanas.

“No cabe duda de que se trata de una posada de cierta categoría", pensó, "con cristal en lugar de tela detrás de las contraventanas".

La calle Mercière, a izquierda y derecha, estaba desierta. En las tierras provenzales alrededor de Carpentras, la gente empezaba el día tarde, y continuaba a un ritmo pausado hasta las cálidas tardes, todavía agradables después del calor del mediodía.

"¡Ah!" pronunció Jamette, con las manos en las caderas. "Hace tiempo que no hay aquí dentro ni hombres ni bestias, como dijo el hombre anoche". Pasando un dedo por encima de la mesa, continuó, con aire de desagrado: "¡Polvo! ¡Polvo por todas partes! Y el suelo está sucio. Hay que hacer algunas obras aquí antes de que podamos dejar entrar a los clientes".

Edmond miró a su alrededor y asintió de inmediato.

"Pero primero, terminemos la cena de anoche para nuestro desayuno. Luego te ayudaré a limpiar. En tu estado, no debes esforzarte".

Mientras comían y bebían lo que quedaba de la cena de la noche anterior, ninguno de los dos habló, pero el silencio no fue incómodo, al contrario, las sonrisas que intercambiaron decían que estaban contentos de que se hubiera logrado ese hito en sus vidas.

Apenas terminaron de comer, llamaron a la puerta. Edmond se levantó de la mesa para abrir. En el umbral estaba el mismo hombre de amplia sonrisa que les había recibido la noche anterior.

"Buenos días, Edmond, y a usted, señora".

"Buenos días, eh..."

"Me llamo Donard. Soy ayudante del obispo Otho, cuya oficina está a dos calles de nuestra catedral. Como verán, se está construyendo mucho, pero no se terminará en nuestras vidas. Su Gracia el Obispo se encuentra ocupado supervisando el trabajo, y delega muchas tareas clericales en mí. Su posada está bajo su jurisdicción. Es un acuerdo complicado por el cual una parte de tus ganancias va a sus arcas. Pero no te preocupes, yo me ocuparé de todo".

Vio la expresión de perplejidad en el rostro de Edmond.

"Es mucho que asimilar, lo comprendo, pero vender cerveza a la gente de estos lares es un asunto sencillo, aunque mantener el orden cuando consumen demasiada sea otra cosa muy distinta. De todos modos, si te parece bien, te acompañaré un rato por Carpentras. Le dará una idea de nuestra ciudad".

"Muy amable, Donard. Coge tu chal, Jamette, nuestra amiga tiene mucho que hacer, estoy segura".

Aunque poca gente caminaba por las calles, la catedral era un hervidero de industria: hombres dando órdenes, martillos golpeando piedra, sierras cortando madera.

"Bajo el gran altar, ya hemos enterrado una reliquia sacratísima, un clavo de la cruz del Calvario. Venid, seguidme", invitó Donard.

Los tres recorrieron este y aquel camino, su guía les señalaba edificios de interés y les presentaba a todo aquel que encontraban en las calles bañadas de frescor y luz. “Una ciudad muy agradable", decidió Edmond.

Al cabo de una hora, Donard se ofreció a enseñarle a Edmond la bodega de la posada, donde se guardaban los barriles de cerveza. Aceptó de buen grado, ya que el funcionamiento de una taberna le resultaba bastante desconocido. Jamette se puso un delantal y empezó a quitar el polvo de las mesas y a barrer el suelo. Antes de marcharse, Donard le dio una noticia importante a Edmond:

"He hecho que un carro te traiga seis barriles esta tarde. Son de la mejor cervecería de la ciudad. El carretero te ayudará a descargarlos y a bajarlos a la bodega; es un buen tipo y no se aprovechará de ti, que es más de lo que puedo decir de algunos". Frunció las fosas nasales y refunfuñó unas palabras poco claras,

"Usted saldará su cuenta de la cervecería conmigo en mi oficina en la casa del Obispo a su debido tiempo. Por último, he hecho colocar carteles por toda la ciudad para avisar a nuestros ciudadanos de que la posada volverá a estar abierta al público a partir de mañana. De ti depende, Edmond, y confío en que disfrutes de un buen comercio y de una feliz residencia aquí en Carpentras". Estrechó la mano de Edmond y salió de la posada. Volviéndose hacia su esposa, Edmond respiró profundo y dijo suavemente,

"Así que, querida, un nuevo comienzo para ti, para mí y para nuestro hijo".

"En efecto", respondió Jamette con una sonrisa recatada.

Los primeros días de su inquilinato los pasó conociendo a los bebedores habituales, preguntándoles amablemente cómo les iba y cómo les iba a sus familias. Los clientes, a su vez, sopesaban al nuevo propietario. Edmond no tardó en demostrar su intención de mantener un establecimiento tranquilo. Una disputa entre dos hombres en torno a una mujer, por lo que había oído, desembocó en una pelea a puñetazos, una mesa volcada y la cerveza salpicando por todas partes. En un instante, Edmond salió corriendo de detrás del mostrador, se interpuso entre ellos y los obligó a separarse.

"¡Fuera! ¡Las dos! Arreglad vuestras diferencias en otra parte, pero no en mi local". Aunque Edmond no era rival físicamente para ninguno de los dos, respetaron su enérgica orden y salieron de la posada arrastrando los pies, murmurando insultos, y se separaron en direcciones opuestas.

Pero Edmond empezó a ver lo bueno y lo malo en la gente, sin prejuzgar ni culpar a nadie. Con el paso de los años, se convertiría en un sabio consejero, aprovechando su experiencia y la amabilidad

adquirida para aconsejar o hablar en nombre de un compañero que había caído en desgracia con las autoridades.

Hacía apenas una semana que Jamette y Edmond eran los anfitriones de la taberna cuando el sueño de ambos se vio bruscamente perturbado por las sacudidas de ella para despertarlo.

"¡Edmond! ¡Edmond!"

"¿Qué pasa, mujer?", preguntó él en tono molesto.

"¡He roto aguas!"

Inmediatamente recobró el sentido y saltó de la cama.

"Mantén la calma", le instó, aunque el pánico en su rostro le decía que sus palabras eran, en el mejor de los casos, ingenuas. "Volveré lo antes posible".

Bajó corriendo las escaleras, se echó la capa a los hombros y salió corriendo de la posada, bajando dos calles hasta una casa que le habían dicho que necesitaría cuando su mujer llegara a esta fase del parto: la residencia de la comadrona.

"¡Señora! Por favor, venga rápido", gritó, golpeando la puerta que se abrió enseguida. Salió una mujer bajita y corpulenta.

"Ah, Edmond, ¿así que es su fuente?"

"Creo que sí...

"¿Cree? Usted sabrá si lo han hecho, amigo mío, ¡eso seguro!"

"Por supuesto ... sí ... hace poco tiempo."

"Venga entonces, vámonos".

El primer y único hijo de Edmond y Jamette, Marius, nació el 14 de diciembre de 1326. Edmond no podía imaginar la gloriosa sensación de expectación antes de que naciera el niño. Igualmente,

cuando el bebé llegó, su orgullo no tuvo límites y, asombrado ante el milagro de una nueva persona en miniatura, rezó para que su hijo disfrutara de una vida larga, sana y feliz.

Los clientes de Edmond aceptaban las normas de su casa y, en general, no tenía muchos problemas. Los saludaba con una sonrisa y les servía la mejor cerveza de la mejor cervecería de Carpentras. Para algunos, se convirtió en un confidente, para otros en una introducción a la Iglesia, la luz que había traído a su propia vida nunca lejos de sus pensamientos. Con el hombre tachado de pequeño delincuente, por ejemplo, un carterista, veía más allá de la ofensa: había una razón para tal comportamiento, creía - a menudo la pobreza o la pura debilidad humana, y cuando unas pocas monedas podían ser de ayuda, Edmond ayudaba. En muchas ocasiones, se apiadaba de un cliente que no podía permitirse comprar bebida y se la proporcionaba gratuitamente. Pero animaba a ese mismo hombre a considerar la posibilidad de poner comida en su mesa antes de satisfacer su deseo, evitar sus responsabilidades familiares, ocultar sus problemas en el alcohol. Sus consejos a menudo caían en saco roto, pero no le disuadían de su misión.

Consideraba excesivas algunas penas impuestas por el magistrado de la ciudad, y su opinión tenía peso para conseguir que se redujeran. El pensamiento ilustrado de Edmond Nerval le aseguró un lugar entre las altas esferas de Carpentras, y Marius, desde niño, se vio influido por la vida de su padre.

Aunque semianalfabeto, Edmond comprendía los mensajes sencillos de la Biblia gracias a sus obligaciones como auxiliar eclesiástico, su experiencia en el confesionario y las conversaciones con gente del pueblo más instruida que él. No dudaba del valor del aprendizaje y deseaba proporcionárselo a su hijo, dentro de sus limitados medios. Desde muy joven, Marius asistió a clases con un sacerdote conocido de su padre, lo que le beneficiaría durante toda su vida.

VEINTIDÓS AÑOS MÁS TARDE, CARPENTRAS, REINO DE ARLÉS, FINALES DE 1347

Marius y Dominique, ella acunando a su bebé, Fabien, para protegerlo del viento helado, estaban de pie en los escalones fuera de la iglesia, agradeciendo las palabras de condolencia de los dolientes que se marchaban.

"Era un buen hombre".

"Gracias por decirlo", respondió Marius en un tono más bien mecánico.

Cuando pasó la última persona, Marius cogió a su mujer del brazo y la llevó calle abajo hacia la posada. Dominique subió a Fabien a su dormitorio y lo acostó suavemente en su cuna de mimbre. En el desolado lugar se sentaron, cada uno con una jarra de cerveza, sin saber si hablar primero. Marius rompió el silencio,

"Es difícil creer lo que nos ha pasado. Primero falleció madre y luego, sin previo aviso, padre estaba bajando un barril al sótano cuando le falló el corazón". Dominique se acercó al otro lado de la mesa y le apretó la mano para consolarlo.

"¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras que me dirigió mi madre? Me hizo prometer que intentaría ser un hombre tan bueno y generoso como mi padre. Aunque no será fácil, respetaré esa promesa".

"Sé que lo harás", dijo ella en voz baja. Apretó los dientes con férrea determinación, vació la jarra y volvió a llenarla.

"Menos mal que llevaremos una nueva vida en Aviñón porque..." Vaciló.

"¿Sí, Marius?"

"No iba a decírtelo, pero cuando padre falleció, recibí la visita de un hombre del Obispado. Me dijo que mi padre se había endeudado, aplazando el pago de la cervecería. El hombre dijo que debíamos

abandonar la posada, ya que querían un nuevo propietario en su lugar, no a mí, porque soy demasiado joven y no tengo los fondos para saldar las deudas."

"No me sorprende", dijo Dominique con tono resignado. "Era un tonto cuando se trataba de dinero. Pero ya ves que está escrito en las estrellas: tu madre y tu padre ya no están, pero tú has conseguido trabajo y alojamiento en Aviñón. Así debe ser. Dios sabe que te esforzaste mucho para encontrar trabajo aquí".

Marius sabía que se encontraría con el Papado en Aviñón, pero ni en sueños habría podido prever la antítesis del mundo idílico que había imaginado. No habría expuesto a sabiendas a su mujer y a su hijo a semejante peligro, pero no era adivino, y un azote dominaría y determinaría el siguiente año de su vida.

CAPÍTULO DIECISÉIS

CALATRAVA, REINO DE ESPAÑA, 1320

Un hermano cisterciense se acercó un día a Albornoz en los claustros y le susurró, apenas audible,

"Albornoz, el abad solicita tu presencia en su estudio."

"¿Estoy en apuros?"

El hermano sonrió y le tranquilizó,

"Nada de eso, no te preocupes".

Albornoz llamó tres veces a la puerta más allá de la cual rara vez se penetraba en el santuario interior del abad Sabastiano. No obtuvo respuesta, así que volvió a llamar. Esta vez, se oyó una voz,

"Entre". Albornoz siguió la instrucción, pero lentamente, sobrecogido por el honor.

"Ven, hijo mío". El interior del estudio sólo estaba iluminado por dos velas a ambos lados de una gran biblia sobre un pesado escritorio de roble. Detrás, estanterías que iban del suelo al techo gemían bajo el peso de rollos de pergamino e incontables volúmenes encuadernados en piel. Era idéntica a la habitación del hermano Aldonso, donde se había sentado antes. Entrecerró los ojos para adaptarlos a la penumbra que lo rodeaba hasta que su mirada se posó en la figura alta, joven y vestida de blanco que estaba sentada ante el escritorio, el abad, con un crucifijo de plata en una cadena alrededor del cuello. Se aclaró la garganta e invitó a Albornoz a colocarse frente a él. Sin más preámbulos, abrió la Biblia y leyó varios versículos en voz alta, terminando cada uno con un Amén, que Albornoz repitió. Tras cruzarse de brazos, Sabastián

cerró la Biblia e indicó a Albornoz que se sentara. Era la vez que más cerca había estado del abad, a quien normalmente se veía desde lejos en los oficios de la iglesia. Observó los penetrantes ojos oscuros del hombre y su ceño fruncido, esperando respetuosamente a que el monje comenzara.

"Sospecho que no conoce el propósito de nuestra reunión". Albornoz se esforzó por entender la pregunta ligeramente tartamudeada del hombre.

"No lo sé, padre abad", respondió con un ligero temblor en la voz.

"Llevas un año con nosotros y, como es normal para todos los novicios, he solicitado informes sobre tus progresos. Es gratificante poder decir que tus mentores te han dado valoraciones sobresalientes, de las que puedes estar orgulloso." Hizo una pausa, pero siguió mirando directamente al joven.

"En cuanto a las escrituras, has demostrado un interés y una madurez superiores a tus años. El hermano lego militar dice que entiendes los principios del combate, la estrategia y el armamento, aunque nunca hayas estado cerca de un campo de batalla. Entonces, me gustaría saber ahora si tienes intención de hacer carrera en la Iglesia".

"No veo..."

"El siguiente paso lógico para un novicio de este castillo es aspirar a cosas mayores, convertirse en sacerdote, y... no hay límites para lo que podrías lograr. ¿No habías considerado tal camino?"

La proposición del abad sobre su futuro comenzó a tener sentido. Podía sentir que la mirada acerada del hombre no se apartaba de su semblante ni un momento. Jugueteando despreocupadamente con el crucifijo de plata, continuó,

"Nuestros votos de pobreza, castidad y obediencia los hacemos, con un compromiso absoluto, para apreciar mejor la Pasión de Nuestro Señor. Aceptamos el rigor de los votos y abrazamos su desafío

cotidiano. Ahora bien, algunos estudiantes se muestran inadecuados en este sentido y se separan de nosotros, digamos, al cabo de un mes o incluso de una semana". Levantó las cejas como para subrayar el desprecio que sentía por tal debilidad.

"Sin embargo, he sido testigo de pocos novicios que demuestren la actitud incisiva, inteligente y madura que usted demuestra, y le felicito por su logro".

"Gracias, padre abad, pero ¿cuál es su sugerencia precisa?".

Sorprendido por la franqueza del muchacho, inspiró bruscamente.

"Serás invitado formalmente a aceptar nuestros votos y adoptar el título de Hermano, permaneciendo aquí en el castillo para una devoción recluida de por vida, pero con toda honestidad, te hemos enseñado hasta nuestros límites. Usted requiere intensidad académica de un orden superior. Entonces, está Montpellier".

"¿Montpellier?" preguntó Albornoz.

"La universidad de Montpellier, en el Reino de Francia. No conocerás el lugar, pero es una bonita ciudad con un clima similar al nuestro y a sólo treinta leguas de Aviñón, donde residen el Papa y su Curia."

"Tienes razón, no me es familiar".

"Es un conjunto de escuelas donde se estudia derecho, medicina, artes y teología al más alto nivel bajo la tutela de los mejores profesores del país. La facultad de teología está dirigida por algunos de nuestros hermanos cistercienses que acogen a nuestros novicios escogidos de Calatrava. Propongo proponer tu nombre para su consideración. ¿Qué me dice al respecto?"

"No esperaba nada por el estilo, pero..."

"Dudas, y es natural. Si aceptas, te graduarás al final de tus estudios con una licencia para enseñar, además de tu título de sacerdote, y tu progreso en la Iglesia estará asegurado."

"¿Qué aspectos de la teología?"

"Además de una profunda apreciación de las Escrituras, es una comprensión del Derecho Canónico - las ordenanzas y reglamentos de la Iglesia, tal como se prescribe en la bula Quia Sapienta del Papa Nicolás de 1289. En ella, el Sumo Pontífice dictó nuestras leyes eclesiásticas doctrinales y morales universales, que abarcan la condición humana". El discurso del abad fue interrumpido por el sonido de una campana.

"Debemos asistir a las vísperas, Albornoz. Considera detenidamente lo que te he dicho. Requeriré tu decisión para mañana".

El servicio pasó de largo para Albornoz; aunque presente en cuerpo, su mente estaba preocupada por la asombrosa perspectiva de Montpellier. Sabastian leyó la oración de despedida y la iglesia se vació para dirigirse al refectorio a cenar. El novicio se quedó atrás, solo y sumido en sus pensamientos, rodeado por las sombras cada vez más largas que proyectaban las lámparas de aceite de las paredes. El silencio era tan profundo que creyó oír resonar los latidos de su corazón. Necesitaba hacer balance de los acontecimientos, y una calma le envolvió.

Esta es mi vocación, ser siervo del Señor y hacer su voluntad. Sin embargo, mi vida hasta ahora no ha sido rica en experiencias, y tengo mucho que aprender'. Buscó en las profundidades de su memoria. Ramón me dio una paliza en el río, y eso estuvo mal. Sin embargo, cuando tuve la oportunidad de sujetarle en el agua, le perdoné la vida, y el matón había aprendido la lección: yo tenía razón. El viejo padre Gelmiro y el obispo libraron al campesino del desahucio, aunque no había pagado el diezmo. Entonces... resistí mi impulso natural con Madelena, muchos años antes de hacer el juramento de castidad. Los dos sacerdotes en la sacristía se entregaban a acciones impuras. ¡Oh, es tan confuso! ¿O no? Puedo recordar las palabras exactas que le dije al Hermano Aldonso, poco después de llegar aquí -

"Lo correcto es lo opuesto directo e incuestionable de lo incorrecto, y no debe haber confusión ni borrosidad en la distinción entre ellos. Ese es el camino de Dios".

Y así es. pensó Albornoz, luchando por no pronunciar las palabras en

voz alta. Cuanto más tiempo pasaba inmerso en consideraciones religiosas, más se inmovilizaba en su psique su visión de cómo debían comportarse los buenos cristianos. Su interpretación de las Escrituras sería inequívoca y, en ocasiones, crearía discordia entre las mismas personas a las que pretendía apaciguar con sus creencias.

Desde que el padre Gelmiro me introdujo en la catedral de Cuenca, siempre que estoy en la Casa del Señor siento una sensación especial, noble. El Padre Nicolás en la sacristía era un malhechor, pecador, infractor de las Leyes de la Iglesia. Si no hubiera sido por mi actuación, denunciándolo a Gelmiro, habría evitado el castigo'. Se levantó de su banco y se dirigió lentamente por la nave hacia el altar, donde se arrodilló, piadoso, todavía solo. Querido Señor, imploro Tu guía. ¿Debo aceptar la invitación del Abad para estudiar en Montpellier, una ciudad en otro reino, sólo si el Tuyo en el Cielo es el único reino verdadero? Estoy muy preocupado por mi propia ignorancia del Derecho Canónico... sus preceptos... especialmente con la gente rica y poderosa que, al parecer, no tienen que seguir Tus reglas como nosotros. Los ricos pueden anular un matrimonio mientras que la Iglesia no permite el divorcio. Los hombres influyentes se casan con una sola mujer, pero toman, para aparearse, tantas como quieren y pueden permitirse. De nuevo, ¡qué confusión, Señor! No pueden tener razón y estar equivocados a la vez".

Al oír estas palabras, las lámparas de aceite parpadearon como en respuesta a sus preguntas. Albornoz se levantó, inclinó la cabeza y se persignó. Se dio la vuelta, caminó decidido por la nave y salió de la iglesia. Esperó a que los hermanos terminaran de cenar; su apetito había desaparecido. Fuera del estudio del abad, se sentó en una silla hasta que llegó el hombre.

"Ah, Albornoz. No esperaba verte antes de mañana, pero... no importa, ven".

Sin mediar palabra, Albornoz se colocó frente al escritorio del monje como había hecho antes.

"Siéntate, hijo mío. ¿Debo entender que has tomado una decisión respecto a nuestra proposición?"

"Sí, padre abad".

El hermano bajó la cabeza para enfocar mejor su habitual mirada cortante.

"¿Y bien?"

"Acepto. Me siento honrado de que se me brinde tal oportunidad, y siento que el Señor ha ayudado a mi resolución."

"¡Excelente! Me habría decepcionado mucho si tu respuesta hubiera sido diferente. A tu edad, yo también seguí este camino. No te arrepentirás ni un momento". Abrió un armario y sacó una botella y dos copas, llenándolas ceremoniosamente de vino tinto. Empujó un vaso hacia Albornoz.

"Sólo invito a nuestros hermanos a beber en la Eucaristía pero, dentro de la intimidad de mi cámara, extiendo la invitación a los invitados en ocasiones especiales". Levantó su copa en dirección al muchacho.

"Novicio Albornoz, bebe de Su sangre, como en la Comunión. Te ruego, Señor, que bendigas a nuestro hijo para que la próxima etapa de su devoción sea vigilada por Ti. Que su camino sea provechoso y que su entrega no tenga límites. Amén".

Albornoz dio un sorbo al vino y respondió Amén.

Sabastian sonrió benignamente y se reclinó en su silla.

"Recuerdo haber hecho la misma promesa que tú, y cómo disfruté de mi estancia en Montpellier. Tienes la ventaja de hablar francés. Debiste de tener buenos profesores en Cuenca".

"Los tuve". Sonrió tímidamente.

"Aprenderás entre eruditos cristianos, judíos, musulmanes... todos deseosos de hablar de otras religiones para entender mejor la suya. Hay muchas plazas, todas rodeadas de claustros, como aquí en Calatrava, y por supuesto, tiene su propia iglesia en la que, además de rezar, se celebran animados debates con personas de opiniones opuestas sentadas en bancos opuestos... ¡pero ya está bien! Termina tu bebida y visita el scriptorium, donde redactarás una carta informando a tus estimados padres de tu traslado. Aunque es de

noche y está oscuro fuera, nuestros hermanos copistas trabajan durante toda la noche, tal es el volumen de escrituras que hay que crear para mayor beneficio de nuestra comunidad."

"Gracias, Padre Abad. No se decepcionará conmigo".

En el scriptorium una larga mesa se extendía a lo largo, y vela sobre vela iluminaba el trabajo de garabateo e iluminación de una docena de monjes. Reinaba el silencio, como estaba decretado por sus votos, no se hablaba, el único sonido era el rítmico rascar de la pluma sobre el pergamino. Albornoz se quedó en la puerta hasta que uno de los copistas, claramente el hermano mayor, se levantó y le indicó que saliera.

"Buenas noches, Albornoz. ¿Qué quieres de nosotros?"

"El Padre Abad me ha encargado que escriba una carta muy importante".

"¡Más silencio!", le instó el hermano, llevándose el índice a los labios. "Coge una hoja del montón y siéntate allí". Indicó un espacio libre en la mesa. "Encontrarás pluma, tintero, una regla y tiza para quitar el polvo. Llámame la atención cuando hayas terminado y me llevaré tu... carta, ¿dijiste?".

"Sí, una carta para entregar a mi padre, cuya residencia está en Cuenca".

"Bien. Me encargaré de sellarla y enviarla a su destino".

"Gracias, hermano". Se sentó a la mesa y, sin aspavientos, colocó la hoja de escribir cuadrada ante él y puso la regla encima para asegurarse de que cada línea estaba perfectamente nivelada. Mojando la pluma en la tinta, comenzó a escribir:

Querido padre,

Confío en que esta carta os encuentre a ti, a mi madre y a mis hermanos con buena salud. Hay muchas cosas que podría contarte después de mi año aquí en el castillo de Calatrava, pero debo

limitarme, en aras de la brevedad, a un acontecimiento trascendental que determinará mi vida futura".

Tomó una pizca de tiza en polvo de un pequeño plato, la esparció sobre las palabras y luego la sopló suavemente para evitar que se corriera la tinta. Continúa,

Nuestro Padre Abad expresa su satisfacción por mis progresos y me ha ofrecido la oportunidad de seguir estudiando en la Universidad de Montpellier, en el Reino de Francia. He aceptado e intercambiaré ciudades y países en el nuevo año. Que el Buen Dios le bendiga a usted, padre, y a toda nuestra casa. Con todo respeto, su hijo, Albornoz".

Volvió a desempolvar la hoja y levantó la cabeza para atraer la mirada del hermano. La carta fue recibida al poco tiempo por don García Álvarez, cuyo corazón se hinchó de orgullo por el logro de su hijo.

LA UNIVERSIDAD DE MONTPELLIER, REINO DE ARLÉS, 1321

Una mañana de enero de 1321, el día amaneció fresco y agradable. Mientras la campana de la misa mayor sonaba en el castillo de Calatrava, los hermanos vestidos con sus hábitos blancos y los novicios de negro entraban silenciosamente en la iglesia del monasterio. Entre la congregación se encontraba Albornoz, ahora, tras completar su internado y tomar los votos, también elegantemente ataviado de blanco cisterciense, con el cuero cabelludo en carne viva tras su primera tonsura. Tras el desayuno, todos se dispersan para preparar la jornada: para Albornoz, se trata de un largo viaje a Montpellier. Antes de partir, subió al dormitorio, se despidió de sus amigos novicios y llamó a la habitación de Aldonso.

"Buenos días, hermano Aldonso".

"Buenos días a usted, joven. Así que hoy nos dejas. Que Dios te

acompañe y mis bendiciones para tu camino en el Señor".

"Gracias, hermano, y adiós."

Fuera, en el patio, el mismo carro con sus ruedas de llanta de acero, con el mismo postillón y el mismo caballo que le habían llevado allí el año anterior, esperaba pacientemente. De nuevo, el transporte había sido proporcionado por cortesía del benefactor obispo de Cuenca.

El conductor ya había atado firmemente al carro el pequeño baúl de madera de Albornoz. Contenía su biblia, un pequeño bote de polvos de dientes, un cepillo y algunas prendas de ropa; seguía su voto de pobreza desde el principio.

"Suba, señor", invitó alegremente el chico. "Nos espera un largo viaje".

Bajo el cielo azul claro y pálido de un invierno tardío en Calatrava, la carreta atravesó el portón siempre abierto y abandonó la ciudad en dirección a un nuevo reino y un nuevo capítulo en la vida de Albornoz.

Albornoz estudió varios años en la Facultad de Teología de la Universidad de Montpellier. Leía las Escrituras con un apetito voraz y relataba las parábolas sobre el comportamiento humano en debates a través de los bancos de la iglesia, como Sabastiano le había dicho que ocurriría. Su mente era inquisitiva, pero aliada a un ingenio suave; buscaba orientación sobre lo que debíamos y no debíamos hacer en nuestras vidas; se ganó la reputación de un clérigo que no sufría a los tontos alegremente y que siempre se equivocaba del lado del hombre justo. Las cualidades que se exigen a una persona así se las había explicado cuidadosamente el padre Gelmiro muchos veranos antes, cuando era un chaval en su ciudad natal de Cuenca. Su creencia en la capacidad de la Iglesia para impartir justicia -en forma de penitencia o, in extremis, de excomunión- polarizaba sus pronunciamientos evangélicos, y

cuanto más estudiaba y escuchaba la amplia gama de opiniones mantenidas por los cosmopolitas estudiantes de Montpellier, más firme era su interpretación del bien y del mal. Consideraba que el castigo, tanto judicial como religioso, era un componente esencial de una sociedad civilizada.

Dejó la universidad de Montpellier como Fellow Magister, con licencia para enseñar y, por supuesto, predicar. Su primer cargo clerical fue de nuevo en Cuenca, como sacerdote del obispo y su oficina, que posteriormente alegaron que era demasiado joven para convertirse en su diácono. La verdadera razón era que su padre, al fallecer, tenía una deuda pendiente que no había sido saldada según los términos de su testamento. Una vez que Albornoz pagó los 3.660 maravedíes, el obispo le otorgó el título.

El nuevo diácono de Cuenca no pudo apreciar que un tal Marius Nerval, en Carpentras, se había visto obligado a pagar una deuda pendiente al obispo de esa ciudad para que él también pudiera progresar con su vida en Aviñón.

Sin duda por su asociación novicia con Calatrava, llegó a ser su archidiácono, y después obispo, donde fue un destacado defensor de la confesión y creyente en el poder disuasorio del castigo magistral. Sentía poca o ninguna simpatía por quien contravenía las reglas del Señor o de la ciudad, y a medida que pasaban los años, su nombre se extendía por el mundo.

Ahora, por cosas del destino, soy obispo de Calatrava y tengo autoridad sobre el mismo abad que me enseñó de niño. Y cómo se ha extendido mi fama: ¡Me envían en misión diplomática a la corte del rey Felipe de Francia! No hay razón para sentirme culpable por combinar mi éxito en los círculos eclesiásticos y reales. He trabajado duro, y seguramente es el plan del Señor para mí. La vida me ha demostrado que mis opiniones intransigentes permiten a los poderosos sentirse cómodos en su trato conmigo: soy de su clase".

"Esta es, sin duda, una ciudad maravillosa. Tenéis la suerte de

contar con una población temerosa de Dios y con la sede del Santo Padre en el Palacio de los Papas, en la bella Aviñón", comenta a uno de los delegados presentes en la consagración del Papa Bénédict.

"Tienes razón, er..."

"Albornoz, Obispo Albornoz de Calatrava en el Reino de España", se presentó, estrechando calurosamente la mano del desconocido.

"Soy el obispo Joffroy de Orange. Habéis viajado muchas leguas para asistir a la ceremonia".

"Así es, pero lo considero un deber y un honor".

"Así es. ¿Cuándo regresa a Calatrava?"

"Mi carruaje me recogerá hoy más tarde y..."

"¿No será mi invitado a cenar esta noche en la taberna más agradable de la ciudad? Podría tomar una habitación y hacer el viaje a su diócesis por la mañana".

Albornoz tenía muchas preguntas sobre las funciones del Papado. Aunque su carrera actual estaba floreciendo, la última joya que deseaba era un lugar dentro de la Curia del Papa en Aviñón, e inmediatamente vio la invitación de Joffroy como una oportunidad para obtener beneficiosa información local.

"Es muy generoso, Obispo. Acepto".

Más tarde, ese mismo año, colaboró en la recaudación de fondos para la campaña española del rey Alfonso en Andalucía y fue recompensado con un ascenso al Consejo Real del monarca y el título de Primado de la Iglesia de España. Los elogios se sucedieron, y dejó de lado la competencia por el Arzobispado de Calatrava, y luego la codiciada meta, Arzobispado de Toledo, designación que le fue conferida en la misma ciudad donde había estado cenando hacía tan poco.

Sus años en Toledo fueron muy fructíferos y se sentía orgulloso de sus logros.

Espero lo mejor de mi clero y, en general, se comporta en consecuencia. He hecho reconstruir el claustro y el campanario de nuestra catedral, para envidia de los dignatarios visitantes, y he fundado un priorato cerca de nuestra ciudad", reflexionó mientras bebía una copa de vino a solas en su estudio.

He acompañado al rey Alfonso en nuestra cruzada a Sevilla para recuperarla de los merodeadores seguidores del Islam, aconsejándole sobre tácticas que aprendí como novicio. Hubo una ocasión, en una escaramuza, en que el Rey fue derribado de su caballo y un moro levantó su espada para despacharlo. Para Alfonso y su reino, fue oportuno que yo estuviera a su lado para apuñalar al atacante con mi daga y salvar la vida de Su Majestad.

Volvimos a rechazar a los invasores moros de Algeciras, pero ya sus arcas estaban casi vacías y me ordenó ir a París, donde recaudé 50.000 florines de los buenos y los grandes. El Rey fue muy generoso con sus elogios y me permitió participar a menudo en los programas artísticos y culturales de la ciudad. Pasé allí la mayor parte del año 1348".

El arzobispo Albornoz tuvo la suerte de hacerlo porque una epidemia mortal asoló muchas partes de España y Francia. Pueblos enteros fueron arrasados y muchos miles de personas perecieron. Por una razón inexplicable, París apenas se vio afectada en la época en que Albornoz tenía negocios allí.

A medida que la peste, pues ése era su nombre común, se extendía desde el este hacia la Francia mediterránea y España y acababa afectando al Reino de Gran Bretaña, algunas ciudades y zonas se libraron del insidioso y mortal bacilo. No fue así para Aviñón, que sufrió cruelmente y perdió a gran parte de su población. De no haber sido por la actuación de Marius Nerval y sus escuadrones de ayudantes, el desastre habría sido aún peor. Este joven fue elevado casi a la categoría de salvador dentro de Aviñón.

Así, por azares del destino y la ambición, Marius Nerval y Álvarez Carillo Gil de Albornoz llegaron a coincidir en la misma ciudad francesa.

El primero, un hombre con mujer e hijo pequeño, que había deseado una vida mejor para su familia, pero se había visto inmerso en las circunstancias de un azote maligno e indiscriminado, sobreviviendo y llevando a la pobre gente a triunfar sobre la adversidad; el segundo, un clérigo de mediana edad, ascendido a través de la Iglesia a Arzobispo y, en última instancia, a miembro de la Curia Papal.

Estos dos hombres compartían valores humanitarios, pero procedían de mundos muy diferentes. Al promover fines tan nobles, la confrontación y la desesperación se convertirían, demasiado pronto, en un abismo aparentemente insalvable entre ellos.

CAPÍTULO DIECISIETE

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, ENERO DE 1349

Al amanecer, los comerciantes reclaman sus puestos en el puente de Saint Bénézet, con la esperanza de un buen día de negocios tras un año desastroso en el que se suspendió el mercado semanal, así como muchas de las actividades habituales de la ciudad. La apertura del puente simboliza la supervivencia de Aviñón a la peste: el comercio es la base de su determinación y de su espíritu para seguir adelante con optimismo y renovadas ganas de vivir. Algunos madrugadores inspeccionan las mercancías en venta, buscan gangas, hacen trueques para conseguir esto o aquello a un precio decente. El quesero exhibe quesos de corteza amarilla y untuosos quesos blancos que ha elaborado con la leche de su rebaño de cabras, que vuelve a criar. Los campesinos del fértil valle del Ródano han podido cosechar hortalizas de invierno, sin temor a contratar a los trabajadores emigrantes que, en el año de la peste, habían sido rechazados. La contaminación de los forasteros, antes temida por los habitantes de la ciudad, ya no era una preocupación, y ahora eran bienvenidos. Los puestos gemían bajo el peso de cebollas, puerros, zanahorias, berzas y sacos de patatas apilados en el suelo. El comerciante de vinos no tenía Côtes du Rhône Nouveau para vender -la mejor nueva cosecha- porque las uvas de la vid se habían dejado pudrir, para que no portaran el maligno bacilo. En lugar de ese vino de año nuevo, dispuso botellas y jarras de cuero de vino de mesa de menor calidad, pero aún vendible. El herrero vendía ollas, sartenes, cadenas y utensilios metálicos ahora que había reanudado el suministro de chapas de hierro y tenía buenas razones para encender el hogar de su herrería. Para dar un toque de color al evento, el pañero sacó a la venta rollos de paños y sedas, cortados a medida para el cliente, cuyos exóticos estampados proclamaban su origen oriental.

Bajo los arcos del puente, los vendedores ambulantes sin licencia para comerciar legítimamente vendían baratijas, brazaletes, collares de cuentas, esculturas de hueso y linctos de dudosa eficacia, junto a bálsamos e indulgencias; durante los días de dolor y desesperación, los ciudadanos perdieron la confianza en las promesas de salvación y perdón. La apertura de las puertas a ambos lados del río hizo que los lucrativos negocios de las prósperas tierras del norte volvieran a fluir en la ciudad sin controles ni restricciones sobre quién entraba o salía: en resumen, la vida cotidiana de Aviñón volvió tan rápidamente como había desaparecido. Los habitantes de Provenza sabían muy bien que incluso el destructor e implacable viento Mistral que azotaba el desfiladero del Ródano era seguido año tras año por un suave respiro, y su soleado comportamiento podía soportar las peores tragedias que la naturaleza eligiera para ellos.

Un caballero se inclinó sobre el parapeto del puente, hipnotizado por los remolinos negros y los remolinos del río, asombrado al ver que lo único que arrastraba la corriente eran lentejas de agua verdes y ramas rotas. En los malos tiempos, cuando los cementerios de las iglesias estaban llenos, el Papa había promulgado una bula que permitía atar los cadáveres con pesos y arrojarlos sin ceremonias al agua. Muchos rompían sus cadenas y flotaban, con sus macabros rostros, hacia la superficie, un duro recordatorio, por si hacía falta, de que la epidemia se negaba a remitir. Sin embargo, este día había llegado una vida mejor.

A medida que el pálido sol de invierno se alzaba, inundando de reconfortante luz cálida la vieja ciudad amurallada, así se despertaba: se abrían las contraventanas, se oían voces, las calles empezaban a llenarse. Se intercambiaban saludos como "buenos días" o "¿cómo estás hoy?", una sonrisa en la cara de la gente, un resorte en el paso. Con el cambio de año, se levantó el toque de queda nocturno, así como la prohibición de reunirse más de dos personas impuesta por las autoridades de Aviñón. Se reanudan las actividades sociales, aunque las conversaciones, al menos durante los primeros días, se centran casi siempre en lo terrible que ha sido el calvario y en los amigos y familiares que han perdido.

A media mañana, la taberna de Marcel, en la calle Vieux Sextier,

estaba abarrotada de vendedores, transeúntes y clientes habituales.

"¡Eh, Marcel! Cerveza, por aquí", grita un anciano, golpeando su jarra vacía contra la mesa para llamar la atención del propietario.

"¡Todo a su tiempo! No es usted el único cliente al que tengo que servir", replica Marcel. Como ciudadano de la ciudad que se había librado de la infección, estaba agradecido, pero un año sin negocio le había afectado mucho. En este sentido, no era el único, y era una temporada para reconstruir las relaciones comerciales y humanas.

"Angélique, querida", gritó a su esposa, aunque estaba a sólo cinco pasos de él, "trae más cerveza. Aquí hay caballeros que tienen sed". Ella no respondió, sino que cogió una jarra del mostrador, abrió la puerta que conducía al sótano y desapareció en sus oscuras profundidades. No tardó en reaparecer, se dirigió a la mesa del cliente que había pedido la bebida y le llenó el recipiente.

"Mis amigos también", le indicó el anciano, señalando a los dos hombres que le acompañaban. "Ya ajustaré cuentas más tarde".

"No temas por eso", se rió Marcel mientras Angélique se alejaba para atender a otros bebedores de la taberna.

"Hoy hay mucho trabajo aquí, ¿verdad? Día de mercado, por supuesto, y ya sean comerciantes o gente que sale a comprar, todos están recuperando el tiempo perdido", observó Baudri, el viejo.

"Eso es seguro. Pero no me gustan tantas caras extrañas", interrumpió Matelin a su amigo.

"¿Y eso por qué? Ah, ya veo lo que piensas, pero la peste ya ha pasado, y piénsalo, hay más posibilidades de que la infección sobreviva entre los nuestros, dentro de las murallas, si es que lo hace..."

"Venga, ya está bien. Brindemos por el futuro". El tercer hombre, Franchot, levantó su jarra en un brindis, y los otros hombres se unieron, cada uno tomando un buen trago de cerveza. Siguió una pausa: nadie podía jurar que la muerte y el sufrimiento no volverían; eso no estaba al alcance de ningún habitante de Aviñón.

"Si volviera a ocurrir, no sobreviviríamos", continuó Baudri. "La mitad de mi calle fue arrasada, y tú, Matelin, perdiste a tu mujer y a tus maravillosas hijas. Todos tenemos historias que contar, pero me siento aliviado de haber tenido al viejo Magistrado trabajando para nosotros porque sin él..."

"Quieres decir sin el joven Marius, ¿no?" Matelin interrumpió. "Él fue la razón por la que aguantamos, así que no lo olvidemos. Una cosa era que los ancianos ordenaran que envolviéramos los cadáveres, cerráramos nuestras casas, matáramos a todos los gatos y perros... todo muy bien, pero fue Marius quien organizó los carros de la muerte para llevar los cadáveres a los cementerios y enterrarlos rápidamente. Eso nos dio a los demás más posibilidades de sobrevivir".

"Eso no se puede negar", reflexionó Franchot, normalmente el indeciso de los tres.

"¿Quién se aseguró de que se pintaran cruces rojas en las puertas? ¿Quién cerró el puerto para que los portadores extranjeros del germen no pudieran desembarcar y propagarlo? ¡Marius! Luego no olvides a esa banda de locos... flagelantes, marchando arriba y abajo, azotando sus cuerpos desnudos, llorando y enviándonos a la locura si no se les hubiera detenido", dijo Matelin, enfadado porque el viejo ayudante del Magistrado no recibiera aclamaciones incondicionales.

"Así que... supongo que hizo mucho por nosotros".

"¿Mucho, Franchot? Más vale que lo creas. Y ese fanático, en su palco de la Place Pie, gritando ¡Arrepiéntete! ¡Arrepentíos! ¡Blah! ¡Blah! - aullando en lenguas por lo que sé - ¿hizo algo para animar al resto de nosotros? Probablemente no. Pero fue Marius quien lo maniató a través de la Porte de la Ligne y lo amenazó de muerte si alguna vez regresaba". Matelin se detuvo de repente, consciente de que toda la taberna se había quedado en silencio, con las miradas de todos clavadas en él, pendientes de cada una de sus palabras. Vació su jarra y se levantó de la mesa, mirando a su encantada audiencia.

"Para terminar, permítanme que les recuerde a todos a aquel loco

desquiciado y delirante, desnudo salvo por un taparrabos, con un plato de aceite llameante atado a la cabeza. Rompía el toque de queda noche tras noche, corriendo calle arriba y calle abajo, aporreando puertas para aterrorizar a nuestros vecinos. ¡Recordadlo! Sospecho que algunos de ustedes tienen poca memoria si dudan del valor de las acciones de Marius para nosotros. Él y la mujer con la que se ha casado, Alice, detuvieron al demonio cuando estábamos demasiado asustados. Así que, él es nuestro nuevo Magistrado, y yo, por mi parte, le daré toda la ayuda en sus deberes. Tenemos con él una enorme deuda de gratitud".

La clientela murmuró su acuerdo y reanudó la bebida. Matelin se sentó para que Franchot le diera una palmada en la espalda a su amigo,

"Bien dicho".

"Sí, desde luego", añadió Baudri, dando un sorbo a su cerveza, con el ceño fruncido porque estaba a punto de decir algo importante.

"Es indiscutible lo que Marius Nerval ha hecho por nosotros, pero eso ya es pasado. ¿Y el futuro? Como magistrado, impartirá justicia en nuestro nombre, dictaminará castigos y, si se parece en algo al viejo que le precedió, será demasiado indulgente. No es más que un joven, así que no podemos esperar que entienda los caminos del criminal, ¿verdad?".

"Supongo que no", coincidió Franchot.

"Y creo que se mantendrá ocupado una vez que las cosas se calmen y los cazadores furtivos, carteristas, mendigos, ladrones y vándalos se pongan a trabajar. Fue bastante valiente al enfrentarse a la plaga, pero sólo espero que no resulte ser un lirón con un delincuente encadenado ante él".

"Pronto lo veremos", dijo Matelin, y tomando una decisión por primera vez aquel día, añadió,

"Lo que necesitaremos es un carácter fuerte que tenga una visión clara del bien y del mal".

Los tres hombres bebieron más jarras de cerveza y Baudri, una vez pagada la cuenta, abandonó la taberna, inseguro acerca de la eficacia del magistrado Marius.

El mercado había comenzado al amanecer, al igual que las obligaciones de Marius. Tal y como atestiguaban las conversaciones de los tres ancianos, Marius había sido investido con el preciado título de Magistrado de forma reciente e inesperada. Fue en los últimos días de la presencia maligna de la peste cuando el anciano juez no respondió una mañana a la llamada de Marius a la puerta de su despacho en el muelle. Qué extraño", pensó el joven. Es día de mercado y dentro de poco llegarán más barcos de lo habitual, sobre todo porque ahora volvemos a permitir que las barcazas descarguen libremente". Volvió a llamar, recordando que el magistrado era duro de oído, pero nadie respondió, a pesar de que se veía una luz en el interior. Giró el picaporte, empujó y la puerta se abrió.

"Magistrado, ya es hora de que estemos trabajando..." y se detuvo en seco, al ver el cuerpo del gentil hombre de cabello gris desplomado sin vida sobre un libro de contabilidad abierto en su escritorio. Marius, muy apenado por este descubrimiento, pidió ayuda y el muerto fue trasladado, irónicamente, a su casa en la ciudad en uno de los carros que había requisado para los escuadrones de la muerte. El examen del cadáver no reveló ningún indicio del azote: el hombre había fallecido por causas naturales. El testamento, escrito de su pulcra mano, establecía que Marius sería su sucesor como Justicia de Aviñón.

Al difundirse la buena noticia de que el puerto de Aviñón volvía a ser comercial, barcazas cargadas de mercancías enviadas desde el reino y más allá amarraron en el muelle. Sus tripulaciones, tras registrar su carga en la oficina del Magistrado, amontonaron en el muelle sacos de grano, fardos de tela, barriles de vino y mercancías de todo tipo, y pronto los almacenes se llenaron: tiempos de abundancia. Marius continuó la tradición de su predecesor de registrar meticulosamente cada entrada y salida en el pesado libro encuadernado en cuero y se ganó la reputación de supervisor

inteligente y ecuánime del puerto. Los importadores y exportadores, independientemente de su credo o color, eran bienvenidos ahora que los malos tiempos habían quedado atrás. Sin embargo, una empresa no gozaba de ese trato.

Pagnol Fils, comerciantes de lana, poseían el mayor almacén del puerto. Los hermanos fundadores, Jean y Thomas, habían construido su empresa desde unos comienzos humildes. A Marius le dieron su primer trabajo el día que llegó de Carpentras, empujando carritos de tela. Con su socio, Bruno, vivían en una imponente casa de la calle Limas, cerca del puente de Bénézet. Ahora, tenían que sobrevivir a bordo de su estrecha barcaza amarrada en el extremo opuesto del muelle.

Con la llegada de la peste, decidieron huir de la ciudad para encontrar refugio en un lugar a salvo de la enfermedad. No lo consiguieron y los ciudadanos de Aviñón les negaron la entrada cuando cambiaron de opinión. Su única residencia fue la barcaza. A pesar de enviar cestas de fruta y otros regalos a la ciudad para apaciguar a sus antiguos vecinos, no sirvió de nada; los aviñoneses no olvidaban fácilmente, sobre todo cuando se habían quedado a sufrir, al no tener medios para escapar. Por sus venas no corría la misma cobardía que por las de los mercaderes.

Una mañana, el cálculo de cifras que Marius hacía en el libro de contabilidad se vio interrumpido por unos golpes en la puerta de su despacho.

"Entrad", llamó.

"Buenos días, Marius... Umm... Magistrado". Jean Pagnol estaba en la puerta.

"Y a ti, Jean. ¿Qué puedo hacer por usted hoy? No puedes tener un manifiesto para mí, eso seguro". La voz de Marius estaba teñida de agudeza. Al comerciante de lana le habían notificado que su almacén estaba vetado, a la espera de que las autoridades lo examinaran. Pagnol continuó, pero evitó mirarle a los ojos, como avergonzado.

"Otros barcos están, en este mismo momento, siendo descargados y

cargados; el comercio sigue como antes. Pero a los Pagnol Fils se les niega el acceso a su sustento. Cuando..."

"Cuando tú, tu hermano y Bruno remontaron el río para salvar sus almas, mientras que nosotros no tuvimos ese beneficio. ¿Seguro que veis por qué os desprecian, por qué vuestro nombre es vilipendiado y por qué vuestros conciudadanos no os quieren de vuelta?".

"Comprendemos todo esto, pero ya es demasiado tarde. Fue, en verdad, un grave error, y vivimos para lamentarlo, pero no fuimos los únicos, hubo más que hicieron lo mismo. ¿Nos pones como ejemplo?"

"En absoluto, Jean. El hecho es que vosotros tres sois los únicos tan temerarios como para intentar volver". Miró fijamente al anciano barbudo, que caminaba con una grave cojera, y sintió una repentina lástima por él. "Por favor, continúe", invitó al desdichado.

"Buscamos el perdón, magistrado, y luego reanudar el único oficio que conocemos. Queremos vivir en nuestra propia casa en vez de en esa barcaza infernal. Tomaremos el cepo, aceptaremos una flagelación, tiempo en las celdas, lo que sea..." Las lágrimas corrían por el rostro triste del hombre.

"Ya basta, Jean. Siento cierta simpatía por ti, pero debes ver que asuntos como éste los deciden los que están por encima de mí. El mismo Duque habría hecho la orden y posiblemente la Curia del Santo Padre".

"Entonces, usted es el Magistrado, ¿no tiene sus oídos?".

"Sólo llevo unos meses en este cargo y no sé la respuesta a esa pregunta". Hizo una pausa, luego respondió con palabras que dieron esperanzas a Jean,

"Tengo que reunirme con la Curia la semana que viene para revisar el estado de nuestra ciudad desde una consideración magisterial, ya me entiende".

"Lo entiendo", balbuceó, mirando a Marius a la cara por primera vez.

"Veré qué puedo hacer por tu caso. Hay quien dice que ya has cumplido tu castigo, pero otros... en fin, no te prometo nada".

"No sé cómo agradecérselo, magistrado". Se enjugó los ojos con la manga de la túnica, esbozó una sonrisa casi imperceptible y salió del despacho para comunicar la buena nueva a su hermano y a Bruno a bordo de su barcaza.

Tras su jornada de trabajo en el puerto, Marius se dirigió a su casa, junto a la puerta Magnanen. Era una bonita residencia con jardín, pozo y huerto. Cuando se acercó a la puerta principal, pudo oír risas: su mujer Alice y su hijo pequeño Fabien jugaban. La situación de su familia no era la que podía parecer a un observador desinformado. Durante los últimos días de la peste, su primera esposa, Dominique, la madre de Fabien, enfermó, sucumbió rápidamente y murió. Antes de esto, había mantenido una relación ilícita con Alice, enamorándose profundamente de ella y ella de él. Tras el fallecimiento de Dominique, no hubo obstáculo para que se casara con Alice, que adoptó al joven como si fuera suyo.

Marius se preguntaba a menudo cómo se habían cruzado sus caminos, observándola atentamente mientras cosía bordados en silencio en su silla junto a un fuego crepitante.

Qué belleza, qué perfección -pensaba-, pero qué poco la conoce la buena gente de Aviñón. Siempre vestía una túnica negra que le envolvía el cuerpo y le llegaba hasta el suelo. Sus largos cabellos oscuros ocultaban en parte su rostro. Era un misterio, una dama casi invisible que flotaba de una calle a otra, con la cabeza gacha, evitando la conversación. Algunos decían que era una bruja, una mujer sicani de una tribu de paganos de la isla de Sicilia cuyas gentes bailaban alrededor de hogueras y hacían sacrificios a sus dioses. No saben nada". Y se rió ante la sola idea. Había vivido sola en una humilde vivienda junto a la taberna de Marcel, pero no era pobre; al contrario, era sobrina del duque de Aviñón, y su linaje familiar se remontaba a Hugo de Arlés: una mujer adinerada cuya fortuna aumentó a la muerte de su cruel marido, cuando ella heredó la gran casa que actualmente compartían. Y cómo gritarían todos si les dijera que había sido amante del Papa Clément... ¡pero era verdad! ¡La ironía era que ella adoraba todos los días en su

catedral! Como no se mezclaba con las demás mujeres, no daba la menor indicación de quién era o de dónde venía. Luego me contó una historia aún más extraña: supervisaba -según sus propias palabras- la Casa de Marguerite, un burdel, ¡ahora nuestra propia morada! Era difícil de creer, aunque fue más fácil cuando me aseguró que no recibía clientes allí. La creí y, para su honra, cerró el local y enseñó a las mujeres que trabajaban allí que hay un camino mejor, el camino del Señor. Se arrepintió y se convirtió en mi esposa. ¿No demuestra eso que cualquiera puede expresar su arrepentimiento y recibir el perdón?".

Así se encontraron Marius, Alice, Jean, Marcel y los demás, víctimas del destino, dueños de su propio destino.

AVIÑÓN, PRIMAVERA DE 1349

Albornoz, en virtud de su reputación y eficacia en cargos anteriores dentro de la Iglesia, servía ahora como Cardenal consejero del Papa Clément VI en la Curia de Aviñón. Desde el año nuevo, se había puesto en conocimiento del Pontífice la preocupación por el estado del comportamiento de los ciudadanos de la ciudad. Tras haber dado a Albornoz tiempo suficiente para instalarse en Palacio y evaluar la situación, el cardenal fue convocado a una reunión.

"Tome asiento, Albornoz, y que el Señor bendiga sus buenos oficios".

"Amén, Santo Padre".

Su conversación inicial versó sobre asuntos administrativos hasta que Albornoz fue invitado a comentar la ley y el orden.

"Mi Santo Padre sabrá mejor que yo que cuando reinaba la epidemia, todos los ciudadanos eran iguales, pues no tenía favoritos ni hacía prisioneros, eso es cierto. Pero ahora, temo que surjan viejas diferencias. Cómo explicaré..." Hizo una pausa. Eran desconocidos, y cada uno tendría que sopesar al otro. Luego continuó, eligiendo sus palabras con cuidado.

"Observo una disparidad entre ricos y pobres. Entonces, unos son paganos, otros religiosos, y nuestra misión es llevarlos a todos al seno de la Iglesia. Eso no lo podemos discutir nunca. Sin embargo, hay, por lo que he visto durante mi breve estancia en Aviñón, elementos indudablemente honestos y deshonestos sueltos, y es este último tipo de personas el que no respeta el Estado de derecho, el que no aprecia el significado del bien y del mal. No tienen excusa, porque las Escrituras nos dicen - "

"¡En efecto, Albornoz!" Clément interrumpió a su Cardenal. "¡Creo que el Pontífice no necesita instrucción en los mensajes de la Biblia!" No estaba acostumbrado a semejante grosería.

"Mis disculpas, señor, no pretendía ofenderle. En resumen, predigo un aumento de los delitos menores, que sólo conducen a transgresiones más graves. Nuestro servidor, el Magistrado Marius Nerval, desempeña un papel importante en la detención de delincuentes y la administración de justicia. Así que, a este respecto, tengo la intención de hablar con él en un futuro próximo y conocer su opinión sobre cuestiones judiciales."

"En eso, tiene usted toda mi confianza. Nerval es un buen hombre que es conocido por mostrar misericordia - "

"No diga más, Santo Padre."

Con los dos hombres aparentemente de acuerdo, su reunión concluyó.

"¿Muestra misericordia? Me pregunto qué pensarán los villanos de eso...", reflexionó Albornoz mientras salía del estudio de Clément.

CAPÍTULO DIECIOCHO

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, PRIMAVERA DE 1349

Marius regresó de su habitual paseo matutino y encontró a su hijo desayunando en la mesa. Colgó el sombrero en la puerta y se acercó al niño, alborotándole cariñosamente el cabello rubio y rizado. Fabien era la niña de sus ojos, un muchacho apuesto de frente ancha, sonrisa pícara y mirada inquisitiva.

"Buenos días, hijo mío.

"Buenos días, padre".

"Hola, Alice", llamó a través de la cocina, donde su esposa estaba ocupada preparando verduras en el fregadero de piedra. Las casas más pobres del pueblo tenían una sola habitación en la planta baja, la suya tenía dos.

"¿Has tenido un paseo agradable?"

"Sí. Hace un día estupendo y fresco". Se sentó al lado de Fabien para acompañarle en su comida a base de leche y pan fresco que acababa de traer el ayudante del panadero.

"Hace buen tiempo para correr por el bosque, trepar a los árboles y jugar a las peleas con tus amigos. Me gustaría ir contigo."

"¡No está permitido!" interrumpió Fabien, incorporándose antes de ver que su padre se burlaba de él. Alice recogió sus platos y tazas, y luego le recordó a Fabien,

"Antes de irte, no olvides traer los huevos". La propiedad tenía un gallinero, además de otras dependencias: una residencia acorde con el cargo de magistrado.

"De acuerdo", respondió amablemente. Ansioso por salir de casa y reunirse con sus amigos para pasar una mañana de juerga lejos de las miradas indiscretas de los adultos, se levantó de la mesa, cogió una cesta de mimbre y salió al patio. No tardó en volver.

"Hoy han echado bien, madre".

"Nueve, diez, once, tienes razón. Ya puedes irte. Cuídate y vuelve antes de la campana del servicio de nones".

"Lo haré, adiós".

Marius observó cómo se desarrollaba la escena doméstica y sonrió a Alice.

"Estoy realmente bendecido por tener una esposa tan hermosa y un hijo tan joven y sano, ¿no es así?".

"¿Quién soy yo para discrepar?", respondió ella, devolviéndole una sonrisa tan insolente como la de Fabien, aunque su propia felicidad por su relación se veía matizada por el hecho de que Fabien no fuera su hijo natural, por mucho que le quisiera. Anhelaba en secreto tener un hijo de Marius.

"Dime, ¿qué te espera hoy?"

"Me reuniré con Luc en la oficina del puerto ahora mismo."

"Sí, es un buen hombre que se ha ganado tu confianza."

Durante la peste, Luc y Marius habían sido intrépidos trabajadores en el antiguo equipo de los Magistrados, exponiéndose a un considerable riesgo de infección al retirar los malolientes cadáveres de las casas y transportarlos para su entierro. La amistad de Alice había comenzado cuando Marius llegó por primera vez a Aviñón y era peón en la cantería donde Luc ya trabajaba y lo había acogido bajo su protección mientras el recién llegado se instalaba. Los hijos de Luc y Marius se llamaban Fabien. El hijo del primero pereció al azote diabólico. Marius continuó,

"Ahora que ha aceptado hacerse cargo de mis tareas en el puerto, significa que puedo concentrar mis esfuerzos en los asuntos de la

ciudad. Más tarde, he concertado una cita con el padre Dizier, sacerdote de la iglesia del Oratorio, en la calle Pequeña Fusterie. Es el pastor más antiguo de Aviñón y hay muchos asuntos relacionados con la Iglesia y la delincuencia en la ciudad de los que estoy impaciente por saber".

"Dizier tiene un nombre decente, y estoy seguro de que será de ayuda", observó su esposa, besándole suavemente en los labios.

Marius caminaba por el bulevar Saint-Michel, que seguía las murallas y entraba en el puerto por la puerta sur. Tuvo que recorrer todo el muelle para llegar a su despacho, en el extremo opuesto. Las barcazas tenían las bodegas abiertas para que las grúas y los cabrestantes izaran los cargamentos. Apilados en el muelle, los carretilleros los colocaban en sus carros y los empujaban a cavernosos almacenes cuyo oscuro interior era un misterio para todos, salvo para los propios propietarios. Un comerciante guardaba celosamente sus existencias, no deseando que el otro obtuviera ninguna ventaja comercial al saber que tal o cual mercancía era la tendencia del momento. Saludó e intercambió cumplidos con los estibadores y marineros. Luc le esperaba fuera de la oficina portuaria.

"Buenos días, Luc."

"Buenos días, Marius."

"Parece que tendrás un día ajetreado; ya hay bastantes barcos amarrados. Ahora... dónde está..." Rebuscó en el bolsillo de su túnica y sacó una llave. "Ah, ya está". Abrió la puerta y condujo a Luc al interior del oscuro camarote. Abriendo un polvorín en el pequeño alféizar de la ventana, sacó un pedernal para obtener una llama de una bola de cáñamo con la que encendió dos lámparas de aceite. Sacó la llave de la cerradura y se la entregó a Luc.

"Guárdala bien, amigo mío; es un honor tan antiguo como las colinas, ya lo sabes".

"Así es, Marius. Sólo espero corresponder a tu confianza".

"No temas, te lo explicaré todo".

El despacho, o más bien cobertizo, apenas era lo bastante amplio para albergar una mesa que hacía las veces de escritorio. Dos taburetes de madera y un armario en un rincón componían el mobiliario.

"Siéntate, hazlo. Pero antes, un refresco". Luc se sentó, como le habían dicho, mientras el otro hombre cogía una botella azul y dos vasos del armario. Sacando el corcho, los llenó.

"Por tu éxito como supervisor del puerto". Y chocaron los vasos en un brindis. Luc balbuceó cuando la bebida llegó a su garganta.

"¡Veo que no estás acostumbrado tan temprano! El viejo me dijo que tuviera siempre preparado un brandy decente para las visitas especiales, y supongo que tú eres una de ellas".

Era un buen tipo", dijo Luc con un suspiro en la voz.

Sobre la mesa había un pesado libro de contabilidad con una lámpara parpadeante a cada lado; una pila de hojas de pergamino lisas, un tintero, un secante y un manojo de plumas completaban el ajuar del despacho. Marius abrió el libro y acercó una de las lámparas para iluminar la página.

"Verás, cada lado está dividido en columnas. Será tu responsabilidad asegurarte de que las entradas se hagan con precisión, día tras día. Si en alguna ocasión se encuentra indispuesto, hágamelo saber y le sustituiré. ¿Está claro hasta ahora?"

"Perfectamente."

"Bien. Ahora..." Señaló cada columna. "Está la fecha y el número de amarre, eso es sencillo. A continuación, el nombre del armador y del capitán, que puede ser la misma persona o no. Ahora, las mercancías que traen al puerto y, por último, todo lo que se embarca. Cada cuarenta días, debes copiar el número total de barcos con las fechas y enviarlo a Palacio, donde hay una oficina dedicada a los asuntos portuarios."

"¿Y yo manejo el dinero?"

"No. Hay un acuerdo por el que las tasas portuarias se pagan directamente al Palacio. Nosotros hacemos el trabajo, ellos se llevan el beneficio, así son las cosas".

"Sí, el Papa Clément tiene una reputación cuando se trata de las cosas finas de la vida", dijo Luc con indiferencia.

"¡Si él lo supiera! El Santo Padre depende del láudano y de las chicas guapas. Me alegro de que Alice ya no se encuentre entre ellas".

"Eso se dice, pero no es asunto nuestro". Marius vació su vaso. "Tengo que estar en otro sitio, así que te dejo con tus obligaciones. La mayoría de los marineros vienen aquí con frecuencia y están acostumbrados a las formalidades. Recuerda que te confiero mi autoridad como magistrado, y eso significa que tú dices quién entra y sale de nuestro puerto". Hizo una pausa, cerró el libro de cuentas y añadió: "Una última cosa: los hermanos Pagnol son personae non gratae, por orden de la Curia a raíz de la... "

" - la cobardía que mostraron el año pasado", Luc completó la frase de Marius, "cuando huyeron de la ciudad para salvar el pellejo, dejándonos solos, como ratas que abandonan un barco que se hunde".

"Sin lugar a dudas. La orden que he recibido prohíbe su comercio".

"¡Y les está bien empleado! Su casa era la única de mi calle que no tenía una cruz roja pintada en la puerta, y tenemos una larga memoria. ¿Por qué deberían volver? Mi hijo murió, pero ellos se libraron del riesgo de morir".

"Entiendo lo que dices".

"¿Lo entiendes, Marius?" Entonces se dio cuenta de la insensibilidad de su pregunta.

"Perdóname, claro que lo entiendes. Has perdido a tu mujer".

"Sí, pero gracias al Señor vuelvo a ser feliz con mi querida Alice". Luego guardó silencio antes de revelar a su amigo: "Jean Pagnol se ha acercado a mí, y ciertamente está arrepentido. Ha buscado mi ayuda, pensando que yo podría conseguir que se levantara la

prohibición. Es cierto que los hermanos Pagnol han realizado buenas acciones: han repartido limosna a los pobres y han asistido al confesionario..."

"Marius, debes hacer lo que creas conveniente. Mi opinión es que deben responder por sus actos".

"Entonces, ¿no hay lugar para el perdón en nuestra sociedad?", respondió en tono apasionado. Luc no contestó. El magistrado se lo pensó.

"Yo creo que sí. El año pasado, un sacerdote me citó un pasaje bíblico cuando me consumía el dilema de ver perecer a niños inocentes y sobrevivir a otros, culpando a cualquiera, como un incrédulo, ¡incluso acusando al Buen Dios! Cuando la peste hacía estragos, me senté con el viejo Magistrado en esta cabaña, bebiendo su brandy, igual que usted y yo hoy. Estábamos desesperados y sentíamos que estábamos perdiendo la batalla. Yo culpaba a una y otra causa porque, ingenuo de mí, buscaba respuestas donde no las había, y el viejo lo sabía. Con su sabiduría, me explicó que nunca es lo mejor exigir chivos expiatorios convenientes ni albergar venganzas. Cogió su biblia del armario, que aún está allí, y me leyó un pasaje:

Despojaos de toda amargura, ira y enojo, de las riñas y calumnias, así como de toda forma de malicia. Sed amables unos con otros, tiernos de corazón, perdonando como Dios os perdonó a vosotros en Cristo. El amor prospera cuando se perdona una falta, pero insistir en ella separa a los amigos íntimos". No sé si procede de Mateo o de Juan, o de qué capítulo, pero ¿se te ocurre algún consejo mejor para guiarme como nuevo Magistrado de Aviñón?".

Luc respondió, tímidamente: "Bellas palabras, Marius, bellas palabras, y tú actuarás según tu conciencia, pero estoy convencido de que hicieron mal. Así de simple".

Viendo que no había ninguna posibilidad de que encontraran puntos en común, Marius puso una mano suavemente en el hombro de su amigo y se marchó a su encuentro con el padre Dizier.

Desde el ya bullicioso puerto, a través de la puerta de Saint-Roche, Marius tomó la estrecha calle Velouterin, que cruzaba un bonito y arbolado rincón de la ciudad hacia el norte. Se sentía seguro de su decisión de instalar a Luc en los muelles para poder dedicar ahora sus energías a los asuntos judiciales. La calle pronto se abrió en una plaza, bordeada de enormes macetas de terracota rebosantes de fragante lavanda púrpura en flor, mirto blanco brillante y tupida retama amarilla. Entre la vegetación había bancos de piedra, aún vacíos. A medida que el día calentaba, los ocupaban los vecinos de la plaza y los paseantes, charlando e intercambiando impresiones. En una esquina se alza la modesta iglesia del Oratorio. Su techo achaparrado apenas se elevaba por encima de una maciza puerta principal arqueada, con una docena de escalones que conducían a su pesada puerta de roble. Construido con bloques de arenisca amarilla, el edificio recordaba a Marius los tiempos en que trabajaba con Luc en la cantería. Los tejados inclinados a ambos lados servían de arbotantes, indicando las arcadas del interior. Sabía poco de arquitectura eclesiástica, pero le encantó su sencillez espiritual. A un lado de la iglesia, retranqueada, vio la casa del padre Dizier, de diseño tan sencillo como la vivienda de cualquier pobre. Llamó a la puerta y el sonido resonó en la plaza vacía. El sacerdote le saludó,

"Marius. Te estoy esperando. Pasa".

"Buenos días, padre, y gracias por recibirme".

"¿Por recibirte? Es la razón por la que estoy aquí".

Dentro, Marius entrecerró los ojos, ajustando la mirada en una habitación oscura iluminada sólo por la luz del sol de primera hora de la mañana que pasaba a través de una pequeña ventana.

"Por favor, siéntese", le dijo Dizier. El sacerdote era un hombre bajo y gordo cuya sotana negra, demasiado larga para su cuerpo, se arrastraba por el suelo, y cuyas mangas casi ocultaban sus manos. Su figura era cómica, pero para quienes le conocían era la personificación de un clérigo sincero y entregado que había atendido y apoyado a innumerables familias de su parroquia siempre que le habían necesitado.

"Ahora, Marius -no te llamaré 'Magistrado', ya que los títulos no significan nada para mí-, ¿en qué puedo ayudarte?". Luego, disculpándose, "Perdone mi descortesía, ¿puedo ofrecerle algo de beber? Tengo leche fresca, entregada esta misma mañana por un amable miembro de mi rebaño. No sé cómo me las arreglaría sin sus generosos regalos... y siento que no sea nada más fuerte, pero a esta hora del día..."

"La leche será apreciada, Padre." Luego continuó: "Como sabéis, soy un recién llegado tanto a Aviñón como al cargo de Magistrado, por lo que mi experiencia es, como mínimo, limitada, y solicito vuestro consejo. Tengo una visión de mis funciones que incluirá a mi esposa, Alice, que ha vivido aquí toda su vida - ¿quizás la conozca?"

"Ah, Alice..." El sacerdote habló en un tono suave y cómplice: "La conozco, pero hace mucho tiempo que no la veo. Conocí mejor a su padre y a sus tíos, una buena familia, nos remontamos muchos años atrás."

"En efecto, padre, y tenga la seguridad de que estoy al tanto de su relación con mujeres de virtud fácil, pero también de cómo se arrepintió y las convirtió a vidas más sanas. Aunque últimamente no ha tenido tratos con su familia".

"Ella proporcionará un consejo astuto, estoy seguro".

Marius intuyó que los comentarios de Dizier estaban prejuiciados por su pasado, pero continuó,

"¿Cuál era el estado de la conducta criminal en Aviñón antes de la peste, bajo el antiguo Magistrado?"

Dizier suspiró y se sumió en sus pensamientos. Tras un silencio que a Marius le pareció eterno, el sacerdote comenzó,

"Dicen que ahora corren malos tiempos, con rufianes y malhechores a punto de saltar a la vuelta de cada esquina, pero eso son habladurías de taberna. Mi memoria se remonta a cuando los tiempos eran realmente malos. Cuando yo nací, el Papa Urbano IV gobernaba nuestra Iglesia - y desde Roma, antes de que llegaran aquí a través de una división de lo más lamentable dentro de las

autoridades papales, la política y demás. Eso fue en el año 1261, el siglo pasado. Recuerdo de muy niño la excitación que reinaba en la ciudad cuando era inminente un ahorcamiento. Desde que vives aquí, Marius, ¿has presenciado alguna ejecución?"

"No, padre."

"Y no es probable que lo hagas porque ahora se hace en Marsella o Lyon. Antaño, la horca infernal estaba al borde del bosque, junto al Rocher des Doms, al lado de una cabaña de madera...". Un escalofrío recorrió la espalda de Marius.

Una cabaña de madera, ¿de verdad dijo eso? Tiene que ser donde me reunía con Alicia en secreto".

"...sigue ahí, pero me atrevería a decir que ahora está cubierta de maleza y ruinosa, hace tanto tiempo que no se utiliza. Cuando un hombre -o una mujer, vamos- era declarado culpable de asesinato por el magistrado y luego confirmado por el tribunal ducal, toda la calle donde vivía el condenado estaba obligada a asistir, ¡por orden del mismísimo Papa! Sí, tuvieron que presenciar todo el espeluznante episodio... el cura también... todos se hacinaban en aquella choza si llovía... terrible". Inspiró bruscamente, dándose cuenta de que estaba soñando despierto. "¿Y por qué crees que era, que tenían que ver cómo se ejecutaba el castigo? Era para obligar a los ciudadanos a observar la justicia del Señor, o eso es lo que decía el Palacio. Sin embargo, la verdadera razón era que la Iglesia ejerciera poder sobre el pueblo a través del miedo, para que se volvieran, acobardados, mansos como corderos a la Iglesia en busca de socorro. Como nuestro Magistrado de hoy, Marius, no tendrás que preocuparte excesivamente por qué hacer con los asesinos, porque la pena capital la deciden aquellos mucho más importantes que tú".

Marius asintió aliviado.

"He oído la confesión de muchos asesinos culpables, y la causa de su crimen no era a menudo el concepto popular de maldad. No, una pelea de borrachos en una taberna puede acabar con la vida de un desgraciado, pero ¿fue premeditado o consecuencia de una simple discusión? Los chicos, para impresionar a las chicas, protagonizan

juguetonas peleas a espada, pero digamos que uno sucumbe a un golpe en la cabeza y muere. ¿Es asesinato? Lo sea o no, el chico es ahorcado. He sabido de un hombre cuyas heridas de un accidente, al parecer, no fueron atendidas adecuadamente por su esposa; el hombre muere, y ella es condenada por asesinato. ¿Puede ser eso correcto? Un caso similar ocurrió cuando un hombre que vivía cerca del Palacio -una zona acomodada-, un tal Le Barbier, golpeó a su mujer con un palo de billar tan fuerte que ella murió, y el tribunal del Duque le declaró culpable de asesinato. Sin embargo, Le Barbier apeló y alegó que su esposa merecía su sufrimiento porque le había regañado sin descanso en público, como una pescadera. Dijo que no pretendía matarla, sino asustarla para que se callara. Pero el palo le entró en el muslo por casualidad, un poco por encima de la rodilla. El hombre mantuvo que había muerto porque no se había bañado la herida con regularidad y no porque él la hubiera maltratado, y posteriormente fue absuelto. ¿Me sigues, Marius?"

"Sí, padre. Crees que hay varias explicaciones para una muerte violenta. Nada es lo que parece a primera vista, y la ejecución no siempre es justa".

"Correcto, hijo mío. Yo tenía unos catorce años, me preparaba para el sacerdocio en un seminario de Arles, y un día cogí un polvoriento pergamino de un estante de la biblioteca. Comencé a leerlo distraídamente. El relato que contenía tuvo un efecto profundo e inmediato en mí. Es justo decir que me opongo al espantoso proceso de la pena capital: tiene que haber una práctica alternativa en cualquier sociedad civilizada."

"Estoy de acuerdo. Deberíamos dar gracias por no estar obligados a ver una escena así".

"Ese relato formaba parte de un verso compuesto por un poeta poco conocido que escribe con la voz de una víctima de la horca momentos después de su ejecución. Se dirige no sólo a los espectadores, sino también a toda la gente humilde del mundo, implorando su simpatía. Hasta el día de hoy recuerdo claramente sus palabras. ¿Quiere oírlas?"

"Debe de ser un texto muy poderoso".

"Lo es. Permítame concentrar mi mente un momento". Inclinó la cabeza, moviéndola ligeramente de un lado a otro, concentrándose, entonces,

"Oh, hermanos que vivís, aunque nos hayamos ido, no endurezcáis vuestro corazón ante la vista. Porque, si os compadecéis de nosotros, es más probable que Dios también os muestre misericordia.

Rogad a Dios que nos perdone a todos.

La lluvia nos ha lavado, y el sol nos ha secado y ennegrecido. Las urracas y los cuervos nos han sacado los ojos y nos han arrancado la barba y las cejas.

El viento cambia y nos zarandea.

No seas, pues, de nuestra hermandad, sino ruega a Dios que quiera absolvernos a todos. Príncipe Jesús, impide que el infierno tenga señorío sobre nosotros. Con Él, no tenemos nada que realizar ni comerciar.

Hombres, aquí no hay burla. Rogad a Dios que quiera absolvernos a todos".

Marius sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, tan conmovido estaba por el fallecimiento del pobre hombre. Esperó un rato hasta que se serenó,

"Es una petición muy desgarradora, eso lo diré...

"Pero no se refiere a ti, Marius. Como te he explicado, los casos de asesinato, o incluso violación y traición, serán decididos por los tribunales ducales o papales. Tú oirás acusaciones de asalto, pequeños robos, embriaguez pública, disputas por tierras y otros delitos menores. Los ciudadanos tienen derecho a asistir a vuestras sesiones, ya que son ellos, con toda probabilidad, quienes habrán detenido al delincuente y os lo habrán entregado, si la detención fuera necesaria. Confío en haber sido claro, los asuntos legales tienden a poseer un lenguaje propio".

"Perfectamente, Padre. Continúe".

Los testigos pueden comparecer para ayudarle a usted, como

magistrado, a pronunciarse sobre su culpabilidad o inocencia y tomar una decisión sobre su castigo, según proceda: tiempo en el cepo, azotes, una multa".

Una de las últimas audiencias del viejo magistrado antes de su fallecimiento tuvo que ver con un chaval de no más de quince años. Un tendero del puente había llevado al chico a la oficina del magistrado, alegando que le habían robado un queso de su puesto y que iba a presentar al ladrón ante el juez. En la vista, el muchacho se declaró inocente, y el magistrado escuchó atentamente el relato de los hechos del tendero. Parecía que el muchacho era, en efecto, culpable, y la sentencia estaba a punto de dictarse cuando una mujer, allí presente como testigo, se levantó.

¿Desea hablar, señora? Si es así, sea breve y conciso, tengo un día muy ocupado por delante'.

Si le parece bien al magistrado, me gustaría defender al joven. Lo conozco desde que era un bebé, y a su madre, y...

¿Tengo que repetirlo? ¡Ve al grano!

Mis disculpas, señor. Sé que hay una disputa entre el comerciante y la familia del chico, desde que tengo memoria. El otro día escuché una discusión en la que el hombre amenazó al padre del chico con darle una buena paliza, no sé por qué, a menos que... algo así. Así que, como ve, cualquier acusación es falsa'.

"Gracias por eso, señora. Siéntese'.

El viejo magistrado pidió a la comerciante que se pusiera de pie.

"¿Es cierto, hay mala sangre entre sus dos familias?

El comerciante inclinó la cabeza, avergonzado, y esperó un momento antes de responder,

"Sí, la hay, eso no puedo negarlo.

"¿Sigues demandando al chico?

'Es posible...sí, creo que es posible que el ladrón sea otra

persona...que...'

'Se llama confusión de identidad.'

"Eso es lo que estoy diciendo, Magistrado.

Así que, ya ves, Marius, sin esa mujer como testigo, el chico habría sido condenado aunque era inocente. Con el tiempo, establecerás tus propias normas y una forma de juzgar que sea justa y que el pueblo de Aviñonenses considere así. Sin la opinión pública de su lado, su mandato será difícil, por decirlo suavemente.

La mayoría de los delitos, violentos o no, son cometidos por personas en situación de pobreza, y quizás podamos hacer poco para paliarla. Sin embargo, no están acostumbrados, al contrario, se preocupan y hablan de ello. Tú, Marius, estás en una posición envidiable: una cara joven y fresca como Justicia de la ciudad, piensa en ello como una oportunidad para ayudar a la gente, por así decirlo, en lugar de simplemente castigar".

Marius no dijo nada. Sabía que no se encontraría con un hombre tan sabio y astuto como el padre Dizier.

"Para terminar, permítame advertirle que algunas costumbres -o quiero decir tradiciones- le parecerán extrañas e incluso discriminatorias. Un hombre puede disciplinar a su mujer por desobediencia.

Ahí está el hombre Evrart, Rue Crémade, todo el mundo sabe que pega a su mujer, la pobre. ¿Pero ella se ha quejado alguna vez? Jamás. Lo considera un aspecto normal de su matrimonio. ¿Cómo podría usted, como magistrado, distinguir entre niveles de disciplina doméstica aceptables y violencia doméstica inaceptable si una esposa demandara a su marido? A menudo se afirma que está permitido pegar a tu mujer siempre que el palo que utilices sea más fino que tu pulgar. ¿Ha visto por la ciudad a hombres acomodados con sus bastones? Fíjese bien y vea cuántos de esos bastones son más finos que el pulgar de un hombre". Dizier hizo una pausa, miró a Marius y continuó, viendo que tenía toda la atención del hombre.

"Existe una cultura en la que el honor es primordial y la violencia se

reconoce como un medio para comunicar ciertos mensajes. Si le cortas la nariz a una mujer, por ejemplo, la mayoría de la gente lo entendería como un indicio de adulterio. En el pueblo, el castigo por falsificar dinero era ser hervido vivo, como espectáculo para disuadir y sobrecoger a los observadores. Pero, Marius, por favor, perdona a un viejo por divagar y, sin duda, aburrirte hasta quedarte dormido".

"Padre Dizier, le agradezco el tiempo que me ha dedicado esta mañana. Lo que me ha contado no es simplemente fascinante, sino esencial para que pueda administrar justicia de manera ecuánime. Mi primera audiencia es esta semana. Se trata de un hombre acusado de robar los huevos de su vecino de su patio en plena noche."

"¿Es así? Entonces, un consejo: hay un cardenal recién nombrado en la Curia, se llama Albornoz. Aunque aún no le conozco, he oído que tiene la misión de velar por que todo crimen sea severamente castigado. Es de la opinión de que Aviñón es la actual Nínive". Notó la expresión de perplejidad en el rostro de Marius. "Nínive era una gran ciudad de la Biblia, pero sin ley y arruinada, y yo no reconozco a Aviñón como tal, pero él es un intransigente que tiene el oído del Papa Clément. Bien podría asistir a su primera audiencia".

"Eso es útil, pero mi juicio no se verá empañado por ningún clérigo, independientemente de su alto rango. Te deseo un buen día".

Marius deambulaba por las calles en dirección a su casa. Su cabeza daba vueltas a las muchas decisiones que tendría que tomar como magistrado de la ciudad. Era un hombre que no se dejaba convencer fácilmente por hombres con sotana.

CAPÍTULO DIECINUEVE

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, PRIMAVERA DE 1349

Concluida la reunión con Albornoz, Clément dio una instrucción al guardia apostado en el pasillo ante la puerta de su estudio,

"Que no me molesten".

El guardia se puso en guardia, con su alabarda fuertemente desenvainada, recta a su lado.

"Por supuesto, Santo Padre".

A solas, el Pontífice cogió una botella escondida en un pequeño armario y llenó un vaso. Tenía debilidad por el buen vino, pero el láudano fortificado era su bebida preferida en privado, aunque su efecto alucinatorio había alimentado con frecuencia la paranoia de una mente atribulada, que luchaba con las exigencias de la posición papal y el deseo carnal. Esperaba haber visto el error de sus caminos, haber vuelto al Señor y haber dejado esto último atrás cuando Alice puso fin a su aventura. Igualmente, había moderado su consumo de la bebida ilícita. Tomó un sorbo del líquido marrón rojizo e inspiró profundamente para considerar a su recién nombrado acólito.

Álvarez Carillo Gil de Albornoz, mi cardenal consejero. Mmm... si su permanencia aquí es la mitad de larga que su nombre, lo hará bien en mi Curia. Otro trago de láudano, y luego pasó el dedo por el documento que reseñaba la carrera del recién llegado. Novicio en el monasterio de Calatrava; estudiante de teología en la universidad de Montpellier; diácono y luego arcediano de Cuenca; limosnero real del rey Alfonso en su corte de París. Arzobispo de Calatrava y, más tarde, del mismo cargo en Toledo. Su ascenso en la Iglesia es impresionante, y confío en que me

servirá bien.

El comportamiento de Clément podía ser errático, impulsivo y propenso a los arrebatos de cólera, sobre todo cuando se refería a su infancia o, más recientemente, a su relación clandestina con Alice. Era como si la divina providencia le atormentara: ella era ahora una Nerval. Hacía tres cuartos de siglo, su compañero de infancia, Edmond, le había golpeado hasta dejarlo sin vida. Entonces se llamaba Pierre Roger. Los caminos de ambos se separaron para no volver a encontrarse. Mientras que Edmond olvidó pronto el ataque, Pierre Roger sufrió una dolorosa recuperación y, por mucho que lo intentó, no pudo borrar el suceso de su memoria. A lo largo de los años, había enviado emisarios para dar con el paradero de Edmond, aunque no estaba seguro de lo que podría hacer si lo encontraban. Pero Edmond se mostró esquivo, y cuando por fin fue localizado en Carpentras, cualquier retribución carecía de sentido: Edmond había muerto.

El Papa volvió a sus reflexiones.

Me encuentro ante los protagonistas de este problemático drama. Albornoz ha conseguido su cargo por sus méritos, y por lo que he oído, será el hombre que... apoye los esfuerzos del Magistrado para hacer frente a los comportamientos criminales en la ciudad. Sin embargo, con la mano en el corazón, culpo a Marius por la decisión de Alice de terminar nuestra relación. Un anatema aún mayor para mí es que lleva el apellido de su padre, Nerval. ¡Cómo odio su sonido! Si las observaciones de Albornoz demuestran que la impartición de justicia del magistrado es deficiente, estaría en mi derecho de pedir su destitución, ¿no? Podría matar dos pájaros de un tiro si se redujera la delincuencia y yo pudiera vengarme un poco del viejo Edmond, incluso en su fría tumba, ¡a través de su hijo! Es triste decir que la gente es poco diferente ahora que antes de la plaga. Bailan bajo el puente, despreocupados e irrespetuosos con el pasado.

Albornoz salió del estudio del Pontífice y entró en la Gran Audiencia. Un grupo de monjas visitantes vestidas con hábitos grises, con el rostro oculto por el velo y la cofia, se arrodillaban sobre hassocks rellenos de paja en silenciosa meditación en una de

las muchas capillas laterales. Proliferaban los nombres de santos, ya fuera prestando sus nombres a cánticos privados o a través de cualquiera de las numerosas torres del Palacio.

El Cardenal inclinó respetuosamente la cabeza al pasar junto a las monjas, aunque éstas estaban demasiado absortas en la oración como para reparar en él. Sintiéndose necesitado de contemplación espiritual, entró en su capilla favorita, dedicada a San Bénézet, que da nombre al puente. Mojó un dedo en el agua bendita de una pequeña pila de piedra, se persignó y se arrodilló ante el altar, en el que había un crucifijo de latón, una vela y dos iconos pintados sobre madera, uno de Jesucristo y otro de Bénézet suplicante. Levantado y animado por la oración, Albornoz recorrió lentamente la Audiencia en dirección a los claustros. No dejaba de asombrarse de la grandiosa belleza de la sala, aunque el presbiterio y algunas de las capillas laterales estuvieran aún en construcción -su estado terminado sería testimonio de la gloria de Dios.

La catedral de Toledo era sin duda un tesoro que él conocía bien, pero ésta no tenía nada que envidiarle, tanto por los paneles decorados del techo abovedado de madera, como por las escenas bíblicas pintadas al fresco sobre muros de arenisca de color leonado, de un solo borde de grosor -el estimado artista italiano Matteo Giovannetti se había inspirado sin duda cuando había trabajado allí, pensó el Cardenal, bebiendo en el colorido de las escenas-. Todo un contraste con el presbiterio, separado de la nave por un retablo de hierro forjado y dorado que ocupaba un tercio de la altura del edificio. Las losas de granito lisas y cuadradas del suelo daban una sensación de solidez y permanencia, mientras que las altas y estrechas vidrieras creaban un interior sombrío.

Poco después de su elevación a cardenal consejero, Albornoz comenzó a reunir una notable serie de beneficios, ingresos solicitados y concedidos por Clément. Llegó a ser arcediano titular de Ledesma y Évora y se había familiarizado con el lujoso estilo de vida del círculo real francés. Desde su llegada a Aviñón, se había integrado en el confortable ambiente de las cortes cardenalicia y pontificia, todo lo cual convenía a su afán de engrandecimiento personal. Aumentar su riqueza, su prestigio y su poder era algo natural para él; en consecuencia, su perspectiva de la vida en

general y de la religión en particular se veía a través de unas gafas de color de rosa. No le faltaba de nada.

Al ser ascendido, le asignaron una livrée de tres plantas, una casa de gracia y favor en la rue Banasterie, cerca del Palacio. Su fortuna era tal que decidió comprar la propiedad en su totalidad, encargando murales y tapices decorativos a la manera de su superior, Clément. Su educación, sus actividades diplomáticas como canciller real de Alfonso XI y su papel como arzobispo de Toledo le proporcionaron un conocimiento excepcionalmente completo de la política y los asuntos laicos y eclesiásticos. Pero esta valiosa visión vino acompañada de una intransigencia, una adhesión al dogma moral y un desdén por cualquiera que no compartiera su propia visión inequívoca del mundo.

Salió de la Gran Audiencia y cruzó la plaza claustral, la única parte del Palacio donde se observaba estrictamente el silencio. Entró en su casa y encendió dos velas sobre su escritorio. Abrió su amada biblia y comenzó a leer el versículo elegido, pero en voz baja. Se dirigió a su compañero invisible, el Señor Jesucristo. Terminadas sus oraciones, cerró la biblia y volvió a los asuntos temporales.

Para evaluar correctamente el estado de la delincuencia en esta ciudad, debo hablar con el magistrado, pero no antes de ver cómo celebra sus audiencias. Hay una interesante esta semana a la que asistiré".

Albornoz anticipó que vería qué castigo se aplicaba al culpable; la posibilidad de un veredicto inocente no pasó por la mente del cardenal.

"¡Eh, Marius! ¿Estás listo?" gritó Rostand, deteniendo su caballo y su carro frente a la casa del magistrado. Los dos hombres iban a recoger bancos y otros objetos del patio del cantero. Poco después de asumir el cargo de Magistrado, Marius decidió que la ciudad merecía una sala de audiencias en condiciones, y un granero en desuso a pocas calles de su propia casa era el edificio ideal, pero se trataba de un cascarón vacío que requería mobiliario. Marius salió y se sentó junto a Rostand.

Carel Rostand era ahora el magistrado adjunto. Durante la época de la peste, había sido la mano derecha del anciano, recogiendo cadáveres y transportándolos en su carro para enterrarlos. Marius pretendía utilizarlo, junto a Alice, para aconsejarle y compartir sus ideas sobre cualquier caso antes de que él mismo tomara la decisión final.

Alice no pudo resistirse a sugerir,

"¿Te das cuenta de que formamos el triunvirato de la antigua Roma: Pompeyo, Craso y Julio César? Estaban más que satisfechos de arrojar a un condenado a los leones - "

"¡Alice!" Marius interrumpió. "¿Cómo demonios conoces esa historia? Serás la única persona en Aviñón que está al tanto de ese hecho!"

"Tienes razón, esposo, pero aunque no tengamos bestias salvajes o gladiadores a nuestra disposición, ejercemos un poder considerable a la hora de considerar el destino de un hombre".

"Por supuesto, Alice, y debemos asegurarnos de actuar sabiamente".

El ascenso de Rostand a su posición actual había sorprendido a mucha gente. Durante años se le conoció como un mendigo a las puertas de la ciudad, vestido con ropas raídas y desgastadas, pero con un incongruente sombrero de terciopelo. Aceptaba monedas de los transeúntes que consideraba con recursos. Con los pobres, se limitaba a intercambiar un "Buenos días". Al principio, Marius desconfiaba de él, perturbado por su mendicidad un día con ocasión de un velatorio en una taberna. Era un hombre alto y delgado, de ojos oscuros y centelleantes. Su nariz y su barbilla eran finas, los labios apretados dejaban ver unos dientes blancos y parejos. Este hombre no era tonto, ni mendigaba por pobreza: su familia procedía de una estirpe de condes de Provenza. Por eso, aunque rico, lo mantenía en secreto. Durante la atroz epidemia, las imágenes que veía le atormentaban, pero sabía que había rayos de luz y esperanza, actos de bondad y comportamientos desinteresados que alimentaban su optimismo. Llamaba a las puertas para sacar

cadáveres, pero también -y esto le valió reconocimiento y admiración- para donar dinero a cualquier familia pobre de luto que encontraba.

Así se lo explicó en su día a Marius,

"Poseo más dinero del que jamás necesitaré, y esta gente empobrecida tiene poco o nada. ¿Seguiré mendigando cuando acabe el azote? Mi respuesta es sí. No hay justificación para que los ricos lleven una vida fácil y libre de deudas mientras otras almas lamentables luchan por proporcionar productos básicos a sus familias. Toda mi riqueza no se gastará en una vida". Con su nombramiento como magistrado adjunto, dejó de mendigar.

Rostand tiró de las riendas y el carro se alejó calle arriba hacia el patio del albañil, atravesó sus puertas y se dirigió al taller de Bruno, situado en un rincón apartado. Marius bajó de un salto y llamó,

"¡Bruno! ¿Hay alguien ahí?" Salió un hombre bajo y corpulento con un delantal de cuero.

"Señorito Marius, buenos días a usted... y a usted, Rostand".

"Buenos días, Bruno. ¿Está todo listo?"

Marius había enviado una nota a Clément exponiendo sus necesidades para montar la nueva sala de audiencias, y el Pontífice había accedido de buen grado a financiar "le tout nécessaire" -lo que hiciera falta-, deseoso de facilitar las cosas a su nuevo Magistrado.

Bruno respondió: "Ay, ayer mismo terminé el último asiento". Era responsable de todos los trabajos cotidianos de ebanistería en el Palacio y sus alrededores, pero su primer amor era la escultura decorativa en madera. Su consumada habilidad podía verse en los biombos, bancos, altares y atriles del Papa.

"Has hecho un buen trabajo, Bruno. Cargaremos el carro, pero creo que necesitará dos viajes". Amontonaron los bancos y echaron una cuerda para sujetarlos bien. Al cabo de una hora más o menos, el viejo granero vacío había cobrado nueva vida. Doce bancos, tan largos como los bancos de una iglesia, dispuestos en filas; un muelle

con una barandilla en tres de sus lados; un podio que sostenía el atril del magistrado. Ahora tenía una auténtica sala de vistas. A ambos lados del atril había dos taburetes bajos, uno a la derecha para Rostand, en su calidad de magistrado adjunto, y el otro a la izquierda para Alice, su esposa.

Complacido con su trabajo, Marius dio una palmada en la espalda a Rostand y, con evidente satisfacción, pronunció,

"Bruno nos ha hecho sentir orgullosos, ¿no crees?"

"Desde luego. Creo que Aviñón tiene la mejor sala de audiencias de este lado de París".

Junto al granero había un edificio que originalmente había servido de establo y que ahora utilizaban como cárcel. Cada uno de los cuatro tabiques tenía una argolla de hierro en la pared para sujetar una cadena en caso de que hubiera que inmovilizar a un prisionero. La próxima vista debía celebrarse dentro de dos días, y Marius había decidido dar a conocer las próximas sesiones con un aviso clavado en la puerta del juzgado:

"EVRART - BEGGING - este viernes por la mañana"

Alice tomó a Fabien de la mano para ayudar al pequeño a caminar a su lado calle abajo hasta la casa de una solterona mayor que, en ocasiones, cuidaba del niño si su madre tenía que atender algún que otro asunto.

"Pórtate bien, Fabien, y vendré a buscarte esta mañana".

"Lo haré, madre", respondió. Disfrutaba mucho visitando a la señora que le mimaba con su manjar blanco especial y sus dulces peras asadas.

Dentro del tribunal, el escenario estaba preparado para un drama popular. Los doce bancos estaban ocupados por gente del pueblo con un interés personal en la vista o simplemente con una macabra

preocupación por ésta, su primera experiencia con el nuevo procedimiento judicial. Cuando ya no hubo más sitio, se colocaron en fila de a tres al fondo. En una esquina había un hombre alto y delgado, vestido como los demás con una tosca túnica hasta los muslos y botas, pero con la capucha bajada para ocultar su identidad. Era el cardenal Albornoz, presente para observar y evaluar el desarrollo del juicio.

El aire estaba maloliente por el sudor de la gente apretujada, y el ambiente en la oscura sala era expectante. Alice se sentó en el taburete a la derecha de su marido. Marius estaba de pie detrás del atril, esperando al acusado, y mirando a la asamblea, reflexionó,

Alice sugirió que yo supervisaría el asunto como el César romano, pero me siento más como Poncio Pilato juzgando el juicio y la crucifixión de Jesús. El destino del hombre está en mis manos".

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta se abrió y Carel llevó al prisionero a su posición en el banquillo para que ocupara el otro taburete. Un zumbido audible, como de abejas en una colmena, comenzó a elevarse, la gente se daba codazos, cuchicheaba y señalaba al desdichado anciano. Al ver que todo estaba en su sitio, Marius golpeó tres veces el atril con el mazo.

"¡Orden! ¡Silencio!", gritó con tono seguro y autoritario, y la sala obedeció, reinando un silencio ansioso, como de iglesia, aunque en un entorno laico. El magistrado continuó,

"Al comenzar esta vista, me gustaría advertir a todos los oradores que aportar pruebas falsas será castigado con la mayor severidad". Se volvió hacia el banquillo.

"¿Su nombre?"

"Aleron, señor."

"Ahora, ¿tu apellido es?"

"Aleron, sire", respondió, claramente confuso. La sala estalló, burlándose del error del hombre, y Marius volvió a bajar el mazo.

"¡Silencio! Esta es mi sala y quiero un comportamiento respetuoso.

De lo contrario, será expulsado".

El hombre en el banquillo tenía un aspecto lamentable, vestido con una túnica raída. Tenía la espalda encorvada y el cabello largo, gris y desgreñado. Una barba casi plateada enmarcaba una boca desdentada. Sus nudillos se volvieron blancos al agarrarse a la barandilla delantera del muelle, como para mantener el equilibrio. Marius continuó con una voz suave que contrastaba con sus instrucciones de mando a la corte general.

"El nombre que usan los amigos para hablar contigo es Aleron, ¿cuál es tu otro nombre, el de tu padre y tu madre?".

"Ah, ya veo. Es Evrart, sire".

"Bien. Entonces, ¿eres Aleron Evrart?"

"Eso es correcto, Dios sea mi testigo - "

"¡Blasfemia! ¡Blasfemia!" gritó alguien, pero Marius lo ignoró.

"¿Quién demanda a este hombre?"

"Yo, Magistrado. Me llamo Richeut".

"Diga al tribunal el delito cometido por Evrart".

Las bocas se abrieron, y quedaron boquiabiertas ante el relato de Richeut.

"Sire, no conozco al hombre, pero muchas veces, cada vez que me ve por la calle, me sigue, haciendo caras extrañas y ruidos que se podrían oír de un jabalí acorralado, ¡o incluso del mismo Diablo! Al principio, le ponía una moneda en la mano que cogía y me dejaba en paz, pero era la única manera de librarme de él. Me asusta... sí, me da miedo... y por lo que sé, ¡es un asesino poseído por Satanás! Así es como me hace sentir, ¡y quiero que los poderes fácticos hagan algo con él!".

La sala jadeó horrorizada y empezó a murmurar entre sí. Una vez más, Marius puso orden en la sala.

"¿Alguna persona es testigo de este delito, si es así?"

Un hombre sentado junto a Richeut se puso en pie.

"Sí, así es, Juez. Richeut habla con la verdad, puedo dar fe de ello, y he visto la vejación que le causa: es una mendicidad, si me lo pregunta."

"¡Ay! ¡Hay que hacer algo!", gritó una mujer. Pero Marius esperó a que se calmara el clamor, se volvió hacia el muelle y preguntó a Evrart,

"¿Es usted culpable de mendicidad agravada, ya que esa es la acusación?"

"Magistrado, no entiendo sus palabras... sólo soy Aleron. Admito que he intentado hablar con Richeut porque parece un alma amiga y me gusta hablar con almas amigas, y creo conocer al hombre y - "

"¿Pero admites haberle mendigado?"

"¡No, señor! Mi madre siempre me advirtió que los hombres malos mendigan, y yo no..."

"Suficiente, Aleron. No necesitas decir nada más".

"Muchas gracias, señor."

Marius hizo un gesto a Alice y Carel para que se reunieran con él detrás del atril, donde no pudieran ser escuchados.

"Es débil mental, eso seguro, pero inofensivo, y no reconocí al criminal en él", susurró Alice.

"Es un viejo solitario que busca compañía, y no pertenece a la fraternidad de la mendicidad, créeme; lo conocería de mi vida anterior si así fuera", dijo Carel.

"Estoy de acuerdo con los dos: no tiene caso que responder".

Alice y Carel volvieron a sus puestos mientras Marius se subía al atril, un solo golpe con el mazo bastó para recuperar el silencio.

"Buenas gentes de Aviñón, que se sepa en nuestra ciudad que la mendicidad está estrictamente prohibida. Sin embargo, considero que el hombre que está en el banquillo no es culpable de nada más grave que desear una palabra cordial. Si usted, Richeut, tiene monedas de sobra para los pobres y necesitados y puede superar su miedo a una cara rara ocasional, le insto a que continúe con sus donaciones caritativas". Ante esto, el lugar estalló en carcajadas ante la reprimenda de Richeut: no era un hombre popular en Aviñón. Entonces, Marius se volvió hacia el muelle.

"Aleron Evrart, eres libre de irte, pero presta atención a mi consejo y no sigas a la gente por la calle en el futuro, porque puede meterte en problemas".

"Aleron le da las gracias, magistrado", respondió el absuelto con lágrimas en los ojos.

El cardenal Albornoz salió del edificio con el resto, mantenido su disfraz, y se dirigió directamente a Palacio para dar su informe al Papa Clément.

"Santo Padre, el acusado ha sido puesto en libertad. A pesar del firme testimonio de los testigos, el Magistrado ha dictaminado que seguir a un hombre hasta obtener una moneda no constituye el requisito de la mendicidad. Me parece de lo más extraño e indulgente, por decirlo suavemente".

"Tiendo a estar de acuerdo, Albornoz, y no transmite un mensaje adecuado a los ciudadanos de Aviñón. Delitos menores, aparentemente triviales, pueden derivar en otros mucho más graves si no se cortan de raíz. El desempeño de sus funciones por parte del Magistrado requiere nuestra atención".

"En mí, Santo Padre, tiene al hombre adecuado para llevar a cabo sus deseos".

CAPÍTULO VEINTE

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, OTOÑO DE 1349

El refectorio del palacio estaba abarrotado de sacerdotes y otros miembros del personal que cenaban a ambos lados de las largas mesas de roble. El ambiente era jovial, la conversación animada con las noticias del día y los cotilleos; la cena rara vez era ocasión para consideraciones teológicas. Aunque la sala no podía compararse con una taberna ruidosa, era un momento para que los clérigos se relajaran, saborearan la comida y disfrutaran de la buena compañía.

"¿Has conocido ya al nuevo cardenal?", preguntó un sacerdote a su colega del otro lado de la mesa.

"¿Albornoz? Sí, pero brevemente. Se presentó y se marchó a toda prisa, pues tenía que atender unas obligaciones en la ciudad. ¿Y usted?"

"¿Yo? No, no tengo importancia, pero sin duda nuestros caminos se cruzarán en algún momento".

"Se le ve a menudo entrar y salir del estudio del Santo Padre, pero como es su Consejero, es lo que cabría esperar".

"En efecto, así es".

Un tercer sacerdote, que había oído la conversación, intervino.

"No se hace querer por los que han tenido trato con él".

"¿Cómo es eso?

"He oído que es un hombre frío y distante. Cuando te habla, sus ojos están en otra parte y no se interesa por ti. Que yo sepa, sus maneras

bruscas han ofendido a bastantes". Siguió una pausa, como si los tres sacerdotes estuvieran pensando qué decir a continuación. Luego uno continuó,

"Su ascenso en la Iglesia ha sido, por decirlo suavemente, notable. Procede de un pequeño pueblo del interior de España, y después de pasar por la universidad de Montpellier -con gran éxito- fue ocupando diaconías y puestos en el sacerdocio antes de convertirse en archidiácono de Calatrava."

"Ah, ya sé que Calatrava es una plaza importante dentro del Reino de Castilla de Alfonso, y eso explica que se fijaran en él en los círculos reales...".

"Pero estoy seguro de que fue ascendido por sus méritos; no estoy sugiriendo otra cosa, y no se recibe el honor de arzobispo de Toledo si no se es digno y capaz."

"Entonces, llegó aquí después de su asociación con las cortes españolas y luego francesas - "

"Escucha", interrumpió un sacerdote, "lo que importa es lo que Albornoz hace aquí. Su pasado tiene poca importancia. Ahora es el Cardenal Consejero, con especial interés en la ley y el orden en nuestra ciudad y sus alrededores. Denle una oportunidad al hombre, ¡sólo lleva aquí dos minutos!".

Con aquella alocución definitiva, el tema de conversación cambió y los sacerdotes siguieron cenando.

El verano se convirtió en otoño y los días se hicieron más cortos y fríos, pero esto no disipó el calor que el pueblo de Aviñón sentía por su Magistrado y su impartición de justicia: se le consideraba un hombre imparcial y comprensivo, que juzgaba los casos con una actitud tranquila e implacable hacia cualquiera que tuviera la desgracia de encontrarse en el banquillo de los acusados.

Como de costumbre, Alice había llevado al joven Fabien con la anciana mientras ella estaba sentada junto a su marido en la sala

del tribunal. Su experiencia en el trato con la clase baja de Aviñón, que carecía de cualquier interés en la prosperidad y el bienestar de la ciudad, resultó inestimable para aconsejar a Marius sobre las sentencias apropiadas.

"¿Qué caso vamos a ver esta mañana?", preguntó a su marido, que estaba ordenando las filas de bancos antes de dejar entrar al público.

"Un hombre joven, casado y con tres hijos pequeños, acusado de robar a un granjero. Lo sabremos con más detalle cuando rindan cuentas ante el tribunal". Inspeccionando su sala y asegurándose de que todo estaba en orden, fue a abrir las puertas, en las que había clavado su anuncio de los asuntos del día:

"WIBALD - ROBO - este viernes por la mañana"

En el exterior había un buen número de personas esperando, no tantas como en los juicios anteriores, cuando los procedimientos tenían un atractivo novedoso, pero suficientes para ocupar todos los bancos. Hubo murmullos impacientes y se arrastraron los pies hasta que Rostand acompañó al acusado a la sala y lo condujo al banquillo de los acusados sin necesidad de ningún tipo de contención para un joven tímido y nervioso. Marius se colocó detrás del atril para dar comienzo al asunto, y el público guardó silencio.

"Buenos días, damas y caballeros. ¿Podría darse a conocer el acusador?"

Un hombre corpulento de mejillas rubicundas se levantó del primer banco. Era un granjero local, un hombre con cierta notoriedad por la avaricia hacia su familia y los trabajadores que empleaba. Marius, aunque conocía el carácter del hombre, estaba decidido a escuchar las declaraciones sin prejuicios. Dirigiéndose al granjero, comenzó,

"¿Su nombre?"

"Ymbert, magistrado".

"¿Y usted, en el banquillo?"

"Wibald, señor."

"Ymbert, dinos qué cargos presentas contra Wibald."

"Ha robado trigo de mis campos, y además de noche. Me gano la vida cultivando, y no puedo permitirme perder el trigo, que es mi principal cosecha."

"Seguro que no, pero ¿han pillado al acusado en el acto de robar? Si es de noche, como dices, difícilmente podrás verle".

La sala se echó a reír ante la pregunta de Marius, y el granjero se puso visiblemente nervioso, su rostro rubicundo adquiriendo un tono más oscuro de su ya carmesí tono.

"¡No lo he visto exactamente, pero sé que se ha estado llevando mi trigo de mis tierras!". Alzó la voz. "Mis hombres y yo nos esforzamos mucho para segar y luego poner las gavillas en gavillas listas para la trilla".

"Para que quede claro, Ymbert, acusas a este hombre de robar reservas de trigo de tus tierras, ¿es así?"

"Magistrado, tengo testigos". Mirando al tipo sentado a su lado, el granjero ordenó bruscamente,

"¡De pie!"

El testigo fue reconocido de inmediato como un hombre de carácter sospechoso de Aviñón, y unas risitas burlonas resonaron por toda la sala.

"¡Silencio! ¡Oídle hablar!" gritó Marius. "Díganos lo que sabe".

"Señor, estaba anocheciendo, y mi hijo y yo estábamos volviendo a casa por el campo del granjero -es un atajo, ya ve- cuando mi perro empezó a ladrar, y supe que había un extraño cerca. Efectivamente, vimos a Wibald en el otro extremo del campo con un saco sobre los

hombros, escabulléndose, como hace un ladrón..."

"A la mañana siguiente, encontré un estoque caído, dañado", intervino el granjero.

"Eso será suficiente, gracias". Marius hizo una pausa, asimilando el testimonio del testigo, y luego se dirigió a Wibald,

"¿Cómo defiende esta acusación?"

Observando la audiencia desde el fondo de la sala se encontraba la figura encapuchada cuya presencia era, a estas alturas, habitual, aunque ignorada. El cardenal Albornoz había observado un buen número de casos.

"Señor, no impugno lo que dice el testigo".

El estupor era general, pues el público intuía que el veredicto de culpabilidad era un hecho. La política de Marius de invitar a la gente del pueblo a la sala, aunque bien recibida, fomentaba un elemento voyeur: una mujer trajo sus agujas y lana, tejiendo para pasar el rato; un hombre desenvolvió pan y queso para su almuerzo, decidido a no perderse nada. Wibald esperó a que se calmara la algarabía.

"Es cierto que estuve en el campo y que llevé un saco, pero no toqué ninguna paja, lo juro. Recogí cáscaras y granos de trigo que quedan en el suelo después de la siega, cosas que se pudrirán, pero que uso como pienso para cerdos. Lo remojo en agua, ¡y mis cerdos no se cansan de comerlo! Necesito un buen animal cebado para conseguir un precio decente en el mercado, es mi único ingreso. Mi familia no sobreviviría sin él. Así que no pensé que estuviera cometiendo un delito, ni pedí permiso al granjero Ymbert -quizás debería haberlo hecho-. Utilizo los restos de la cosecha que él no necesita".

El granjero apenas pudo contenerse.

"Lo que necesito o no necesito en mis tierras lo decido yo. Robar es robar".

Se oyen aplausos y Marius habla en susurros con Alice y Rostand detrás del atril. La espera le pareció interminable a Wibald, cuya

esposa, con el cabello repeinado y vistiendo su mejor chal, sollozaba en silencio, temiendo el inminente pronunciamiento. Los ayudantes del magistrado recuperaron sus taburetes mientras él pronunciaba su sentencia.

"Wibald, no puedo ignorar que el hecho -como has admitido- se mantiene: has sustraído bienes ilícitamente, y el hombre común entendería que esas palabras significan que has robado, en contra de los valores cívicos o eclesiásticos. Te agradezco que lleves esta cruz, una carga que será tu penitencia, para siempre. La etiqueta de ladrón tardará muchos años en ser olvidada, y habiendo hecho esa parte de mi veredicto, me veo obligado a imponer un castigo."

Desde luego que sí", pensó Albornoz, "y más vale que sea bueno, no más complacer a ladrones, pendencieros y similares".

Todos los ojos estaban fijos en el Magistrado, anticipando la sanción.

"Teniendo en cuenta tus empobrecidas circunstancias familiares y el mínimo valor de la paja que has robado, ordeno que trabajes durante dos semanas, sin remuneración, en las tierras del granjero Ymbert, a su discreción. Además, te disculparás con él hoy mismo. Con esto concluye el asunto; eres libre de irte". Los labios de Albornoz se apretaron, los puños se cerraron de rabia ante un resultado tan blando. La mujer del culpable abrazó a su marido: este resultado podría haber sido mucho peor. Cuando se disponían a abandonar la sala, ambos asintieron hacia Marius, agradecidos y respetuosos.

En la taberna, los tres ancianos -Baudri, Matelin y Franchot- que habían compartido sus opiniones sobre Marius justo cuando éste había asumido el cargo se reunieron para beber cerveza y, en general, poner el mundo en orden. Ese día se habían sentado en los bancos del público en la sala del tribunal y habían seguido varias vistas, sintiéndose ahora capaces de emitir opiniones basadas en hechos y no en suposiciones.

"Creo que Marius está haciendo un buen trabajo", dijo Matelin. "Es

paciente y cortés, y yo, por mi parte, apruebo las sentencias que ha dictado. ¿Cómo se dice... cascar una nuez con un martillo? Sí, eso es, no hay que mandar a un hombre a la horca por fugarse con una barra de pan. En los viejos tiempos, el Magistrado era demasiado duro, mientras que Marius tiene un enfoque más reflexivo, especialmente para alguien tan joven".

Baudris bebió un trago de cerveza y, en tono desdeñoso, dijo,

"Lo que describes es un hombre demasiado indulgente. He visto a criminales a los que ha soltado demasiado a la ligera sonreír al oír su sentencia, y luego guiñar el ojo a sus compañeros. ¿Qué clase de ejemplo es ése? La gente pensará que puede librarse de cualquier delito y comportarse impunemente".

"Tiene razón", dijo Franchot, "y sabemos lo que ha pasado con los hermanos Pagnol. Vuelven a vivir cómodamente en su lujosa casa. No me digas que el Magistrado no ha sido parte de eso. Se habrá confabulado con el Papa y probablemente con el Duque para levantar la prohibición de que residan dentro de los muros de la ciudad".

Un cliente sentado en una mesa contigua se inclinó hacia ellos, interrumpiendo su conversación.

"Franchot no se equivoca. Me lo ha dicho un amigo que trabaja en Palacio, sirviendo mesas en el refectorio. Me ha dicho que oyeron hablar al magistrado y a Clément en la Gran Audiencia. Definitivamente mencionaron a Pagnol, luego su casa, e incluso Sí, puede que vuelvan. Aunque no nos pasaría a ti y a mí, ¿verdad? El Magistrado ha usado su influencia, eso digo yo".

Marius y Luc hablaban de asuntos portuarios en el despacho del muelle cuando les interrumpió un golpe en la puerta. Entró Jean Pagnol.

"Buenos días, magistrado y Luc. No os entretendré mucho en vuestro trabajo". Luego, mirando directamente al Magistrado, dijo: "Pero tengo una deuda de gratitud con ustedes. He recibido un aviso de los funcionarios del Papa en el sentido de que yo, mi hermano y mi socio, Bruno, podemos abrir nuestros almacenes y, tras largos

meses sobreviviendo a duras penas en nuestro barco, tenemos permiso para volver a nuestra morada intramuros. Sin tu intervención, todo esto no habría sido posible".

"Intervine en tu favor, simplemente, Jean, porque cometiste un error, pero viste el error de tus actos. Cualquiera merece una segunda oportunidad".

"Soy un hombre de pocas palabras, así que te doy las gracias y no te molestaré más. Pase por mi almacén cuando pase por aquí. Como sabe, tengo un stock de vinos finos".

"Desde luego, Jean". El comerciante de lana salió del despacho, agradecido de que su problema hubiera sido resuelto por el Magistrado.

"Ah, mi Consejero de confianza, Albornoz - pase."

"Gracias, Santo Padre".

Clément indicó una de las dos sillas con cómodos asientos tapizados a ambos lados de la chimenea en la que ardían leños, cuyas brillantes llamas proporcionaban un agradable calor al estudio del Pontífice.

"He hecho que me preparen un fuego; en esta época del año refresca".

"El viejo ha estado bebiendo, arrastra las palabras. Había oído que le gustaba beber, pero no estaba seguro de si eran habladurías. La bebida afecta a la gente de manera diferente: algunos se enfadan, otros abren sus corazones. Veremos lo que le hace a Clément".

Llenó dos copas con un líquido oscuro y ofreció una a su Cardenal, que supo por su aspecto que no era un simple vino. Levantó el vaso, olfateó el contenido y lo dejó inmediatamente. Rara vez bebía alcohol.

Clément tosió suavemente y continuó,

"Entonces, usted es mi consejero aquí en Aviñón desde hace algún tiempo. ¿Qué me aconsejarías?" Tosió entonces.

"Fuisteis nombrado a instancias mías principalmente para examinar el estado de la ley y el orden en la ciudad, así que ¿cuál es vuestra evaluación hasta el momento?" preguntó despreocupadamente, su rostro mostraba una vaga expresión de lejanía, sosteniendo su vaso junto al fuego como si inspeccionara su contenido.

"Hay asuntos de gran importancia que vuestra Curia debe abordar, pero en eso no nos diferenciamos de las administraciones pasadas y venideras. El Señor envía desafíos para poner a prueba nuestra fe y determinación".

"Adelante, Albornoz", dijo Clément en tono cortante.

El Cardenal dio un sorbo a su copa, consciente de que tenía ventaja espiritual e intelectual sobre el cansado, anciano y meloso Pontífice que tenía delante, y con mirada acerada y voz pausada, prosiguió,

"Desde mi llegada a esta hermosa ciudad, encuentro las oficinas administrativas y otras agencias de la Curia organizadas eficaz y extensamente. Las empresas misioneras y evangélicas se extienden por todo el mundo conocido, y nuestra recién creada universidad de Arlés atrae a estudiantes de teología que, esperamos, ejercerán su ministerio en este reino al terminar sus estudios. La plaga cobró una alta tasa de mortalidad en el clero, dejándonos con sacerdotes inexpertos y a menudo corruptos - "

"Y, por supuesto, nos ocuparemos de esa mala praxis. No hay lugar para comportamientos sin escrúpulos en la Iglesia. Sólo los más altos estándares serán aceptados".

"El Colegio Cardenalicio ha reforzado su papel en el gobierno de los asuntos de la Iglesia - las bulas emitidas últimamente son excelentes medidas para resolver los conflictos seculares que merman nuestra autoridad."

Clément se reclinó en la silla, con la barbilla tocándose el pecho, sumido en sus pensamientos. Confío en que no esté cabeceando. Mi informe no puede ser tan somnífero".

"¿Debo continuar, señor?" El clérigo sacudió la cabeza para volver a seguir a Albornoz.

"No... eh... sí, por supuesto".

"Recibimos súplicas, a diario al parecer, de nuestros estados en Italia bajo dominio de duques y condes paganos para que restauremos el lugar que nos corresponde en Roma, pero están indefensos sin nuestra intervención militar, una cuestión apremiante sin duda, Santo Padre." No podía saber que sería él quien dirigiría tal fuerza armada.

"Tomo nota de sus observaciones, Cardenal. ¿Está seguro de que no me acompañará, por razones puramente medicinales?"

"Gracias, no", fue la respuesta.

Sin inmutarse, el Pontífice se sirvió más láudano, con la mano temblándole ligeramente.

He visto temblores así en hombres que beben en exceso. Lo próximo, lo sé, será preguntar por el crimen".

"Para concluir esta audiencia, ¿qué tiene que decir sobre el tema de la delincuencia en la ciudad?".

"Me anticipé a su pregunta y para ello he dedicado mucho tiempo últimamente a investigar el asunto del castigo". Clément habló primero,

"Hay muchos que están descontentos con nuestro nuevo Magistrado, Marius. ¿Es así?"

"Al contrario, los encuentro en gran número que aprueban su gestión de los deberes judiciales pero no ven el panorama más amplio. Con eso quiero decir que no saben qué es lo mejor para ellos".

"Explíquese, Albornoz".

"Las sentencias del Magistrado, como he podido comprobar de primera mano, son con demasiada frecuencia irreprochables y en

modo alguno pueden considerarse castigos para quienes lo merecen. El último poder moral reside en la Iglesia; es nuestro deber y la voluntad de Dios imponer el castigo a quien se considere culpable de cometer actos criminales. Debemos asegurarnos de que Marius aplique nuestras reglas, nuestras leyes, los Mandamientos del Señor". Albornoz hablaba con creciente excitación, con gotas de sudor formándose en su frente. El Pontífice se quedó inmóvil, sorprendido por la pasión de aquel hombre, y por un momento se quedó sin palabras. Luego, sintiendo una repentina afinidad con las palabras de su Cardenal, habló,

"Naturalmente, he sido informado de sus posiciones eclesiásticas antes de Aviñón..."

"Naturalmente".

"Sostengo que soy un astuto juez del carácter, así que ¿puedo sugerir que algún acontecimiento de su pasado, más allá del poder de las Escrituras, le ha imbuido un sentido tan fuerte del bien y del mal?".

"El Santo Padre es, estoy de acuerdo, astuto: Desde entonces no he revelado ese suceso a hombre o bestia". Bebió otro trago, el fuerte licor le hizo sentirse relajado.

"Entonces quizá debería hacerlo". Siguió un silencio.

"Sólo tenía ocho o nueve años y era monaguillo en una iglesia de Cuenca, mi lugar de nacimiento, en el Reino de España. Me encantaban mis deberes, encender velas, llenar el cáliz con vino, poner la biblia abierta en el capítulo de ese día. Fue allí donde experimenté mi vocación en la vida, y fueron buenos tiempos, gracias al Señor. Sin embargo, por casualidad, vi en la sacristía a dos sacerdotes que cometían actos impíos, prohibidos a lo largo de nuestra lectura del Libro Sagrado.

En el Levítico encontramos: Si un hombre se acuesta con un varón como con una mujer, ambos han cometido una abominación. En el Génesis: La Biblia condena la actividad sexual que no sea entre marido y mujer. En Romanos: Los hombres, dejando el uso natural de la mujer, ardían en su lujuria unos con otros.

Un viejo sacerdote, mi mentor y amigo, me convenció de que le contara lo que había visto, lo que me preocupaba, y así lo hice. Me aseguró que investigaría a los dos hombres, pero, que yo sepa, nunca fueron reprendidos, a pesar de que su comportamiento era innegablemente incorrecto. Desde ese momento, he creído en el poder de la alabanza que recompensa lo bueno, pero del castigo que cae sobre lo malo".

Ambos hombres se sentaron mirando al fuego, absortos en los importantes asuntos que había planteado Albornoz. Clément reanudó la conversación, con la lengua suelta por la bebida.

"A veces es saludable abrir el alma y eliminar las tensiones que puede engendrar un secreto. Después de todo, como clérigos oímos confesiones y animamos, es más, insistimos, en que se diga la verdad. ¿No es así, Albornoz?"

"Así es, señor.

"Yo también albergo un sentimiento miserable que me ha perseguido desde que era joven..."

"No..."

"¡No!" Clément intervino. "Nada de naturaleza sexual. Nací en una pequeña ciudad, a muchas leguas de aquí. Tenía un mejor amigo y éramos inseparables. Un día, y los detalles carecen de importancia, ese chico me pegó y me dio por muerto. Escapó a cualquier castigo, y esa injusticia permanece conmigo hasta el día de hoy. El chico que me atacó se llamaba Nerval, Edmond Nerval".

Al oír este nombre, Albornoz se quedó boquiabierto al asimilar la revelación.

"Nuestro Magistrado es Marius Nerval", estableció el Cardenal en voz alta. "¿Son parientes?", preguntó.

"Sí, lo son. Marius es hijo de Edmond, y le confieso que la búsqueda de venganza arde dentro de mí todavía -¡no hay mayor propensión despreciable, y en el líder de la Iglesia!" Me aterra pensar lo que diría si supiera que he tenido relaciones carnales con Alice, ¡ella, la

esposa del Magistrado! Supongo que es una satisfacción, haberla utilizado, luego a través de Marius y finalmente al viejo Edmond. ¿Pero es una dulce venganza?

Albornoz vaciló un poco antes de responder,

"Eso es asunto suyo, y yo, de baja posición, nunca me atrevería a comentar lo que es, para usar sus palabras, una confesión".

"Tiene usted razón. Es una respuesta muy proporcionada".

Los dos hombres discutieron una serie de asuntos eclesiásticos, deteniéndose sólo cuando sonó la campana de nones.

"Hemos perdido la noción del tiempo, y estoy seguro de que tienes otras responsabilidades".

"Creo que me iré a la cama, porque la cabeza me da vueltas, aunque con la Biblia a mi lado".

Clément sonrió, se levantó y puso una mano en el hombro de su Cardenal.

"Una cosa más".

Albornoz levantó la vista.

"Mi Cardenal Tesorero se ha dirigido a mí en varias ocasiones, desde el año pasado, cuando el viejo Magistrado estaba con nosotros. La Curia recibe sus ingresos de diversas fuentes: diezmos, impuestos, donaciones, legados, etc., y las multas impuestas por nuestro poder judicial son una contribución inestimable. Sin embargo, el dinero procedente de estas multas ha disminuido a una cantidad gravemente baja, y la razón es incontestable: menos multas equivalen a menos ingresos. La Curia espera sinceramente que esta situación se invierta. ¿He sido claro?"

"Perfectamente, Santo Padre. Aunque sea contrario a la política de sentencias de Marius, debe establecerse la distinción inalienable entre el bien y el mal, y si se demostrara que el Magistrado es incompetente, faltando a su deber, la Curia -a través de la autoridad que le confiere nuestro poderoso Colegio Cardenalicio- estará

plenamente justificada para destituirlo de su cargo."

"Ha comprendido el problema con gran perspicacia, una de las razones por las que solicité su nombramiento".

"Mi agradecimiento está en orden, sire, y tengo una idea que bien puede satisfacer a la Curia y a mi propia sed de ver reparada la débil gestión del Magistrado en su sala".

"Intuyo que será diplomático si no me implicas en tu... idea. Discreción, Albornoz; tengo una reputación pontificia que considerar".

"Comprendo y le deseo un buen día".

CAPÍTULO VEINTIUNO

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, OTOÑO DE 1349

El agua del muelle estaba quieta y resplandeciente, con apenas un remolino chapoteando contra los cascos de madera de las barcazas amarradas firmemente a los bolardos de hierro que corrían a lo largo del muelle. Unos diez barcos podían atracar, de punta a punta, y esta mañana todos los amarres estaban ocupados, tal era el aumento del comercio fluvial tras los largos meses de peste. El río Ródano no siempre era tan plácido, ya que las tormentas estacionales podían convertirlo en torrentes de olas espumosas y blancas sin previo aviso, haciendo de la navegación una ocupación peligrosa. Los barqueros que transportaban mercancías desde Marsella, en el sur, hasta Lyon y más allá, en el norte, eran una raza resistente y singular, que a menudo desafiaba aguas traicioneras para entregar y recoger mercancías. Lenguas desconocidas que indicaban orígenes lejanos daban un aire cosmopolita y diverso al puerto y a la ciudad de la vieja Aviñón.

Marius paseaba por el muelle, y su avance se veía a menudo interrumpido por los numerosos saludos que le dirigían marineros que conocía de antes del azote; entrar o salir del puerto había estado estrictamente prohibido, pero ahora eran libres de entrar y salir de nuevo. Al pasar junto a un barco en particular, oyó una voz que salía de la bodega abierta con un acento extranjero que reconoció.

"¡Mahi! ¿Eres tú?", gritó, y luego otra vez,

"¡Mahi! Muéstrate, perro asqueroso". Estaba en lo cierto: una figura musculosa, calva y de anchos hombros, desnuda hasta la cintura, emergió y respondió,

"¡Hola, Marius, claro que soy yo! El pequeño inconveniente de una peste no puede acabar conmigo, deberías saberlo". Un hombre gigantesco, con la piel morena y curtida de un africano, salió de la bodega y pisó el muelle, con una amplia sonrisa en su rostro curtido por la intemperie. Los hombres se abrazaron, como hacen los viejos amigos.

"Después de enterrar a tus dos tripulantes, zarpaste de Aviñón y temí lo peor para ti: habías estado con ellos a bordo del barco, encerrados como gallinas, y no creí que tuvieras ninguna posibilidad de sobrevivir... de que no te golpeara a ti también. ¡Pero aquí estás! Vivo y, por lo que veo, bien".

"Es un milagro, lo sé, porque hasta mi pobre y viejo gato sucumbió".

Marius recordó el día en que habían sacado dos cadáveres del bote de Mahi y cómo el corpulento barquero, un hombre bien acostumbrado a las penurias y privaciones, le había entregado su gato negro, tieso como una tabla, para que lo enterrara junto a sus hombres. Se había enjugado una lágrima, avergonzado por su propia emoción, esperando que nadie se diera cuenta.

"Bien está lo que bien acaba, como suele decirse, y me alegro de verte. ¿Qué tienes para nosotros?"

"Jarras de buen vino de los mejores viñedos de Provenza. Me han dicho que son para vuestro señor, el Papa, pero no me importa para quién, no es asunto mío. Además, tengo cántaros llenos de especias -son para uno de sus tenderos- y rollos de seda para una costurera. Como ves, de todo, y el negocio va viento en popa".

"Me alegra oírlo. De todos modos, te dejaré seguir con tu trabajo".

"¡Gracias, Marius, y me alegro de que sigas fuerte! Con suerte, podré descargar esto y aprovechar el viento del norte que se prevé para hoy".

Más adelante en el muelle, ante la puerta abierta de un almacén cavernoso, se encontraba un hombre al que Marius conocía bien: Jean Pagnol, el comerciante de lana.

"Ah, Magistrado, muy buenos días."

"Y a ti, Jean. Me complace ver que vuelves a comerciar y, según tengo entendido, a vivir en tu casa familiar."

"Por eso, tenemos una deuda contigo, y nuestras lecciones han sido aprendidas."

"Estoy seguro de que lo han hecho. ¿Dónde está tu hermano, Thomas?"

"Está fuera con el caballo y el carro entregando fardos de lana a las cabañas de los tejedores fuera de las murallas. La peste les ha afectado cruelmente: sin lana, sin hilar, sin dinero. Sencillo".

"Lo es", asintió Marius.

"¿Me acompañas con una copa para celebrar el... bueno, ya sabes lo que se celebra"?

"¡Es pronto para beber, pero me rindo a tu poder de persuasión!".

Dentro del oscuro almacén, entraron en el despacho del comerciante, donde Jean descorchó una botella y sirvió vino tinto en dos copas.

"A tu salud, Marius". Tocaron las copas en un brindis.

"¿Dónde quieres esto, Jean?" Un muchacho de trece o catorce años estaba de pie junto a un carrito cargado con tres fardos de lana.

"Allí, Philippot, con las cosas decentes".

"Enseguida". El chico levantó las asas del pesado carrito y lo hizo rodar en dirección a los fardos apilados en una esquina.

"¿Quién es?" preguntó Marius, bebiendo un trago de vino.

"Un buen muchacho, Philippot, es mi carretillero".

"¿El carretillero?"

"Sí, déjame explicarte. Thomas y yo nos estamos haciendo viejos, ya

sabes, y Bruno, aunque es el tercer socio de la empresa, cada vez pasa menos tiempo trabajando aquí. Creo que está bastante satisfecho haciendo velas en su taller, y sus servicios son muy solicitados ahora que el tráfico en el río está aumentando. Así que, en parte porque podemos usar la fuerza muscular del chico, pero en parte por otra razón..."

"¿Cuál?

"Tenemos suerte de que nos hayan dado una segunda oportunidad para continuar con Pagnol Fils, somos conscientes de ello, y no es fácil que jóvenes como Philippot encuentren trabajo. Oímos hablar de su familia, de una zona pobre de la ciudad, donde la madre hacía todo lo posible por criar sola a sus cuatro hijos: el marido se había marchado hacía tiempo, así que ella dependía de la caridad para alimentarlos. Philippot es el mayor. Fui a su casa para presentarme a la mujer, que no tenía ni idea del motivo de mi visita. La pobreza era evidente, pero la madre tenía el mérito de que los niños estaban bien cuidados y eran educados. Les expliqué que necesitaba un trabajador dispuesto a trabajar en mi almacén y que, si ella y el niño estaban de acuerdo, les ofrecía un empleo honrado. Su alegría no tuvo límites, y aquí está hoy".

"Jean, estoy realmente conmovido por esta historia. Eres, sin duda, un hombre generoso y has saldado una deuda, por así decirlo, con el pueblo al que un día diste la espalda. Mi súplica al Santo Padre en tu nombre ha sido completamente justificada".

"El buen Dios decide quién ha hecho bien o mal... él es el árbitro final", murmuró Jean pensativo.

"Eso es cierto en el Cielo, Jean, pero aquí en Aviñón, ¡soy yo!". Marius hablaba con una autoridad que contradecía su tierna edad.

"Debo irme, amigo mío". A las puertas del almacén, se dio la vuelta y, por un momento, observó cómo Philippot bajaba una bala del carro y, con la fuerza de la juventud, la amontonaba sobre las demás.

Tras saludar a los barqueros y estibadores que conocía, Marius llegó a la oficina del puerto. No hacía tanto tiempo que habría encontrado allí al viejo magistrado, encorvado sobre el libro de contabilidad encuadernado en cuero a la luz de las velas, rellenando diligentemente las columnas por las que juraba registrar las entradas y salidas de mercancías, las fechas y los barcos. El sistema funcionaba bien, así que Marius, y ahora Luc, siguieron introduciendo cifras entre las queridas líneas escritas a mano por el Magistrado.

"Buenos días, Luc. ¿Va todo bien hoy?"

"Hola, Marius, y sí, ya han descargado doce barcos, y otros quince llegarán más tarde. Llegan cargados, pagan la tasa portuaria en el palacio, cargan y se van. Todos sonríen".

"Así es como debe ser, Luc".

El Justiciero abandonó el puerto cerca de la Porte Saint-Roch y permaneció fuera de las murallas de la ciudad, caminando hacia las orillas del Ródano. Allí se detuvo, contemplando los oscuros remolinos de las aguas que sólo un año antes habían arrastrado en su superficie cadáveres envueltos en sus sudarios, pero cuyo peso se había desprendido. Las autoridades habían ordenado, por decreto, que se lastraran los cadáveres para que se pudrieran en el lecho del río.

“Es difícil creer que la belleza de nuestro todopoderoso río fuera una tumba desamparada y acuática para tantas almas inocentes, pero así fue. Gracias a Dios, esos tristes tiempos han quedado atrás".

Siguiendo su camino hacia el norte, echó un vistazo a través de la Porte Dominique, la Porte de l'Oulle, la Porte du Rhône y otros diversos pasadizos de las murallas y le llamó la atención una observación,

No veo mendigos en ninguna de las puertas. Es extraño. El año pasado y desde siempre, que yo sepa, las entradas y salidas de la ciudad son las guaridas predilectas de mendigos y ladrones. Ah, claro, Carel los habrá limpiado, aunque no me lo haya dicho. Es el tipo de hombre que es, modesto y amable. Me dijo que en el pasado vivió con mendigos y gente

de su calaña para divertirse. Creo que quería entender sus mentes, y al amenazarles con no volver a menos que busquen un empleo respetuoso con la ley, les ha hecho un gran servicio a ellos y a la ciudad. Los ha asustado".

Pronto llegó a su destino, el puente de Saint Bénézet. Aquella estructura de piedra amarilla tenía veintidós arcos y unía la ciudad de Aviñón con Villeneuve-lès-Avignon por el oeste. Todo aquel que deseara transportar mercancías estaba obligado a pagar un impuesto en la garita situada a ambos lados, lo que suponía un útil ingreso para las arcas papales. Desde Lyon hasta Marsella, éste era el único paso sobre el Ródano, por lo que su importancia económica y social para la ciudad era considerable.

El Magistrado visitaba el mercado semanal que se celebraba en el puente con la regularidad que le permitían sus obligaciones para asegurarse de que todo estaba como debía.

En el primer tramo, entraba en la pequeña capilla de San Nicolás, erigida para que los viajeros ofrecieran una oración para que su viaje transcurriera sin contratiempos. Se arrodilló en el escabel -único mueble- ante un icono pintado del santo, se persignó y permaneció unos instantes en silenciosa reflexión.

Después, pasaba de un titular a otro, saludándoles, preguntándoles por sus negocios, sus familias, el tiempo, cualquier intercambio civil que se le ocurriera. Pero sus encuentros no eran puramente sociales: quería comprobar que los comerciantes habían pagado las licencias que les permitían montar sus puestos en el puente.

"Muéstrame tu ficha, Guillaume. Tendré que echarte si no la tienes". Guillaume rebuscó en su bolsa de dinero y sacó un pequeño disco de metal en el que estaba estampado un número correspondiente al arco concreto que era su terreno de juego.

"Aquí tiene, magistrado". Le entregó el disco a Marius.

"Número dos. Correcto, y no olvide renovarlo en la oficina del Palacio a finales de año".

"No lo haré, y me gustaría agradecerle todo lo que hace por la

ciudad. Apuesto a que la gente no te lo agradece a menudo".

"Ahora que lo dices, Guillaume, no lo hacen. Pero eso no es lo que espera un Magistrado".

Al otro lado del puente, un hombre, su mujer y tres niños pequeños se acercaron a Marius. Reconoció al hombre: era Wibald, a quien había oído en la sala del tribunal unas semanas atrás. Cuando la familia se acercó, los pequeños se acurrucaron tímidamente detrás de su madre. El hombre se quitó la gorra y tendió la mano a Marius. Se hizo un silencio incómodo. Entonces, el Juez habló.

"Buenos días, Wibald. Tengo el nombre correcto, ¿no?"

"Sí, señor".

"¿Y cómo están usted y su familia?" Pensó: "Me da vergüenza preguntarle eso, después de haberlo declarado culpable y ladrón. Es una pregunta ridícula".

"Estoy bien, gracias. Esta es mi mujer y, por supuesto, mis hijos". Ella se sonrojó, y los niños sonrieron y luego soltaron risitas, mirando a Marius como golfillos insolentes.

"Perdóname, Wibald, pero me veo obligado a preguntarte si se ha cumplido la sentencia que dicté: ¿el trabajo no remunerado?".

"Fui a la granja de Ymbert y le dije que lamentaba lo que había hecho. A regañadientes, o eso pareció, me perdonó. Por lo que sé de su mezquindad, nunca regala nada fácilmente, si me explico...".

"Te entiendo, Wibald. Ese hombre no te habría demandado por coger paja y cáscaras de sus tierras si fuera un tipo amable. Pero tuve que cumplir con mi deber como Juez. ¿Y las dos semanas de trabajo que tienes que hacer por él?".

Una sonrisa iluminó el rostro del hombre.

"Desde su sala fui directamente a ver al granjero, como ya he dicho, y le ofrecí mis servicios. Ya había confeccionado una lista de trabajos: los cerdos y la pocilga, partir troncos listos para el hogar, cortar enredaderas de hiedra que casi habían cubierto la fachada de

su casa, arreglar vallas rotas y... bueno, en resumen, era más que suficiente para mantenerme ocupado durante dos semanas. Empecé al día siguiente".

"Estoy satisfecho de que hayas cumplido tu condena".

"Pero eso no es todo".

"¿No es todo?"

"No. El granjero Ymbert visitó nuestra casa una noche sin avisar. ¿Por qué haría eso, me pregunté? En fin, dijo que estaba de paso y que había decidido visitarnos para desearnos amistosamente buenas noches. Le invité a sentarse a la mesa y le ofrecí un vaso de cerveza sin alcohol, que es lo único que puedo permitirme. Aceptó y se quedó hasta vaciar la copa sin decir nada. Sus ojos recorrieron la habitación y, desde mi mujer, miró a mis hijos, acurrucados y profundamente dormidos en la cama que compartían. Luego se marchó".

"A algunas personas no hay quien las entienda", concluyó Marius, con el ceño fruncido. "Lo conozco como un hombre arisco y no el más agradable de los personajes".

Wibald continuó,

"Cuando terminé mis dos semanas, me mandó llamar y me dijo, en los términos más enérgicos, que estaba muy impresionado por mi trabajo.

Wibald, muchacho, he visto con mis propios ojos que tú y tu familia lleváis una vida pobre, en el sentido material, pero que el amor que sientes por tu mujer y tus hijos te hace rico más allá de las palabras. Te mereces algo mejor. Necesito urgentemente una mano de confianza aquí en la granja, así que si aceptas, estoy dispuesto a darte un empleo regular remunerado. Además, podemos dejar el pasado atrás. ¿Qué dices, Wibald?

Podría haberle arrancado la mano, ¡pero no lo hice! Pero ya sabes lo que quiero decir. Podré volver a comprar comida en el mercado; mi mujer tendrá una túnica decente y mis hijos zapatos nuevos".

Marius sonrió a Wibald y le estrechó la mano.

"Me alegro mucho por ti y te deseo buena suerte".

Para terminar su recorrido por el mercado, regresó a través de la puerta y bajó los escalones de piedra que conducían a la orilla del río y a los arcos del puente, bajo los cuales hombres sin licencia comerciaban con mercancías de mala calidad, ofreciendo indultos para purgar el alma, e incluso utensilios u otros objetos de latón muy pulidos para hacerlos pasar por oro -oro de los tontos- y embaucar a los crédulos, que abundaban. Marius consideraba su deber proteger a su pueblo, pero para su sorpresa, hoy sólo había allí comerciantes de buena fe, cada uno con un disco de metal reglamentario, debidamente sellado. Se acercó a un hombre que vendía especias y hierbas secas para mezclar con aceite y obtener un bálsamo untuoso, además de realzar el sabor de los guisos, y le preguntó,

"¿Dónde están los granujas? Esperaba incautarles la mercancía de contrabando".

"Se han ido, Magistrado", fue la respuesta. "El diputado de Justicia, Monsieur Rostand, los vio irse. Les amenazó con una buena estancia en la cárcel, o algo peor, si volvían. Entendieron el mensaje y se fueron a otra ciudad desprevenida, ¡pero no a Aviñón! Ahora, los ciudadanos honrados podemos volver a ganarnos la vida".

De camino a su casa, Marius se detuvo en una taberna para saciar su sed tras una mañana bien aprovechada. Aunque conocía a muchos de los que allí bebían -el día de mercado les animaba a reunirse y hacer negocios en torno a una jarra de cerveza-, eligió una mesa en un rincón donde poder beber sin ser molestado y reflexionar sobre los progresos de la ciudad en su recuperación tras la plaga que había traído tanto horror y destrucción social.

La vida está volviendo a la normalidad en el puerto, y sólo un signo de nuestra regeneración y mejora moral, Jean Pagnol ha dado a un joven esperanza para su futuro. Los mendigos a nuestras puertas parecen haber sido desterrados. El mercado prospera y veo caras sonrientes,

sonrisas que han sustituido a las lágrimas que antes fluían tan rápido como el turbulento Ródano. Al igual que el nuevo carretero de Pagnol, contratado para absolver su culpa, el granjero Ymbert es un hombre reformado. Anuncia al mundo que el perdón puede triunfar donde antes sólo había venganza. Y, para concluir la mejor mañana que he conocido desde que soy magistrado, parece que los vendedores ambulantes fraudulentos y embusteros ya no se aprovechan de nuestros hombres y mujeres auténticos: parece que mi cargo les sirve bien, y confío en que las sentencias que dicto sean compasivas y animen a los malhechores a reflexionar sobre sus delitos. Es de esperar que los habitantes de Aviñón hayan aprendido las lecciones del pasado. El año pasado, las señales indicaban que una plaga calamitosa crecía en nuestro seno, pero no le hicimos caso. Éramos demasiado complacientes, demasiado engreídos para reconocer que siempre hay una manzana podrida en el barril".

CAPÍTULO VEINTIDÓS

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, PRIMAVERA DE 1350

El nuevo año 1350 llega a la ciudad de Aviñón y con él el optimismo nacido de la adversidad. La peste es ya cosa del pasado para los habitantes de la ciudad: todas las pesadillas acaban, como debe ser. Esperaban un futuro próspero y saludable. El sol primaveral era agradablemente moderado, ideal para sentarse en los bancos a ambos lados de las calles, las plazas y el arroyo. Aún faltaban meses para el intenso calor del verano provenzal, cuando se verían obligados a buscar cobijo tras los postigos y las puertas cerradas.

Alice paseaba por las calles con su bata, de fino lino beige, arrastrando por el suelo, como era la moda para las mujeres de pie. La esposa del magistrado había asumido su papel con aire distinguido, incluso regio. Aunque provenía de una familia acomodada, se había mezclado con los bajos fondos de Aviñón, escabulléndose por las callejuelas y callejones en plena noche mientras visitaba al Santo Padre para satisfacer sus necesidades carnales. ¿Por qué lo había hecho? Se lo había preguntado cientos de veces. ¿Fue la emoción que sintió al deslizarse entre las sábanas de la cama del Pontífice? Que ella supiera, nadie se había acostado con el Papa Clément excepto ella. No disfrutaba de la relación física -él era un anciano que bebía demasiado-, pero seguía la corriente: a sus ojos era una chica corriente de Aviñón, pero controlaba a la figura más poderosa de la cristiandad.

Recorrió la vasta explanada frente al palacio, bordeada de enormes barriles cortados en dos. Los azafranes de primavera empujaban sus puntas a través del suelo; la lavanda y el romero caían en cascada sobre los bordes, con su aromática fragancia flotando en el aire. Luego, en dirección al puente de Bénézet, a un hogar que sabía que

podía beneficiarse de su influencia y determinación para permitirse mujeres -como las que ella había sido- que vendían su cuerpo y su alma para ganar unas monedas con las que evitar que sus familias murieran de hambre.

Llamó a la puerta y esperó, mientras se oían chillidos y risas de niños. Por fin, una voz,

"¡Si quiere ver a Madame Alaire, vuelva más tarde, está ocupada!"

Alice volvió a llamar, esta vez con más fuerza, y la puerta se abrió. Allí estaba una mujer joven cuyo aspecto sugería que tenía unos cuarenta años, cuando en realidad tenía veintitrés. Su túnica estaba mugrienta, su cabello despeinado, y cuando abrió la boca para hablar, tenía un hueco donde deberían haber estado sus dos dientes delanteros. Tenía un ojo prácticamente cerrado, con un moratón morado alrededor de la cuenca.

"¿Qué quieres y quién eres?". La chica habló en un tono brusco y tartamudo. Mantenía la puerta entreabierta como si fuera a cerrarla de golpe en cualquier momento. Era difícil no llegar a la conclusión de que la habían maltratado recientemente. Alice sonrió y dijo, suavemente,

"¿Eres Alaire?"

"Puede que sí, puede que no. ¿Quién quiere saberlo?"

"No se alarme, por favor, me llamo Alice Nerval, y si pudiera dedicarme un poco de su tiempo, tal vez podría ayudarla..."

"¿Ayudarme? Nadie me ayuda. Tengo tres niños pequeños y, una vez pagado el alquiler, no me queda nada para comer. Si la gente amable no ofrece unas monedas y deja un saco de patatas o zanahorias, lo que sea, en la puerta, nos morimos de hambre. Entonces, ¿cómo crees que puedes ayudarme?".

Alice se sintió conmovida por las francas palabras de Alaire.

"¿Puedo entrar?"

"Supongo que sí".

Los niños, desaliñados y desnutridos, se revolcaban ruidosamente en un colchón de paja que había en un rincón -la única cama de la habitación-, pellizcándose y dándose bofetadas. Sus gritos eran malhumorados y petulantes. Evidentemente, no tenían ningún concepto de la cooperación, unos con otros, porque carecían de interacción con otros niños. Al menos, ésa era la opinión de Alice.

Un fuego ardía en una cocina de hierro sobre la que colgaba un tendedero con jirones de ropa secándose.

Alaire no intentó hacer callar a los niños, sino que prefirió hablar por encima de ellos.

"¿Dices que eres Alice Nerval? El magistrado se llama Nerval, ¿verdad?".

"Sí, es mi marido".

"No he hecho nada malo, y la barra de pan en el mercado... bueno, ¡no puedes probar nada!"

"No, mi visita no tiene nada que ver con el Magistrado. Sé que la forma en que usted gana dinero, Madame Alaire, no le da ninguna satisfacción, pero no obstante, usted es una prostituta, y supongo que no está demasiado orgullosa para admitirlo. Lo comprendo".

Alaire miró fijamente a esta mujer que había llegado con su fina túnica y su brillante cabello, y luego dijo con calma,

"Solíamos hacer... hacer nuestros negocios en casa de Marguerite y... ¡eh, ahora te reconozco! Nos cobrabas por el privilegio de una habitación, pero nos echaste a todos para poder tener el lugar para ti sola con tu nuevo marido. Está bien para ti, eso es lo que nos obligó a hacerlo en nuestras propias casas, a la vista de los niños - a menos que se queden dormidos. ¡No está bien! Pero no tenemos elección". Había una rabia palpable en sus palabras.

"Entiendo lo que dices, pero la gente puede cambiar".

"¿Es así? ¿Qué me sugieres entonces? Tengo que alimentar a mis pequeños, y aunque no conozcan el lujo de la carne o el pescado, comen cualquier caldo frugal que les ponga delante. Siguen con

nosotros, así que algo debo estar haciendo bien". Alice sonrió ante el seco sentido del humor de la mujer.

"¿Preferirías estar haciendo otra cosa para ganar dinero?

"Claro que sí. Cualquiera diría lo mismo. Alice hizo una pausa, esperando la pregunta sobre lo que tenía en mente. Alaire preguntó, suspicaz,

"Por favor, dígame en qué trabajo está pensando, señora."

"Al otro lado del puente de Bénézet está el castillo del conde Mabile, y doy fe de que es un buen hombre. Detrás de su casa hay establos donde cría caballos pura sangre. He oído que necesita un mozo o moza de cuadra..."

"¡No sé nada de caballos! ¿De qué serviría?"

"Podrías hacer este trabajo, créeme. Tendrías que peinarles las crines y las colas, limpiarles después de galopar, ponerles heno fresco en los comederos y limpiarles el estiércol".

Alaire frunció los labios, pensativa.

"Supongo que es un trabajo al que podría dedicarme, y me sacaría de esta sórdida prostitución que me avergüenza a los ojos de todas las mujeres decentes del pueblo".

"Está decidido, entonces. Debes hacerle una visita al Conde y decirle -lo más importante- que vienes por recomendación de Alice Nerval."

"Lo haré, y gracias".

Alice se convencía cada vez más, con cada mujer a la que ayudaba, de que, con simpatía, comprensión y sugerencias realistas, se las podía persuadir de abandonar un modo de vida pernicioso y entrar en el mundo de otro mejor.

Carel Rostand, al igual que Alice, procedía de una familia acomodada y recibía una pensión mensual de su padre. Uno no

habría imaginado que ese mismo Rostand comía y dormía en la calle con vagabundos y mendigos, pero así lo hizo y ahora estaba en condiciones de saber cómo y por qué habían elegido esa existencia.

Un día se acercó a un mendigo que conocía y que llevaba una semana o más en la Porte Thiers, cerca del cuartel. Tanto los soldados como los residentes que utilizaban esta puerta se habían quejado de su mendicidad a la oficina del magistrado. Marius había enviado a Rostand a investigar la situación. Confiaba plenamente en su ayudante.

"Una moneda, deme una moneda, monsieur... mi mujer está enferma, y mis hijos van sin zapatos... deme una moneda...".

El mendigo estaba sentado con las piernas cruzadas y un cuenco de madera delante para recoger donativos. Rostand le dio una patada y un par de monedas tintinearon en las losas de piedra. El hombre levantó la vista.

"Entonces vio a Rostand de pie junto a él.

"¡Ah, eres tú!"

"¿Me esperabas?"

"No, hoy no hay mucha gente."

"Porque todos saben que estás aquí y te evitan".

"¿Es así?"

"Lo es, y es de dominio público que no tienes mujer ni hijos".

"No los tengo, y lo admito, Rostand."

"Entonces, estoy decidido a arrestarte y llevarte ante el Magistrado. Pero, y por la bondad de mi corazón, tengo una sugerencia".

"Cuál es entonces, y sé que si se deja en manos de la Justicia, me encerrarán. Me han pillado tantas veces mendigando que creo que se le acabará la paciencia; la última vez me dijo: 'Hombre, va en contra de mi sincera filosofía dar a la gente la oportunidad de

reformarse, pero si acabas aquí una vez más...'".

"Escucha, hay tres monedas aquí en el suelo. ¿Es todo el dinero que tienes?"

"Lo es, la verdad."

"Estoy dispuesto a llegar a diez."

"¿Diez?"

"Eso es lo que he dicho, y éste es mi plan. Conozco a un viejo que tiene un almacén en el muelle. Ha decidido jubilarse y está vendiendo su contenido: muebles, balanzas, de todo. Hay una carretilla bien hecha, y le he dicho que me la reserve al precio muy rebajado de diez monedas".

"¿Cómo me mantiene esto fuera de la cárcel, Rostand?"

"Con el dinero que tienes ahora, puedes comprar esa carreta. El comercio está floreciendo, y te garantizo que te ganarás la vida honradamente transportando mercancías entre barcos y mercaderes. ¿Qué dices, no es una oportunidad perfecta para invertir tu fortuna?".

El mendigo recogió las tres monedas y se puso en pie.

"¡Es un sueño... tener mi propio negocio!".

"Aquí tienes diez monedas: siete para compensar el coste del carro y tres para que vayas a cenar decentemente a la taberna".

"No te defraudaré, Rostand, te lo prometo".

Marius invitó a Rostand a cenar a su casa. Alice había puesto la mesa con queso, carnes cocidas y pan recién horneado. El joven Fabien dormía profundamente en el piso de arriba.

"Pasa tu copa", dijo Marius, "éste es un buen vino tinto de un viñedo de Burdeos".

Rostand bebió un sorbo y se lamió los labios en señal de agradecimiento, y Alice hizo lo mismo.

"No es frecuente que el triunvirato de Aviñón se reúna".

Rostand sonrió, conocedor de la historia del gobierno romano. Marius continuó,

"Creo que podemos estar satisfechos con la Magistratura. Nuestras sesiones de los viernes juzgan a cualquier hombre que demande a otro, y tratamos muchos delitos menos graves de manera informal, por así decirlo. Considero que las sentencias que he dictado son justas y proporcionadas".

Alice y Rostand asintieron.

"Vemos muchos menos mendigos en nuestra ciudad, y eso se debe a tu trabajo, modesta Carel, y he conocido a muchas mujeres que me dicen que sus vidas han cambiado a mejor, esposa."

Alice se sonrojó.

"Por lo tanto, levantad vuestras copas. Por la Magistratura".

"¡Por la Magistratura!" brindaron al unísono.

AVIÑÓN, FINALES DE LA PRIMAVERA DE 1350

“Mistrau", en la variante provenzal del dialecto occitano, significa "magistral" y es la palabra perfecta para describir el viento Mistral, que determina el carácter. Este violento y frío vendaval del noroeste atraviesa el valle del Ródano hasta la costa mediterránea. De días a semanas, viene acompañado de un tiempo claro y fresco, ya que arrastra el polvo y seca el agua estancada: confiere a los cielos de Aviñón su claridad todavía azul.

Marius no llevaba mucho tiempo en la ciudad antes de oír el nombre de Mistral en las conversaciones, y una noche, bebiendo

cerveza con algunos clientes veteranos de su posada favorita, quiso saber más.

"Háblame de Mistral", le dijo a un anciano.

"De donde usted viene, Magistrado, puede que se haya librado de ella".

"¿Evitado?"

"Sí, pero es insistente, nunca parece parar una vez que ha empezado. Da dolores de cabeza a la gente, les pone ansiosos y propensos a quejarse. Los niños se portan mal... o, al menos, más mal de lo normal, créame".

"Lo que dice es cierto", interviene otro hombre. "Estamos protegidos por las murallas de la ciudad, pero echa un vistazo a las viejas casitas de fuera. ¿En qué se fijan? Sus puertas delanteras dan al sur, ya ves, así que no puede soplar en ellos. Otra cosa, ¿por qué crees que muchos de los campanarios de las iglesias son de hierro forjado? Para permitir que el viento sople a través de ellos sin causar daños... no siempre funciona, por supuesto..."

Todos los hombres de la mesa de Marius tenían algo que decir; todos se habían visto afectados alguna vez por el viento infernal.

"¿Ves esos altos cipreses y álamos plantados en hileras rectas? ¿Por qué crees que es así? Para proteger los cultivos del viento; son árboles que se doblan pero no se rompen, ¿lo ves?".

"Sí", respondió Marius, fascinado.

El hombre más viejo del grupo, silencioso hasta entonces, habló en voz baja,

"Por estos lares, el Mistral vuelve locos a hombres y caballos, que corren como locos". Marius le miró, incrédulo. "Divertido, supongo, pero es cosa de mitos y leyendas".

Unas semanas más tarde, debía juzgarse el caso más grave de su magistratura: ningún individuo demandó a la persona que se sentaba en el banquillo, era "La ciudad contra Rainfroy". El hombre

se había visto envuelto en una pelea de borrachos en la calle tras un día de borrachera. Lo que podría haber sido una pelea sin importancia se intensificó violentamente, y Rainfroy propinó golpes que derribaron a su oponente. Éste murió de sus heridas al día siguiente, por lo que la acusación fue de asesinato.

La sala del tribunal estaba abarrotada, con una población acostumbrada a escuchar robos y cotilleos, pero el asesinato era otro asunto.

Marius golpeó el atril con el mazo y la sala se sumió en un silencio inquietante y expectante. Entonces, el Magistrado tomó la palabra, con claridad y firmeza.

"Habitantes de Aviñón y de todos los lugares no presentes, este caso es grave. Si Rainfroy es declarado culpable de los cargos, la pena será la horca". Al oír esto, se escucharon agudas respiraciones en la sala. "Ya me han presentado versiones de la reyerta el propietario de la posada y también transeúntes que la vieron en la calle. Tengo la intención de informar al duque de Provenza de estos relatos, ya que es su tribunal el que llevará a cabo un juicio definitivo, dada la grave naturaleza de la acusación." Se podría haber oído caer un alfiler; nadie se atrevió siquiera a toser.

"Rainfroy será escoltado hasta el Duque por mi adjunto, Rostand, pero ¿hay alguna persona que desee hablar antes de que cierre el procedimiento?".

"Sí, me gustaría", llegó una voz mansa desde el primer banco.

"Por favor, póngase de pie", ordenó Marius. "¿Quién es usted, por favor?"

"Soy la esposa de Rainfroy." Esto fue una señal para que estallaran los aplausos porque era un hombre popular, y el difunto no era llorado por muchos.

"¡Silencio!" Marius ordenó al público. "¿Qué tienes que decir, mujer?".

"Magistrado, mi marido no es culpable porque la pelea tuvo lugar

cuando el Mistral soplaba por tercer día. Cualquiera por estos lares sabe que a un hombre se le exculpa de loco por cualquier cosa que haga en el tercer día de ese viento infernal. No es culpable porque no era responsable de sus actos; yo no hablo extranjerismos, pero sé que se dice que no estaba compos mentis". Al oír esto, la sala se animó con gritos estridentes hasta levantar el techo. Marius miró a Alice, que se encogió de hombros, y luego a Rostand, que le indicó que había algo que podía decir, pero en privado.

"Suspendo la sesión durante diez minutos mientras yo, con mi adjunto y mi esposa, discutimos la declaración que ha hecho la mujer".

Los tres miembros del triunvirato salieron de la sala hacia la calle, donde no serían escuchados.

"¿Qué es eso de la locura en el tercer día del viento? No lo había visto antes".

"Ni yo", dijo Alice. Entonces habló Rostand,

"Lo que dice la mujer es correcto, al menos según la leyenda. La gente de por aquí teme al Mistral y le da una importancia casi religiosa. Ahora bien, saben que fue un crimen, pero en el tercer día especial no se le puede condenar por asesinato. Riña, sí; pelea, ciertamente, pero no asesinato. Así que, ten cuidado, Marius; hacemos todo lo posible para mantener a los ciudadanos de nuestro lado, para conseguir una ciudad mejor y más civilizada, y no podemos permitirnos perder su aprobación."

"Tienes razón, Carel. Volvamos dentro".

De nuevo, la sala quedó en silencio.

"He conferenciado tanto con mi ayudante como con mi consejero, y reconozco la validez del tercer día de la Mistral cuando Rainfroy no estaba en control de sus facultades. Informaré de ello al duque y estoy seguro de que reducirá la pena".

Rostand condujo a Rainfroy hacia la cárcel y todos aplaudieron la decisión de Marius.

Su recomendación al duque sería que se mostrara indulgente, dado que las peleas fuera de las posadas no eran infrecuentes. En la mayoría de los casos, los puñetazos no dejaban más que cortes y magulladuras; un apretón de manos y una despedida ponían fin al asunto. Una muerte, concluye, no suele ser premeditada, requisito indispensable para que se acuse de asesinato. También suplicó a Su Gracia, el Duque, que tuviera en cuenta la creencia de la gente de Provenza de que cualquier hombre que cometiera un crimen en el tercer día del Mistral debía ser declarado inocente. Estaba en juego la reputación del magistrado y, por extensión, la del duque como juez que dictaba sentencias justas e imparciales.

El día de la comparecencia de Rainfroy, el duque, vestido con una larga y sencilla toga negra, una estola blanca de piel de armiño y una cadena de eslabones de oro, se sentó majestuosamente en una silla ceremonial de roble muy tallada. En la sala revestida de madera, un gran escritorio se interponía entre él y un sencillo asiento inferior para los acusados.

El Papa Clément había nombrado a Albornoz Juez Delegado de oficio para conferir así su autoridad judicial papal a su Cardenal. Pero a la llegada del clérigo al castillo, había sido avisado, inequívocamente, por el Duque,

"Sea bienvenido, Cardenal Albornoz, y reconocemos la estima que le tiene el Santo Padre. Sin embargo, sepa que como Duque de Provenza, mi decisión, en virtud de mi posición ducal, es definitiva".

Albornoz no dijo nada.

"¡Guardia! Traed al acusado", ordenó el duque. Un soldado empujó a Rainfroy, con las manos encadenadas, bruscamente a la sala.

"No es necesario. Quítenle los grilletes".

Rainfroy se frotó las muñecas en carne viva y empezó a temblar incontroladamente de miedo, temiendo lo que pudiera ser de él.

"Puedes sentarte, Rainfroy. Veo que no estás en condiciones de estar de pie".

"Gracias, señor". Se sentó, y el temblor disminuyó un poco.

"Hemos examinado todos los detalles de su caso y hemos tenido en cuenta el efecto innegablemente poderoso del Mistral soplando en su tercer día, es decir, lo que puede obligar a un hombre a hacer. En consecuencia, le declaramos inocente de asesinato, pero culpable de reyerta grave. Será encarcelado en nuestra prisión de Arles durante un año. Guardia, llévese al prisionero. Cardenal Albornoz, le agradecemos su presencia".

La mandíbula de Albornoz cayó de consternación y rabia, pero diplomáticamente, se inclinó, dio media vuelta y abandonó el despacho del Duque.

Conduciendo su coche de caballos en el viaje de regreso a Aviñón, el Cardenal descargó su ira sobre la pobre bestia, azotándola con su látigo, pero innecesariamente fuerte. No podía aceptar que Rainfroy no se enfrentara a la horca como debía, a sus ojos. Su mente se agitaba, una miríada de emociones pero dominada por la de la sed de sangre, su búsqueda de ver el castigo infligido cada vez que cualquier hombre transgredía: lo buscaba para satisfacer su proclividad a la justicia y, en consecuencia, para animar a los demás. Pensaba,

El mundo de Marius y del Duque está muy lejos del que yo habito, y me temo que el corazón moral de Aviñón corre el riesgo de ser destruido por la debilidad del Magistrado. Es mi deber, es más, mi vocación, remediar la situación antes de que sea demasiado tarde. Después de todo, esa es la razón por la que Clément me trajo aquí".

Unos días más tarde, llamaron a la puerta del magistrado. Un muchacho de Palacio le entregó una hoja de pergamino enrollada.

Marius la desenrolló y la leyó, levantó la vista y la leyó por segunda vez.

"¿Qué dice?" preguntó Alice a su marido.

"El Papa Clément quiere hablar conmigo, contigo y con Carel. Dice que es un asunto de interés inmediato. Tenemos que presentarnos ante él mañana".

CAPÍTULO VEINTITRÉS

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, FINALES DEL VERANO DE 1350

"E l Santo Padre le recibirá ahora. Por favor, pasen", anunció el asistente del Pontífice en la puerta del estudio. Alice, seguida de Marius y Carel Rostand, entraron, inclinándose respetuosamente al acercarse al escritorio.

"Siéntense". Obedecieron y se sentaron en tres sillas duras; a Clément no le gustaba que sus visitantes se sintieran demasiado cómodos.

Vestido con su traje de casa, una sotana blanca, cuya simbólica sencillez rompía una cruz pectoral suspendida de un cordón de oro, les dedicó una sonrisa forzadamente afable e inquietante cuando, a su izquierda, como salido de la nada, apareció el cardenal Albornoz, cuyo rostro no indicaba la menor emoción.

No me gusta el semblante de Clément, es demasiado amistoso, y no esperaba a este tipo, Albornoz. Me pregunto a qué viene todo esto". pensó Marius.

El clérigo supremo, como se le conocía informalmente, rompió el silencio.

"¿Puedo ofrecerle vino? Es una buena cosecha que reservo para ocasiones especiales, ¿o es demasiado temprano?".

Alice le dio un codazo en las costillas a Marius como para despertarlo.

"Ah, eso sería muy agradable", respondió él bruscamente.

"Excelente. Sobre el escritorio, los únicos objetos aparte de una

enorme biblia eran vasos y una botella verde oscura, con el corcho flojo en el cuello, lista para verter. Luego miró a Albornoz, que se levantó y procedió a llenar los vasos con un rico vino tinto. Entregó una a cada uno de los tres miembros de la judicatura de Aviñón, cada vez más curiosos. Antes de que tuvieran tiempo de beber un sorbo, Clément se levantó, con las manos religiosamente juntas justo debajo de la cruz.

"Hoc vinum benedicte Domino. Amén".

"Bendice este vino, Señor", tradujo Marius el latín para sí mismo.

"Amén", repitieron todos.

"Les agradecemos su asistencia. Este es mi Cardenal Consejero, Albornoz".

El Cardenal permaneció impasible. Alicia miró severamente al Papa, musitando,

"La última vez que estuve en esta sala fue para decirle que nuestra relación tenía que terminar. Tampoco le hizo mucha gracia, si no recuerdo mal. Apenas podía mantenerse en pie después de una mañana de láudano. Salí corriendo de aquí para encontrarme con Marius en la cabaña del bosque de Rocher des Doms. Estoy segura -pensó, caprichosa- de que he tomado la decisión correcta".

Clément reanudó,

"Desde el año nuevo, siguiendo mis instrucciones, Albornoz ha observado cuarenta o más audiencias en la sala. Usted no habrá sido consciente de ello, ya que ha vestido ropa ordinaria, no sus hábitos religiosos, sentado entre la gente, de forma anónima, por lo que el desarrollo de los asuntos no se vería comprometido en modo alguno por la presencia de mi representante." Hizo una pausa para beber un poco de vino. "Mi Curia me informa de que los ingresos, en forma de multas impuestas por tu buen servidor, Marius, han disminuido significativamente respecto al año anterior, cuando el viejo era Magistrado. La única razón lógica para esta disminución es que menos hombres son declarados culpables de sus cargos y, por lo tanto, no pagan nada en multas. Dicho esto, invito al cardenal

Albornoz a informar de sus observaciones."

"Gracias, Santo Padre. Comenzaré refiriéndome al caso reciente de un hombre que mató a un compañero en una reyerta. Su esposa impugnó el veredicto inicial de culpabilidad del magistrado, citando un antiguo mito según el cual soplaba el viento Mistral, una condición meteorológica capaz de volver loco a un hombre, incapaz de tomar decisiones adecuadas. ¡Nunca había oído semejantes cosas y tonterías! Merecía la pena capital por su crimen, si es que alguien la merecía, pero el Duque -a instancias del Magistrado- dictó una sentencia de sólo un año de cárcel."

"Albornoz", comenzó el Papa, "debemos respetar la supremacía de Su Gracia en asuntos legales. Permítame sugerirle que usted es un tipo del viejo mundo en lo que a retribución se refiere, y esto le diferencia de nuestro actual Magistrado."

"Podría decir eso, Santo Padre, pero mi educación y muchos años de servir a la Iglesia en diversas capacidades me han convencido de que el bien y el mal nunca se encontrarán. Hay cosas que no cambian".

"Bastante", dijo Clément pensativo, "pero continúe".

Las miradas de Marius, Alice y Carel se clavaron en el Cardenal, expectantes y, por el momento, ignorantes de la agenda del hombre.

"Como se ha dicho, a lo largo de varios meses he visto comparecer ante el Magistrado a rufianes, vagabundos, ladrones, rateros, vendedores ambulantes deshonestos... toda clase de criminales. Las sentencias dictadas eran, sin excepción, excesivamente indulgentes y no podían servir de disuasión a los delincuentes potenciales. Esa, Santo Padre, es la razón, por encima de cualquier otra, por la que los delitos contra la ley en nuestro justo Aviñón no son muchos menos de los que son. La nueva sala de audiencias es adecuada: los asientos para el público están correctamente dispuestos; desde su atril, el Juez tiene una buena vista del lugar; los acusados son tratados siempre con consideración, como debe ser; el Magistrado está hábilmente asistido por su esposa, Alice, y por Monsieur Carel Rostand, ambos presentes hoy. Todo esto está muy bien, pero no cuenta para nada si no se mantiene con castigos apropiados."

Alice y Carel intercambiaron miradas, sorprendidos por las críticas de Albornoz. Ella miró a Clément con complicidad, como diciendo: "Tú y tu cardenal deberíais tener cuidado. Recuerda lo que podría revelar sobre nosotros". Pero se mordió la lengua y guardó silencio. Clément se levantó.

"Tomo nota de sus comentarios, Albornoz". Luego miró directamente a Marius.

"La Iglesia, a través de su ministerio, oración y confesión, comparte la misión de la Justicia de hacer cumplir las leyes de Aviñón. Con este fin, nos interesan mucho las penas que imponéis, pero nos preocupa la tolerancia inadecuada, a la que se ha referido nuestro Cardenal. Confiamos en que tratará seriamente este asunto. La reunión ha concluido".

"¡Maldito Clément! Está del lado de Albornoz, si no me equivoco, y le importan una higa mis opiniones", pensó Marius.

Los tres visitantes se inclinaron y abandonaron el estudio del Pontífice, cabizbajos y perplejos. De vuelta a casa, reflexionaron sobre su audiencia con el Papa y su Consejero. Marius habló en tono suave.

"Creo que Albornoz, y por extensión Clément, habita un mundo punitivo y vengativo. Cita tal o cual versículo de las Escrituras para apoyar su creencia en la flagelación y la horca, pero, según mi experiencia, llegaremos a una sociedad más compasiva, que comprenda que hay una forma de vida mejor que el crimen. No siempre lo conseguiremos, por supuesto, pero eso no debe desanimar a nuestra magistratura. Cumplimos nuestros deberes en el mundo real, no enclaustrados en la fortaleza de Palacio. Veo el valor de que un hombre pida perdón a su víctima, se disculpe y cumpla una penitencia comunitaria. Si le declaramos culpable de tal o cual transgresión, ¿no merece más la pena trabajar en su campo, barrer su patio o ayudar a una anciana a llevar sus compras a casa desde el mercado que pasar un día en el cepo o una semana en la cárcel?".

"Tienes razón, esposo, pero intuyo que hay quien no está de acuerdo, y frecuentan las altas esferas del pueblo".

"Albornoz no ocultó exactamente lo que quería decir", añadió Carel.

"Puede ser, pero me niego a doblar la rodilla ante sus gustos sólo porque lleven un título elegante. La víctima de un delito no siempre encontrará en sí misma el modo de perdonar al delincuente, pero sin embargo, lo que llamaré justicia reparadora, a falta de una descripción mejor, puede ser una herramienta muy valiosa. Yo lo vería como un complemento de la pena, no como su sustituto, así que no puedo parecer tímido, ¿verdad? Hemos conocido, los tres, a una víctima que quería explicar al autor del delito el efecto que la fechoría había tenido en él y en su familia, con la esperanza cristiana de que el hombre no reincidiera. Una reacción tan positiva se debe, al menos en parte, al clima de equidad que estamos creando para los Aviñonenses. El mundo de Clément y Albornoz no es el nuestro, pero eso no es motivo para sucumbir".

Los otros dos expresaron su acuerdo. Ella había visto a mujeres caídas cambiar de vida; él había conocido la gratitud de un hombre al encontrar un empleo honrado. El triunvirato creía, sincera y apasionadamente, en el camino que estaban tomando.

Solo en su casa, Albornoz se sintió de pronto totalmente aislado. Contemplaba los acontecimientos del día, pero cuanto más pensaba, más se agravaba su estado de ánimo, que pasaba del fastidio a la cólera y la rabia. No podía, ni quería, rebajar sus opiniones profundamente arraigadas sobre cómo debía llevarse una buena vida cristiana, y desde luego éstas no se correspondían con las de Marius. Luchó por controlar un estado de ánimo agitado.

'No puedo concebir cuál será mi viaje después de Aviñón, excepto que será al servicio del Buen Dios, así que no tengo miedo de lo que estoy haciendo mientras la Iglesia, en su sabiduría y benevolencia, considere apropiado perpetuar mi posición'.

Encendió una vela, se sentó en su escritorio y abrió su biblia.

'El Magistrado cree que mostrar misericordia siempre que sea posible es preferible a un castigo que enseñe mejor la lección al criminal.'

Llamaron a la puerta.

"Señor, el Santo Padre desea hablar con usted sobre asuntos de la Iglesia".

"¿Qué?", fue la respuesta. "¡Dígale que estoy ocupado!"

"¿Está seguro?"

"¡Por supuesto, estoy seguro! Váyase".

Tal era la angustia del Cardenal que no se dio cuenta de la falta de respeto que su mensaje iba a transmitir. Pasó un dedo por los versos de Samuel.

"¡Ah!" y leyó,

"David dijo a Gad: 'Estoy en profunda angustia. Caigamos en manos del Señor, pues es grande su misericordia, pero no me dejes caer en manos humanas'".

Había elegido el versículo al azar, y tartamudeó,

"¡Incluso David, el gran rey de los judíos, rehuyó la misericordia mortal que sólo Dios puede conceder!". Entonces llegó a los Salmos, donde encontró,

"La rectitud y la justicia son el fundamento de Tu trono; la misericordia y la verdad van delante de Tu rostro".

"¡Otra vez! La misericordia no está en el don del hombre. ¿Me oyes, Marius?"

Hubo otro texto en particular que buscó, y finalmente, lo tuvo en el profeta Zacarías.

"...muestra misericordia y compasión, pero ejecuta primero la verdadera justicia."

Por tercera vez, el libro sagrado reivindicó su filosofía.

"¡Mire las Escrituras, magistrado! ¡Le dicen que dicte una sentencia

realmente castigadora antes de llegar a su predilección por la clemencia! Pero, ¿cómo puedo persuadirle para que declare culpables a más personas? Si yo, el humilde Albornoz, puedo resolver ese enigma, mi recompensa estará asegurada en el Cielo'.

Aquella noche, su sueño se interrumpió mientras sus pensamientos lidiaban con el dilema al que se enfrentaba, y se despertó temprano, todavía muy preocupado y sin respuesta. Entonces, como una revelación del Reino del Señor, llegó una estratagema, un camino a seguir. Sentado como un poseso en su cama, habló, con las cuatro paredes como único auditorio.

"En todas las vistas a las que he asistido, los acusados han sido absueltos o condenados a una pena simbólica. Esto se debe a que el magistrado cree en la rehabilitación y la justicia reparadora. Pero también se debe a la ausencia de testigos que avalen la culpabilidad del hombre y, por tanto, constituyan una acusación sólida. Si hubiera tales testigos, Marius se vería obligado a pronunciar un veredicto diferente que reflejara la transgresión del malhechor. Así que compraré hombres para desacreditar la declaración de inocencia del acusado: ¡cada uno tiene su precio! Puedo arreglarlo para que el tribunal no sospeche ninguna estratagema. Ahora, ¿dónde encontraré candidatos adecuados? ¡Ah, ya lo tengo! Nuestros párrocos conocen a la gente común y me darán los nombres de miembros de su rebaño que, cómo les diré... necesitan iluminación espiritual y serán aconsejados por mis colegas cardenales. Nadie cuestionará tal misión evangélica, y para mi ventaja, estos hombres serán pobres y estarán dispuestos a aceptar un pago -algunos podrían llamarlo soborno; yo lo veo como el Señor moviéndose de maneras cada vez más misteriosas- para llevar a cabo mis instrucciones."

El Cardenal no tuvo dificultad en obtener de sus párrocos los nombres de las almas caídas. A continuación, se reunía con ellos cara a cara. Los sacerdotes también le habían indicado las tabernas que frecuentaban.

El primer caso que eligió Albornoz se refería a un carterista, y pronto encontró a su testigo. Disfrazado con una túnica desgastada y unas botas que dejaban pasar la lluvia del más leve chaparrón, ejecutó su plan.

"Permítame rellenar su jarra. ¡Señor! ¡Por aquí!"

"¿Quién es usted? No te conozco, ¿verdad?"

"No, pero eso no importa. Tengo una proposición que le interesará. ¿Dejarías pasar la oportunidad de ganar dinero fácil?".

El hombre se incorporó de inmediato, mirando fijamente a Albornoz.

"No lo haría. Pero depende..."

"Depende de las monedas que tengo aquí". El cardenal sacó una bolsa de su túnica y la agitó. El tintineo del dinero hizo que el hombre abriera los ojos de par en par y mantuviera su atención como el hierro a un imán.

"¡Aquí hay suficiente para mantenerte en cerveza durante un año!"

"¿Qué tengo que hacer?"

"Más bien eso. Acércate, no deben oírnos".

Explicó en un susurro que se sentaría con el público en la sala del tribunal el próximo viernes. Esperaría hasta que el magistrado invitara a los testigos a hacer comentarios.

"En ese momento, se levantará y anunciará: 'Quiero hablar. He visto a ese hombre en el banquillo robando. Se acerca sigilosamente por detrás de alguien, le mete la mano en el bolsillo y se va con lo que encuentra. Lo vi la semana pasada en el mercado... siempre está robando'. ¿Puedes hacer eso?"

"Sí, claro que puedo".

"Bien. Entonces, este viernes por la mañana en el juzgado. Te daré la mitad del dinero ahora y el resto cuando lo hayas hecho. Ten en cuenta, amigo mío, que estaré vigilando, y será más de lo que te cueste la vida si me fallas. ¿Entendido?"

"Entiendo. Ahora, dame el dinero".

Albornoz vació la mitad del contenido de la bolsa en el bolsillo del hombre, se levantó de la mesa y se marchó. El encuentro le entusiasmó, confiado en que, al ser interpelado con el testamento, Marius se vería obligado a dictar un veredicto severo: se haría justicia, por fin.

El día de la vista del carterista, Albornoz se sentó, con la identidad oculta, al fondo de la sala. Los procedimientos siguieron su curso normal, y Marius preguntó,

"¿Hay alguna persona presente que desee hablar a favor o en contra del acusado?".

Tras un silencio durante el cual el cardenal temió que su plan fracasara, el hombre al que había sobornado se puso en pie y comenzó a hablar según las instrucciones y condenó al carterista de forma inequívoca. Asombrado, Marius consultó con Alice y Carel, y luego, de cara a la sala, declaró culpable al hombre. Esto no sorprendió a los presentes, pero continuó y dictaminó que el hombre pasaría tres días en el cepo de la ciudad, desde el amanecer hasta el anochecer, y que los ciudadanos de Aviñón podían acribillarle con fruta podrida blanda a su antojo. Los ciudadanos de Aviñón pueden acribillarle a fruta podrida a su antojo. Albornoz pasó desapercibido junto al resto del público.

Apenas podía contener el placer por lo bien que había funcionado su engaño, aunque no podía compartirlo con un alma viviente. A la semana siguiente, el dueño de una taberna de un barrio pobre de la ciudad fue acusado de vender cerveza aguada para aumentar sus beneficios a costa de sus clientes. El cardenal pagó a un segundo hombre -tan deshonesto como el que estaba en el banquillo- para que hablara, de nuevo, y jurara que había visto al propietario verter agua en un barril de su patio e incluso alardear de su fraude ante sus amigos.

Marius, ante semejante evidencia, no tuvo más remedio que imponer una fuerte multa y hacer clavar un aviso en la puerta de la taberna proclamando su vergonzosa duplicidad. Podría haber dejado en libertad al hombre con una severa advertencia en cuanto

a su comportamiento futuro, pero ahora no podía hacerlo, dada la declaración hecha ante el tribunal. Albornoz sobornó a un testigo falso tras otro, semana tras semana, provocando que Marius emitiera veredictos que iban en contra del modus operandi ilustrado y compasivo que esperaba que personificara su mandato como juez de la capital de Provenza.

"Siéntese, Albornoz", le dijo el Papa Clément a su Cardenal. "No le distraeré indebidamente de sus obligaciones. Ha llegado a mi conocimiento que el Magistrado ha estado tratando adecuadamente, por así decirlo, con el elemento malhechor de nuestro entorno. Su cambio de opinión es, digamos, bienvenido. La Curia pronto verá aumentadas sus arcas, y se enviará un mensaje apropiado al populacho. Usted y yo hemos deliberado y, a veces, agonizado sobre la anterior insuficiencia de la legislatura."

"Así es, Santo Padre".

"Sí. Entonces... Umm... bueno, no tengo ni idea de por qué ha ajustado su sentencia más a su preferencia y a la mía. Que conste que el Pontífice lo aprueba". Miró escrutadoramente a Albornoz, cuya expresión no traicionaba emoción alguna.

Albornoz consideró: "Cuantos menos hombres sepan de mis falsos testigos, mejor será el resultado para la aplicación de la verdadera justicia. No me atrevo a pensar qué sería de mí si me descubrieran".

CAPÍTULO VEINTICUATRO

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, OTOÑO DE 1350

El verano de 1350 se adentra inexorablemente en el otoño. El feroz sol provenzal se atenúa para convertirse en un calor suave, más apacible, que baña la vieja Aviñón con una suave luz que se refleja en la arenisca amarilla tan característica de los edificios de la ciudad. Amanece más tarde y anochece antes que en los meses anteriores; el calor residual del día se disipa en las noches frías. Era la época de reponer los troncos de la familia para encender el fuego en el hogar y pasar las horas después de la cena alrededor de su alegre y reconfortante llama. Pero no todas las familias tenían los medios para una cena decente o leños, para lo cual tenían que viajar fuera de la ciudad y acarrearlos de vuelta. Los únicos bosques intramuros se encontraban en el Rocher des Domes, pero la extracción de madera estaba estrictamente regulada por el palacio, que concedía licencias de tala a los que podían permitirse ese privilegio, como los carpinteros de la catedral o los astilleros de los muelles. Cualquiera que fuera sorprendido robando madera del Rocher podía recibir una sanción del Magistrado e, igualmente, de la Curia.

A diferencia de la estación, algunas cosas en Aviñón no cambiaban. El Mistral podía rugir en cualquier momento, derribar los pajares o levantar las tejas de los tejados. A pesar de los buenos oficios del Magistrado, los carteristas seguían robando y los hombres encontraban motivos para pelearse. Las imponentes residencias de mercaderes acomodados se encontraban incongruentemente junto a casitas destartaladas habitadas por familias que luchaban por ganarse la vida. Y al igual que la diferencia física de riqueza podía verse, también podía oírse en los cotilleos del mercado o la taberna. Tras la investidura de Marius como Juez, el pueblo se mostró entusiasta y solidario con su labor, y los carteristas y pendencieros -

e incluso los ladrones de madera- sintieron cierta confianza en virtud de las indulgentes sentencias del Magistrado: reconocían que era justo y que estaba de su parte. Pero ahora, llegado el otoño, el ambiente en la ciudad había cambiado. Marius Nerval esgrimía un arma de doble filo: condenado si dejaba escapar al acusado con demasiada ligereza, y condenado si lo castigaba con demasiada severidad. Pidió consejo a Alice y a Carel, los otros dos de su triunvirato.

"Son tiempos difíciles para usted como magistrado", le dijo Rostand alrededor de la mesa tras una cena tomada con el joven Fabien arropado en su cama.

"Eso no lo puedo negar", respondió, "pero desde mi primer caso, he invitado a los testigos a presentarse. Una vez hecho esto, tengo la obligación moral y legal de que el pueblo escuche su voz. Luego tengo que prestar atención a esa voz y llegar a mi veredicto en consecuencia".

"Lo haces, y eso te honra, Marius", concluyó su amigo y colega, "aunque tantos transeúntes y testigos presten su testimonio y te fuercen la mano. Podríamos estar volviendo a los viejos tiempos de la brigada de colgarlos y azotarlos que buscan ahorcamientos públicos y azotes en las plazas si las cosas siguen así. He vivido aquí muchos más años que tú, Marius, y lo he visto con mis propios ojos".

"Pero yo no dicto sentencias como ésas".

"Puede que no, pero te están arrancando casi de cuajo la compasión y la mentalidad, y quién sabe dónde acabará".

"Carel tiene razón", interviene Alice, "parece que muchos testigos se han levantado desde que el cardenal Albornoz llegó a Aviñón. Sin embargo, él sólo informa de lo que observa a Clément".

"¡Ya lo sé!" replicó Marius, subiendo el tono. "Y nuestra estimación, por parte de un populacho que lleva la voz cantante, determina si tenemos éxito o fracasamos. Dependemos de su apoyo, que, me temo, está bajo mínimos. Entonces, ¿debo ignorar a los testigos?"

"¡Por supuesto que no!" contestó Alice. "Tenemos que perseverar con la mayor honestidad, sinceridad e integridad posibles. Sólo podemos juzgar a los acusados con las pruebas que tenemos ante nosotros. Sin embargo, últimamente, mujeres que conozco se me han cruzado por la calle diciendo, y no en voz baja: "Su marido les está demostrando a esos rufianes que con él no se juega", y "No se saldrán con la suya cuando Marius esté al mando"."

Albornoz siguió sobornando testigos sin que nadie sospechara de él; su serio desafío a la justicia crecía a buen ritmo. Al encontrar a otro candidato adecuado, una vez más en una taberna, confirmó que el hombre, un tal Criou, actuaría según sus instrucciones a cambio de una bolsa de monedas.

"¿Tienes claro lo que tienes que decir?"

"La gente piensa lo contrario, pero no soy ningún cabeza hueca, créeme".

"Te creo", dijo Albornoz en voz baja con una sonrisa que pretendía engatusar a su hombre. Le entregó la bolsa, encogiéndose de hombros ante la más mínima duda sobre la torpeza del hombre, y Criou la estrechó, levantando inmediatamente la nariz.

"Es sólo la mitad del dinero. El resto te lo dan después, ¿ves?".

Criou apretó los labios como si fuera a discutir, pero se abstuvo.

El viernes por la mañana, la sala estaba abarrotada. Las personas que habían desafiado el frío otoñal para ser las primeras en hacer cola fuera fueron recompensadas ocupando los bancos delanteros más cercanos al banquillo para tener una buena vista. En los últimos meses, las vistas se habían convertido en un entretenimiento lúgubre: toda leche de bondad humana se había agriado, con un número cada vez mayor de hombres presuntamente culpables que recibían duras condenas. Ahora era un deporte, una distracción, una algarabía ver cómo el pobre desgraciado hacía

muecas, cómo se le notaba cada gota de sudor en la frente. Se retorcía las manos, manteniéndolas juntas, retorciéndolas y girándolas por la preocupación y la desesperación, esperando oír su destino. Incluso antes de que el magistrado hubiera hablado, destilaba tristeza con cada leve movimiento de su cuerpo, lamentando su suerte, una que no podía determinar.

Hasta que se desarrollaron los procedimientos, los detalles sobre el crimen eran escasos: sólo el nombre del hombre y el robo del animal, escritos en carteles colocados por toda la ciudad. Eso fue suficiente para que las lenguas se movieran y los rumores abundaran. El animal citado podía ser cualquier criatura, desde un gallo hasta un cochinillo; se suponía que el hombre era un criminal implacable en serie, y su familia podía ser condenada al ostracismo incluso antes del veredicto. Marius, Alice y Carel Rostand trataron precisamente de reducir esta condena intolerante, con la esperanza de que la ilustración nacida de la equidad prevaleciera para crear una sociedad mejor para los hombres, las mujeres y los niños de Aviñón.

Marius, de pie ante el atril, bajó el mazo para silenciar la sala. Alice se sentó a un lado, Carel al otro: el triunvirato. Fue necesario un segundo golpe antes de que el Magistrado pudiera comenzar.

"Díganos su nombre.

"Martin", fue la respuesta.

"¿Es el de su familia o su nombre de pila?".

El hombre nervioso, con el ceño fruncido, respondió,

"¿Señor? Me llaman Martin".

"Eso bastará, entonces", decidió Marius, anotándolo en una hoja de pergamino en su atril.

"Entonces, Martin, el granjero sentado a mi izquierda te demanda y sostiene que robaste un animal de sus tierras".

"Entonces, me declaro culpable, señor. Sé que mi acción es imperdonable bajo la mirada del Señor y a los ojos de la Justicia."

"Tu confesión, Martin, sería penitencia en sí misma. ¿Aceptas devolver el animal a su dueño?".

"Sí, señor, y he aprendido la lección. No volveré a robar nunca más. Ruego el perdón del tribunal y del granjero".

"Estoy seguro de ello. Ahora, antes de dictar sentencia, ¿hay algún testigo que quiera hablar?".

El hombre de Albornoz se levantó y anunció con confianza,

"Yo, si le place al tribunal soportar mi historia que concierne..."

"No hace falta tanto lenguaje rebuscado. Hable claro, hombre".

"Sé que un día, Martin no tiene animales, pero al siguiente hay dos ovejas en su campo. Las vi, de verdad".

Martin se agarró al borde del muelle, con los nudillos blancos y el cuerpo tembloroso.

"¡Magistrado! ¿Qué está diciendo? He admitido mi culpa, mi fechoría al llevarme una vaca. Esperaba que el granjero no notara que faltaba una de su rebaño".

"¿Ha dicho... que vio... dos... dos... ovejas?". preguntó Marius al hombre corrupto, haciendo una pausa después de cada palabra.

"Así es".

Marius le lanzó una larga mirada interrogativa. Empezaron los codazos, los susurros y las risitas; las carcajadas se convirtieron en risas, las caras sonrieron y sonaron los aplausos.

"¡Basta ya! Silencio en la sala", gritó el magistrado y, tras una embarazosa espera, se calmó el bullicio. Marius volvió a mirar al testigo.

"Dinos, ¿cómo te llamas?".

"Criou, señor".

"Criou, nos has dado tu testamento, una declaración que, entre las cuatro paredes de esta sala, debe ser veraz, tan sacrosanta como una confesión de pecado ante el altar de una iglesia. ¿Lo entiende?"

"Entiendo.

Las carcajadas volvieron a llenar el aire y, como antes, resonaron los aplausos. Albornoz no daba crédito a lo que oía. Sus testigos, una y otra vez, habían hablado y obligado al Magistrado a revisar su indulgente castigo inicial en uno duro y riguroso, luego este hombre, Criou, no podía seguir una simple puja. ¿Y ahora qué? se preguntó. Debería haber escuchado mis dudas. Este imbécil arruinará todos mis planes".

Marius esperó, sin decir nada, hasta que el clamor se calmó, entonces,

"¡Criou, confío en que no desacatarás intencionadamente a este tribunal!"

"No sé qué significa eso, pero juro que no lo haría". La sala se echó a reír.

"¿Acepta que las vacas y las ovejas son animales diferentes?"

"Por supuesto que sí".

"Entonces, ¿cómo explica que haya una vaca en el campo de Monsieur Martin, repito, una vaca? Esto es un hecho. Le pedí a mi ayudante, Rostand, que investigara antes de la vista de hoy, y me ha informado de que hay, no lo sabe, una vaca en posesión de Martin. ¿Cómo se explica que esta bestia se haya metamorfoseado a partir de dos ovejas?".

"¿Qué? Ah, ya veo lo que quiere decir". Su rostro enrojeció con gotas de sudor formándose en su frente que secó con su manga.

"Quise decir una vaca, señor, no sé en qué estaba pensando...".

"¡Yo tampoco!" interrumpió Marius, y entonces un silencio

expectante envolvió la sala: la gente se dio cuenta de que la divertida escena que acababan de ridiculizar era cualquier cosa menos humorística: era ridícula, extraña y notable.

"El magistrado se ha empeñado en dar una segunda oportunidad a los delincuentes, ¿qué hará ahora?", dijo un hombre en voz baja a su vecino.

"Eso no lo sabe nadie", fue la flemática respuesta.

Marius miró fijamente a Criou. Sus ojos se clavaron en él tan profundamente que derritieron su alma interior. Hizo señas a Alice y a Carel para que se reunieran con él en un corro y llegaran a una conclusión meditada. Tras una breve deliberación, se volvió hacia el tribunal.

"Su testimonio, hemos decidido, es, por la razón que sea, falso. Usted afirma haber visto un animal completamente distinto al que claramente fue secuestrado de las tierras del granjero. En resumen, ¡es usted un mentiroso!". El público se quedó boquiabierto ante el drama que se desarrollaba ante ellos. Marius continuó,

"Martin, teniendo en cuenta las pruebas inconsistentes que se nos han presentado, tenemos la intención de desestimar la acusación contra usted." El acusado miró al magistrado, con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

"Es usted libre de irse, pero con una condición: si hubiera, por casualidad, una vaca en su propiedad, de alguna manera encontrará el camino de vuelta al campo del granjero, para que nadie acabe peor por la historia".

El hombre se limitó a asentir, demasiado emocionado para hablar.

"Criou, espero que no vuelvas a cruzarte en nuestro camino. Lo lamentarás si lo haces".

Concluidos estos extraordinarios procedimientos, la sala se vació. Dos calles más allá, Albornoz alcanzó a Criou, le agarró del brazo y le arrastró a un callejón donde no les verían. Empujó al sorprendido

hombre contra la pared con una mano, y con la otra se lanzó a la yugular, apretando con fuerza la garganta, hundiendo las uñas en la carne. Criou balbuceó, intentando respirar pero sin conseguirlo. El cardenal lo mantuvo en esa posición hasta que su rostro cambió de color, pasando a un tono rojo y luego púrpura. Cuando le soltó, Criou tragó aire, con los ojos desorbitados y la boca llena de saliva.

"No has cumplido tu parte del acuerdo, ¿verdad?". dijo Albornoz con los dientes apretados, metiendo bruscamente la rodilla entre los muslos del hombre, haciendo que se doblara.

"¡Levántate! No debería haber confiado en ti desde el principio, y ni que decir tiene que no recibirás el resto del dinero". Con este mensaje de despedida, Albornoz asestó dos duros golpes en el plexo solar de Criou y se alejó dejando al testigo desplomado en el suelo. Al cabo de unos minutos, el hombre recupera la compostura y se levanta.

"¡Cabrón! Me vengaré de los míos", prometió, luchando por respirar.

Marius, Alice y el joven Fabien estaban desayunando en la mesa cuando llamaron a la puerta. Alice la abrió esperando a alguien, pero no había nadie ni a derecha ni a izquierda, sólo un trozo de pergamino en el suelo que recogió y llevó al interior.

"¿Qué es eso?" preguntó Marius.

"Es una nota".

"Qué raro, pásala aquí". La hoja estaba arrancada de uno de los avisos del Papa o del Magistrado que se exhibían por la ciudad. Garabateado en el reverso con una mano rota estaba escrito: "Hombre pagó a Criou - testigo".

Marius lo leyó en voz alta: "Hombre pagó a Criou - testigo".

"¿Qué diablos significa?"

Alice, igualmente perpleja, respondió,

"Criou fue el hombre que mintió en nuestro tribunal, ¿no?"

"Cómo olvidarlo", murmuró Marius. "¿Hombre? ¿Pagó? No tiene sentido. El asunto fue inquietante, por decirlo suavemente, así que enviaré a Carel a buscar a Criou e indagar más".

Dos días después, Carel se reunió con Marius.

"¿Tuviste éxito?"

"Sí. Pregunté en algunas tabernas y luego lo localicé en una pobre cabaña cerca del muelle, más una choza que una casa, así que puedo entender por qué se vio arrastrado al engaño por el señuelo del dinero".

"¿Le explicó lo de la nota?"

"Parece que alguien le convenció para que asistiera a la vista, para que se presentara como testigo, y eso es lo que hizo, excepto que se equivocó de animal - como sabemos, es de inteligencia limitada. El hombre le pegó, así que busca venganza".

"¿Conocía a este extraño?"

"No, pero me lo describió y enseguida reconocí quién era: alto, delgado, nariz larga".

"¡Albornoz!"

"¡Tiene que ser!" Marius concluyó. "Y si Criou ha sido pagado para dar falso testimonio, ¿hay otros?".

Los dos hombres se dieron cuenta enseguida de que habían descubierto una situación desagradable, inmoral, ilegal, pero que no podían ignorar. Se trataba de un problema que les había frustrado durante muchos meses. Así que volvieron a las audiencias desde que Marius se había convertido en Magistrado, con tal cantidad de testigos aportando pruebas que forzaron su mano a dispensar penas más duras de lo que su corazón deseaba. El difunto Juez, en sus primeros contactos con Marius, había insistido en la función esencial que cumplía el mantenimiento de registros precisos. Recordaba que el anciano le había dicho,

Ahora, jovencito, si vas a tener éxito dirigiendo la oficina del puerto, asegúrate de que tienes tus columnas marcadas en el libro mayor. Verás, la primera columna es la fecha, la segunda el nombre del barco, la tercera las mercancías traídas, y así sucesivamente. No te arrepentirás".

Y no se arrepintió. Había anotado el nombre de todos los testigos desde que ocupaba su puesto.

"Creo que sabemos lo que debemos hacer ahora", dijo Carel con determinación en la voz.

"Lo sabemos. Haz una lista de los testigos que sospechamos que fueron sobornados por Albornoz. Encuéntralos y pregúntales si eso ocurrió, y -creo que nos ayudará- diles que se respetará su anonimato y que no se presentarán cargos. Eso debería soltarles la lengua. Sólo necesitamos que confirmen que fue Albornoz".

"Empezaré ahora mismo", dijo Carel, cogiendo el libro de tribunales de la estantería, y añadió: "Necesitará algo de tiempo, tenga en cuenta; tenemos sus nombres pero no sus direcciones".

"Confío plenamente en usted, amigo mío".

El magistrado adjunto localizó diligentemente el paradero de quince de los veinte testigos citados. Preguntó por ellos en las tabernas y posadas, en el mercado, en el patio del albañil, e incluso entre la ya disminuida compañía de mendigos. Su duro trabajo dio el resultado que él y el magistrado esperaban: trece hombres y mujeres confirmaron que habían recibido dinero de un hombre misterioso, alto y delgado, con una nariz larga y fina.

"¿Cree que el Santo Padre estuvo implicado en este -" Carel hizo una pausa, “¿crimen?".

"No podemos decirlo, pero estamos obligados a informarle de que un alto miembro de su Curia es, a falta de una palabra mejor, un delincuente".

"Estoy completamente de acuerdo". Marius experimentaba un torrente de emociones: sorpresa, incredulidad, ira y decepción. Se

sentía abatido por el hecho de que su sincero planteamiento de gobernar Aviñón se viera amenazado por Albornoz y, por extensión, por la propia Iglesia. Incluso antes de que pudiera concertar una audiencia con el Pontífice, los rumores eran inevitables, dado el número de personas implicadas. Las mujeres que lavaban la ropa en las rocas de piedra que bordeaban el arroyo especulaban - chismorreaban, para ser más exactos- sobre las disputas en la sala del tribunal. Los bebedores de las hospederías discutían sobre un alboroto que se levantaba en el Palacio; los trabajadores del cantero elevaban una desavenencia local entre el Magistrado y su buena señora esposa al nivel de un altercado que se encaminaba a un amargo divorcio.

El triunvirato de la Justicia se hizo esperar fuera del estudio del Papa Clément - una estratagema común que éste utilizaba para inquietar a sus visitantes, dándole ventaja en las reuniones. Tuvo el efecto deseado en Alice y Carel, pero no así en Marius.

"Tranquilos", les susurró, "siempre hace lo mismo. Cuando estemos dentro, dejadme hablar a mí, a menos que os haga una pregunta concreta o yo os invite a hablar. ¿Os parece bien?" Asintieron. Al cabo de casi un cuarto de hora, la puerta se abrió y un escuálido asistente vestido de negro les hizo señas para que entraran. Sus sillas estaban dispuestas, como en la audiencia anterior, frente al gran escritorio de roble.

"Buenos días y que Dios les bendiga. Siéntense, por favor. Con ocasión de su última visita, yo, en compañía de mi Cardenal Consejero, expresé nuestra preocupación por un clima de sentencias excesivamente indulgentes en su tribunal. Es, por tanto, satisfactorio que la situación parezca haber vuelto a un régimen más acorde con nuestras expectativas. Sin embargo, la petición de audiencia procede de usted, Magistrado, así que ¿tendría la amabilidad de informarnos de su naturaleza?". El Pontífice jugaba nerviosamente con la cruz que colgaba de su cuello. Marius reflexionó,

"¡Sabe por qué estamos aquí! Lo dice su lenguaje corporal. No le tiemblan las manos, así que quizá aún no ha bebido. ¿Cómo es este

hombre por dentro? Día tras día, lleva una cara falsa, permanece detrás de un semblante que le ha dado la Iglesia por la que habla. ¿Su alma está en paz cuando duerme, o le persiguen pesadillas sobre lo que realmente quiere ser?".

"Estamos esperando, Magistrado", dijo Clément secamente.

"Santo Padre, con gran pesar me veo obligado a informar de una violación, una contravención de la ley".

"¿Una violación? Usted ha sido nombrado Magistrado para ocuparse de las violaciones, así que ¿por qué razón me involucra en un asunto secular?".

Marius respiró profundo, miró a Alice y a Carel, sentados a ambos lados de él, y explicó,

"Hemos ejercido la debida diligencia tras un preocupante incidente en nuestra sala, y hemos descubierto que su cardenal Albornoz ha pervertido la justicia durante varios meses".

¿"Albornoz"? ¿Mi Consejero de confianza y miembro de la Curia? ¿Cómo se atreve? ¿Se da cuenta de la gravedad de su acusación?"

"Por supuesto, sire, pero tenemos pruebas irrefutables". Se volvió hacia Carel. "Monsieur Rostand, por favor, póngase de pie y diríjase al Santo Padre". El diputado de Justicia comenzó,

"Señor, nuestras sospechas surgieron cuando cierto testigo citó un animal incorrecto en un robo. Entonces, recibimos una nota escrita diciendo, simplemente, que Albornoz le había pagado. Perseguimos a trece testigos más, todos los cuales admitieron que, efectivamente, el cardenal les había inducido con monedas a dar un testamento particular que condenaría al acusado. Estamos convencidos de que su clérigo ha corrompido nuestra magistratura. Aquí tengo una lista de esos trece hombres y mujeres".

Clément se balanceaba de un lado a otro en su silla, jugueteando aún más frenéticamente con su cruz colgante. Se levantó y cogió una botella del armario que tenía detrás.

"¿Me acompañan?"

El triunvirato negó con la cabeza. Clément se sirvió un vaso lleno del líquido y bebió.

"Cualquier fechoría cometida por cualquier miembro de mi administración es reprobable. Si se pone en duda la probidad de un sacerdote cercano y de confianza, es un asunto de gran importancia". Bebió y continuó,

"Por lo tanto, expondré todo lo que ha dicho al Cardenal Albornoz y le transmitiré mis pensamientos sin demora. Puede retirarse".

CAPÍTULO VEINTICINCO

AVIÑÓN, REINO DE ARLÉS, INVIERNO DE 1350

"S iéntate", ladró el Papa Clément a su Cardenal, con un tono de acritud inconfundible, y Albornoz se sentó como le habían dicho, sin necesidad de más estímulos. Se sentía como un colegial travieso delante de su maestro, esperando un castigo.

"¿Tienes idea de por qué te he convocado?".

"Ninguna, Santo Padre".

"¡Ninguna! ¡Ninguna, dice! ¿Quién es el tonto en esta habitación, le pregunto? No soy yo, así que sólo quedas tú, Albornoz".

Cogió la hoja de pergamino que Marius le había dado y la agitó como las velas de un molino de viento, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Se acercó a su clérigo, con los brazos aún agitados y la cara roja de ira. Sujetó la hoja hasta tocar la nariz del cardenal e intentó hablar, pero sus primeras palabras se perdieron en una maraña de ruidos, un tartamudeo que no podía controlar cuando se emocionaba en exceso.

Volvió a la silla detrás de su escritorio, esperó, y durante unos largos momentos, una atmósfera pesada y cargada llenó la habitación. Luego, tras recuperar la compostura suficiente para hablar sin su maldito tartamudeo, comenzó, ahora más suavemente que antes,

"Este es un documento que me ha presentado esta mañana nuestro magistrado. Toma, léelo y dime cuál es su significado".

"¿Significado, Santo Padre? No es más que una lista".

"¡Sí, imbécil! ¿Reconoces algún nombre escrito? Porque deberías".

Albornoz se quedó helado, repentinamente petrificado al darse cuenta de quiénes eran. Su mandíbula rozó su pecho y sus ojos se clavaron en el suelo.

"Su silencio indicaría que estos hombres son conocidos suyos. Mientras recapacita, permítame relatarle mi audiencia con Marius, su ayudante, Rostand, y su esposa, Alice".

Llenó su vaso con un líquido oscuro que le era familiar, sin preguntar si el clérigo quería acompañarle. Bebió un largo trago y luego continuó, tranquilo y hablando con precisión,

"El Magistrado me ha informado de que los trece nombres de la lista han comparecido como testigos ante su tribunal. No hay nada de malo en ello, excepto que alega que cada uno de ellos ha recibido un incentivo económico para presentar falso testimonio. En resumen, Cardenal, para mentir. En sí mismo, eso es deshonroso en un tribunal de justicia, pero aún más atroz es su creencia de que fue usted quien les pagó. Ahora, podríamos desacreditar, digamos, dos o tres nombres, ¡pero trece!" Volvió a beber y esperó.

¡Que el cielo me ayude! Se me acabó el juego, y tiene que ser ese imbécil de Criou el que ha chivado. No se puede negar, así que tendré que decirle la verdad'.

"¿Qué dices, Albornoz? ¿Es usted responsable de esta perversión de la justicia?"

"Lo soy, Santo Padre. Era mi plan restaurar una Magistratura para Aviñón que reflejara adecuadamente lo que es justo, para que los criminales no escaparan sin una pena justa. Le dije, hace muchos meses, que abordaría el problema".

"¡Lo hiciste! Y recuerdo haberte advertido que no debía ser implicado de ninguna manera".

"Señor, usted nunca fue mencionado..."

"¡Por supuesto que lo fui, zoquete! Todo lo que haces como mi Cardenal, lo haces en nombre de Dios, y yo soy el representante de

la Iglesia, ¡así que estoy implicado! Colosenses 3:17,

'Todo lo que hagáis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias por medio de él a Dios Padre'".

"Santo Padre, actué de buena fe. El Señor desea lo que es justo en nosotros". Un cierto desafío entró en las palabras de Albornoz. "Mis acciones fueron por un bien mayor". Clément reconoció su sinceridad y cedió un poco en su diatriba.

"Eso es todo como puede ser, pero me encuentro en una posición insidiosa porque usted ha admitido su culpabilidad, y como tal, eso es un crimen que podría ser procesado en el tribunal civil del Magistrado. Sin embargo, como mi Cardenal, usted es responsable ante la Penitenciaría Apostólica. Veo por su expresión que no ha oído hablar de ese organismo -no es una sorpresa, poca gente lo ha hecho porque es un tribunal especial, convocado muy raramente para juzgar transgresiones cometidas por miembros ordenados de mi entorno: delitos graves, por así decirlo, contra mi autoridad. No tengo elección con tantos testigos implicados; no es un asunto que podamos ocultar".

Albornoz se sintió abrumado: no había previsto semejante giro en su suerte.

"Por lo tanto, Cardenal Albornoz, le pongo bajo arresto domiciliario hasta que la Penitenciaría Apostólica estudie el asunto. No puede salir de su residencia. Tiene un pozo de agua fresca en su patio, y se le entregará comida diariamente. Lamento tener que hacerle pasar por este procedimiento tan desagradable, pero como le he dicho, no tengo otra alternativa. Puede marcharse".

Albornoz abandonó el despacho de Clément con la mente agitada. Pensaba que sus esfuerzos desde que llegó a Aviñón por mejorar el tono moral de los ciudadanos, asegurándose de que se dictaban las sentencias adecuadas, recibirían la aprobación de su señor, el Papa. No podía prever lo contrario. Caminando desde la Gran Audiencia, los claustros parecían más estrepitosamente silenciosos que de costumbre, si eso era posible, y se sintió solo en un mundo enfadado

que, significativamente, no comprendía sus intenciones.

El refectorio desierto aumentó su sensación de aislamiento. ¿Qué va a ser de mí? ¿Se acerca mi fin en esta ciudad, después de todo lo que he hecho por ella?". Entonces, su reflexión fue interrumpida.

"¿Puedo unirme a vosotros?" Albornoz levantó la vista y vio el rostro amable y avuncular del viejo cardenal Baudet, un sacerdote que se había hecho amigo suyo en sus primeros días en Palacio.

"Por supuesto. Baudet se sentó en el banco de al lado. Un laico se acercó a llenar dos vasos de vino y otro puso sobre la mesa una fuente con pan y queso. Los dos cardenales intercambiaron cumplidos y, aunque Albornoz no tenía intención de revelar el inminente encierro en su casa, por vergüenza decidió preguntar a su colega por el tribunal que pronto le juzgaría.

"Baudet, ¿qué sabes de la Penitenciaría Apostólica?". El anciano enarcó las cejas, aunque los académicos de los alrededores de Palacio estaban, a estas alturas, acostumbrados a la proclividad del cardenal consejero por el saber, como una urraca coleccionando adornos para el nido familiar, como el niño que a los ocho años exigía que el padre Gelmiro, en su Cuenca natal, le contara el significado de los justos.

"Es una pregunta poco común, seguro. En mis veinticinco años aquí, sólo recuerdo que me la hayan hecho dos veces".

"Por favor, dígame exactamente qué es -por un interés puramente erudito".

El anciano canoso bebió un poco de vino y comenzó,

"A veces se le llama el Tribunal de la Misericordia porque puede perdonar los pecados. Como usted bien sabe, los pecados adoptan muchas formas diferentes: los que dañan el bien público y social -que podrían ser examinados por el Magistrado- y luego, los que subvierten la moral y la disciplina del Clero. Este tribunal tiene derecho a imponer castigos corporales o incluso la excomunión, in extremis. Está compuesto por doce Cardenales, encabezados por el Cardenal Elector, que es, a pesar de su título, un Arzobispo. El

acusado redactará una petición de defensa, pero bajo seudónimo para garantizar el secreto y la imparcialidad. Por último, el Santo Padre tiene un último veto legislativo y, también, capacidad ejecutiva y judicial para la anulación de un veredicto. Dicho esto, sería contrario a la razón que no estuviera de acuerdo con ellos. Esa es, pues, la Penitenciaría Apostólica. ¿Por qué lo pregunta?"

Albornoz evitó los ojos interrogantes del hombre, sin emoción, helado por la apreciación del poder de este tribunal. Arrancó un trozo de pan y lo mordió, comentando despreocupadamente,

"Considero que a un cardenal le incumbe estar familiarizado con el funcionamiento del papado... nunca se sabe, ¡algún día podría llegar a ser Papa!". Pero se dio cuenta de la ironía que suponía burlarse de la institución que pronto determinaría su futuro. Baudet sonrió.

SIETE DÍAS DESPUÉS

Albornoz se encontraba ante el escritorio de Clément como una semana antes. El Pontífice tenía la cabeza inclinada, el semblante sombrío, los labios apretados y los ojos entrecerrados. El cardenal no necesitaba saber que las noticias no eran positivas.

"Siéntese", le dijo con una brusquedad que no tenía nada de amable. Albornoz obedeció y esperó lo que pareció una eternidad hasta que el Papa levantó la vista, inspiró profundamente y habló.

"La Penitenciaría Apostólica se ha reunido y ha examinado tus transgresiones. Ha llegado a la conclusión de que tu participación en la inducción pecuniaria a los hombres para que dieran falso testimonio es incontestable. Al hacerlo, ha desacreditado el honor y la probidad de la Iglesia. Le hemos declarado culpable de los cargos. La Penitenciaría ha remitido para imponer una serie de castigos, pero ha votado en contra de una pena corporal o privativa de libertad. ¿Tiene algún comentario, hasta ahora?"

"No, Santo Padre. Temía lo que pudiera venir a continuación. Clément reanudó,

"Informaremos al Magistrado de esta conclusión confidencial. Usted será desposeído, de inmediato, del título más prestigioso de Cardenal. Unas pocas personas tendrán conocimiento de la sesión de este tribunal y de los hechos responsables de su convocatoria, pero la mayoría lo ignorará, por lo que no sufriréis una ignominia generalizada."

Las facciones grises cenicientas de Albornoz se aliviaron un poco ante esta seguridad.

"Sin embargo..." El adverbio condicional era un mal presagio. "La confiscación del título no es más que una parte de tu penitencia. El tribunal ha tomado nota de vuestra formación militar como novicio en el monasterio de Calatrava y también, desde entonces, de vuestra implicación con los soldados del Rey, su despliegue y la mejor manera de beneficiar a Su Majestad. Además, tienes el privilegio de haber recibido una educación jurídica y nos has representado en numerosas embajadas ante la corte francesa. Sus elocuentes habilidades de negociación son muy respetadas. Todo esto es correcto, ¿no?"

"Lo es, señor. Su mente se aceleró mientras trataba de adivinar a dónde conducía esto.

"Ahora es un hecho que hemos experimentado una grave inestabilidad dentro de la Iglesia de Roma, causada por la política y la insurrección que nos han asolado a lo largo de los años pero, y en mayor medida, también por bandas de señores y déspotas locales: Pepoli en Bolonia, Ordelaffi en Romaña, Manfredi en Emilia, Malatesta en Rímini, por citar sólo algunos. Hoy, en la misma Roma, los duques Orsini y Colonna luchan por la supremacía. Es intención declarada de mi Curia que este malestar sea sofocado definitivamente para que se restablezca el orden. Todo esto con la esperanza de que el Papado regrese a su hogar natural. Es para que conste en la historia que mi predecesor, Clemente V, trasladó la residencia papal a Aviñón en el año 1309. Gastó mucho tiempo y dinero en vanos intentos de recuperar las Tierras de San Pedro para poder habitar de nuevo en el legítimo santuario de la Iglesia, la

Ciudad del Vaticano. El Santo Padre Benedicto XII envió legaciones a Italia, pero no consiguió el resultado deseado; el control de nuestros territorios sometidos se disolvía rápidamente. Poco antes de su nombramiento, envié a un obispo francés, Bertrand de Déaux, con poderes sin precedentes, pero para mi disgusto, fue asesinado. ¿Sigues esto, Albornoz?"

"Hago lo que puedo".

"Es crucial que entienda el trasfondo de lo que voy a decir a continuación, así que no me disculpo por una lección de historia".

Al cardenal le temblaron las manos, le castañetearon los dientes y todo su cuerpo se estremeció en un frenesí de miedo y excitación tan intenso como todo lo que había conocido.

"La Curia de la Iglesia Católica le inviste a usted, Albornoz, como su Vicario General Papal. Bajo esta autoridad tiene derecho a levantar y desplegar las fuerzas armadas que considere necesarias, todo con el objetivo de recuperar los dominios perdidos."

El clérigo no sospechaba nada de este acontecimiento, pero enseguida captó la oportunidad más que la penitencia de semejante misión.

Seré un general al mando de mi ejército, encargado de restablecer las antiguas posesiones de la Iglesia mediante lo que sé que es correcto, derrotando a quien sea o lo que sea que considere equivocado. Dios se mueve por caminos misteriosos: la fortuna me ha impedido lograrlo reformando el modus operandi liberal del Magistrado, pero el Buen Dios me ha dado los medios para triunfar en otra parte. Lideraré una cruzada contra el enemigo. A los señores rebeldes les ofreceré la oportunidad de hablar conmigo, pero si tras las amenazas de excomunión o interdicto no ceden a mis exigencias, recurriré a una respuesta armada".

Clément había esperado una reacción del cardenal, mientras que lo único que vio fue la más leve de las sonrisas.

"Por vuestra violación, el Todopoderoso os concede una vía para alcanzar la redención e, igualmente, para servir a la Madre Iglesia

en un momento de gran necesidad. Vicario General, ¿acepta este desafío?"

"Sí, Santo Padre".

Clément llenó su vaso con el obligatorio líquido oscuro. Su Cardenal declinó la invitación a participar. El anciano estaba desconcertado de que su proposición hubiera sido aceptada tan fácilmente, aunque sabía que requería la aceptación o una dura sanción diferente por parte de la Curia, con la consiguiente humillación y probable exclusión del servicio público.

"Enviaré a buscarte más adelante con pueblos y ciudades precisas de nuestros territorios italianos, junto con los duques y clérigos que aspiran a la restauración del Papado. Vuestro compromiso se centrará en aplastar la resistencia de los rebeldes y déspotas que prestan su apoyo a este o aquel antipapa para hacer avanzar sus propias ambiciones seculares. Tienes poco tiempo para poner tus asuntos en orden, ya que partirás hacia Italia a principios del nuevo año. Los cien soldados alojados aquí en la guarnición formarán tu ejército inicial".

Albornoz no respondió. Se limitó a inclinarse, darse la vuelta y abandonar el estudio.

AVIÑÓN 1351

La mañana de enero en que partió el Vicario General amaneció con un agradable sol amarillo pálido que bañaba los robustos muros de la guarnición con una calidez que desmentía la fría naturaleza de la misión del ejército. En la plaza de los barracones, fila tras fila de carros cargados de provisiones, espadas, escudos y los innumerables pertrechos necesarios para sostener a un cuerpo de hombres en lucha, se tensaban las cuerdas de las lonas. Los mozos de cuadra daban de beber y de comer por última vez a los fuertes y robustos caballos, enganchados y ansiosos por partir. Los corpulentos soldados subieron a los carros y se sentaron en sus largos bancos,

con la barbilla bien erguida, dándose palmadas en el hombro para animarse y por camaradería.

Clément, flanqueado por dos guardias, se había acercado a la guarnición para desearle buena suerte a su emisario y, de pie junto a él, entonaba una oración en voz baja. Se persignó a la altura del rostro de Albornoz y le tocó el brazo, después dio media vuelta y regresó a su palacio.

Poco después de la partida de Albornoz hacia Italia, Clément había convocado a Marius.

"Como habrás oído, he encargado a mi Cardenal Consejero una arriesgada expedición para recuperar las Tierras de San Pedro, y no dudo de que habrá un resultado maravilloso para nuestra Santa Iglesia. Recibiremos noticias de sus victorias a su debido tiempo, aunque su ausencia se prolongará durante varios meses, incluso años. Confío en que esto satisfaga cualquier castigo que tuvieras en mente para Albornoz, nuestro Vicario General."

"Santo Padre, usted ha considerado su falta como un asunto de la Iglesia. No tengo más comentarios. Del mismo modo, no espero que la Iglesia interfiera en las decisiones tomadas en mi propio tribunal."

El Vicario General dirigió su ejército primero hacia Milán, luego hacia Las Marcas y Umbría, tomando el control de las ciudades rebeldes que, en su mayoría, se rindieron. Era un hombre práctico en una tierra extranjera y hostil, con recursos limitados, y sus decisiones se juzgaban quizá con demasiada facilidad desde la comodidad del Palacio de los Papas. Pero este hombre resuelto siguió sus instintos políticos y, en ocasiones, hizo caso omiso de la opinión papal. Las poblaciones locales solían rechazar la autoridad de la Iglesia y manifestaban su resentimiento por ser gobernadas por forasteros. Albornoz era sensible a sus sentimientos de desconfianza. De forma inteligente y casi exclusiva, nombraba vicarios o diputados italianos, acomodándose a la práctica de los

gobiernos regionales.

Clément anunciaba el nombramiento del cardenal y su séquito a los ciudadanos y sacerdotes de los distritos cruciales pertinentes del norte y centro de Italia que, de este modo, se veían obligados a contribuir económicamente al mantenimiento del vicario general, al igual que el papado de Aviñón y los grandes de España simpatizantes de la fe católica, principalmente para contratar los servicios de combatientes mercenarios.

Su implacable labor inauguró una década de guerras y atrocidades, aunque él lo negara, y demostró ser un adversario y táctico eficaz, así como un astuto gestor de hombres. Empleó la intriga y la fuerza bruta para restablecer la autoridad del Papa en Roma con notable éxito. La última victoria, antes de lograr su objetivo final, fue su derrota de Velletri, una ciudad independiente e, irónicamente, amurallada como Aviñón.

Este Vicario General, Cardenal Consejero, Albornoz, murió en 1367 en la ciudad italiana de Viterbo, en paz por servir a Dios y procurar los derechos de la Iglesia, una búsqueda insaciable que le había acompañado desde sus días de novicio en Calatrava.

TRES MESES DESPUÉS DE LA PARTIDA DE ALBORNOZ

Una tarde, Marius, Alice y Carel paseaban por la orilla del Ródano, disfrutando del suave aire primaveral. Los transeúntes asienten con la cabeza y sonríen: el triunvirato ya está consolidado, es conocido y respetado en Aviñón.

"Ya es hora de que vuelva a visitar a Luc en la oficina del puerto", dice Marius con indiferencia.

"Por lo que he oído, está haciendo suyo el trabajo. No se le escapa nada que no deba", observó Alice.

"Supongo que el viejo, que nos observa desde arriba, estará contento entonces", dijo su marido pensativo.

"El éxito del puerto y el cumplimiento honesto y honorable de las responsabilidades de la corte se deben a ti, amigo mío, magistrado de la bella Aviñón".

Marius se sonrojó. Era un hombre modesto, no acostumbrado a tales cumplidos.

A partir del cambio de año, los casos se juzgaban siempre que era necesario, y una población cada vez más confiada y segura de sí misma declaraba como testigo: la característica significativa de estas declaraciones durante la ausencia de Albornoz era que tantas personas hablaban a favor del acusado como en su contra. La motivación constante de Marius evolucionó hacia el establecimiento de una Magistratura que reconocía lo mejor de la gente de la ciudad, pero también lo peor, cuando era necesario: los trataba con justicia imparcial.

EPÍLOGO

El Papa Clément VI murió mientras dormía en el Palacio de los Papas una buena mañana del año 1352, pero no sin antes haber mandado llamar a Marius para que asistiera a su lecho de muerte.

El Magistrado se arrodilló y acercó una oreja al rostro del Pontífice para escuchar mejor su voz desvanecida.

"Marius, mi Magistrado y, espero, mi amigo". Cogió la mano del Juez. "Mi tiempo ha llegado a su fin, pero no temo encontrarme con mi Hacedor. Hay una última confesión... He guardado un rencor imperecedero... venganza por un acto que tu padre perpetró cuando éramos meros niños. Cualquier necesidad de retribución, quiero que sepas, está satisfecha para siempre. Por favor, perdóname, Marius... eres un honor para su memoria..."

Con eso, Clément exhaló su último suspiro. Su alma finalmente descansó.

FIN

John Bentley

Heckington, Noviembre 2019

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado leyendo El Puño de la Fe. Tómese un momento para dejar una reseña, incluso si es breve. Tu opinión es importante para nosotros.

Atentamente,

John Bentley y el equipo de Next Chapter

ACERCA DEL AUTOR

Soy empresario e inventor y fui el primero en crear Internet TV en 1995, que vendí a Oracle Corp. Me retiré para encontrar un lugar al sol y escribir sobre temas que me apasionan y escribir misterios de Historia.